

A silhouette of a person holding a scythe, standing against a bright, hazy background. The person is wearing a dark jacket and pants, and the scythe is held in their right hand. The background is a bright, glowing light source, possibly the sun, creating a lens flare effect. The overall mood is mysterious and ominous.

Patricia Sánchez-Cutillas

**LA VIDA
ÍNTIMA
DEL ASESINO
DEL POZO**

Patricia Sánchez-Cutillas

T.L,

LA VIDA ÍNTIMA DEL ASESINO DEL POZO

Copyright. Patricia A. Sánchez-Cutillas González

Foto de portada: Pixabay. *Killer*, subido por República

www.taleresdeescrituracreativa.es

A todas las personas que no saben
dónde yacen sus seres queridos.

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[MIS OTRAS OBRAS](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

NOTA DE LA AUTORA

La vida íntima del asesino del pozo es una historia de ficción inspirada en los hechos de un asesino en serie que perpetró sus crímenes en los años noventa en Valdepeñas (Ciudad Real).

Desde el principio de la novela, se sabe quién es el asesino, lo que me ha interesado narrar como escritora es por qué lo hizo y cómo construye un psicópata su doble vida.

Las fechas, los viajes, el modo en el que se perpetraron los crímenes y la ocultación de pruebas son hechos que ocurrieron.

Respecto a los personajes son todos inventados, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia, ya que son pura ficción. La ciudad de Valdepeñas ha sido reinventada.

El argumento está relacionado con la mitología, en concreto con el mito de Deméter y Perséfone, la leyenda de la hija secuestrada y violada y la madre que la busca inútilmente por la Tierra porque está en el inframundo. El dios Dionisio también está presente por ser Valdepeñas la tierra del vino y por el período de la Semana Santa.

¡ OTRAS OBRAS

Hola, soy Patricia Sánchez-Cutillas. Me encanta escribir, leer, la mitología y los cuentos de hadas. He publicado las novelas *La voz empedrada*, *La isla de la nada*, *La vida íntima del asesino del pozo*, y *La mujer en la que habito*, y el libro de cuentos *El efímero vuelo de la tía Encarnita*. He escrito y publicado varios ensayos: *Taller de escritura y magia*, *Mitología para curiosos*, *¿Te gusta escribir?*, *Taller de escritura con Virginia Woolf* y *¿Cómo se escribe un buen cuento?*

Tengo escritas dos obras *El oráculo de los cuentos de hadas* y *El oráculo de los mitos griegos*. Además, soy *youtuber*, mi canal se llama Patricia Sánchez-Cutillas Mitología y Litarot. Te animo a que lo visites.

Si quieres saber más sobre mí, puedes visitar mis páginas de wordpress o mi página web:

<http://www.tallerdesdeescrituracreativa.es>

<https://patriciasanchezcutillas.wordpress.com/>

Y si te interesa escribirme, lo puedes hacer a cualquiera de estos dos correos:

patricia@tallerdesdeescrituracreativa.es

litarot3@gmail.com

Por favor, deja tu comentario en Amazon:

AMAZON.ES <https://www.amazon.es/dp/B084JGYGM5>

AMAZON.COM <https://www.amazon.com/dp/B084JGYGM5>

AMAZON.COM.MX

<https://www.amazon.com.mx/dp/B084JGYGM5>

CAPÍTULO I

El veinticinco de junio de mil novecientos noventa y ocho a las seis de la tarde, antes de ser asesinada, decidió dar un paseo hasta la piscina. Se puso una camiseta de tirantes y unas mallas azules. En la mochila metió la toalla y el bikini. El calor era soportable para ir pedaleando por los extensos campos de viñedos, por la infinita llanura de La Mancha. Cogió su bicicleta, algo que no podía hacer en la ciudad donde estudiaba, y que, algún día, si seguía la trayectoria común, acabar la carrera, buscar un trabajo en una gran ciudad, casarse y tener hijos, dejaría de hacerlo de forma cotidiana. Por eso, a las seis de la tarde se sintió plena de libertad.

Le gritó a su madre por la ventana del patio que se iba a dar un baño al chalé de la abuela. Y esta salió detrás de ella y le dijo: *Alma, la gorra*, y ella cogió la gorra roja de la mano de su madre y se la puso. Le lanzó un beso al aire y comenzó a pedalear. Alma aún no lo sabía, pero fueron las últimas palabras que oyó decir a una persona amable, la última pequeña acción amorosa que hizo alguien por ella. Porque el enemigo de Alma no iba a ser el sol ni el calor, sino el depredador que, en ese momento, salía con su coche granate a hacer su ronda por los caminos solitarios.

Las piernas descubiertas le ponían en contacto con la brisa que se forma cuando un cuerpo rompe la resistencia del aire. Al tomar el camino de tierra, comprobó que el campo ya había despertado del letargo del invierno con un estallido violento. Empezó a pedalear hacia la urbanización. El calor del día se había rebajado un poco, aun así, prometía que el verano sería duro. *Mejor para la uva*, pensó. Era imposible volver a Valdepeñas y no pensar en las uvas. Los racimos ya iban tomando color rojizo, cada grano empezaba a tener un punto de color sangre en su interior, y, en un mes, ese nuevo color fagocitaría al verde y se convertiría en uva roja. A esa hora el horizonte empezó a coger el mismo tono que el vino rosado. En un par de horas volvería a ver la puesta de sol sangrienta, pensó. Pero no, jamás la volvería a ver.

El camino era llano, sin árboles, solo campos y campos de cepas; los colores marrón y verde cubrían la tierra. Le gustaba estar sola. Hasta hacía unos pocos días se había tenido que sumergir en la vorágine de los exámenes. Su colegio mayor de Ciudad Real, lleno de estudiantes, había estallado en un nerviosismo ansioso.

Ella había tenido un buen pulso para no dejarse contaminar con ese nerviosismo colectivo, con ese miedo al fracaso que se tiene cuando alguien se enfrenta a un examen, esa idea de que te juegas el futuro y el destino. Y la vida le había ido bien. Había aprobado todo con muy buenas notas, también le iba muy bien con su chico. Parecía que tenía el destino encarrilado.

Pero, precisamente, ¿fue el destino?, ¿programa esos hechos el destino?, por el camino de tierra oyó el runrún de un vehículo que se acercaba. Qué lata, sería algún campesino que iría a echar una ojeada a sus tierras. Ella estaba con su soledad y su comunión con el silencio, con los sonidos de las aves y de los pequeños animales, y la civilización en forma de coche le venía pisando los talones. Pero se equivocaba. Aquello no era civilización, aunque viniera envuelto en un coche color sangre. Miró hacia atrás. Conocía al vecino que conducía, no le gustaba. No le gustaba cómo la miraba cuando se habían cruzado alguna vez, y había clavado los ojos con codicia en su escote o en sus piernas. Había algo sucio en él. Ella se apartó un poco del camino para dejarlo pasar, pero el del coche apuntó bien y le cortó el paso. El mundo se le hizo oscuro.

Y ya nunca volvería a su casa ni llegaría a la de su abuela. El destino le ahorró los posibles fracasos que hubiera podido tener y el nerviosismo de las situaciones nuevas. Y también le ahorró los grandes y pequeños triunfos, las risas, saber qué regalos te trae el futuro, la libertad y, sobre todo, la falacia de creer que la vida es una llanura ilimitada rebosante de racimos de oportunidades.

Unos días después de su desaparición, durante los rastreos, una de sus amigas encontró su mochila medio hundida en el río Jabalón. Contenía, además de sus cosas, un calzoncillo con semen y sangre, una piedra de unos siete kilos para que la mochila se hundiera bien y restos del vómito de ella. Quizás el río Jabalón no quería guardar un secreto tan atroz en sus aguas, no quiso ser cómplice. De modo que, después de que se sumergiera en el agua la mochila con la piedra, inexplicablemente, la devolvió a la ribera.

Dos años después, en el dos mil, un agricultor encontró su bicicleta en un pozo. Menos ella, iban apareciendo las partes de su conjunto fragmentado en el tiempo. A medida que pasaban los años sus familiares entraban en pánico por si la policía archivaba el expediente y se olvidaba de Alma. Y mientras su familia sucumbía en pozos de desesperación y ella se deshacía en el agua y era consumida por la voracidad de las alimañas en un pozo cubierto de tablones, en la superficie, el vecino depredador hacía vida normal: trabajaba, dormía, maltrataba y disfrutaba de la vida.

Todas las mañanas desde hace cinco años tú, su madre, te levantas a hurtadillas a las siete, vas a la habitación de tu hija y llamas a la puerta. ¿Habrás vuelto? ¿Cómo desmontar la habitación de una hija aún no muerta? Siempre fue una niña extraña. Le gustaba madrugar, no había sido como los otros jóvenes que se levantaban a las doce o a la una los fines de semana. Ella lo hacía a las siete. Los dos últimos años, los fines de semana que venía de Ciudad Real primero estudiaba y, luego, se iba a buscar a sus amigas y a dar una vuelta con su novio. Por eso ahora tú, su madre, a las siete, sea verano o invierno, sea fin de semana o día laboral, te levantas para buscarla en su habitación. Por si acaso esa joven que un día se fue de casa con la camiseta de tirantes y las mallas azules ha vuelto ojerosa y cansada, como si todo este tiempo hubiera estado pedaleando en vez de desaparecida.

Pero cuando abres y vuelves a ver la cama vacía, sabes que lo único que ha pedaleado es tu imaginación, que tu corazón pedalea por un campo lleno de amarguras del que nunca saldrás. Ni las amigas ni tu marido ni tus otros hijos ni las clases de yoga en la que te has metido ni la psicóloga a la que vas te quitarán esos escombros de tristeza, toda la arquitectura de tu vida derrumbada, la ansiedad de enfrentarte a la puerta cerrada todas las mañanas, cuando ya sabes antes de abrirla que no vas a encontrar a nadie sobre la cama.

Porque, a partir de esa tarde en la que desapareció Alma, la vida se te cortó en dos partes. Existe la vida antes de lo de Alma y la vida después de lo de Alma. Como cuando Cristo llegó al mundo y la gente cuenta antes de Cristo o después de Cristo, o antes de Buda o después de Buda. Así pasa contigo, antes de lo de Alma, en la que a veces has sido feliz, otras triste con algún disgusto, otras medianamente feliz, a la vida después de lo de Alma en la que solo hay escombros.

De qué te ha servido preocuparte cuando era adolescente y salía con sus amigas por la noche. De

qué te ha servido las recomendaciones que le diste para que fuera responsable cuando se fue a estudiar a Ciudad Real, el miedo al cambio que viviría de un pueblo a la ciudad. De qué te ha servido decirle que no bebiera mucho, que no aceptara bebidas de desconocidos, que no se subiera a coches de extraños, que siempre fuera con chicos responsables. De qué y para qué, porque Alma hizo siempre todo lo que le dijiste. Todo el encuadre las condiciones en el que podría haber surgido el peligro era falso. Porque en ningún momento le avisaste de que no cogiera la bicicleta cuando estuviera en su pueblo natal. Nunca le avisaste de que el peligro no estaba en la noche, sino en la luz; que no estaba en las discotecas ni en la bebida, sino en campo abierto y en el deporte; ni entre la gente desconocida de una ciudad, sino entre la de su pueblo. ¿Se ha reído el destino de ti? Te está diciendo el destino: te ha ocurrido lo peor, lo que toda madre teme que le ocurra a su hija, pero de la forma en la que tú nunca la avisaste.

A veces piensas que está viva. Pero sabes que si lo está y no se pone en contacto con vosotros es aún peor. Recuerdas que de pequeña te contaban historias sobre trata de blancas, chicas a las que se las llevaban drogadas en los prostíbulos y nunca salían de ahí. Recuerdas, estremecida, el calzoncillo con semen en la mochila. Y entonces no puedes más, tu hija en un prostíbulo. Tu hija sufriendo. Y tú sufriendo porque no sabes dónde está. Pero seguro que ella, en cuanto hubiera podido, hubiera huido. No se puede tener escondida a una persona cinco años. Eso te lo ha dicho la psicóloga. Entonces, ¿qué le ha pasado?, ¿sigue secuestrada?, te preguntas todas las mañanas cuando te levantas. Cuando te levantas, no cuando te despiertas, porque desde que tu hija se fue pedaleando ya no duermes. De vez en cuando caes en un sopor. Pero siempre te levantas con la sensación de que solo has dormido quince minutos. Tu marido, tampoco. Aunque está callado, también se pasa la noche despierto. A veces lo has oído llorar. Al principio lo consolabas. Pero ahora te haces la dormida porque no tienes fuerzas. ¿Estará muerta? Te levantas y te vas al dormitorio de ella. Tocas la puerta con los nudillos y, a continuación, abres. Sabes que toda tu familia te está oyendo. Te han suplicado que no toques más la puerta del cuarto de Alma, pero tú no puedes evitarlo.

Bajas a la cocina a hacer café. Café negro y triste que te tomarás para espabilarte, para que las emociones sean aún más fuertes durante el día. ¿Estará muerta?, te preguntas cuando te sirves el café negro en la taza. ¿Estará viva?, te preguntas cuando echas el azúcar. Y a partir de ese momento del día en el que tomas la taza de café, durante cinco años, no has parado y no pararás de hacerte las dos preguntas, como si fueran las imágenes de dos espejos enfrentados que se multiplican hasta el infinito: ¿Qué le ha pasado a mi hija? ¿Dónde está? Cuando oyes a tus otros hijos bajar por las escaleras, te secas las lágrimas. Se supone que la vida sigue y algún día se resolverá el misterio.

Pero por mucho que supliquéis en la televisión o en los medios de comunicación que alguien os saque de la incertidumbre, el asesino nunca os dirá dónde está el cuerpo de vuestra hija. Nunca os enviará un anónimo para que sepáis que ya está muerta y que la podéis enterrar. Aunque siga por la televisión y los periódicos nacionales toda la búsqueda infructuosa, aunque conozca a través de vuestras peticiones en los medios vuestro dolor, nunca os va a enviar una señal o mensaje. No porque tenga miedo de cometer un error y ser atrapado. Él se siente demasiado seguro de sí mismo. Sino porque es eso con lo que disfruta. No solo con el recuerdo de lo que le hizo a tu hija, sino con el deleite de la contemplación de su obra, una obra que estáis perpetuando con vuestro dolor. Con la familia destrozada sin saber a qué ateneros, tiene el control sobre vuestras vidas. Y eso es de lo que él verdaderamente se nutre.

Le encanta oír hablar de vuestra hija por Valdepeñas. Oír esas conversaciones espontáneas en las aceras, cuando dos vecinos se saludan y acaban hablando de Alma. A veces va por la calle y se entretiene adrede para escuchar los corrillos de gente que puedan estar hablando de la chica desaparecida.

Alguna vez os ha rondado, ha estado muy cerca de vosotros y de vuestros otros hijos. Estáis tan absortos en el dolor que no os habéis dado ni cuenta de ese hombre que os acecha como un tiburón. Ha estado cerca incluso de vuestra otra hija. Ha ido a las bodegas de vuestra familia y ha pedido trabajo. Le hubiera gustado que le hubiera atendido el padre de Alma, tu marido, pero lo hizo un empleado. Por suerte, en ese momento no había nada para él. Ha estado rondando por el mercado mientras tú, su madre, comprabas, siempre con las gafas de sol puestas. Te ha visto a menudo frente al mostrador de la pescadería, rodeada los cuerpos de las criaturas acuáticas. Ha visto cómo pedías salmón sin ni siquiera quitarte las gafas. Y él te ha observado desde la esquina izquierda, al lado de los mejillones y las navajas mientras el pescadero fileteaba los lomos rosados. Disfruta de saber que siempre vas con gafas negras en verano y en invierno. Le da un poder especial, al fin y al cabo, es ocultar la mirada por él, ver el mundo a oscuras por él.

Lo mismo ocurre con las familias de sus otras víctimas, de los novios Mara y Rafael. El dolor es distinto, porque ya saben lo que les ha pasado. Mientras vosotros vais con retraso, vivís en la fase de una incertidumbre desesperada, ellos van por delante en la faceta del dolor y de la rabia. Saben que los han asesinado, aunque no quién o quiénes lo hicieron. La rabia se canaliza hacia esos asesinos invisibles que aún no han sido atrapados. Lo que no sabéis es que el depredador también les ha rondado a ellos, incluso con más éxito.

El asesino de vuestra hija y de Mara y de Rafael, el que os ronda como un tiburón sin que lo veáis, se ha acercado como una hiena a Benito. Así consigue dos objetivos: nutrirse de la rabia y del odio contra el mundo que ha provocado la muerte de Mara en sus familiares y, por otro lado, mantenerse al tanto de la investigación. No sabéis cómo se nutre. Bueno, lo sabréis más adelante. Cómo ronda a Benito. Y cómo Benito, cuando bebe más de la cuenta, se desahoga con el asesino, su supuesto amigo, la rabia que siente por esas personas invisibles que mataron a su hermana y a su futuro cuñado, y a las que la policía no ha encontrado aún.

Hoy, diez de octubre de dos mil tres, cinco años, cuatro meses y diez días desde la desaparición de tu hija, te has levantado, como todos los días, a las siete de la mañana. Has pasado por la habitación de Alma, has tocado la puerta y, como nadie ha respondido, la has abierto. Ahí tiene sus libros de historia del arte, la ropa colgada en el armario, el alegre caos de sus cosas que reinaba en su estantería... Cada vez que limpias, lo vuelves a poner tal y como ella lo dejó en ese desorden alegre y juvenil de quien hace las cosas con prisa y con ganas de vivir.

Ahora ya son las once y estás sola en la cocina. Tus hijos y tu marido se han ido a trabajar. Mientras haces la comida, como todos los días, lloras. Da igual que haya alguien o no en casa. Los demás también lloran. Las uvas rojas reposan en el frutero en el centro de la cocina. Empiezas a llenar la olla de agua para hacer las lentejas y coges un cuchillo para pelar una cebolla. Pones la radio para que llene un poco tus pensamientos.

—Buenos días. Son las doce de la mañana, las once en Canarias. Bienvenidos al Boletín Informativo de La Voz de Valdepeñas. Hoy miércoles, diez de octubre de dos mil tres, les saluda María Castro, desde el control de sonido, y les informa Luis González.

Un individuo de treinta y un años, vecino de Valdepeñas, preso en la cárcel de Herrera de la

Mancha por infringir durante trece años malos tratos a su compañera sentimental y a sus hijos menores, ha confesado que él es el autor del doble crimen de los novios ocurrido en junio de mil novecientos noventa y tres hace diez años.

En junio de mil novecientos noventa y tres, los cuerpos de Rafael Fernández Delfín y Mara Galeno Melgar fueron encontrados acuchillados en la vía férrea cercana al Parque Municipal de Valdepeñas. La mujer presentaba signos de abuso sexual. Meses después del suceso, la policía detuvo a siete jóvenes de Sonseca por su supuesta implicación, pero fueron puestos en libertad por falta de pruebas. Nada más cometer el crimen, el presunto asesino dejó a su mujer, que estaba embarazada de su segunda hija, en Valdepeñas y se fue a Fuerteventura, las Palmas. Allí estuvo viviendo durante cinco años hasta que a principios de junio de mil novecientos noventa y ocho volvió a asentarse en Valdepeñas, consiguió un trabajo y siguió haciendo vida normal.

El cuchillo se te para en la mano y permaneces helada escuchando las noticias. Siempre has tenido la intuición de que el crimen de Mara y de Rafael tiene una onda, una conexión con el de tu niña, los novios que aparecieron muertos cinco años antes y en junio, en una fecha cercana al solsticio de verano. Qué raro, siempre te has dicho, en Valdepeñas nunca ocurre nada, y en cinco años matan a unos novios y tu hija desaparece. *¿Es la misma persona?*, te preguntas con el cuchillo en la mano. No te has dado cuenta, pero te has cortado el dedo corazón de tu mano izquierda y estás sangrando. Otra vez esa oleada de desesperación, todo se vuelve a levantar, esa capa tan débil de serenidad que hay ahora en tu vida, se ha roto.

—Una persona de su entorno familiar lo denunció como presunto autor del crimen. Gracias a ese testigo protegido, la policía ha encontrado en un pozo la cartera de Rafael y la navaja con la que se perpetró el crimen.

El dedo sigue sangrando y ensucia de forma escandalosa tu mandil blanco. Pero o no quieres verlo o no te importa. Han caído unas gotas de tu sangre sobre la cebolla y luego sobre el frutero lleno de uvas rosadas, y te da igual. Con el cuchillo en la mano derecha, te sientas. Ya lo sabes. Eres, después del asesino, la primera en saber quién es el responsable de la desaparición de tu hija. El mismo hombre que abusó sin ninguna compasión de Mara cuando yacía moribunda. Aquel mismo hombre que le metió el puño en la vagina y la desagarró por dentro, mientras ella chillaba y chillaba sin que nadie pudiera oírla en la soledad de las vías del tren. El mismo que no habrá tenido ninguna compasión con tu hija. Siempre estás tratando de no imaginar lo peor, que a lo mejor se cayó inconsciente al río y por eso no aparece; que murió sin casi darse cuenta y sin sufrir. Barajas todas las posibilidades, pero ya estás adivinando que lo peor ha ocurrido, que está muerta, y que antes de morir, vivió un prolongado infierno.

Con la mano llena de sangre, coges el teléfono para llamar al Jefe de Policía de Ciudad Real. Le has llamado tantas veces que te sabes el número de memoria. Siempre ha sido amable con vosotros, no ha cerrado el caso y os ha dado el teléfono de su línea privada, que tanto habéis usado.

—¿Diga?

—Necesito enterrar a mi hija —le dices llorando.

El Jefe de Policía no entiende lo que dices. Tu voz ha irrumpido en su despacho donde está leyendo un expediente. El expediente del asesino de tu hija, aunque él aún no sabe que lo es. Ha sido una buena medalla para su carrera y los periodistas le van a acribillar a preguntas. Tiene que estar bien informado antes de la rueda de prensa.

Los familiares de Mara y Rafael, oyes que siguen diciendo en la radio, han dicho que, por primera vez después de diez años, podrán dormir.

—¿Quién es?

—Adolfo, soy Brígida, Brígida Masía, la madre de Alma.

—Buenos días, Brígida, no le había reconocido.

—Ese es el asesino de mi hija.

—¿Quién?

—El mismo que mató a Mara y a Rafael. Estuvo cinco años fuera, volvió a principios de junio de mil novecientos noventa y ocho a Valdepeñas, y mi hija desapareció a finales. Es el mismo hombre.

Adolfo se queda en silencio y al final dice:

—Brígida, hay cinco años entre un crimen y otro. Demasiado tiempo.

—Es él, lo sé.

Sigues insistiendo. Le repites que necesita enterrar a su hija. Y el jefe de policía te dice:

—De todos modos, todo ha sido muy rápido. Estamos cotejando su ADN con otros casos similares no resueltos. El laboratorio está desbordado, pero puedo llamar para que miren primero el caso de Alma. Si es él, ustedes serán los primeros en saberlo.

Empiezas a llorar a través del teléfono.

—Solo quiero una cosa, Adolfo, encuentre el cuerpo de mi hija. Imagino lo que pasó.

PÍTULO II

Estaba harto de la niña, de la madre, de su barriga y de todas las putas de este mundo que no son pocas. Por más que le chillé para que se callara no paraba de berrear. Casi le meto una hostia a la niña, pero va la Daniela y se mete en medio. Pues bien, se la llevó ella, me da igual.

—Eres tú la que querías hijos. Te dije que te pagaba los abortos.

Y luego llorando las dos en el salón. La calle llena de chochos con pantalones cortos y camisetas de tirantes, y yo como un gilipollas con la Daniela, la niña y la barriga. Pues no me iba a quedar sin mi postre.

Busqué la navaja. La Daniela me la esconde de vez en cuando, pero como no tiene la cabeza bien amueblada, se la pilla enseguida. Estaba en el cajón de su mesilla. La gente hablaba por ahí de preparar la juerga para el puto solsticio del miércoles, pero esa noche era sábado y habría movimiento por la calle.

—¿Adónde vas a estas horas? —me preguntó la Daniela.

—Adonde me da la gana. Eres una inútil. No sabes hacer que tu hombre se quede en casa.

Va y se pone a chillar y a llorar.

—¡Te vas con otra! Lo sé.

Portazo y adiós muy buenas.

Me apetecía hacer algo grande, ya estaba harto. Padre se pasó la vida diciéndome que no llegaría a nada, pero mira, ahí estaba yo cobrando más que él, ochenta mil del paro y veinticinco mil por el trabajo en el bar del cuñado. Aunque todo el dinero para alquileres, pañales y biberones. No me podía pagar ni una chavala. Yo no había venido al mundo a pagar facturas, mucho menos con todos los chochos que había por ahí. Pero no había manera de ligar en Valdepeñas. Puto clasismo. Pues se iban a enterar.

Me fui al parque al lado de la vía del tren. No sé a quién coño se le ocurrió hacer uno tan apartado, pero a mí me vino de puta madre. A las nueve solía haber alguna pareja de tórtolos imbéciles. En vez de follar, iban a hablar y a meterse manos. Y ellos, unos pringaos que se conformaban con eso. Yo embestí a la Daniela la primera semana que salimos. Estaba bien buena la tía, no gorda como ahora. *O te dejas follar o te largas*, le dije. Y ella se puso a llorar, pero luego bien que le gustaba que me la trajinara. Le hice una barriga cuando tenía dieciséis, lo malo es que con diecisiete la barriga se convirtió en una mocosa que no paraba de llorar.

Cuando entré, un par de cabezas sobresalía por los setos. Una pareja estaba sentada en un banco. La tía estaba buena, casi se me levanta. Con la navaja me puedo merendar a quien quiera. Menudos blandos son los de Valdepeñas. No hay cojones para plantarme cara. Y si me la plantan, me daba igual, porque me he pasado la mitad de mi puta vida practicando con la navaja cuando el cabrón de mi padre me sacó del colegio para ponerme con las ovejas. Pues se iban a enterar qué valía más si manejar la navaja o hincar los codos.

Pero los tórtolos no estaban de espaldas, sino ladeados mirándose a los ojos. Eso me estropeaba el trabajo. Me acerqué un poco por detrás de él, porque primero hay que ir por ellos para que no se pongan héroes, pero la cabrona me vio, comentó algo y él se giró. Yo di un salto hacia la maleza, intenté fingir que paseaba, pero se me notó. Se levantaron para irse.

Cuando Dios cierra una puerta, es porque se abre otra, me decía mi madre. Mientras salían, otra

pareja entraba en el parque. También estaba buenorra, un poco más bajita que la otra y él más cachas. Daba igual, una pareja se me había escapado; dos, no. Se sentaron en un banco. Di una vuelta de rastreo por si acaso, pero eran los únicos. Hasta me vino de puta madre que los primeros se mosquearan. Habría cuatro personas en el parque en vez de dos.

Se llamaba Mara Galeno, me enteré al día siguiente por los periódicos. Y él, Rafael. Pringados. Ella intentó ponerse chula cuando me reconoció. *Sé quién eres, el sobrino de la jefa de mi hermano.* La tía me lo soltó cuando ya les había sacado la navaja, les había obligado a ir hasta las vías del tren y pedido el dinero. Me estaba diciendo con su mirada *Te tenemos pillado, localizado.* Casi me entra la risa. A mí no me chulea nadie, y menos una tía. Muy bien, pues gracias, puta, me lo pones a huevo. Aún no te has enterado a qué he venido. Yo soy un hombre de pies a cabeza, iba a lo que iba.

Fue fácil asestarle los navajazos a él, lo cogí de sorpresa, ni defenderse pudo el pringado. Le di unos diez o doce muy rápidos, el tío sangraba como una oveja. Se apoyó en la valla y cayó. Ella se inclinó sobre el suelo para abrazar a su novio mientras chillaba que parase. Cómo chillaba. Pensé que nos iban a oír. En el parque ya no había nadie, pero el restaurante no estaba lejos. Cuando vio que no iba a parar, la puta se me dio la vuelta para salir corriendo. Corría como una liebre, la dejé un poco de ventaja para que se creyera que ganaba. Y luego la perseguí, la cacé y se la clavé bien en la espalda. Me la llevé del brazo como a un espantapájaros hacia las vías del tren, y la tiré sobre las piedras de los bordes de la vía. *Déjanos, por lo que más quieras,* murmuraba ella. Sí, como que los iba a dejar justo en ese momento. A esa hora ya no iba a pasar ningún tren. *Contigo tengo algo pendiente, puta.* Y le asesté otra puñalada por si acaso. Le quité las bragas, la falda y el cinturón y le rajé el resto de la ropa. Le hice lo que me dio la gana. No la penetré, yo no soy de esos, pero le metí el puño en la vagina cuando aún no estaba muerta. Y no veas qué alaridos. Que se enterara bien. Luego la rematé, estas putas son como la mala hierba, que resucitan cuanto menos te lo esperas.

Tan fácil que no me lo podía creer. Desde las vías vi que el parque seguía vacío. A ver cómo me las arreglaba para volver a casa sin que nadie me viera, la camiseta se me había manchado toda de sangre. Me la quité y envolví en ella la ropa que le había quitada a la chica, la navaja y la cartera del gilipollas en ella. Total, en junio no es tan raro un descamisado por la calle, pero si no me encontraba con nadie, mejor. Los sábados por lo noche la gente sale por la zona de los pubs al otro lado de la ciudad. Todos los borregos haciendo lo mismo y yendo a los mismos bares. Pude dar la vuelta al pueblo por los descampados y desde ahí tomar la calle para entrar en casa. La imbécil de la niña ya estaba dormida, y la Dani, como siempre, atocinada en el sofá, viendo la tele, con su barriga inmensa y su cara de apardalada.

Tenía la cara de estaca, supongo que por las hostias bien dada. Menos mal que yo había salido a mis asuntos, porque si no, la mato a ella. Y me hubieran pringado bien, buena es la Diana.

—¿Dónde has estado?

—Me tengo que ir. Me voy a ir a Fuerteventura con Eugenio y Roberto. Les voy a pedir trabajo. Tú y la niña os quedáis aquí, ya vendréis más adelante. La he cagado bien.

Y me senté en el sofá, me tapé los ojos con las manos como si llorara.

La Dani se asustó. La que llora siempre es ella, no yo.

—¿Qué te ha pasado?

Noté su voz bastante dulce. Había bajado la guardia.

—La he cagado pero bien. Estaba tan puteado con la ropa de la niña, el bebé que viene, el alquiler, todo... que me he cogido una navaja y me he ido a pillar a alguien con dinero al parque al

lado de las vías.

Noté que la Dani me pasó el brazo alrededor de los hombros.

—¿Por qué has hecho eso? Esto es un pueblo, te van a reconocer. Pero si tenemos suficiente.

La miré a los ojos.

—Me he cargado a una pareja, Daniela.

La Dani puso cara de terror.

—Se me fue todo de las manos. Les pedí el dinero, nada más que el dinero. No quería hacerles daño. Pero entonces la chica me reconoció. *Eres el sobrino de la jefa de mi hermano*, me dijo. Me quedé muerto. Entonces él se me abalanzó y me intentó quitar la navaja para matarme. Y, a partir de ahí, yo perdí el sentido, me encabroné y empecé a apuñalarlo. Te juro que no era yo, era como si estuviera poseído. No pude controlarme. Cuando él cayó al suelo, la chica salió corriendo. Y entonces fui a por ella y la apuñalé también. No sé cómo fue. Luego pensé en entregarme, en ir a la policía. Pero entonces me acordé de ti, de la niña y de la otra niña que vamos a tener. ¿En qué situación os iba a dejar? Solas, sin un puto duro y en pueblo donde la gente os va a odiar por mi culpa. Quiero conocer a mi hija. Estaba tan nervioso por la pelea de esta tarde que se me fue la olla.

Y empecé a llorar. Juro que lloraba de verdad.

—¿En qué me he convertido?, en un cabrón, en un asesino. ¿Qué hago? ¿Me entrego?

—No nos puedes dejar así —me dijo Daniela. Y empezó a sollozar—. Cómo me vas a dejar con una niña pequeña, sin trabajo, embarazada... La gente del pueblo se nos echará encima. Lo siento por los chicos, pero lo hecho, hecho está. No te entregues, por favor.

La Dani seguía sollozando.

—Te necesitamos, tus hijas, yo...

—Te juro que no quería hacerles daño. Ha sido, no sé, las discusiones de estos días. No quería pegarte, se me fue de las manos.

La Dani me abrazó y nos quedamos un rato largo en el sofá. Ya la tenía entregada. Estaba bien que me apoyara, pero tenía que pringar bien a la zorrilla. Menudas son, como para fiarte de ellas.

—Tienes que ayudarme. Lávame la camiseta ahora.

—Pero si he puesto la lavadora esta mañana.

—Da igual. Mete solo la camiseta, como si quieres poner una colcha.

Se levantó con lentitud, como una ballena, con su barriga inmensa y se dirigió a la cocina. Yo la seguí por si acaso. Metió también algunos trapos de cocina.

—Si me traes las cortinas del baño, aprovecho para lavarlas. Yo ya no me puedo subir a un taburete para sacarlas.

Y me fui al baño, pero a regañadientes. Las cosas de la casa las tiene que hacer ella. Se estaba aprovechando de mí por las circunstancias. Cogí una bolsa de plástico del armario y metí la ropa de la chica y la navaja. Lo dejé todo allí, quité las cortinas de la barra y las llevé a la cocina. Antes de meterlas miré para asegurarme de que la camiseta seguía allí, que no la había sacado mientras tanto. Luego me quité también las bermudas y el calzoncillo, y los metí.

La Dani puso el detergente y encendió la lavadora. Después de vestirme, le dije:

—Ahora me tienes que ayudar. Vamos al pozo del Vadillo, la finca abandonada.

—¿Ahora? Estoy muy cansada, tengo mucho sueño.

—Dani, no me jodas más. Hay una pareja que me vio merodear por el parque. ¿Y si me han reconocido? Yo no puedo ir con los huevos colgando por si vienen a registrar la casa mañana por la mañana o esta noche. Si me ven salir a estas horas solo, mañana soy un sospechoso. Pero si me ven salir con la mujer embarazada un sábado por la noche, es diferente, vamos de paseo.

—¿Qué hacemos con la niña? ¿Se la dejo a la vecina?

—Ni hablar, la dejamos aquí o nos la llevamos.

—Pues nos la llevamos en la sillita. Si llora y los vecinos se enteran de que no estamos, es peor. Cogí las llaves del coche y la bolsa.

Todo salió a pedir de boca. La niña protestó al principio, empezó a llorar y a dar por culo, pero luego se durmió. Fuimos hasta la finca del Vadillo, abandonada desde hacía tiempo. Echamos la navaja y la cartera del chico al pozo, y pusimos tablas encima del brocal. Cogí una piedra y, mientras la Dani y su barriga intentaban entrar en el coche, la metí en la bolsa de plástico. De vuelta a casa, paré el coche en el puente. La Dani me miraba apardalada, antes de que preguntara, salí y tiré la bolsa al Jabalón.

—Pero, ¿qué es eso que has tirado?

—Dani, no des más por culo. No me calientes.

Y se calló.

En poco tiempo ya estábamos en casa.

—Hazme la maleta. El lunes por la mañana me voy a Madrid y me planto en el aeropuerto. Me cojo el primer avión a las Palmas. No me metas la ropa de abrigo, allí no la voy a necesitar.

La Dani empezó a llorar como una descosida.

—¿No vas a estar aquí cuando nazca el bebé?

La abracé.

—No, de momento vendré a verte, gordi, pero no me puedo quedar. Ya veremos qué hacemos, si os venís las niñas y tú a Canarias. Lo vamos viendo.

Me alegré de tener una buena excusa para no estar en el puto parto. Ya sabía lo que venía detrás: llantos a las tantas de la noche, putos pañales, mocos, pediatra... Todo eso me lo ahorra. Que lo hiciera Diana, ya que tanto quería a su hermana. No me vendría mal tener un poco lejos a la Dani. Ahí en Valdepeñas todo el mundo sabía que yo tenía pareja, y de qué familia era. No había forma de ligar. Eran unos clasistas. Todos yendo el domingo a la iglesia, hablando de hacer la caridad. Pero luego prohibían a sus hijas ennoviarse con chicos como yo, de los que no tienen ni un puto duro. Allí en Canarias, me podría desfogar a gusto. Era distinto. Roberto me había dicho que se ligaba un montón trabajando de camarero.

—Buenos días. Son las nueve de la mañana, las ocho en Canarias. Bienvenidos al Boletín Informativo de La Voz de Valdepeñas. Hoy, lunes veintiuno de junio de mil novecientos noventa y tres, les saluda Juan Piquer, desde el control de sonido, y les informa Luis González.

Los cuerpos de dos vecinos de Valdepeñas, Rafael Fernández Delfín y Mara Galeno Melgar, fueron encontrados ayer domingo a las cinco de la tarde junto a las vías de tren. Ambos jóvenes presentan numerosas heridas de armas blancas. La joven, apareció desnuda y presenta signos de haber sufrido una agresión sexual.

Ambos fueron vistos por última vez el sábado diecinueve a las nueve y media de la noche cuando se dirigían al parque municipal. A las seis de la madrugada, el padre de Mara, Eduardo Galeno, llamó a la policía porque su hija aún no había llegado. Pero al no haber transcurrido el plazo legal para poner una denuncia por desaparición, cuarenta y ocho horas, no se comenzó la búsqueda. El domingo los amigos de la pareja realizaron un rastreo para buscarlos. Un trabajador de la Renfe encontró los cuerpos junto a las vías del tren a las cinco de la tarde y avisó a la policía.

Según las declaraciones de familiares y amigos, Rafael y Mara se iban a casar dentro de unos meses. Mara trabajaba de costurera en la fábrica Textil Exprés, y Rafael, en Valencia en una

empresa de aire acondicionado. Unos testigos han declarado que un individuo con unas bermudas vaqueras y una camiseta blanca estuvo merodeando por el parque municipal. Sus movimientos fueron tan extraños que decidieron abandonar el parque. A la salida se cruzaron con Rafael y Mara que entraban en ese momento.
La policía no descarta que haya más de una persona implicada en el asesinato.

—¡La muchacha ha aparecido violada y sin ropa! Con los pechos al aire y sin bragas. Toda la ropa desgarrada.

Me desperté de un sueño profundo. La Dani de pie junto a la cama, con la niña en brazos, estaba roja de indignación, le temblaban los labios. Miré el despertador de la mesilla, eran las nueve de la mañana. A las doce tenía que coger el tren a Madrid. El sol de finales de junio entraba a raudales por las rendijas de la persiana.

—Lo acabo de oír en la radio y en la tele. La encontró un trabajador. ¿La has tocado?

La Dani estaba delante de mí, ya vestida con ese puto chándal verde que siempre lleva puesto en la casa. Me levanté de un salto y le cerré la boca.

—Cállate, te van a oír. No digas eso delante de la niña. Ya tiene dos años, ¿no ves que empieza a entender?

—¿La tocaste o no la tocaste?

Seguía roja.

—Oye —le dije— cierra la boca ahora mismo o te cruzo la cara. Y no se te ocurra levantarme la voz.

—Pero, ¿la tocaste?

—No, no la toqué. ¿Cómo la voy a tocar? No paraba de pensar en ti y en la niña y en la otra niña que viene. Ya te he dicho que se me fue todo de las manos. Fui por dinero para poder darte a ti y a las niñas una vida mejor y mira cómo acabó todo. El puto dinero y el agobio. Vete a saber si el trabajador ese de los cojones, el que la encontró, aprovechó para darle un buen repaso a la chica antes de avisar a la policía. Le habrá dado un calentón al ver a la chavala tan disponible.

Me fui a la cocina y cogí leche del frigorífico. La Dani seguía detrás de mí con la niña en brazos con esa cara estaca que se le pone a la pobre cuando piensa que tiene razón.

—Pero dicen que la ropa la tiene desgarrada.

—Y dale. Yo solo los apuñale, no me enteraba de lo que hacía. Si alguien llegó después y sacó provecho, ya no puedo poner la mano sobre el fuego. A lo mejor hasta es mentira, una treta de la policía.

Me puse a beber la leche directamente del tetrabrik. Sé que eso le jodía, y para mí, más cómodo. Dejó a la niña en el suelo.

—Venga, vete al comedor —le dijo—. Lleva al osito que mamá va ahora a jugar contigo.

—Oye —le cogí la cara entre las manos—. Tienes que apoyarme en esto. Tenemos que dar una vida mejor a nuestras hijas. Si la policía se entera de que me has acompañado a tirar la navaja, también te meten en el trullo.

—¿A mí? —me dijo la Dani asustada—, yo no he hecho nada.

—Ya, pero para ellos eres mi cómplice. Tú irías un par de años al trullo. Y de las niñas, despídetete, te las quitan.

Ví la cara de terror de la Dani.

—Madre mía, en qué mierda me has metido.

—Shh, —la tranquilicé—. Aquí nadie te va a quitar a tus hijas. Nadie va a romper esta familia. Un poco de sacrificio, eso sí. Yo iré y vendré de Canarias a Valdepeñas, tú tendrás que ir al

paritorio con tu familia. En cuanto tengas la niña, vengo a visitarte. Miraremos qué se hace. Si venís después del parto o si vengo yo. Pero, tranquila. No le cuentes nada a nadie. Y mucho menos a la harpía de Diana, que esa se planta al día siguiente en la Guardia Civil. Yo sé lo que se hace.

La Dani se abrazaba a su barriga.

—Tú tranquila. Porque a un hombre se le vaya la cabeza una vez en la vida, no tiene por qué pagarlo para siempre. Y recuerda que, si me pillan a mí, también te pillan a ti, y nos quitan a las niñas. Ya no vuelves a verlas en tu puta vida. En cuanto te abras de piernas para parirla y la niña deje de chupar la teta, los servicios sociales se la llevan. Y a esa sí que ni la vas a ver. A los bebés los colocan enseguida.

La Dani se echó a llorar. No sé de dónde saca tantas lágrimas esta mujer, toda la vida llorando.

—Te voy a echar de menos.

—Y yo a ti. Termina mi maleta. De abrigo ponme solo dos jerséis finos, la cazadora vaquera y la ropa que me lavaste ayer por la noche.

Qué bien me venía irme, estaba harto de la Dani. Encendí la radio mientras me tomaba la leche. Las noticias decían que había sido un grupo de violadores. Rafael murió, seguramente, al defender a su novia de una violación, decía el periodista. Si supieran que él estaba moribundo y desangrándose mientras yo me trajinaba a la novia. La familia había decidido que los iban a enterrar juntos. Sí, pero el último hombre que ha estado con Mara en la tierra, el último que ha estado sobre ella soy yo y no el novio. Eso no me lo quita nadie, aunque les junten en las tumbas.

Ha sido todo un trajinar, el tren a Madrid, el aeropuerto y la llegada a las Palmas. Pero qué vida, vaya diferencia, playa, luz, calorcito, turistas... Y, sobre todo, vida sin la Dani y sin la niña. Roberto se ha enrollado, me ha encontrado una habitación en un piso compartido con unos albañiles, pero en cuanto pueda me voy solo, o ya me las agenciaré para buscarme chica con piso. Aquí las pibas son distintas, se las ve más predispuestas. No tienen esa pija de Valdepeñas. Las turistas se mueren por ligar. No les importa si has estado pastoreando desde los once años, si tu familia es así o asá, o si tú tienes estudios o no. La gente es como más feliz, sonrío más. Y ellas con el *Ay mi niña*, *Ay mi amor*, están que se derriten. Yo aquí de soltero, claro. Ya le he dicho a Eugenio y a Roberto que yo estoy soltero, que lo de la Dani y las niñas ni mu. *Eres un cabrón*, me ha dicho Eugenio muerto de risa. Sí, soy un cabrón, pero en Valdepeñas no me jalaba ni una rosca, la Dani me corta posibilidades.

Aquí es distinto. Vas por la calle y hasta te miran. Yo creo que más de una no se me ha abierto de piernas por decoro. La misma panadera, la tengo predispuesta. Las miradas que me echa mientras me dice *Ay mi amor*, *dime qué quieres*. Eso sí, tengo que controlar a la Dani, no sea que se vaya de la lengua. No tiene mucho cerebro, espero que nadie le tire de la lengua. De todos modos, ¿por qué le iban a preguntar? A lo mejor la Diana, que no me puede ni ver la muy puta.

PERIÓDICO LA INVESTIGACIÓN

23/06/93

La policía pide colaboración ciudadana por el doble crimen de los novios de Valdepeñas

La policía sigue investigando el doble crimen ocurrido la noche del sábado diecinueve de junio. Pide colaboración de cualquier persona que pueda dar información sobre esa noche y

garantiza discreción absoluta.

El pasado lunes la ciudad de Valdepeñas se despertó conmocionada por el trágico suceso. Los asesinos no robaron nada. La principal hipótesis es que el móvil del crimen fue sexual. Rafael era un gran deportista, practicaba atletismo, ciclismo y baloncesto. Se cree que lo acuchillaron primero por defender a su novia.

La hipótesis de que se trata de presos fugados de la prisión de Herrera de la Mancha ha sido desmentida. “No ha habido ninguna fuga”, ha confirmado el jefe de policía de Valdepeñas, “es un rumor sin fundamento”.

Rafael, de veinticuatro años, era el mayor de cuatro hermanos. Trabajaba en Valencia y compartía piso con su hermana, estudiante de psicología. Todos los fines de semana viajaba a Valdepeñas a la casa familiar y donde se encontraba con Mara.

Por su parte, Mara, de veinte años, era la cuarta de una familia formada por seis hermanos y trabajaba en la empresa Textil Exprés.

Ambas familias viven en el barrio de San Juan. La tradicional fiesta de hogueras que se celebra en este barrio para celebrar el solsticio de verano ha sido suspendida como muestra de apoyo a las familias.

CAPÍTULO III

Mi cuñado y yo nos odiamos recíprocamente y con devoción, pensaba Diana mientras colocaba el género. Había sido un castigo para su familia. En qué mala hora su hermana Daniela había empezado a salir con ese desgraciado. A partir de entonces, la vida de todos había sido horrorosa, como un cáncer tanto para Daniela como para ella y para su madre. De vez en cuando tenía que soportar la pulla de alguna clienta. El otro día vi a la pareja de tu hermana con otra en la bodega El Rosado.

Todo por la maldita vergüenza del embarazo. Cuando su madre se enteró de que Daniela estaba embarazada, nada menos que con dieciséis años, casi se pone enferma. *Que se case, gritaba por la casa, que él cumpla. No, mamá, le contestaba Diana, que no cumpla, por favor. Que no cumpla, es mejor una madre soltera que ese hombre en la familia.* Pero su madre que no, que ninguna mujer en la familia había tenido un hijo sola. *¿Qué iban a decir por Valdepeñas? Y Adrián lo mismo. Mejor sola, les decía Diana, ¿no lo entendéis? Ese hombre ya le ha puesto la mano encima, ya la ha zurrado varias veces. Cambiará, decía su madre, cambiará. Si tu hermana es hábil y sabe llevarlo bien, lo convertirá en un hombre distinto.*

Pero no, Daniela no sabía llevar bien a nadie. Solo tenía dieciséis años y él, diecinueve. ¿Cómo podía manejar una adolescente a esa fiera? Diana se sentía como Casandra, la hija del rey Príamo, adivinaba el futuro, sabía que ese hombre traería la desgracia a su familia y a su hermana, pero nadie le quería hacer caso.

Al final, su madre llamó a Antonia, la madre de su cuñado, para que su hijo cumpliera. Esta debió de hablar con él y llegó a una conclusión. *Se irán a vivir juntos, pero no se casarán, dijo Antonia. Daniela tenía que haber sido más precavida. Mi hijo cuidará de los de su sangre. Es un hombre de palabra.*

Diana vio cómo respiraba su madre, cómo respiraba su hermano Adrián, mientras ella se hundía en un pozo de negrura. ¿Cómo iban a irse a vivir juntos? Diana se asustaba de ver cómo toda una sociedad, su madre, la madre de él, su hermano, las amigas de Daniela se conchababan para un único fin: que una madre no diera a luz como una madre soltera sino junto al padre de su hijo, aunque fuera un maltratador.

Enseguida la familia se movió para conseguirle a él mejores trabajos: montador de cocinas, montador de pladur..., y enseguida encontraron un piso para alquilar. Daniela estaba contenta.

—No te vayas con él. Yo te ayudaré a sacar al bebé adelante —le decía Diana a su hermana.

Pero Daniela la miraba hasta con compasión.

—No tengo por qué sacarlo adelante sola. La niña tiene un padre y se va a hacer cargo de ella. Nos va a cuidar a ella y a mí.

—Pero si ya te ha pegado.

—Está cambiando, Diana. Sufrió mucho de pequeño, su padre le zurraba. Pero está mucho mejor ahora. Desde que está conmigo, por mi amor y mi cariño ha cambiado mucho. Conmigo ha sentado cabeza. No es lo que aparenta. Yo sí le conozco de verdad, Diana. Parece que es el más fuerte de la pareja, pero no puede vivir sin mí. Si yo le dejara, yo sé que haría una burrada. Nunca me haría daño.

Desgraciada la mujer que se cree redentora de un hombre, pensaba Diana mientras colocaba el género: el conjunto de camisa blanca y short, los vestidos lisos de varios colores... Le acaba de llegar más pedidos para el verano. Los otros ya los había vendido.

Ya llevaba dos años con la tienda, justo desde que su hermana Daniela se había ido a vivir con el impresentable. El negocio iba muy bien, aunque el horario la esclavizaba mucho. Podría permitirse contratar a una persona de confianza. Si Daniela no estuviera con ese individuo, la hubiera metido. Pero lo que le faltaba, el impresentable con una excusa para merodear en su negocio. Si ponía a Daniela a trabajar los sábados por la mañana, él se pasaría toda la mañana en la tienda, husmeando y vigilándola, y de paso sobando con la vista a las clientas.

Porque eso era lo insoportable, lo vigilada que estaba Daniela. No podía tomar café con su hermana sin que él estuviera informado. *Es muy celoso*, le decía su hermana. *Lo pasó tan mal de pequeño que no quiere que la persona que más quiere se le escape*. Y cuando su hermana decía esto, lo hacía con una media sonrisa, contenta de que él fuera así, contenta de que él la tuviera controlada.

Sí, pero él bien que se escapaba por las noches por Valdepeñas, un tira fichas que perseguía a toda falda que se encontrara por el camino. ¿Le decía o no a Daniela que era un golfo? Si se lo decía, no le iba a creer, cortarían la relación con ella. Porque eso era lo que él quería. Ya había conseguido que su hermana se enfadara con Adrián, se enfadara con su madre, se enfadara con el resto de primos y tíos de la familia y se enfadara con el grupo de amigas del instituto. Menos con ella, que tenía que andar con pies de plomo, en un año y medio había cortado todos los vínculos que unían a Daniela con el mundo: la familia, las amistades, los estudios... Porque Daniela había querido ser diseñadora de ropa. *Si me va bien con la tienda, entre mamá y yo te pagamos los estudios*, le había dicho. Pero no, eso se había quedado en nada. ¿Cómo iba a estudiar con una niña? ¿Cómo iba a sacar una carrera al lado de un hombre que la llamaba imbécil todos los días? Entre los estudios y el hombre, había escogido el hombre, la cama caliente y no tener que buscarse la vida.

—No me has firmado los albaranes de entrega, Diana.

La voz masculina que sonaba desde el umbral de la puerta la sacó de su ensimismamiento. Era Benito. Benito, demacrado, Benito torturado por sus propios pensamientos.

—Sí, perdona, pasa, pasa, se me ha pasado completamente. Con tanto abrir cajas, no he caído en la cuenta.

Fue repasando los albaranes. El nombre de su tienda, Ariadna, el CIF, la fecha de entrega, veinticinco de junio de mil novecientos noventa y tres..., todo estaba bien. El número de cajas, el contenido, diez blusas, quince pantalones, veinte faldas, veinte chalecos...

—Todo está perfecto, Benito.

Lo firmó y le puso el sello.

Pero cuando levantó la mirada y vio la tristeza de sus ojos, se dio cuenta de que no, de que no había nada perfecto. Estaban perfectos los albaranes, pero la vida seguía siendo imperfecta e injusta. Se hizo un silencio muy tenso.

—No quiero agobiarte. Si no quieres, no me contestes. Pero, ¿se sabe algo?

Benito movió la cabeza de un lado para otro negando.

—No, Diana, no se sabe nada. Me encuentro un poco mal. Debe de ser el calor.

—Ven —le dijo—. Te voy a enseñar mi santuario.

Diana lo cogió del brazo y lo llevó a la trastienda.

Le gustaba su tienda. Le gustaba hasta el nombre, Ariadna. Ese tropezón brusco que había que hacer al pronunciar la *d*. Parecía que obligaba a dar energía al nombre. No en vano era la diosa cretense que ayudaba a los mortales a entrar y salir del laberinto sin perderse, les daba energía para salir de los procesos confusos.

Además de la parte abierta al público, del cuarto de baño y del almacén, Diana contaba con una habitación muy pequeña con una ventana a un patio impoluto lleno de macetas. Estaba muy orgullosa del partido que había sacado a aquella habitación minúscula y de todo lo que había podido meter en ella: un pequeño rincón con su cafetera y su nevera, un pequeño sofá con una mesita justo al lado de la ventana, el atril donde ponía el libro que estaba leyendo, una lámpara de pie y su estantería llena de libros.

—Siéntate —le dijo mientras le señalaba el sofá—. Te puedo ofrecer desde un café, un té o una infusión hasta una coca cola o zumo. No tengo ni cerveza ni vino.

—Un zumo.

Diana sacó un par de zumos multifrutas, un par de vasos y posavasos.

—Espero que todo se resuelva de la mejor manera posible y cuánto antes. ¿Por qué no te tomas algunos días más de baja?

Sirvió los zumos en los vasos y se sentó junto a él.

—No puedo estar en casa. Prefiero salir.

Observó que Benito se bebió el zumo de golpe.

—Mara y Rafael se conocían por mí. Rafael era mi vecino y mi amigo antes de que se fuera a trabajar a Valencia. Y uno de los fines de semana que vino a ver a su familia a Valdepeñas vino a comer a casa y conoció a mi hermana Mara. Bueno, se conocían desde la niñez, pero Mara era un poco pequeña para él por entonces y no se fijó en ella. Pero, a partir de esa comida, se interesó por ella, empezó a llamarla y mira, de novios.

—Sé lo que estás pensando. No sigas por ahí, Benito, es solo una forma de hacerte daño.

Benito cogió el libro que había sobre la mesa de cristal y empezó a jugar con él.

—Si yo no lo hubiera invitado, no se habrían reencontrado y ni entrado en el parque juntos.

—Pero se conocieron, Benito. Piensa que fue el destino, no tú. Hubieran tomado contacto de otra manera, o a través de ti o a través de otra persona o de la casualidad. Igual Mara habría conocido a otro chico y habría entrado con él en el parque. No lo pienses, Benito.

—¿Crees de verdad que eso es el destino? ¿Crees que ir al parque en vez de ir a dar un paseo por otro lado estaba ya escrito? No paro de preguntármelo.

Diana se quedó muda. No sabía lo que era el destino. ¿Estaba su hermana destinada a convivir con un maltratador?, ¿era algo preparado antes de nacer? Porque su hermana tenía libertad de abandonarlo, pero no lo hacía. Y si Mara y Rafael no hubieran ido al parque, estarían vivos, aunque el destino se hubiera llevado a otra pareja. No sabía qué contestar. Por suerte, Benito debió de darse cuenta de su apuro y se fijó en el título del libro que estaba en el atril:

—*Mitología del vino, de los pozos y de las aguas subterráneas*. ¿Estás leyendo esto?

Diana se encogió de hombros.

—Sí, a pesar de su título tan poco atractivo es un libro muy interesante.

—Tienes muchos libros —le dijo mientras miraba a la estantería.

—Me gusta mucho leer. Me quedé con ganas de estudiar filología clásica. Pero como mi padre murió pronto, he tenido que ponerme a trabajar —bebió un poco de zumo—. Luego siempre pensé

que, si yo no podía estudiar, con una parte de lo que gano al menos podría mandar fuera a Daniela. Pero ya ves, no se puede vivir a través de nadie. Daniela se quedó embarazada pronto y ni siquiera acabó el instituto.

Benito la miró cabizbajo.

—Pero has puesto una tienda bien maja.

—Sí, la verdad es que funciona muy bien. No me quejo. Aunque es pequeña, entra mucha gente. En un año he pagado casi la mitad del crédito.

—¿De qué trata el libro?

—El título lo dice todo. Me lo compré porque aquí en Valdepeñas todos los niños nos hemos criado en torno a los pozos y a las cepas. ¿Nunca te has planteado qué simboliza el pozo? En algunas culturas el más allá está en el interior de la tierra, allí viven los dioses y el pozo es un canal que comunica los dos mundos. Como un pasillo vertical entre ambos.

Diana se quedó callada. Le hubiera gustado decirle que en otras culturas el interior de la tierra albergaba el mundo de los muertos, y el pozo era un canal que comunica los muertos con los vivos. Pero se calló. ¿Cómo hablar de la muerte a quien acababa de encontrar a su hermana asesinada?

—Cuando era pequeño, mi abuela siempre me decía que en cada pozo había un duende que lo vigilaba.

Diana sonrió.

—Sí, también habla de todo eso. De los duendes, de las ondinas... Nuestros antepasados le daban al agua un significado mágico. Con este libro, me he enterado de que los griegos consagraban las aguas de ríos, pozos y fuentes al dios Poseidón. Ha sido un descubrimiento, yo pensaba que solo se encargaba del agua del mar.

Benito abrió el libro al azar.

—¿Quieres otro zumo?

Asintió. Diana se levantó, abrió la nevera y sacó otro zumo. Mientras se lo servía se acordó de que el libro también hablaba de lo cabrón que era Poseidón. En un descuido había violado a la diosa tierra Deméter. Pero no, eso no se lo iba a comentar a Benito. Deméter, la diosa vulnerable violada. Mara, la hermana vulnerable, violada y asesinada.

—Nunca me he planteado lo del simbolismo de los pozos y del vino.

—Supongo que los valencianos estarán más conectados con otro tipo de símbolos, sobre todo con criaturas marinas. O los gallegos con los relacionados con el mar, los bosques y la lluvia. Y no te puedes imaginar la retahíla de significados que tiene el vino.

Se oyó un bocinazo en la calle

—Tengo la furgoneta en doble fila —otra vez se tomó el zumo de un solo trago—. Gracias, Diana.

Diana le acompañó hasta la puerta.

—Cuenta conmigo para la manifestación —le dijo.

Él salió de la tienda y Diana lo miró a través del cristal del escaparate. Benito se alejaba con una silueta cabizbaja. Lo vio entrar en la furgoneta de la fábrica. La misma fábrica donde había trabajado hasta su muerte su hermana Mara de costurera. Probablemente la mano de Mara había tocado el género que tenía ahora ella en la tienda. Habría encajado puños o repasado camisas. Vio cómo cerraba la puerta de la furgoneta y arrancaba.

Mientras se alejaba, pensó en Daniela y en su destino cerrado. Ya con dieciocho años con una niña y otra en camino. Con un hombre que le controlaba todo. Le prohibía cualquier actividad donde él no pudiera o no quisiera participar. No le dejaba ninguna faceta de su vida, ningún acto

solitario como era la lectura. Aprovecharía ese momento entre la llegada de los proveedores a las de las clientas para llamarla.

Cómo podía Daniela haber acabado con un hombre así. Daniela, su hermana pequeña con la que ella había jugado, a la que había cuidado tanto. Esos dos últimos años en los que había estado con el impresentable habían sido una pesadilla para ella y para toda su familia. Marcó su número de teléfono.

—¿Cómo estás?

—Tengo molestias. Un poco saturada y con las piernas hinchadas. He pedido hora en el ambulatorio.

—¿Vas a ir sola o acompañada? ¿Te acompaña el impresentable?

—Te he dicho que no lo llames así. A veces está escuchando mi conversación y te oye.

—¿Y qué hace escuchando una conversación privada entre tú y yo? No sé cómo se lo permites. ¿Te está escuchando ahora?

—No, se ha ido.

—¿Al bar? ¿No entra hoy más tarde?

—No, ha dejado el trabajo del bar.

—Madre mía, ¿y de qué vais a vivir?

—Diana, mientras él viva, no le va a faltar de nada a mis hijas. Sabes que él es un hombre de palabra, un cumplidor.

—Ya.

—Se ha ido a Canarias. Eugenio le ha ofrecido un trabajo en el restaurante.

—¿A Canarias?

Diana le iba a preguntar por qué no se habían ido ella y la niña con él, pero se mordió la lengua.

Qué raro, pensaba Diana, mi cuñado se ha ido a Canarias, ¿será para siempre? Ojalá. Ojalá se quedara para siempre ahí, ojalá no volviera nunca a Valdepeñas.

—Pero, ¿os habéis separado?

—No nos hemos separado, Diana. Cuando nazca la niña, yo iré para allá.

A Diana le dio un bajón. Allí en Canarias podría pegar guantazos a su hermana y a sus sobrinas sin que la familia se enterara. Pero aún tenía tiempo, podría convencerla para que lo dejara.

—¿Qué va a pasar en el parto? ¿Vendrá?

—No lo sé.

—Yo estaré contigo, Daniela.

Me gusta mi hermano Eugenio, como pone firme a todo el mundo. Es un tío legal, sabe defender su territorio. Aunque tiene un humor de perros. Yo menos mal que sé trajinármelo. Pega un grito y no respiran ni las moscas, todas las chicas tiemblan. Y el restaurante está impoluto. En la cocina te ves reflejado en la mesa de trabajo, hasta te podrías afeitar. Hay que limpiarlo todo después de cada jornada, la freidora, el horno, las alacenas... Y luego, la parte del público cómo lo tiene, madre mía. Siempre un adorno en el centro de la mesa, por el día flores, por la noche velas... Lo revisa todo él mismo, desde las servilletas y la comida que le traen los proveedores hasta los billetes de la caja.

Es un hombre que ha triunfado. Se largó de casa y le ha ido bien. Dice que todo se lo ha ganado él, pero para mí que le han ayudado los suegros. Uno no pone un restaurante de la nada. Con créditos, me ha dicho, aún los está pagando. Sí, pero alguien le habrá avalado. Es listo y su mujer es una chica bien, se le nota. Blanca tiene clase. Nunca se la ve demasiado escotada ni con tirantes ni con pantalones cortos. Se le nota que tiene buen tipo, eso sí. Le sienta bien la ropa ceñida, pero nunca

se le verá con una talla más pequeña de lo que le toca, como hacen todas aquí. Es toda una señora. Eugenio le debe de controlar la ropa. Ni una minifalda ni un short. Eso sí, falda por encima de la rodilla, bermudas, en su punto todo. Ni parece una furcia ni parece una monja y eso es difícil. Y educada y amable, siempre dócil y complaciente. Eugenio lo ha sabido hacer. Siempre tuvo un carácter muy fuerte. Cómo se peleaba con padre. Me acuerdo del día que se zumbaron los dos en el gallinero. Fue el primero que le plantó cara. Luego se fue, pero primero le puso un ojo morado a padre. *Ya volverás*, le dijo padre, *suplicando que te dé comida*. *No volveré a poner los pies en esta casa hasta que tú salgas con los pies por delante*, le dijo. Oye, y así ha sido. El tío se vino a Canarias y puso su restaurante. Y padre ahora está criando malvas.

Antes de comenzar mi turno a las once, siempre me tomo un desayuno con Eugenio. Es muy buena gente. Me ha dicho que, desde que he llegado, ha recuperado a un hermano. *Con las hostias que nos daba padre, no nos podíamos relacionar entre nosotros*. Y ha dicho que todos los días vamos a desayunar los tres hermanos juntos para recuperar el tiempo perdido de la niñez. Hoy libra Roberto. Desde la mesita se ve el mar, las sombrillas, los bañistas, los barcos y nos llega la brisa. Qué placer, qué diferencia con Valdepeñas.

—¿Por qué se te ocurrió lo de Canarias? —le pregunto después de saludar y de echarme la leche en la taza— si no conocías a nadie.

—Porque no se parece nada —me dice— y porque es uno de los lugares de España que más lejos está de Valdepeñas. ¿Has visto la luz que hay aquí, la vida que llevamos? No tiene nada que ver con la tierra marrón, el paisaje aburrido y llano, la austeridad... Esto es vida. Te levantas por las mañanas, sea invierno o verano, y te puedes meter en el agua. Yo la mayoría de los días no lo hago porque no tengo tiempo. Pero esto no tiene nada que ver con nuestra tierra. Valdepeñas son las fincas pequeñas, los pozos, la gente provinciana, las palizas de padre, trabajo en la tierra sin sueldo durante horas y durante años... Y esto es el mar, el sol brillando, la gente alegre y amable, el negocio prosperando, los turistas que vienen y van... Trabajas doce horas al día y recoges los frutos, puedes poner tu propio negocio. Allí yo no iba a ningún sitio, todo el día en la finca de padre. Creo que nunca volveré a poner los pies en la finca. Me trae muy malos recuerdos. Mis hijos, desde luego, están teniendo otra infancia. Si algún día vamos por ahí y quieren conocer a su abuela, me parece bien. Pero que ella vaya al pueblo a verlos, mis hijos no tienen que ir a esa finca. Si por mí fuera, por Valdepeñas no volvería en la vida. Blanca dice que quiere que los niños conozcan a la familia, que tengan más relación con la abuela y los primos. Iremos, pero una semana y a regañadientes. Y a un hotel, yo en la finca no duermo.

—Mira que eres, madre es un cacho de pan.

—Padre me pegaba palizas y ella no decía ni mu. No era un cacho de pan. Traía hijos al mundo para que los zumbara su marido.

—También le cascaba a ella.

—Sí, y cuando cascaba a sus hijos, no le cascaba a ella. Para eso traía hijos al mundo, para que le hiciéramos de parachoques.

—Conmigo madre siempre se ha portado bien. Cuando padre me llevó a pastorear, ella venía a verme y a traerme la comida. Estaba destrozada.

—Destrozada, pero nunca se separó de él ni lo denunció.

—Madre era una señora, nunca denunció a padre. Seguro que ni se le pasó por la cabeza. Y padre nos casaría a todos, pero a la hora de la verdad, cumplía como un hombre. Para comer nunca nos faltaba.

—Nunca nos faltaba porque, en cuanto crecíamos un poco, nos ponía de peones. No sé cómo puedes decir eso, a ti que te puso de pastor a los once años. Padre era un cabrón, un chulo, nos daba de comer y el resto se lo gastaba en putas.

—Sí, pero padre nunca se separó de madre, nunca nos abandonó.

—¿Para qué quería separarse? Tenía a la mujer que le cocinaba y a los hijos que, en cuanto crecíamos un poco, nos explotaba. Si me hubiera quedado con él, habría estado trabajando la tierra durante años sin seguridad social, sin cobrar, sin nada. Y cuando quería, le ponía los cuernos a madre, se trincaba una puta y volvía a casa. Y a madre no le importaba que le pusiera los cuernos, con tal de que volviera con ella, con la mujer legítima, le daba igual.

—Eso no son cuernos. Lo de pagar a una puta una sola vez para echar un polvo no son cuernos.

—Ah, no, ¿cómo lo llamas tú?

—Eso es distinto. No es lo mismo tontear con una y tener una historia que echar un polvo con una desconocida. Para mí, eso no son cuernos.

—Pregúntale a Daniela si le parecen o no cuernos —me dice mientras le da un sorbo al zumo de naranja.

—¿Qué más da? Yo alguna vez me he desfogado, eso lo sabe ella.

—¿Lo sabe ella? Joder, si yo me presento un día y le digo a Blanca que me he ido con una puta, me la arma.

—¿Te la arma? ¿No eres tú el que llevas los pantalones?

—Déjate de pantalones o no pantalones. Si le digo que le he puesto los cuernos con una puta, mi matrimonio no dura más de un mes.

—Pero eso no son cuernos, cuando la Dani estaba embarazada los últimos meses yo no me quería desfogar con ella, me busqué una puta y ella lo entendió. Al principio se ponía un poco cabrona, pero acabó aceptándolo. En parte era por el bien de ella.

—No sé yo. Desde luego no todas las mujeres son como Daniela.

Esa mañana la tienda estaba luminosa. A pesar del calor a Diana le gustaba el mes de julio, sobre todo al principio. El sol entraba por el escaparate dando a todo un halo dorado. Tenía el aire acondicionado no muy alto para que las clientas se sintieran a gusto si se tenían que probar ropa. Ese día había colocado el cartel de *Rebajas* en el escaparate. Su tienda estaba en la calle principal, la Avenida de la Vendimia, justo enfrente del bulevar ajardinado donde las cafeterías y bodegas colocaban sus terrazas. De manera que todo el que se sentaba en una mesa o en un taburete de bodega podía divisar el escaparate de su tienda. Estaba muy orgullosa de lo que había conseguido; de haber comprado el local con tan poco dinero y tan pocos recursos; de haberse convertido en una de las tiendas de ropa más bonitas de Valdepeñas, pequeña, pero una boutique de referencia. Se lo tenía ganado, su esfuerzo le había costado. Para eso se pegaba sus palizas para visitar a los mayoristas de Madrid y de Ciudad Real y para ir directamente a las fábricas y elegir ella misma la ropa. Nada de catálogo, ella iba a ver lo que tenían personalmente, a tocarlo todo, a ver cómo era en realidad. Menudos madrugones se pegaba.

Las clientas entraban, miraban, tocaban, se probaban y compraban. Diana se sentía llena de un nerviosismo próspero, de ese nerviosismo que le producía tener que atender a varias personas a la vez, y de que, sobre todo, su ropa gustara tanto.

En ese momento, ella se encontraba en el centro de la tienda. Una clienta se acababa de probar un traje de color rojo y le estaba colocando unos alfileres para acortarle los tirantes. Otras miraban la ropa en las prendas y en los cinturones.

—¿Es el precio de la etiqueta? —preguntó una.

—Tiene una rebaja del treinta por ciento. Ya está marcado.

Ella prefería pasarse una noche entera poniendo precios nuevos a cada artículo en vez de que las clientas se equivocaran. En ese momento entraron dos señoras.

—Buenos días.

Ella les sonrió y les devolvió el saludo. Una de ellas la conocía bien, Brígida, le compraba bastante ropa para sus hijas adolescentes.

—Ha sido horroroso, Marina —las palabras de Brígida se oyeron por toda la tienda—. Las familias están destrozadas. De un día para otro les ha cambiado la vida completamente.

Diana puso alfileres en el otro tirante. El pequeño bullicio se esfumó. Una energía extraña cayó sobre la tienda.

—Y no se sabe nada. Han mirado en las uñas de los dos, pero no se defendieron. Por eso deducen que les atacaron por sorpresa. Ella tenía puñaladas en la espalda, debió de intentar huir.

—Sí, con lo tranquila que ha sido siempre Valdepeñas, un lugar tan seguro.

—Eso ha sido gente de fuera. Si no ocurre nada, y un fin de semana pasa, eso son forasteros que vinieron a la discoteca o a algún pub.

O alguien de aquí, pensó Diana. No quiso decir nada a Brígida, al fin y al cabo, no quería llevar la contraria a sus clientas, pero no veía mucha diferencia entre Valdepeñas y el resto del mundo. Su mismo cuñado era un delincuente, un maltratador y había nacido ahí. Desde que habían aparecido los novios muertos, ella guardaba un palo de hockey detrás del mostrador. Al fin y al cabo, a los novios les habían atacado a las nueve y pico de la noche, y no de madrugada como todo el mundo había creído al principio. Para matar a alguien no hacía falta que fuera de madrugada. La hora que más miedo le daba estar sola en la tienda era en verano a las cinco o seis de la tarde, cuando apenas había gente en la calle.

—Yo les he prohibido a mis hijas que vayan a los parques —siguió hablando Brígida—. *Siempre tenéis que ir por el centro de la ciudad, por donde haya mucha gente y en grupo*, les he dicho. Hasta que no se descubra quiénes lo han hecho, ya lo de pasear por un parque con una amiga o un amigo se ha acabado.

Valdepeñas había caído en una especie de psicosis colectiva. Rafael y Mara no habían hecho nada fuera de lo normal. No habían muerto en carretera por ir a doscientos por hora; no se habían metido en problemas de drogas porque no consumían; no habían sido sorprendidos en un lugar oscuro y alejado. Rafael y Mara eran dos chicos muy normales que habían hecho algo muy normal, pasear un sábado de junio a las nueve de la noche por un parque mientras tomaban un helado y por ello habían acabado asesinados. Eso era lo peor que se llevaba en Valdepeñas. No solo el dolor de la muerte de ambos agravado aún más por lo de Mara, sino que algo tan cotidiano, que todo el mundo había hecho varias veces en su vida, hubiera sido la causa del asesinato. Todos eran víctimas potenciales de lo que les había ocurrido a los novios.

Diana terminó de poner el alfiler en el otro tirante y le dijo:

—Ya te puedes cambiar. Quítate el vestido con mucho cuidado para no pincharte, procura que se te muevan los alfileres. Te queda fenomenal, vaya tipazo que te hace. Qué diferencia con el año pasado.

La clienta sonrió satisfecha.

—Sí, he hecho un régimen durante cinco meses y se me nota.

—Enhorabuena, no a todo el mundo le luce tanto.

Diana se puso detrás del mostrador por si alguien le quisiera preguntar, pero las dos señoras que habían entrado las últimas estaban mirando los pantalones de colores.

—Hemos encargado a Paloma que nos traiga varios espráis de Madrid —decía la amiga de Brígida mientras hundía la mirada por las perchas—. No sabemos si es legal o no llevarlos en el bolso, pero yo voy más tranquila. ¿Quieres que te traigamos alguno para ti?

—Sí —le contestó Brígida— yo también quiero, sobre todo por mis hijas. Que me traiga tres.

—Pobres chicos, unos tortolitos que se iban a casar y de repente aparecen muertos.

A Diana le pareció que el halo dorado que caía sobre el suelo se había vuelto más oscuro. La excitación próspera que le había dominado hasta hacía un rato se convirtió en un pequeño nudo en el estómago. Los nombres de Rafael y Mara se le reduplicaban en el cerebro. ¿Y si les decía a las clientas que los pantalones venían de la fábrica de Mara, que a lo mejor los había hecho ella? ¿Qué pasarías si les decía que la energía de Mara estaba en muchas prendas de su tienda? Pero le pareció de mal gusto, seguro que no entenderían sus comentarios.

La mujer que había entrado en el vestidor salió vestida con su ropa y le entregó el vestido a Diana.

—Toma.

—Muy bien. Me lo tienes que abonar o dejar una señal antes de llevarlo al taller.

La cliente abrió el bolso y sacó la cartera para pagar. Después se despidió y cuando abrió la puerta para salir, Diana vio pasar por la avenida un coche de policía.

—Esperemos que los cojan pronto —dijo Brígida mientras rebuscaba entre las perchas—. Mañana ya les entregan los cuerpos y el miércoles que viene es el funeral. Yo, desde luego, voy a ir. No los conozco mucho, pero para expresar mi apoyo a la familia.

—Yo también voy a ir. La manifestación es este domingo. Creo que va a ir toda Valdepeñas.

PERIÓDICO LA PRECISIÓN

5/07/93

Más de 5.000 vecinos pidieron justicia en Valdepeñas por el asesinato de los novios

Ayer, domingo 4 de julio, más de cinco mil personas se manifestaron en Valdepeñas para pedir justicia por los asesinatos de Mara y Rafael. La manifestación comenzó en el barrio de San Juan y terminó en la Plaza de España. La encabezaba el padre de Mara, Eduardo Galeano, y el de Rafael, Tomás Fernández. Entre los dos portaban una pancarta en la que se podía leer: "Queremos justicia para Mara y Rafael". La manifestación se desarrolló en un asombroso silencio. Los cinco mil vecinos permanecieron callados mientras recorrían las calles como protesta por el horrible crimen. En la Plaza de España, una de las amigas de Mara, Leticia Peñas, leyó un manifiesto en la que condenó los asesinatos y pidió justicia. La manifestación terminó con un aplauso unánime por las víctimas y un minuto de silencio.

PÍTULO IV

Esto es vida. Salir de casa e ir al trabajo por el paseo marítimo es un gusto. La verdad es que me mato a trabajar en la cocina, Roberto me está enseñando a cocinar. Pero luego sales y siempre está soleado y lleno de turistas. Las mujeres van destapadas, que si short, que si minifaldas, que si escotes, que si trajes ceñidos... Y eso cuando no están en bikini. Si lo llego a saber, dejo a la Dani y me vengo antes. Y así me hubiera ahorrado la segunda hija, que manda cojones, a quién se le ocurre quedarse embarazada. *Pues si viene otra niña, la cuidas tú*, le dije. *Si es a ti a quien le gustan los niños, te encargas tú de ellos. Ya está bien. Luego soy yo el que tiene que poner el pan sobre la mesa y llenarte la nevera.*

Es un gusto cuando voy andando del apartamento al trabajo y ya me veo a las primeras bañistas en bikini. Me entran ganas de merendármelas a todas. Yo en el mar no me meto, nunca me ha gustado eso de meterme en el agua y más aún salada, te pica todo el cuerpo cuando sales. Pero el bañador me lo pongo para hacer footing, madre mía, cómo miran. Me recorro la playa de arriba abajo, de abajo arriba. Y sin camiseta, para algo me cuido. No como la Dani que está todo el día comiendo. El otro día me paré al lado de dos extranjeras que me estaban mirando con ganas de juega. Les empecé a hablar, pero las gilipollas se fueron. ¿Para qué me miraban entonces? Buenas son las mujeres. Si pillo alguna aquí, no soltaré a la Dani hasta que esté seguro. No soy gilipollas. No tienen raciocinio las pobres, van como el viento. Un día les gustas, y otro te miran como si no te conocieran.

Luego llamaré a la Dani. Todo el rato está dando el coñazo que, si cuándo vuelvo, que por qué no viene ella. Desde luego, por mucho que me diga la Dani, yo no vuelvo a Valdepeñas. Que si se quiere venir aquí. Aquí no se viene, ni de coña. Solo falta que se me plante con las dos mocosas. Yo aquí mi footing, mis chicas, que si las camareras, que si las turistas... Hala, le envío dinero y ya está. No es mucho, pero si no le envío, me lo acabará pidiendo a través de los tribunales, menuda es la Diana. Me tendrían bien pillado con la nómina. Y, además, así la tengo con la boca cerrada. No me viene mal ir por ahí unas tres veces al año y cuidar de lo que es mío. Tengo esa habilidad, entretener siempre a la que tengo aquí, y que no se me vaya la que tengo en el continente. Ahí están Roberto y Eugenio desayunando en la mesa puesta para los tres hermanos.

—Buenos días —les digo mientras me siento.

—Buenos días —contesta Eugenio.

—Buenas —dice Roberto. Tiene *El país* en la mano mientras se toma la taza de café.

—Hoy viene una noticia del asesinato de los novios.

Casi se me sale el corazón del pecho, espero que no se me note. Mientras me sirvo leche en el vaso, les digo:

—Pásamelo cuando acabes, ¿los han encontrado?

—No se sabe nada —dice Roberto—. No sé cómo lo hicieron los cabrones que dejaron todo limpio. Yo creo que las familias de vez en cuando llaman a los periódicos para que la policía no cierre el caso. Pobre gente. Era una pareja maja, se iban a casar. Yo no me acuerdo de ellos. Ya han pasado tres años y no se sabe absolutamente nada.

—¿Tú los conocías?

Me sobresalto un poco con la pregunta de Eugenio y cuando este fija la mirada en mí. Casi se me cae el vaso de leche que bebo.

—Sí, conocía de vista a Mara. Su hermano trabajaba en la tienda de cocinas de la tía Puri. Estaba buena, pero era una borde y una desagradable. Una tía bastante rancia.

—Sí, pero eso no es razón para que maten a nadie —me dice Eugenio mientras unta con mantequilla un cruasán—. Los asesinos se cebaron con ella. Si le ocurre eso a alguna de mis hijas, acabo en el cuartelillo. Estoy ahí todos los días dando caña a la policía para que investigue. Y en cuanto me enterara de quiénes eran, no iban a respirar el resto de sus vidas. Al trullo los mandaba a todos, eso si no me los cargaba yo mismo antes.

—A lo mejor es uno, no tiene por qué ser varios —les digo.

—Rafael, según los periódicos, estaba cachas. Hacía mucho deporte, estaba en forma. Me extraña que solo un tío lo tumbara.

—Pero podría ser uno, Roberto. El otro podría ser más fuerte o más listo y rápido. Puede ser un asesino con cabeza. Mira, no dejó ni rastro. Por ahí andará el tío riéndose de todos.

—Vaya cabrón.

—Fíjate los policías, tanto estudiar tanto estudiar. Pues no sé en qué se les ha notado.

—Pero, ¿cómo se puede asesinar a dos personas y no dejar rastro? Nadie los vio, no se encontró el arma del crimen, no había nada en la escena del crimen —Eugenio se lleva el cruasán a la boca después de sus conclusiones.

—Pasa lo que pasa. Que habrá nacido listo el cabrón —les digo—. Hay gente que es muy inteligente, mucho más que toda la policía y la guardia civil juntas.

Y me gustaría decirles: *Vuestro hermano, el que nunca estudió, es la hostia. ¿Se lo digo? Mejor me callo.*

Se me está pasando la mañana rápida, me he puesto a cantar en la cocina.

—Estás contento hoy —me dice Roberto—. Vas a traer la lluvia en Fuerteventura.

Pues sí, estoy contento. Todo el mundo en jaque, todos los periódicos nacionales e internacionales. Y en tres años no se ha descubierto nada. Me gustaría ir a la tumba de padre, darle un par de hostias para traerlo del más allá un momento y decirle: *Tú que toda la vida me llamaste imbécil, tonto e inútil, mira lo que he hecho. Ni la Guardia Civil, ni la Policía ni nadie saben lo que yo he hecho. Excepto la Dani, claro, porque se lo dije yo, si no, ni se entera. No me han cazado. A ver ahora quiénes son los imbéciles, esos que llevan uniforme verde y azul o yo. A ver ahora si tu noveno hijo es tan descerebrado como tú creías.*

Diana ya había limpiado la tienda, colocado el género, hecho las cuentas y atendido a clientas. Era un día un poco raro, había entrado poca gente. Ya tenía preparada la nueva colección de primavera. La Semana Santa ese año caía a principios de abril. Por tanto, la gente empezaría a comprar a lo largo de ese mes de marzo. Se sentó en el taburete que tenía detrás del mostrador. A veces se cansaba de las pullas que le echaban algunas personas. El día anterior había entrado una chica de otra tienda, la de las fotografías, y al verla sentada y leyendo le había dicho: *¿Estás sentada y leyendo? A mí mi jefe no me deja sentarme, dice que produce mal efecto.*

La respuesta de ella no se hizo esperar. Como un cuchillo, pero eso sí, con una sonrisa, le había contestado: *Bueno, por eso soy mi propia jefa, para poder sentarme en los ratos en los que no entra nadie.*

Ya estaba bien. Una cosa era ser amable y otra muy distinta que la gente viniera a contar su opinión o a proyectar sus frustraciones.

Los años pasaban sin darse cuenta. Ya era mil novecientos noventa y seis, llevaba casi cinco años con la tienda, y a veces se preguntaba si aguantaría el resto de su vida las tonterías de la gente.

Todo había ido bien desde el principio, pero empezaba a aburrirse un poco. ¿Se pasaría toda la vida allí? No le terminaba de llenar ese trabajo.

Su cuñado ya llevaba tres años en Canarias, pero no dejaba a Daniela. ¿La soltaría o no? Era como el perro del hortelano, ni comía ni dejaba comer. No dejaba que Daniela fuera a verlo a Canarias, pero tampoco él se separaba.

A veces le entraban ganas de coger una margarita y de preguntar, en vez del clásico me quiere no me quiere, si se iban a separar o no se iban a separar. Porque eso sí, el mes de vacaciones y los días que tenía libres por haber trabajado en los puentes, bien que se presentaba en Valdepeñas a zurrarla y a dejarla bien calentita. Que si se la había pegado con el pescadero. Menudo era, la tenía cogida con el pescadero.

Cómo podía una mujer aguantar tanto, se preguntaba Diana. ¿Quizá porque no tenía dinero? ¿Quizá porque no tenía autoestima? No entendía nada, su hermana y ella se habían criado en la misma casa, habían tenido los mismos padres, tuvieron las mismas oportunidades. Incluso Daniela más porque ella misma se había ofrecido a pagarle los estudios, algo que no había podido hacer para sí misma. Y había llegado un hombre lobo, un depredador y todo ese posible destino benigno que hubiera podido tener Daniela lo había devorado. Diana hizo unos garabatos de un bebé sobre uno de los papeles del mostrador. Esa niña que había venido al mundo cuando ella tenía siete años. A los ocho su madre le enseñó a cambiarle los pañales, y ya la podía coger en brazos. Su juguete, su niña. No había habido ningún regalo mejor que el que le hicieron sus padres, el bebé que trajeron al mundo. Quizá por eso el depredador no había podido acabar con ese vínculo, pensó mientras pintarrajeaba las sábanas del bebé. Había acabado con casi todas las relaciones en la vida de Daniela, la madre, el hermano, las amigas... pero con el vínculo de ella no había podido. *Eres un grano en el culo*, le había chillado él varias veces. *Sí*, le había contestado ella, *pero viniendo de tu boca eso es todo un elogio*.

Daniela no era más que una niña con cuerpo de mujer, una niña que ya tenía dos niñas, una niña asustada. *Sepárate*, le había dicho Diana numerosas veces, sobre todo después de alguna paliza.

—Si lo dejas, me mata.

—No te mata.

—Pero matará a mis hijas, me lo ha dicho. Si me separo, tendrá derecho a verlas y las matará, me lo ha dicho.

¿Hasta cuando iban a durar las palizas? Ya habían pasado tres años desde que él se había ido. Con un poco de suerte podría encontrar una mujer en Canarias y se olvidaría de Daniela para siempre.

—¿Dani? ¿Cómo está mi chica?

—Tu chica está enfadada contigo, solo me llamas una vez a la semana. Y llevamos así casi cinco años.

—Ya te he dicho que en el trabajo no te puedo ni llamar ni recibir llamadas. Nos han dado un toque a todos.

—Pero trabajas con tu hermano, es un negocio familiar.

—Da igual, a mí me exige más por ser familia. No sabes la que hemos tenido con el carnaval, acaba de terminar. El restaurante está todo el día lleno, Eugenio ha tenido que contratar a dos camareros más. No tenemos tiempo ni para respirar. No quiere llamadas en el restaurante.

—¿Por qué no te compras un móvil?

—Y dale, ya te he dicho que no me gusta la moda de los móviles, me parece una pijada. Y, además, son muy caros. O te pago la comida o te pago la cuenta del móvil.

—Hay una oferta para parejas, si nos llamamos entre nosotros...

—Dani, no me des por culo.

—¿Y por qué no podemos vivir allí contigo?

—Porque las casas son caras, el agua es cara, la vida es cara y con lo que trabajo no llegamos para vivir aquí. Además, yo quiero volver a Valdepeñas. ¿Para qué voy a hacerte venir, matricular a las niñas en un cole, estar seis meses y volver?

—Eso me lo llevas diciendo ya cinco años, desde junio de mil novecientos noventa y tres, y ya estamos en marzo de mil novecientos noventa y ocho. Dime la verdad, ¿no estarás saliendo con otra?

—Que no, Dani, no me des por culo. Ya te he dicho que no me gustan las canarias, son siesas y son lentas. No tienen chispa, no son expresivas.

—¿No puedo ni ir a visitarte?

—¿Y pagar tres billetes? Si te los paga tu madre o Diana de puta madre.

—Pues algo tendremos que hacer.

—Mantener la boca cerrada si no quieres que te falte nada.

—Con lo que te gastas en llamarme desde la cabina, igual pagamos la cuenta de un móvil durante un mes.

—Oye, ¿se sigue hablando de los novios en Valdepeñas?

—Sí, pero nadie sabe nada. Todo el mundo piensa que fue una pandilla. Uno de los hermanos de la muchacha, Benito, está deprimido. Era el íntimo amigo de Rafael. La gente dice que se siente culpable. Si no los hubiera presentado, no se hubieran hecho novios y no hubieran muerto.

—La gente se monta los cuentos que le sale de los cojones. En Valdepeñas todo el mundo se conoce. Si le gustaba la Mara, hubiera ido a por ella, con hermano o sin hermano. O si fue la chica la que se enchochó con él, no necesitaba ningún hermano. ¿Qué más se cuenta la gente? ¿Ha habido alguna noticia en los periódicos de Valdepeñas?

—No, el otro día los de la Cadena Ser estuvieron hablando, hicieron una tertulia con un psiquiatra. Yo estuve bastante atenta. Dijeron que, si alguien sabía algo, les llamaran para que dijeran todo lo que recordaran de esa noche.

—Putá radio.

—Pero de eso hace dos semanas.

—¿Y Diana? ¿Te ha preguntado algo de esa noche?

—¿Qué me va a preguntar? Si ya han pasado cinco años. Si no me preguntó entonces, ahora menos. Ella dice lo de todo el mundo, quién habrá sido, pobre Mara y Rafael, pobres familias...

—Pobres familias, yo lo siento por ellas, pero a mí se me fue la situación. Tú ten la boca cerrada, si no, ya sabes, te quedas sin marido, sin niñas y te pasas algunos meses en el trullo.

—Yo no voy a decir nada a nadie —me dice toda exaltada—. No sé por qué dices eso. Nunca te he fallado, ninguna mujer haría lo que yo he hecho por ti. No me valoras nada. Sabes que puedes confiar en mí, no necesitas recordarme nada más. ¿No te fías de mí? Yo tengo que confiar en ti, no sé qué haces en Canarias y tú, en cambio, no confías nada.

—Calma, ya lo sé, eres una mujer legal, ya sé que eres muy buena persona. Solo te digo que no se te escape nada. Las familias, oye, lo estarán pasando mal. Pero lo hecho, hecho está, ya no se puede cambiar. ¿Para qué vamos a destrozar una tercera familia?

—Mucho hablas de la familia, pero no me preguntas por tus hijas.

—Sí, te iba a preguntar ahora. ¿Qué tal están?

—Pues Clara sigue suspendiendo. Me pongo con ella para hacer los deberes, pero no puedo, ya es muy difícil para mí. Me contesta mucho, está muy boca sucia. Estaría bien que estuvieras aquí.

¿Cuándo vienes?

—Ya la meto en cintura cuando llegue. Y si hay que hostiar, se hostia. Eugenio me ha dicho que me pille las vacaciones para mayo. En junio, empezamos con los turistas del verano. En mayo solo está el puente del día uno, pero los godos no se gastan el dinero en un billete de avión para cuatro días. Estaré del uno al quince de mayo.

No la suelta, pensaba Diana mientras pasaba el trapo de polvo por el mostrador, *no la suelta*. A ella no se la pegaba. Bueno era su cuñado con las mujeres. Hasta ella se ponía nerviosa cuando aparecía en casa de Daniela con una falda corta o un escote un poco pronunciado. Se ponía a mirarla descaradamente como si tuviera un derecho. Le daba igual que estuviera Daniela delante, le daba igual que estuviera su madre. O aparecía en casa de Daniela vestida como una monja o tenía que soportar sus miradas. *El típico hombre al que le gusta ir del brazo de la mujer mientras mira a todas las de alrededor. El típico machista que tiene que demostrar que siempre la tiene preparada*. Daba igual que estuvieran las hijas delante, la suegra, el cuñado o la cuñada... Él siempre tenía que demostrar su atracción por cualquier mujer joven y guapa que pasara a su lado. Las pequeñas humillaciones que tenía que soportar Daniela. Eso cuando no soportaba las grandes.

Diana vio una mancha persistente en la parte superior del mostrador. Echó más espray encima y luego frotó con rabia. ¿O lo hacía para fastidiar a toda la familia? Sí, de paso, pero seguro que estuviera o no estuviera delante la familia, estaba tirando los tejos a toda falda que viera por Fuerteventura. Echó el espray sobre el lateral del mostrador y siguió frotando con rabia. La de veces que había tenido que aguantar las conversaciones de él sobre los escotes de las mujeres que no eran su hermana, sobre las piernas, sobre si esa llevaba dos tallas menos de lo que le correspondía, sobre las tetas... Y su hermana y ella no podían hablar de ningún tío bueno delante de él. La que montó el día que Daniela y ella hablaron del pecho de tortuga de Brad Pitt en *Thelma y Louise*. Casi pega a Daniela. *Si quieres, te monto en el coche y te dejo en el aeropuerto de Madrid, y de allí arréglatelas para ir a buscar a Brad Pitt*. Eso no eran formas, Daniela tenía derecho a comentar si le gustaba o no un actor, si se sentía atraída o no por otro hombre. Él se pasaba la vida analizando tetas, culos, caras y piernas de mujeres que pasaban a su lado en voz alta, y Daniela no podía decir ni que le gustaba un tío en una pantalla. Diana se distanció un poco para analizar la parte frontal, era importante que estuviera bien porque esa era la que veían las clientas nada más entrar en la tienda. Echó espray y pasó el trapo con rabia. Se acordó de la temporada en que se le plantó un par de veces en la tienda, el año anterior, en las vacaciones que había cogido. Con la excusa de que venía con Daniela, ahí apareció para fisgar, para comerse con la mirada a las clientas. Se tuvo que plantar en la casa de ellos para decir que por allí no volviera. *Me asustáis e las clientas y me las espantáis. Las clientas no se prueban la ropa con comodidad cuando hay un hombre dentro*. Sí, porque encima lo había visto intentando atisbar algo por la cortinilla del probador, a ver si sorprendía a alguna clienta en ropa interior. Solo le faltaba que se le colocara en la tienda como un patriarca a estudiar las tetas y los culos.

Empezó a limpiar las estanterías, retiró antes la ropa y la puso sobre el mostrador para pasar mejor el paño. Era un machista, eso es lo que era. Y si ella era la hermana no casada de su mujer, tenía que vigilarla. Y, si se descuidaba, también follarla. Qué mal llevaba él que no estuviera casada, que tuviera una tienda, que fuera autónoma y no tuviera un jefe que la metiera en cintura. Qué mal llevaba él que Daniela tuviera una hermana no sumisa que en cualquier momento la pudiera hacer despertar de todo. Y qué mal llevaba ella que él no soltara a su hermana. Ahora iba

a venir a pasar unos quince días de vacaciones en familia. Sí, a maltratar durante unos días a Daniela y a las niñas. Ya volverían a las de siempre, las palizas, los municipales, el hospital... Cómo podía su hermana abrir la puerta a quien la humillaba tanto. Cómo podía su hermana seguir con él. *Pero, ¿no te das cuenta?* Le había dicho ella. *No tiene teléfono porque no le interesa. O está viviendo con otra, o no le interesa que tú le llames a ningún sitio. Así él tiene el control.* Pero Daniela no se daba cuenta. Se agachó para limpiar los estantes de abajo. Daniela agachaba su dignidad por mantener a ese hombre a su lado. Le consentía todo, las palizas, los insultos, que se fuera, que viniera... Daniela no era más que una planta, un árbol que no se movía, que estaba siempre en el mismo sitio y sin florecer. Ya no dibujaba porque él se reía de sus dibujos. Ya no cocinaba bien porque él criticaba todos sus platos. Ya no se cuidaba porque él criticaba todo su cuerpo. Y ahí seguía ella, como un árbol haciéndose cada día más hinchado y muriéndose por dentro sin retoñar. La pobre estaba todo el día atada cuidando a las niñas. No le compensaba tener un trabajo si tenía que pagar una canguro.

Aun así, bendita mudanza a Fuerteventura, por lo menos daba por culo solo unos días al año. Y, desgraciadamente, ahora les tocaba aguantarlo, el impresentable ya había avisado que iba a venir en mayo quince días de vacaciones. Y su hermana le iba a abrir las puertas como si tal cosa, le iba a abrir la cama y, en cuanto pasaran dos días, él le abriría la cabeza a hostias. Y luego estaba el asunto del dinero. Él le enviaba lo justo para el alquiler y la comida, casi que no podía pagar los suministros. La tenía bien pillada. No le quedaba ni para ropa.

¿Por qué no lo dejaba ya? Faltaban solo unos días para que viniera y ya estaba nerviosa.

—¿Diga?

Mal asunto, la víbora de Diana. Esperé a que el puto teléfono se tragara la moneda. En la cabina hacía un calor de mil cojones.

—Hola, Diana, soy yo. ¿Está tu hermana? —miré a la playa. Por lo menos la cabina tenía buenas vistas y podía ver tías en bikini y en topless.

—Mi hermana está, sí, pero no quiere hablar contigo.

—Eso me lo tendrá que decir ella.

—Eso no hace falta que te lo diga ella. Te lo digo yo y basta.

—Oye, Diana —le dije con lentitud y con calma— estás ahora en la casa que yo pago, este es el teléfono que yo pago, pásame a Daniela.

—Ya, y como pagas el teléfono y el alquiler eso te da derecho a pegar palizas a mi hermana.

—No le he pegado una paliza, se me fue un poco de las manos.

—¿Un poco? La tiraste por las escaleras —Diana se puso a chillar al otro lado del teléfono—. Se rompió una pierna, pero podrías haberle roto el cuello y haberla matado.

Si le hubiera roto el cuello, pensé, nadie se hubiera enterado de que yo le había empujado. Menudos pibones había por la playa y yo perdiendo el tiempo.

—Pero no la he matado. Mira, Dani es una mujer que calienta mucho, y de vez en cuando hay que ponerla en su sitio. Yo no estoy de acuerdo en pegar a las mujeres, pero hay algunas, como tu hermana, que se lo buscan.

—¿Eres un cabrón maltratador! Vienes a pasar unos quince días con tu familia, las zurras a todas y te vuelves para Canarias. ¿Por qué no te quedas ahí el resto de tu vida?

—Porque tú misma lo has dicho, es mi familia, no la tuya.

—Te juro que la próxima paliza soy yo la que te va a denunciar. Y olvídate de volver a zurrar a mis sobrinas.

—Cálmate, Diana. No te pongas histérica. Te estoy avisando por tu bien.

—¡Encima!

—Tu hermana y yo llevamos ya siete años juntos, éramos unos críos. Y eso no lo puede romper ninguna denuncia. Aunque nos peleemos, yo soy el único hombre para ella, y ella es la única mujer para mí. Yo soy el padre de sus hijas.

—¿Eso es lo que le dices? ¿Que te aguante las palizas por llevar siete años juntos? Vete a tomar por culo.

—No me calientes que soy capaz de coger un avión y plantarme ahí para que veas lo que es bueno.

—A mí no me amenes, que también te vas a enterar tú de lo que es bueno.

—¡Diana!

Era la voz de la Dani. Debía de acabar de entrar en el salón.

—¿Con quién hablas? ¿Es él?

Diana se quedó callada.

—¿Es él?

Oí unos pequeños golpes regulares contra el suelo y la voz de Daniela esta vez sonaba más cerca, debía de haber entrado en la habitación. Llevaría muletas.

—Déjame, tengo que hablar con él.

—Con él no tienes que hablar nada, Daniela.

Vaya puta, la Diana. Esa lo que necesitaba era un buen polvo. Y también encontrar un buen tío que le hiciera sentar la cabeza y bajarle los humos. Se creía que por tener una tienda donde iban las pijas de Valdepeñas era Dios. Que tuviera cuidado.

—Soy yo.

La voz de la Dani se oyó al otro lado del teléfono.

—Como estás?, ¿cómo están las niñas?

Pero la Dani seguía callada.

—¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí.

Supongo que se estaría haciendo la dura por tener al lado a la Diana.

—Que sepas que tengo la pierna derecha escayolada y una contusión en la espalda. Si no fuera por mi familia, tus hijas no podrían ir al cole.

—Ya, ya lo sé, gordi. No sé qué pasó. Lo siento tanto. No sé qué me pasa, ni en lo que me estoy convirtiendo.

—¿Te parece bien lo que nos has hecho? Tienes que aprender a controlarte. Casi me matas.

—Lo estoy pasando muy mal, Dani. No sabes lo duro que es trabajar en la hostelería, y vosotras estáis tan lejos... No sé qué me pasó, no me pude controlar. Te juro que no quería hacerte daño.

—¿Te das cuenta de que ya no podemos vivir así?

—Se me fue la olla. Es mucha la tensión que tengo, tengo la vida partida entre tú, las niñas, el trabajo... No te creas que mis hermanos me tratan mejor por ser familia. Son más exigentes conmigo que con los demás trabajadores.

—No podemos vivir así, me voy a plantear la separación.

¿Separarse la Dani de mí? Esa no era capaz de vivir separada de mí ni cinco minutos. La tenía yo bien controlada. Con las mujeres hay que tener mucho cuidadito y control. Por un lado, trajinarme a la canaria de turno, que no se enterara de que tenía una familia, y por otro, tener controlada a la de la península. Y con habilidad yo siempre salía bien de todo.

—No podemos vivir así —repitió la Dani—, tienes que tomar una determinación. Yo ya no tengo claro lo que siento por ti. Si estuvieras en Valdepeñas, sería distinto, me podría aclarar. Pero vienes de vacaciones, la montas y después te vas.

—La monto porque tú me calientas mucho, Dani. A ningún hombre le gusta que lo espíen cuando habla por teléfono. Trabajo como un burro para manteneros y, cuando voy a veros, me la armas porque llamo una compañera de trabajo.

—¿Y por qué tienes que llamar a una compañera de trabajo? Si tenías algo que decir, habérselo dicho a Eugenio o a Roberto.

—Ya te lo he dicho... —le dije con tono de paciencia— Porque quería resolver un asunto del restaurante, un pedido.

—Le dijiste que la echabas de menos, que te oí. Y además eran las once de la noche. Tú te crees que soy tonta. Ninguna mujer va a hacer por ti lo que yo he hecho—. Y aguantó la respiración.

Putá Dani. Sabía por dónde iba. Le hubiera cantado las cuarenta si no fuera porque la puta de Diana estaba con ella. Eso era algo que me tenía preocupado, si algún día le daba por tirar de la lengua.

—Recuerda que tenemos una familia —le dije—, que no podemos perderla ni tú ni yo. Que, si nos traicionamos el uno al otro, todo se va al traste.

Se me quedó calladita. A mí nadie me metía en el trullo. Y si me metían, yo me la llevaba por delante por cómplice. Eso de quedarme yo encerrado y ella tan tranquila afuera ni hablar. Pero la Diana estaba detrás, o sea que no me quedaba más remedio que callar.

—No vas a encontrar a nadie que te quiera como yo, Dani. Te quiero con todos tus defectos y lo sabes. Eres un desastre cocinando, no eres buena en la cama, las niñas van mal en el cole, te has dejado mucho estos años y has cogido peso... Y a pesar de todo, ahí estoy yo cumpliendo. A las niñas nunca les va a faltar nada mientras yo viva. Te he aceptado tal y como eres. Piénsatelo bien.

—Me lo estoy pensando bien. Y me gustaría saber por qué no podemos ir las niñas y yo a vivir contigo a Canarias como una familia.

—¡Tú eres tonta! —oí que decía la Diana por detrás.

Lo que son las cosas, por primera vez estaba de acuerdo con la Diana.

—¿Cómo os vais a ir a vivir con él?

Me gustó eso de poder putear a Diana.

—Bueno, me lo voy a pensar, Dani. Por un lado, me gustaría que estuvierais aquí. Por otro, la vida es más cara, Valdepeñas es más barata. Ya lo hablamos.

PÍTULO V

Miró el calendario, lunes, uno de junio de mil novecientos noventa y ocho, y miró el móvil, las dos de la tarde. Acababa de cerrar la tienda. Ese día se quedaría a comer ahí. No tenía nada que hacer, pero no le apetecía mucho ir por la calle después de la que había montado su cuñado a principios de mayo, cuando había tirado a Daniela por las escaleras. Prefería no acordarse del susto, de la ambulancia y de los municipales. Y, luego, las clientas de la tienda preguntando qué había pasado. Si tuviera otro tipo de negocio, ella les cortaría, pero tenía que aceptar que estaba cara al público. Algunas clientas entraban solo para enterarse, por lo menos con la excusa siempre se llevaban algo, una camiseta o un cinturón. Aunque en el fondo pasaba vergüenza, ya había tomado otra actitud, contar todo y admitir públicamente que su cuñado maltrataba a su hermana. Al fin y al cabo, se estaba haciendo bastante campaña en la televisión contra los malos tratos. Hacía años que eso ni se conocía. En ese momento seguía existiendo, pero, por lo menos, ya se hablaba, era un tema público.

Se había dejado en casa el libro que estaba leyendo. Comió una ensalada de pasta que había guardado en el frigorífico. Después de lavar los cacharros, cogió un libro de la estantería *Mitología del vino, de los pozos y de las aguas subterráneas*. Lo había leído hacía mucho tiempo, exactamente cinco años. Se acordaba porque acababan de morir Mara y Rafael, y Benito había llegado a la tienda destrozado. Y seguía destrozado. Desde entonces se había hecho famoso por la gran capacidad que tenía para beber.

Hojeó el libro buscando lo que había subrayado en el capítulo de los pozos. La noche anterior había soñado que su cuñado tiraba a Daniela a un pozo. Se había despertado sobresaltada a las cuatro de la mañana. ¿La mataría? No, esa semana no, puesto que estaba en Canarias y se quedaría ahí por mucho tiempo. Con un poco de suerte hasta octubre, cuando hubiera acumulado algunos días libres, no lo volverían a ver. Sin embargo, ella veía en el sueño cómo la tiraba. Qué real parecía. Había sido una fotografía, una escena estática durante varios minutos. Algo raro puesto que sus sueños siempre eran acciones y situaciones que se transmutaban rápidamente. Pero este solo había sido una escena suspendida en su inconsciente acompañada de una angustia horrorosa. Se veía la cara de su cuñado un tanto afilada como la del diablo, orejas puntiagudas y sonrisa perversa. Todo alrededor era oscuro y solo destacaba el cuerpo rosado de su hermana preparado para caer en el pozo. La angustia le hizo despertarse y se había quedado un rato paralizada. ¿Tendría su cuñado esa dimensión de asesino? Violencia no le faltaba. Si no hubiera leyes que castigaban, ya hubiera matado a Daniela, y quizá también a ella misma y a más miembros de su familia. Mejor no pensar demasiado.

Leyó un párrafo que había subrayado en el pasado: *El agua representa las emociones. Poseidón, el dios de los mares, los ríos, los pozos, los lagos y los manantiales es también el dios de las emociones reprimidas. El hombre poseidón si no encuentra una forma de expresarse, estallará con gran violencia, aparecerá la gran cólera del dios. Tendrá que aprender a canalizar sus energías y emociones a través de la expresión artística o creativa. Si no lo hace, correrá el riesgo de convertirse en un hombre muy violento, a veces incluso en un asesino. La sociedad acepta de buen grado la parte negativa del arquetipo del hombre poseidón, el hombre que reprime sus emociones en la vida social y laboral pero que estalla de forma violenta en el hogar.*

Cerró el libro. No le gustaba ese arquetipo. Quizá porque, cuando leyó sobre él, Mara y Rafael aparecieron asesinados como un estallido de violencia. Qué necesidad había de matarlos, de arrasarlos de esa manera. Unos novios entraron en un parque para planear su boda con el deseo de estar siempre juntos el resto de sus vidas, y lo que consiguieron fue estar siempre juntos en sus tumbas el resto de la eternidad. Ironías crueles del destino o de la vida. El destino se había saltado la boda, las alegrías y todo lo demás.

Sonó la alarma del móvil. Se había quedado dormida sobre el sofá con el libro en el regazo. Menos mal que ahora los móviles tenían de todo. Colocó el libro en su sitio, se lavó los dientes en el baño y fue a abrir la tienda. Desde que había tenido el sueño sentía un pozo pequeño en el pecho que le llenaba de angustia. Parecía que le vinculaba con la violencia de su cuñado y con la muerte.

Fue a abrir la tienda y, al levantar el cierre, vio a Brígida.

—Buenas tardes, Brígida, ¿llevas mucho tiempo esperando? Haber llamado.

—No, no sabía si estabas o no dentro, y no quería molestar. Solo llevo cinco minutos.

—Pasa, pasa.

Brígida entró.

—Venía a comentarte que Alma me ha llamado desde Ciudad Real para decirme que quiere los pantalones rosados que se probó el sábado pasado.

Diana empezó a pensar. Sí, se acordaba. Había venido el fin de semana a ver a sus padres y el sábado por la mañana se había probado unos pantalones.

—¿Te acuerdas de la talla?

—La cuarenta.

Diana empezó a buscar por las perchas.

—Me ha llamado y me ha dicho: *Mamá, me he quedado con ganas de comprar los pantalones, acércate a ver si quedan.*

—Pues queda solo un par, ha tenido suerte. De todos modos, ¿le quedaban largos?

—Sí, hay que cogerles el bajo. Resérvamelos, por favor. Ella viene el día veinte, no puede antes porque tiene exámenes. Se pasará por aquí el veintiuno. Te los dejo ya pagados. ¿Te importa guardármelos durante tantos días, o me los llevo y luego los traigo?

—No, mujer, en absoluto. Te hago un recibo para que no se nos olvide, los guardo en un cajón y que se pase por aquí en cuanto llegue.

Vaya la mala hostia de la tía. Que no quería chupármela. *Yo la primera noche no se la chupo a nadie*, me dijo sonriendo, *eso me gusta hacerlo cuando ya tengo más confianza, cuando hay más roce*. Luego puso música y me hizo un baile con un camisón transparente, no le dije que estaba ridícula porque me daba pena. Pero cuando llegó a la cama, mientras me abrazaba, yo le cogí de la cabeza y se la bajé. Pero ella que no. *No quiero*, y yo le obligué. Y ella dejó de sonreír y se zafó.

—Ven aquí, mira cómo la tengo, no quiero jugar, venga.

—Te he dicho que no quiero.

Me estaba poniendo nervioso. Mucha cama aterciopelada, hasta se me había puesto una camiseta de tigresa esa noche para ir a cenar. Le insistí dos o tres veces más y me volvió a decir no.

—Oye, llevas desde marzo de calentona detrás de mí y ahora me vienes con estas.

—¿Perdona? Creo que te confundes.

Pegó un saltó y salió de la cama. La tía haciéndose la pija. Tenía la polla más levantada que el asta de una bandera.

—Ven para acá —le dije— o te parto la cara.

Abrió la puerta del dormitorio. La tía estaba sabrosa, toda desnuda con el pelo rubio revuelto.

—Ya te estás marchando.

Puso cara firme y eso me pone. A la Dani ya la tengo domada. Pero que una mujer se te resista eso es mucha hembra. Y yo también soy muy hombre.

—Oye, yo no llevo desde marzo gastándome la mitad del sueldo en pagarte las copas, los helados y la cenas para que me dejes con esto levantado.

Y le señalé la polla.

—O sea, a cumplir.

—Eres un gilipollas. VETE —chilló.

—Aquí me quedo —le dije— hasta que me la chupes.

—Ya te estás largando —me gritó, mientras sostenía en la mano el pomo de la puerta blanca.

—Que vengas —le insistí—. Vamos a pasárnoslo bien, vamos a darnos un poco de amor. Ya verás lo bien que nos lo pasamos.

Y le señalé la polla otra vez, pero la tía seguía de pie con la puerta abierta.

—Te he dicho que te vayas.

—Y yo te he dicho que vengas.

—O te vas o llamo a la policía.

—Llama a la policía. ¿Qué les vas a decir? ¿Qué te has llevado a un semental a la cama y que ahora no quieres darle lo que le has prometido? A ningún hombre le gustan las calientapollas. Me van a acabar dando la razón.

Pero la tía se puso la bata y se fue al salón. De repente le oí descolgar el teléfono. Salté como un gamo y me dirigí hacia ella. Le quité el teléfono de un tirón y le pegué un puñetazo en la cara. La tía se derrumbó gimiendo sobre el suelo de gres y empezó a gritar como una salvaje mientras se agarraba la mandíbula.

En ese momento me acojoné, la iban a oír los vecinos.

—No chilles —le dije. Pero no me hizo caso.

La tenía tan atontada en el suelo que pensé hasta en cepillármela, pero no iba a dejar de chillar. Que tuviera cuidado porque igual le ponía un almohadón en la cara y adiós muy buenas. No sabía a quién tenía delante, a alguien mucho más listo que toda la Policía de Castilla La Mancha junta. Pero me acordé que nos había visto mogollón de gente, las compañeras del restaurante sabían que esa noche teníamos una cita. Si no hubieran estado por medio Eugenio y Roberto, se iba a enterar. Decidí marcharme. Si no quería chupármela, que se las arreglara sola. Al fin y al cabo, yo tenía que trajinarme yo solo la polla esa noche.

Al día siguiente, cuando entré en el restaurante, no me gustó nada la cara de María y Lola. Estaban en la terraza preparando las mesas para la comida, colocando las pinzas para que la brisa del mar no levantara los manteles.

—Bueno días —les dije.

Pero me miraron como a un criminal. Cómo son las tías, un día se te derriten y a la menor te retiran el saludo. Me miraron las dos con cara estaca. La mesa para desayunar los tres hermanos no estaba puesta. En ese momento apareció Eugenio.

—Buenas —le dije sonriendo.

—Tú —me dijo señalándome, a la cocina—, tenemos que hablar. María y Lola, hasta que no terminemos no quiero que entréis a la cocina, ¿me habéis oído bien?

Ambas asintieron.

—Lo dicho entonces.

Entré en la cocina detrás de Eugenio. Roberto estaba allí colocando helados. Cuando me vio llegar, cerró el congelador. Vaya cara de mala hostia.

—Pero tú, ¿de qué vas, tío?, ¿de qué cojones vas? —me dijo Eugenio.

—¿De qué voy?, ¿de qué?

—Tenemos a Marisol en el hospital. Anoche le partiste la mandíbula —dijo Roberto.

—Aquí tenemos una reputación —dijo Eugenio—, nos la hemos ganado a pulso. Esto es un pueblo y la gente se entera de todos. El restaurante lo tenemos siempre lleno de chicas. Que tontees con ellas, no nos importa, pero ya te hemos tenido que decir más de una vez que no te pongas baboso. Y ahora le has partido la mandíbula a Marisol, su madre nos ha llamado llorando esta mañana. Ha venido la policía a la una, se ha enterado todo el pueblo —Eugenio se estaba poniendo rojo—. Un domingo a la una de la tarde, cuando todo el mundo está en la playa. ¡Se ha enterado todo el pueblo!

—Cálmate, tío —le dije—. Vamos a hablar y a tranquilizarnos.

—No, no me tranquilizo —me dijo Eugenio todo rojo—. Este restaurante son años y años de trabajo. Me vine con una mochila desde Valdepeñas y he conseguido esto. Y no me lo vas a tirar por tierra. Bastante mierda tuve que tragar de la familia. O sea, que ya puedes hacer la maleta y coger un avión echando leches. Mañana mismo te quiero fuera, por mis santos cojones.

Me quedé blanco.

—¿Me estás diciendo que me vaya por una puta? ¡Soy tu hermano!

—Sí, te estoy diciendo que, si quieres zurrar mujeres, no te lo puedo impedir, pero te vas a la península.

—A ver, ha sido un incidente y solo ha ocurrido una vez, se me fue de las manos. Por una vez no se condena a un hombre.

—Yo no te condeno —me dijo Eugenio todo rojo—. Te digo que te vayas. Llevas cinco años aquí y has estado haciendo cosas muy raras con las mujeres, sobre todo con mis camareras. Vanesa se quejó de que la acosabas.

—Vanesa es una pava y una pija, eso se lo inventó

—Será una pava y una pija, pero no quería nada contigo y le hiciste un esguince en la muñeca. Luego estaba Florence, la norteamericana que venía todos los días a comer. Empezaste a decir que te hacía ojitos y no sé qué le dijiste que un día ya no volvió. No estamos para perder clientas.

—Está bien, lo podemos negociar. A partir de ahora no voy a tener ninguna historia ni con las chicas del restaurante ni con las clientas.

—No entiendes, cada día se te va más la olla. Sé cómo va esto, soy tu hermano mayor. Me acuerdo cuando te daba por matar de todo: lagartijas, pájaros y, al final, acabaste matando a golpes a la perra. Luego te quedabas tranquilo unos meses y, después, otra vez lo mismo: animales pequeños y a lo mejor caía el perro del vecino o una oveja. No te quiero por aquí porque la vas a dar y bien. Y cuando la des, no vas a estar ya en mi restaurante.

—Me puedes echar de tu restaurante, pero no me voy de Fuerteventura.

—A ver si te enteras —me dijo Roberto dándome una palmadita en el hombro—. Eres un cabrón y un chulo putas. No estás con las ovejas, no estás en casa de padre. Ahí nos zurrábamos todos y nos zurraban a todos.

—A mí mucho más que a vosotros, y vaya si me habéis zurrado cuando era pequeño.

—Cuando éramos críos era otro cantar, pero no se puede ir así por el mundo —Roberto se hacía el gallito delante de Eugenio—. Tú no puedes coger una mujer, irte a la cama con ella, tener una mala noche y romperle la mandíbula.

—Esa mujer es una calentona que ha estado varios meses detrás de mí, vosotros la habéis visto. Anoche se puso un traje de tigresa, nos fuimos a cenar, me subió a su casa, se desnudó, se puso a bailar delante de mí y cuando ya me la puso como me la puso me dijo que me fuera. ¿Está justificado o no que le haya roto la mandíbula?

—Tú estás mal. Estás acostumbrado a las ovejas —dijo Roberto—. Eres un maricón, eso es lo que eres.

—¡Soy de todo menos maricón! —le chillé—. Vete a tomar por culo. Te voy a partir la cara. Y casi me abalancé sobre Roberto, pero Eugenio me sujetó.

—Eh, en mi restaurante de eso nada.

—Yo solo tenía once años cuando padre me sacó de la escuela y me puso de pastor, y ninguno de vosotros movió un dedo cuando padre me zurraba y me zurraba las pocas veces que volví a casa. Ya eráis hombres y podríais haberle parado los pies. Fuisteis unos maricones.

—Nosotros también recibimos —dijo Eugenio—, todos pasamos por eso. Y a los dieciocho me dejó de pegar porque le devolví la hostia.

—Vosotros ya teníais dieciocho y veinte años, podríais haberme ayudado. Tenéis esto porque pudisteis estudiar. Y mientras os enriquecíais con mi trabajo, estudiabais.

—¡Y unos cojones! —me dijo Eugenio señalándose a sí mismo con el dedo índice—, ¿sabes cómo me saqué los estudios de hostelería? Porque después de trabajar todo el día en el campo de padre, sin sueldo y sin seguridad social, me acostaba a la una estudiando. Yo no me dedicaba a reventar las clases como hacías tú que te echaron no sé cuántas veces del colegio. Y tengo esto porque me cogí la mochila y me vine para acá. Aquí te hemos acogido cuando has llegado con lo puesto, no te hemos preguntado nada, hemos visto cosas de las que Daniela nunca se va a enterar, pero ya te digo que, si te vas a dedicar a zurrar mujeres, vete a la península. Esto se nos llena de turistas y de señoras con niños.

—Vamos a negociar.

—¡No hay nada que negociar! No voy a echar a Marisol. Y no vais a estar trabajando en el mismo sitio. Uno de los dos se tiene que ir, y ese eres tú.

—¿Por esa puta me echas? Yo soy tu hermano

—Sí, por esa puta a la que le tengo que pagar la baja ahora a finales en mayo.

No me podía creer que mis propios hermanos me apuñalaran.

—Está bien —les dije— me voy de aquí.

—¡Eh!, un momento —el índice de Eugenio se posó sobre mi pecho—. Que sepas lo que hemos hecho tus hermanos por ti. Si Marisol conserva su trabajo y se lo renovamos, retira la denuncia contra ti, pero la condición es que te vayas. Te arreglamos los papeles de la seguridad social para que tengas paro, pero de la indemnización, olvídate.

Salí echando leches del restaurante. Al final, las putas siempre ganan. De esa se iba a enterar Marisol. De momento, tendría que irme de Fuerteventura para que no me denunciara. Pero se iba a enterar bien esa calentapollas de lo que era un tío. No sabía ella con quién estaba tratando. Vale, tendría la mandíbula rota, y si le pasaba algo más, la policía se tiraría sobre mí. Pero yo sabía esperar. Aunque pasaran años no me iba a olvidar de Marisol. De momento, mejor que la policía no me fichara, si no, ya no podría hacer nada. Pero dentro de un año, dos, tres, un billete de Madrid a Fuerteventura y se iba a enterar. Esa no se me olvidaba. Ya tenía hasta las palabras preparadas: *Tenemos pendiente que me la chupes, puta*. Y luego, a saber qué se hacía con ella.

Por suerte, la cabina del paseo marítimo estaba libre. Cómo había cambiado en pocos años lo del teléfono con lo de los móviles. Cuando llegué a Canarias, había unas colas del copón, sobre todo con los inmigrantes.

—¿Dani? He pensado mucho en lo que me dijiste el otro día. Vuelvo a Valdepeñas.

No me vendría mal, porque así tendría la boca cerrada. No fuera que se me descontrolara un poco.

—Por fin —oí que decía— ¿Cuándo vienes?

—Voy a ver si encuentro billete para mañana.

—¿Mañana? ¿Por qué has cambiado de opinión tan pronto?

—Dani, no des por culo. Llevas cinco años preguntándome por qué no vuelvo o por qué no vienes tú con las niñas, y ahora que decido volver, me preguntas por qué. ¿Ves a lo que me refiero? Cualquiera otra mujer me hubiera dicho: qué bien que vuelvas, cuántas ganas tenía. Pero tú, en vez de eso, me preguntas por qué he cambiado de opinión.

—Está bien, está bien.

Miré a la playa. El chollo de ver a tías en bikini y despechugadas todo el año se me acababa ya. Adiós al carnaval de tetas.

—Os echo mucho de menos. Lo que pasó el otro día fue por la tensión, ya sabes, un pie en Valdepeñas, otro pie en Fuerteventura. No puedo más, estoy nervioso, no sé... Me lo he estado pensando y creo que deberíamos empezar de nuevo. No voy a echar por tierra lo que tengo contigo después de tanto tiempo. Te echo de menos muchísimo.

—Yo también a ti.

—He hablado con Eugenio y lo ha entendido. Me va a arreglar los papeles del paro. No vamos a tener indemnización, claro, soy yo el que me voy. Y, además, tenías razón, la Marisol venía con otras intenciones.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Bueno, es una acosadora, ha empezado a acosarme. Yo le he dicho varias veces que tenía mujer e hijas en Valdepeñas. Pero ella, no te puedes imaginar cómo me buscaba. Se encaprichó conmigo y ha estado inventándose cosas contra mí. El otro día se inventó que yo le había empujado y que se había hecho daño contra una de las mesas.

—¿Y la empujaste?

—Qué va. Se tiró ella contra la mesa adrede porque le di calabazas. Siempre está detrás de mí. Si estoy metiendo carne en el congelador, en cuanto me vuelvo, ahí está ella pasando. Y no me queda más remedio que rozarme con ella.

Oí que la Dani respiraba con profundidad.

—Si paso por una puerta, ella tiene que pasar a la vez, y otra vez a rozarnos. Porque ya sabes cómo sois las mujeres. Si les rozas una mano, te denuncian por acoso. Pero vosotras nos podéis hacer de todo a los hombres.

Daniela seguía en silencio, respirando con profundidad.

—Esa Marisol es una zorra y una lagarta. ¿Sabe de verdad que tienes mujer?

—Claro que lo sabe, ya te lo he dicho. No te creas, es una mujer atractiva. Estaba un poco gordita, pero he notado que desde que está detrás de mí se cuida más, ha adelgazado, lleva ropa más ajustada. En realidad, me pone. Pero yo no voy a arriesgar lo que tengo contigo por un capricho. No voy a echar a perder los siete años que llevamos juntos.

—Mira, vente ya para acá. Porque si no llegas a venir, me planto yo ahí con las niñas. Ya está bien de tanta lagarta con *ay mi amor, ay mi niña, ay mi niño...* ¿Saben de verdad en ese pueblo que tienes familia?

—Por mi madre que lo saben, y ya sabes que mi madre es sagrada. Pero el enemigo de la mujer es

la propia mujer. Eso entre los hombres no nos lo hacemos, somos más nobles. Yo a una mujer con marido o con novio la respeto. Ni se me ocurre acercarme a ella. Mira, el otro día salí con Julio y Margarita, y fuimos a un sitio de baile de salón. Le pedí permiso a Julio para bailar con Margarita. Y él me dijo que sí, por supuesto. Sabe que soy un tío legal, que no voy a tener apretones ni rozamientos ni nada parecido con su pareja. Sacar alguna vez a una mujer casada es una cortesía, es bonito. Sacarla muchas veces es reírte del marido en sus narices. Y yo soy un tío legal. Los tíos somos más legales, nos respetamos. Ahora bien, vosotras, las tías, veis a un tío que os gusta y os matáis, enseguida os abris de piernas como putas, da igual que esté casado o no.

—Yo no soy así y tú lo sabes —dijo la Dani mientras le temblaba la voz.

—Tú no eres así porque no te ha surgido oportunidad. Porque estás conmigo. Pero si estuvieras sola sin un hombre al lado, acabarías haciendo lo mismo.

—¿Y tú qué sabes? Si somos tan lagartas, mientras estoy con las niñas, tú estarás saliendo con otras. Además, ¿no decías que no salías, que siempre estás corto de dinero por enviármelo a mí?

—Y no salgo, solo fue esa noche porque me invitaron. No des más por culo, me estoy arrepintiendo de volver.

—Vale, vale...

—Ya te he dicho, salgo mañana. A ver si Diana puede quedarse con los niños y vas a recogerme al aeropuerto.

—Diana tiene que estar en la tienda.

—Que la cierre un día, no te jode.

—Sabes que no lo va a hacer. Yo no sé moverme en Madrid. Yo sola no me meto en Madrid, me pierdo. Mejor te espero en la estación de tren.

PÍTULO VI

Diana empezó a hacer la caja. Las seis y media de la tarde, no era hora de cerrar una tienda, pero estaba agotada. Era veinticinco de junio de mil novecientos noventa y ocho, el calor había empezado a dar fuerte. Seguro que habría clientas que vendrían a las siete o siete y media, pero no podía más. Estaba cansada, era jueves y aún le quedaba día y medio para el fin de semana. Quería volver a casa. Había tenido que levantarse a las cuatro de la mañana. Los municipales le habían vuelto a llamar, esta vez de madrugada. Estaban en casa de Daniela, y esta había recibido tal paliza que se la habían llevado a urgencias y al maltratador, al cuartelillo. ¿Quería quedarse con las niñas o llamaban a los servicios sociales?

—Sí —había dicho ella—, me quedo con las niñas. Voy para allá. ¿Cómo está mi hermana?

El policía le dijo que no estaba mal del todo, otras veces había sido peor. Le había hecho una herida con la punta de un cenicero, pero el de la ambulancia les había dicho que no era nada grave.

—Mucha sangre, eso sí, muy escandaloso.

Recordó que Hugo, que estaba durmiendo a su lado, se había incorporado.

—¿Qué pasa?

—El cabrón ha vuelto a pegar a Daniela —le contestó rabiosa—. Se la llevan al hospital. Si no cojo a las niñas, se las llevarán los servicios sociales.

—¿Otra vez? ¿Por qué no deja a ese capullo? Voy contigo.

—No, es un asunto familiar.

—Entiendo, yo no soy de la familia.

Lo dijo con amargura. Y ella sabía que esas acciones, mantenerlo alejado de todo, lo separaban aún más de ella. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no le permitía que Hugo le apoyara con los problemas de su cuñado? De todas maneras, al día siguiente por la mañana la mitad de Valdepeñas conocería todos los detalles. Quizás era porque no quería un hombre en su vida. No quería un hombre cerca ni al lado. El hombre de su hermana lo llenaba todo. Era un agujero negro que le succionaba los deseos de estar con cualquier otro, de vivir una historia de amor propia. No, no podía mientras tuviera el espejo de su hermana maltratada. De una hermana que huía de su hombre y, a la vez, se aferraba a él. ¿Cómo era posible? Si se enamoraba, si se relajaba, ¿le podría ocurrir lo mismo a ella alguna vez?

Y en ese momento ya en la tienda, mientras revisaba el pantalón de Alma, se preguntaba por qué no había permitido que Hugo le acompañara, le hubiera venido bien su apoyo. Miró el pantalón, era bonito. Los del taller se lo acababan de traer con el bajo recogido. Luego lo guardó en un cajón. Se podía haber quedado uno para ella, pero no tenía ganas de pedirlo, hasta se le pasaban las ganas de presumir. Los cinco años que su cuñado había estado en Canarias habían sido una bendición, a pesar de las palizas que había pegado a Daniela durante las vacaciones, las suficientes para no poder olvidarlo. Pero se había mudado otra vez a Valdepeñas sin avisar. Ahora solo llevaba veintidós días y ya estaba matando a palizas a Daniela y a las niñas. Nada más aterrizar, tenía suerte el cabrón, había encontrado trabajo de cocinero en un prostíbulo. Tanta gente buena en el paro, y el impresentable lo había encontrado enseguida. Cuando Daniela se enteró, se

preocupó. ¿Se liaría con una puta?, le había preguntado a Diana.

—Ojalá, Daniela, ojalá —le había dicho ella.

—Es el padre de mis hijas.

—Es el padre de tus hijas, y además un maltratador, un violador que te obliga a abrirte de piernas después de una paliza, un delincuente que zurra a tus hijas pequeñas. Un cabrón, Daniela, un cabrón. Clara ya es mayorcita, y se da cuenta de todo. Deberías pensar más en tus hijas.

Cuando tuvo esa conversación con ella, había sido la primera semana de junio. Daniela se había echado a llorar.

—No puedo dejarlo. Sé que lo tengo que dejar, pero no puedo. ¿Qué voy a hacer? ¿De qué vamos a vivir?

—Puedes encontrar un trabajo, entre todos podemos cuidar de las niñas. Déjalo, por favor.

Mientras Diana doblaba el género y se aseguraba de que los escaparates estaban bien iluminados para el anochecer, recordó que esa madrugada, cuando llegó al piso, ya se habían llevado a su cuñado a comisaría y a su hermana al hospital. Las niñas estaban en el sofá llorando y los municipales esperándola. Ya casi se conocían de vista. Se los conocía a todos por las movidas de su cuñado. Aunque tuvieran diferentes turnos, daba igual, porque su cuñado había zurrado a Daniela durante las vacaciones y en esos veintidós días que llevaba en Valdepeñas la había zurrado por la mañana, por la noche, al mediodía, entre semana, los fines de semanas... Daba igual, el maltrato que ya duraba más de siete años, a pesar de la distancia, siempre acababa en palizas, en policía y con su cuñado fuera de la cárcel. Algunos municipales hasta la saludaban ya. Cuando iba andando por la calle y veía alguno, intentaba cambiar de acera. Le daba vergüenza lo que ocurría en su familia. Le daba vergüenza que su hermana se dejara pegar de esa manera, ser la comidilla del barrio. Le daba vergüenza que sus sobrinas fueran avergonzadas al colegio. Sus sobrinas que no reían como las otras niñas, siempre temerosas de los estallidos de papá. Sus sobrinas que podrían haber sido niñas poderosas, alegres, estudiosas, no eran más que unas piltrafas que se asustaban por todo, unas inútiles en el colegio, unas timoratas que lloraban por el menor ruido.

Casi se echó a llorar mientras miraba los colores alegres de la ropa del escaparate. Qué iba a ser de ellas, por qué tenían que pasar por eso. Al fin y al cabo, Daniela había elegido; ellas, no. Había sido una maldición que volviera de Canarias. Por qué no se habría quedado ahí. Por qué había vuelto de forma tan repentina. A ella no se la colaba, a saber qué habría hecho.

Puso el cartel: *Disculpen las molestias, cerrado por enfermedad*. Empezó a andar, tomó una calle secundaria, no quería ir por la principal. Pasó delante de las Bodegas Rosado y de la biblioteca y fue recordando la conversación que mantuvo con el municipal que la esperaba cuando llegó a casa de Daniela

—Nos lo hemos llevado a comisaría —le había dicho el policía—. Le daremos un buen rapapolvo, pero no podemos hacer nada.

Como siempre. Ni su hermana denunciaba ni la ley la apoyaba.

—¿No se puede hacer nada? Ella es como si tuviera el síndrome de Estocolmo. Ahora él saldrá mucho más gallito.

El policía negó con la cabeza.

—No, no se puede hacer nada. Es dentro del ámbito doméstico. Y su hermana no ha querido presentar denuncia. Nosotros lo podemos asustar, amonestar y retenerlo unas horas. Pero él ya se las sabe todas, sabe que no le va a pasar nada.

—Y Daniela sabe que, si denuncia, él puede volver a casa hasta que salga el juicio. ¿Por qué no se puede cambiar esa ley?

El policía se encogió de hombros.

—Nosotros vigilamos para que se cumplan las leyes que hacen otros.

No había salida. Y cuantas más palizas daba y más impune salía, aumentaba la violencia. Diana tenía la sensación de que su cuñado olía a muerte, más que a muerte, a asesinato. No era un olor de putrefacción de los cuerpos descomponiéndose, sino un olor violento, químico, como si quitara el oxígeno y no permitiera a los demás respirar. Así olía su cuñado desde que había vuelto de Canarias. ¿Mataría a su hermana? Ya se lo había dicho varias veces a Daniela. Y, además, ella misma también estaba amenazada por enfrentarse a él.

Lo de la paliza a Adrián había sido horroroso. Casi lo mata. Hacía unos días, Adrián se había acercado al prostíbulo y le había armado un número al impresentable delante de su jefe y de todas las prostitutas. *¡Cómo vuelvas a tocar a mi hermana, te mato a palos! ¡Cobarde, maricón!*

Y el impresentable se había callado, como correspondía. Pero esa misma noche cuando Adrián salía de la Bodeguita y estaba un poco bebido, se le tiró encima por la espalda, y no le dio tiempo a defenderse. Si no hubiera intervenido los clientes de la Bodeguita para separarlos, le había dicho Fabio, un amigo que estaba allí, lo hubiera matado. *Estaba todo rojo, fuera de sí, casi echando espuma por la boca. Y lo tuvimos que coger entre cuatro, no podíamos pararle*, le había contado su amigo. *Soy de todo, menos maricón*, le gritaba cuando se lo llevaron los municipales mientras su hermano yacía medio muerto en el suelo. Tuvo que ir una ambulancia a recogerlo. Hacía quince días de eso, pero aún le duraba el susto y la angustia. Adrián aún estaba recuperándose de las secuelas. Cuando ella llegó al hospital, su madre estaba llorando. Desde entonces ni su madre ni Adrián querían saber nada de Daniela. Qué maldición, qué desgracia que ese hombre hubiera entrado en su familia.

Desde que había vuelto todos amenazados, las niñas, su hermana, ella, el hermano... Por un simple hombre cuyo único poder era ser más violento que el resto de las personas. Toda su familia amenazada porque un día, una joven de dieciséis años había hecho una elección equivocada.

Llevaba unas manoleínas muy cerradas, se arrepintió de habérselas puesto. El asfalto empezaba ya a desprender calor. Le daba la sensación de que la tierra vibraba, parecía que el mundo, los insectos y las plantas habían entrado en celo. Lo notaba, aunque se sentía agotada. A lo lejos vio acercarse la silueta de una mujer vestida de rojo. La reconoció, era Brígida.

—Hola, Diana —le dijo sonriendo—. Iba hacia la tienda a recoger los pantalones de Alma.

Diana se sintió avergonzada.

—Ya los han traído. Está cerrada, pero vamos y te abro un momento.

—¿Qué te pasa? Tienes mala cara. Si no, me da igual venir mañana.

—No me encuentro bien.

—No te preocupes, ya le digo que venga ella mañana a recogerlos y así se los prueba.

—Te lo agradezco, porque estoy un poco mareada.

—Iba a venir ella, pero al final se ha ido a casa de su abuela. A las seis se ha cogido la bicicleta y la mochila y se ha ido a Los Naranjales a darse un baño en la piscina. Es puro nervio, de pequeña mi marido le llamaba la lagartija. Tenía tantas ganas de bañarse que casi se va sin gorra con el calor que hace ya. He tenido que salir detrás para dársela.

Fueron charlando un rato mientras hacían un trayecto común. Diana tenía miedo de que le sacara el tema del maltrato, pero o Brígida no lo sabía o tuvo la suficiente sensibilidad para no hacerlo. Le estuvo contando que sus hijos habían sacado los tres muy buenas notas. Estaba contenta. Se alegró por ellos y se acordó de que sus sobrinas no paraban de suspender a pesar de lo pequeñas que eran. La de Brígida era una familia feliz con la suficiente solvencia económica para enviar a los

hijos a estudiar fuera, unos hijos, por otro lado, brillantes. Pensó en desviarse un poco y subir antes a ver su a su hermana. Ya le habrían dado el alta en el hospital. Su cuñado salía a las cinco del prostíbulo. Luego no se sabía lo que hacía, quizá daba vueltas por ahí con el coche y no llegaba hasta las seis y media. Daniela le había dicho que, a lo mejor, estaba enrollado con otra mujer. Al principio, ella se había alegrado. Pero lo conocía bien, si se enrollaba con otra mujer, no iba a soltar a Daniela. El depredador nunca suelta a una presa. Antes deja que se descomponga su cadáver, aunque no lo devore, que le da la libertad. Solo la suelta cuando se ha cansado de ella. Se despidió de Brígida y torció por la derecha. Subiría a ver a Daniela, las niñas estaban con su madre.

La encontró con la cabeza vendada. Le habían puesto unos puntos por la brecha que le había hecho el impresentable con la punta del cenicero. La cara hinchada, los ojos enrojecidos, lo de siempre. La abrazó.

—Si no fuera por ti, me hubieran quitado ya a mis niñas.

Daniela lloró un poco.

—No puedo con esto, Daniela. Te apoyo, pero no lo dejas. ¿De qué sirve que yo me deje la piel?

—Si lo dejas, me matará y matará a mis hijas, me lo ha dicho, sé de lo que es capaz. No quiero que te encuentre hoy aquí, se pondrá como loco.

—Coge a las niñas y vente a mi casa.

—Vendrá a buscarme. Mejor no me muevo.

Después de un rato de acompañar a Diana, bajó ensimismada las escaleras. Qué maldición por algo que había venido desde fuera. Cómo podía una persona destruir tanto. Destruir a sus hijas, destruir a su mujer, destruir a la familia de su mujer, a su madre, a su hermano, a ella misma... Y, luego, en la ciudad tenía una fama excelente. Era un caballero con las mujeres, excepto con la suya, claro. Era un pringado que iba con cara de blando por el mundo, de mosquita muerta. Y todo amabilidad. Ahora andaba con Benito. Los había visto varias veces juntos, se iban a tomar vinos. Desde entonces, Benito la miraba con hostilidad. Ya no la saludaba apenas, excepto lo imprescindible, cuando le traía el género. Las pequeñas charlas que cruzaban ambos, casi como un alivio contra la soledad de la mañana, ya no existían.

Buscó en el bolso las gafas de sol porque notaba que se iba a poner a llorar. No sabía por qué esos asesinatos, el de Mara y Rafael, le había afectado profundamente y, a pesar del tiempo pasado, le seguía doliendo como si hubiera sido de alguien cercano. Cuando oía noticias sobre los novios de Valdepeñas, era como si ella formara parte de un vaso comunicante con Mara. Quizás en el fondo tenía miedo de que su cuñado algún día le hiciera a ella lo que los asesinos hicieron a Mara. El impresentable la trataba mal, pero la miraba con deseo. El otro día, que iba con una falda corta, empezó a mirarle delante de Daniela descaradamente a las piernas, como si fuera a lamerlas, como si tuviera derecho sobre todas las mujeres que llevaran las piernas al aire. *Ellos se ponen bermudas y no pasa nada*, se dijo. *Y nosotras tenemos que soportar esas miradas*. ¿No se daba cuenta Daniela? Se habría tirado a más de una en el prostíbulo. O quizá, no. Las putas no tenían que ser tan tontas como su hermana. Le amargó este pensamiento.

Mara se había comprado algo de ropa en su tienda. La última vez que había ido, quince días antes de su muerte, se había llevado un par de faldas. ¿Cuándo habían aparecido muertos? En el noventa y tres, justo en junio. Hacía ya cinco años. Se acordaba porque tres días después su cuñado se cogió el avión para Fuerteventura. Se podría haber quedado allí. Madre mía, les había dejado relativamente en paz cinco años, no se lo podía creer. Y ahora, llevaba veintidós días en Valdepeñas y ya había vuelto a destrozar la vida de su familia: la paliza de Adrián, había zurrado varias veces a las niñas y había estado a punto de matar a Daniela un par de veces. Qué facilidad

para destruir y a la vez tener tanta buena fama en el pueblo. Los Galeno, la familia de Mara, lo adoraban.

Llegó ya a casa. Bebió un poco de gazpacho y decidió que se acostaría pronto. ¿Le llamaría otra vez la policía de madrugada? ¿Podría dormir así? Seguramente ya no descansaría. Tendría que esperar lentamente a ver cómo mataba a su hermana. Porque desde luego acabaría matándola. No había leyes que la protegieran. Violencia doméstica, lo catalogaba la policía. ¿Existen los asesinatos domésticos? Nunca hasta ese momento se había dado cuenta de cómo una palabra podía degradar un hecho. ¿Qué era doméstico? Un adjetivo, si no recordaba mal. Un adjetivo que robaba importancia al sustantivo, la violencia.

Mientras el impresentable había vivido fuera, Diana había estado dando vueltas a la idea de contratar a alguien en la tienda, de meter a Daniela, ya que sus hijas podían ir solas al cole. Pero no podía permitir que ella empezara a trabajar allí y que él llegara a montar un número, y mucho menos después de su vuelta. Lo conocía bien. Le encantaba destruir. Pasaba todo el tiempo hablando mal de ella y de su familia. Destruía famas, destruía cualquier manifestación de creatividad de Daniela, las manualidades que tanto le gustaban antes, sus dibujos y seguro que, si ella se ponía a su alcance, le destruiría el negocio.

Se puso el camión. Las noches empezaban a ser demasiado calurosas. Hugo no iba a ir a verla esa noche, quizá estaría mosqueado por no haberle dejado que le acompañara a casa de Daniela. Se habría enterado de los detalles a través de los demás. Todo el mundo sabía que estaban juntos, y algún malintencionado le habría ido a preguntar a ver si le sonsacaba información desde el lugar privilegiado que le confería ser el novio de la cuñada del maltratador. Pero él no sabía nada, no había vivido nada y ahora estaría en su faceta de herido.

¿Tenía ella derecho a excluirle tanto? Acabaría dejándola. Siempre hacía cosas por las que los hombres acababan dejándola. Necesitaba un espacio vital, un distanciamiento, que no se le acercaran demasiado. Que ella no lograra implicarse emocionalmente. Que siempre pudiera vivir sin ellos, porque si alguna vez alguien le levantaba la mano, con ese distanciamiento afectivo lo podría echar inmediatamente de su vida.

Volvió a llamar a su hermana. Daniela y el impresentable iban a verse las caras después de la paliza. No podía quedarse a solas con él.

—Daniela, ¿cómo estás?

—Estoy bien. Aún no ha vuelto.

—Las siete. Bueno, cuanto más tarde, mejor. Te llamaré dentro de un rato. Y si hay algún problema, no te cortes, llámame a mí o a la policía.

—No va a haber. Sé que está arrepentido.

Colgó el teléfono cabreada y se durmió un rato en el sofá. De repente abrió los ojos y se encontró con que ya había anochecido. Qué sueño tan raro había tenido. Estaba en la tienda y abría el cajón donde había guardado los pantalones de Alma. Y resultaba que estaba casi a rebosar de sangre. Tenía que cerrarlo con cuidado para que la sangre no se vertiera y ensuciara la ropa que había en los cajones de abajo. Qué absurdo, en vez de sacar el cajón para vaciarlo de sangre, lo guardaba como si nada hubiera ocurrido.

Encendió la luz, eran las diez de la noche. El impresentable habría llegado a su casa y Daniela no le había llamado. Cogió el teléfono y marcó. Contestó Daniela.

—¿Qué tal estás? ¿Por qué no me has llamado?

—No ha venido aún. Son las diez y estoy preocupada.

—Pues yo me alegro y estoy despreocupada de que no haya llegado aún. A saber cómo llega. Si

se pone violento, no te cortes, te encierras en el baño y llamas a la policía.

Le había regalado a su hermana un móvil para las emergencias, así ella estaba más tranquila. Esperaba que su cuñado no se lo quitara.

Ya no se pudo dormir y encendió la tele un rato. No había película ni nada que le quitara la preocupación. Se acordó del otro sueño que había tenido hacía tiempo en el que el impresentable arrojaba al pozo a Daniela. A las doce antes de meterse en la cama de nuevo, volvió a llamar.

—Aún no ha llegado. Igual se ha ido para siempre.

—No caerá esa breva.

¿Qué estaría haciendo su cuñado? Terminaba con la cocina a las cinco de la tarde, y volvía en coche. No por la carretera porque no tenía carné, pero iba por los caminos de tierra. A saber lo que estaría haciendo, lo importante era que estuviera lejos de su hermana.

A la mañana siguiente, el viernes, se fue a trabajar. Hacía fresco a primera hora. Había algo en la ciudad, una energía extraña. El aire estaba límpido, pero las calles, nerviosas. Vio pasar dos o tres coches de policía sin sirena, pero con urgencia, le extrañó ver tantos en un trayecto tan corto. Después se cruzó con una pareja de la guardia civil. ¿Habría habido algún robo? Nunca habían robado en Valdepeñas, excepto las consabidas gamberradas de algunos chicos de instituto, el caso de una señora cleptómana y, una vez, hacía tiempo en unas bodegas, pero eran forasteros. Entonces cayó en la cuenta de que no había llamado a Daniela por la mañana. Apresuró el paso y cuando llegó, levantó el cierre. Lo primero que hizo fue ir directamente al teléfono y marcar el número de su hermana.

—Daniela, ¿estás bien?

La voz soñolienta sonó al otro lado del teléfono.

—Sí, estoy bien. Aún estaba durmiendo, me duele la cabeza y anoche me dormí tarde.

—¿Ha vuelto?

—Sí, pero estuvimos bien, estaba tranquilo.

Sí, solía estar tranquilo después, era cíclico. Daba una paliza, aparecía unos días domado y luego volvía a las andanzas. Y en primavera y otoño las palizas siempre eran más numerosas. Qué habría hecho por ahí, pensó después de colgar. Pero era mejor no pensar. Mientras estuviera fuera de casa, eso era lo importante.

Desde la tienda vio pasar otros dos coches de la policía. Algo había pasado, aunque no era en su familia. Iba a poner la radio cuando en ese momento entraron dos personas en la tienda, una madre y su hija adolescente.

—Buenos días.

—Buenos días —les contestó sonriendo.

Eran unas buenas clientas. No miraban el dinero y solían llevarse bastantes cosas. Las dejó que miraran y volvió a ver otro coche de la policía. Se asomó por el escaparate.

—¿Tienes algo juvenil para ir un poco más arreglada por las noches?

Se volvió y les sacó tres vestidos.

—Este blanco te puede quedar muy bien. Con un collar dorado o plateado, te viste mucho.

Volvió a mirar al escaparate. Esta vez vio pasar a unos chicos con cámaras, parecían periodistas.

—¿Te has enterado? —le dijo la madre— Alma Marueco ha desaparecido.

Se quedó impresionada.

—¿Desaparecido? Ayer me encontré a su madre alrededor de las seis y media y no me comentó nada.

—Sí, se fue a las seis en bicicleta a casa de abuela a la urbanización Los Naranjales para bañarse. Y desde entonces no ha aparecido.

Miró al cajón del mueble delante del vestuario. Ahí estaban guardados los pantalones rosados de Alma con el bajo recogido para ella.

—¿Y eso? Qué raro.

—Es lo que dice la gente. Acaba de volver del Ciudad Real, ha sacado unas notas estupendas. Los padres dicen que le ha tenido que pasar algo, es imposible que haya huido sin decir nada.

—Sí, yo ayer estuve hablando un rato con Brígida, y me contó que Alma estaba muy contenta con las notas.

—Lo primero que ha hecho la policía es mirar en el parque y cerca de la vía de tren, donde aparecieron los cadáveres de los novios. Pero no han encontrado nada.

—Pero no va a ser la misma persona, de eso hace cinco años ya.

—Fue en la misma época, en junio del noventa y tres. Por eso es raro que ahora cinco años después desaparezca una chica en junio. Madre mía, qué miedo. Si sigue desaparecida, la policía va a traer a los buzos a inspeccionar los pozos. Tienen que esperar cuarenta y ocho horas, el plazo legal para poner la denuncia.

Diana se estremeció.

—Cuánto lo siento. Es una chica bien maja, estuvo aquí hace poco probándose unos pantalones. ¿Qué le puede haber pasado?

—Si no la encuentran en veinticuatro horas, mal asunto. Y esta no se ha ido por su propio pie. Mira, mi hija iba a venir sola a la tienda y, en cuanto he oído la noticia en la radio le he dicho que ni hablar, que yo la acompañaba.

—Has hecho bien, hasta que todo se aclare.

La hija estuvo probándose un par de vestidos más y, al final, se quedó con el blanco. Se vendían muy bien los blancos.

Cuando se fueron, llamó a Daniela.

—Diga —oyó que decía Daniela.

—Ya está la puta de tu hermana dando por culo —oyó que gritaba cerca del teléfono.

—Dile a ese cabrón que la puta será él, ¿puedes hablar?

—Espera, me voy a la cocina.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, se ha levantado tranquilo.

—Pues menos mal que se ha levantado tranquilo. Oye, ¿a qué hora llegó anoche?

—A las diez.

—¿A las diez? A las diez, imposible porque te llamé y no había llegado aún, ¿no te acuerdas? Esta mañana me has dicho que llegó tarde.

Oyó a Daniela carraspear.

—¿Tarde? No, me confundiría. Estaba aquí a las diez y diez o algo así.

—¿Segura?

—Ya estaba aquí, pero no te lo dije para que no estuvieras nerviosa. Estaba todo tranquilo.

A Diana no le gustó aquella respuesta.

—Pues me parece muy mal, Daniela. Si te llega a pasar algo, yo ni me entero.

—Yo sé cómo es, y sé que vuelve tranquilo.

No le había gustado eso, su hermana mintiéndole. Ahora ya no podía fiarse de ella. No sabría si estaba bien o mal con una simple llamada de teléfono.

—¿Sabes que ha desaparecido una chica?

—Ya y como llegó tarde tiene que ser por él. Le echas la culpa de todo a él.

—No, no he querido decir eso.

De los tuyos podrás maldecir, pero nunca mal oír, se dijo a sí misma.

—No te pongas así, te lo comentaba por si sabes algo que me lo cuentes. Aquí en la tienda no me entero de nada.

PÍTULO VII

Qué gusto, leer los periódicos que hablan de asesinato, desaparición y accidente... Y todo el cuerpo de la Policía en jaque, dando palos de ciego. No van a encontrar ni una puta huella mía, bueno soy yo limpiando cuando me empeño. Vale la pena arriesgarse y ver cómo los demás trabajan durante años por lo que yo he hecho en una sola noche. Paso delante de todos, de los guardias civiles, de los policías y tan tranquilo, ni me miran. Voy al trabajo como si tal cosa, los domingos salgo por ahí con la Dani y las niñas. Esta vez no me voy. Me pienso enterar de todo lo que dicen en el pueblo. El gusto que da ver a los papás o mamás asustarse cuando llaman a sus niñas y ellas tardan en llegar. No habré conseguido un buen trabajo, no habré montado un restaurante como Eugenio, pero todos los pringados que han estudiado, los policías, los psicólogos, los psiquiatras, los periodistas no me llegan ni a la suela del zapato. Vaya hervidero de nervios, cómo está la gente por Valdepeñas, todos asustados. Nadie sale solo a hacer deporte por el campo, ya se han acabado los paseos, el footing, las bicicletas y las mierdas. Están las chicas que ya no salen solas por la calle, todas en grupo. Y todo por mí. Pues sí, que se cuiden porque en cualquier momento puedo hacer con alguna de ellas lo que he hecho con la de las mallitas. Me entran ganas de coger el avión, ir a Fuerteventura y contarle a Marisol lo que he hecho y decirle: *cuidado conmigo, zorra*. Pero mejor estar ahora quietecito. A esa puta ya la pillaré.

No hay más que corrillos por la calle, la gente habla de cómo se puede desaparecer sin dejar rastro. Las radios, todas las de Valdepeñas, las de Castilla La Mancha, las nacionales... Hasta en las noticias de la primera sale la desaparición de Alma. Todos dando las noticias dale que dale. En el club, hasta las putas se compadecen de la chica desaparecida. Hasta las putas están asustadas. Hasta las putas. Y yo soy el único que sabe lo que ha pasado. El único del mundo. Qué gusto ir estos días al bar de Manolo a la hora de las noticias. En cuanto empiezan a hablar de Alma en el telediario, todos se callan como muertos para escuchar cómo van las investigaciones. Se callan y se paran todos, los que juegan a los dados, los que están hablando, los que beben... Más devotos que en una misa. Y yo siempre me pongo en la barra, desde ahí solo veo las nuca, las miradas clavadas en un mismo sitio, los oídos pendientes de lo que dice la tele, como si fuera un altar. Y ahí sale siempre la mamá suplicando que le devuelvan a su niña.

Sí, espera sentada. Que no se hubiera puesto esa ropa, las mallas y la camiseta de tirantes. Qué voy a hacer si me encuentro con un pibón así por un camino. Pues merendármela, como Dios manda. Provocan y luego viene lo que viene. Yo podré ser de todo. En la tele han dicho que la desaparición de Alma puede obra de un asocial o un psicópata. Vale, puedo ser todo eso, pero desde luego, no soy un maricón. Soy un hombre de pies a cabeza.

Ya tenía fichada a la chica, estaba buena, pero no había quien se acercara con el perro guardián del novio. Y aunque no tuviera novio, daba igual, me hubiera hecho ascos. Esta era de las soberbias a las que sus padres envían a estudiar fuera y solo salen con chicos que van a estudiar fuera. En cuanto la vi sola, no me lo pensé dos veces. A por ella. No fue difícil bloquearla con el coche, meterla en el maletero y enfilarse hacia la finca del Cerco.

Al final todo da sus frutos. Tantas vueltas con el coche, tanto gastar gasolina para ver qué caía, y hala, una pieza mayor.

Lo de la pareja tuvo más huevos. Dirán lo que dirán, pero yo solo y con una navaja pude con los

dos. Eso no lo puede hacer cualquiera, se necesita habilidad. Matarlo a él y luego pillarla a ella. Cuando la cogí, huía como una liebre. Como chillaba la zorra y nadie la oía. Sí, ahora están juntos como a los amantes de Teruel, tonta ella y tonto él. Esta también chillaba. No sé por qué les da a todas por chillar.

¿Dónde está tu hija? Alma, la llamas por la noche. Pero nadie te contesta. Solo tu marido que está llorando al lado. Qué ha pasado. Cómo puede un ser humano disolverse. No, no, un ser humano no puede disolverse en el tiempo y el espacio, ese conjunto que viste partir, Alma, la gorra, la mochila y la bicicleta no puede disolverse. La Policía no sabe nada. La Guardia Civil no sabe nada. Nadie sabe nada. Tu hija lleva ya dos días desaparecida. Y desde entonces tú tienes un pozo en tu cuerpo, un pozo que se abre desde el vientre hasta el corazón, un agujero negro que te succiona la vida. A todas horas notas el vértigo del pozo y la angustia.

No paras de llamar para saber dónde está tu hija, pero la Policía, por mucho que haga, no tiene nada. No se sabe nada. Te cuentan que están investigando entre el círculo de amigos de tu hija. Especialmente al novio y a ese amigo de toda la vida que estaba enamorado de Alma. ¿Su novio?, preguntas, ¿por qué? La pareja siempre es sospechosa, pero tú sabes que no son los amigos, que están perdiendo el tiempo.

Te quieres morir, pero aún puede aparecer. Qué le ha pasado a mi hija, te preguntas. Qué le ha pasado a ese conjunto: la gorra, la mochila, la bicicleta y ella. No puede disolverse. Las personas no se disuelven. Las bicicletas y las mochilas, tampoco.

El inspector Rubio y su compañero Matías llamaron a la puerta. Rubio estaba cabreado. Por qué le habrían elegido a él. Las ruedas de prensa, hablar en público, todas esas medallas las hacía Adolfo. Y a él, en cambio, le tocaba notificar a la familia la mierda. Una mujer de unos cuarenta y cinco años, con el pelo castaño y cara de angustia, les abrió.

—¿Es usted familiar de Alma?

—Soy su madre. Pasen, pasen.

Los policías entraron en un salón espacioso y decorado con buen gusto. En un sofá bastante amplio, de color granate, se sentaban dos jóvenes y un hombre de unos cuarenta y tantos. El padre y los hermanos.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó la mujer.

Si daban la noticia con rapidez, igual no tendría ni que sentarse y se irían pronto.

—No sabemos nada. Aunque hemos descubierto algo.

La madre casi pegó un brinco. Los dos jóvenes y el hombre se levantaron del sofá.

—¿Qué se sabe? ¿Se ha encontrado algo? ¿Hay alguna pista?

Las preguntas se hacían casi gritando, pero aun así sonaban a súplica.

—Verán —el inspector Rubio se fijó que toda la familia tenía los ojos llorosos, los padres, los hijos... Vaya marrón—. Verán, siento decirles esto, pero se van a acabar enterando por los medios. Se ha encontrado una mochila en el Jabalón. Lo ha encontrado una de las amigas de Alma. En la mochila hay objetos personales que ustedes tienen que identificar, y también —Rubio carraspeó y miró a su compañero. Pero su compañero miró a otro lado, no le iba a echar una mano—. Y también hay un calzoncillo con restos biológicos.

La familia, casi como una sola unidad, escuchaba estremecida. A Rubio le dio la sensación de que todos se hacían más pequeños, se encogían.

—¿Qué restos biológicos? —preguntó el padre.

Rubio maldijo el momento en el que le habían llamado para ese caso.

—Sangre y semen.

El llanto del grupo aumentó. La madre empezó a llorar como un mugido, como el mugido de una vaca, como el llanto lastimero de un animal moribundo.

—¿Es la mochila de mi hermana? ¿Están seguros?

—Alguno de ustedes tienen que venir con nosotros para identificar los objetos.

Proteger, proteger, proteger. Hasta que tu hija se hace mayor e independiente. Cuando es pequeñita, agarrarla de la mano al ir por la calle para que no se pierda, agarrarla de la mano para cruzar. No perderla de vista en el parque, avisarle de que no hable con desconocidos. Avisarla, conforme va creciendo, de peligros mayores, de las malas compañías, de las drogas, del alcohol de los desconocidos, de los peligros de una ciudad... Y cuando ya pasa la barrera de los veinte, cuando ves que es responsable, que rechaza las drogas, que conoces a todos sus amigos y te gustan, que conoces al novio y te gusta, entonces respiras aliviada. Ya descansas. Y cuando descansas, cuando cumple veintiuno, entonces, todo lo que has hecho, cogerla de la mano, vigilarla en el parque, advertirla, aconsejarla, quererla tanto no ha servido de nada, absolutamente de nada.

Piensa en los buenos recuerdos, te dice la psicóloga que te han traído. Pero tú recuerdas los domingos en los que tu marido, tus tres hijos y tú os ibais a hacer excursiones en bicicleta al río. Y en entonces las aguas del Jabalón se hacen rojas. Recuerdas lo fácil que es hacer reír a unos niños felices. Cualquier chiste malo, cualquier payasada que en otro ámbito sería patético, cualquier disparate hace reír. Y sí, ahora empiezas y recuerdas a Alma riendo, a Alma niña, no a la Alma desaparecida y tal vez violada, si no a la niña feliz. Y para qué. Te preguntas. Para acabar así, desaparecida, con el calzoncillo arrugado de un desconocido en su mochila.

PERIÓDICO LA PRECISIÓN

15/06/98

Encuentran la mochila de la joven desaparecida en Valdepeñas

La familia de Alma Marueco, la estudiante de Geografía e Historia desaparecida el pasado veinticinco de junio en Valdepeñas, ha confirmado que la mochila encontrada en el río Jabalón pertenece a Alma. Una de las amigas de la joven que participaba en los grupos de rastreo halló la mochila en un lugar cercano a un puente. En ella se han encontrado varios objetos. Algunos pertenecen a la joven desaparecida: un walkman, una zapatilla, una gorra, una toalla y ropa de baño. Contenía, además, unos calzoncillos con restos orgánicos y una piedra de unos siete kilos.

Fuentes policiales han comunicado que barajan la posibilidad de que fue arrojada desde el puente con la piedra dentro para que desapareciera todo rastro, pero no se explica cómo la corriente pudo arrastrar la mochila hasta la orilla.

El ADN ha sido enviado a analizar para cotejarlo con el de los posibles sospechosos del entorno de la desaparecida y con la base de datos de la policía.

Mientras tanto, los familiares y amigos de la joven han creado La Plataforma de Amigos de Alma. Su primera acción ha sido colocar una gran pancarta en la Plaza de España de Valdepeñas en la que aparece un dibujo de la joven y las palabras: "Tenemos una buena razón para estar aquí". La plataforma está formada por cuarenta miembros y se organizan por turnos para que siempre haya un grupo en la plaza, tanto de día como de noche. El objetivo es conseguir que el caso no se cierre hasta que Alma aparezca.

Cada vez que pisas las aceras de Valdepeñas, sabes que tu hija ha pasado por ahí, de niña y de joven, encerrada en su espacio y en su tiempo. Y tú, su madre, quieres retroceder, cambiar de calle, irte a la otra, a la misma del pasado cuando tu hija aún estaba contigo. Pero no puedes, no, irte al ayer. Una frontera de cristal te impide recuperar ese pasado antes de su desaparición en el que no tomabas pastillas, en la que tu marido no tenía depresión y en la que tus otros hijos no miraban al suelo cabizbajos. A ese pasado antes de. Volver al último momento en la que la viste con vida, cuando Alma salía por la puerta del patio con las mallas, la camiseta, las zapatillas de deporte y la mochila negra. Y tú, su madre, no la abrazaste, no la cogiste de los hombros para decirle *No te vayas, no. Porque si lo haces no vas a darte un baño, sino que te vas para siempre.* Pero en vez de hacer eso saliste corriendo a darle la gorra de color rojo. *Alma, la gorra.* ¿Dónde están los otros, los otros hijos?, no los encuentras. Los miras y no los ves. Te hablan y no los escuchas. A veces te das cuentas de que han cambiado tanto que no los reconoces. Quizá te necesiten, pero tú no puedes atenderlos, estás demasiado metida en tu propia historia.

DIARIO LA VOZ DE VALDEPEÑAS

28 /11/98

Esta noche a las 21:30 concentración por Alma

La Plataforma de Amigos de Alma vuelve a convocar para esta noche una concentración solidaria a las 21:30 en Plaza de España de Valdepeñas. Se desea que todo el mundo acuda para demostrar que el pueblo que vio nacer a Alma no la olvida. La joven lleva desaparecida ciento cincuenta y seis días. El mes pasado se concentraron mil quinientas personas.

Por otro lado, la madre de Alma, Brígida Masía, ha vuelto a tener presencia en los medios de comunicación. Esta vez ha sido entrevistada en el popular programa de María Teresa Campos en el que contó la desaparición de su hija. Y pidió a la audiencia que, si alguien ha visto algo, se ponga en contacto con la familia.

PÍTULO VIII

La tienda estaba situada en una calle amplia de Madrid, en la Avenida de Méndez Álvaro. La mujer entró en ella. Era amplia, tenía bastante luz natural y olía a incienso. Pequeñas fuentes se distribuían por el espacio y por una de ellas corría el agua. Además, se podían ver adornos griegos, pañuelos, estanterías con libros sobre esoterismo y magia, barajas de oráculos y mandalas en las paredes. En una vitrina se exponían pendientes y colgantes artesanales. Se respiraba un ambiente agradable. En un rincón al fondo a la derecha había una mesa camilla. Una mujer de pelo castaño y liso la miró tras el mostrador.

—Hola, ¿qué desea?

—Tengo hora para una consulta con Marian Aradia.

—¿Eres Engracia? Pasa, pasa —le dijo sonriente.

—¿Todo está en venta? —dijo Engracia señalando a los adornos de las paredes.

—Sí, todo, menos el cuadro de la triple diosa Hécate con las tres antorchas y las tres llaves. Siéntate, voy a cerrar.

Puso el cartel y volvió.

—¿Quieres un té?

La recién llegada asintió. Marian se introdujo en la trastienda y se pudo oír el ruido de un microondas. Al momento, salió con un par de tazas. Las colocó sobre la mesa y puso un tapete de color morado. Al lado había una vela de color blanca.

—Bueno, Engracia, no sé por dónde quieres que empecemos. No me has querido adelantar nada por teléfono.

—Lo primero que quería saber es: ¿puedes echar las cartas por otra persona?

Marian la miró fijamente.

—Yo prefiero que esté la persona. ¿Por quién quieres que las eche?

—En realidad, es por una amiga por quien he concertado la cita. Pero, a última hora, me ha dicho que no tenía fuerzas para venir conmigo. La tirada quiero que sea sobre su hija.

—¿Qué quieres saber de su hija?

—Hace seis meses que no sabemos de ella. Queremos saber dónde está. Creemos...

—No me digas nada para no predisponerme. ¿Cómo se llama?

—Alma

—Puedes escoger entre dos barajas, *El tarot de Marsella* o *El oráculo de los mitos griegos*.

—Probaré con el que no conozco, el de los mitos griegos.

Marian cogió el mazo e hizo una pequeña invocación.

—Me entrego a la diosa Hécate para que me ayude con este trabajo de adivinación.

Y, a continuación, comenzó a barajar las cartas. Cuando terminó, las colocó sobre la mesa. Era unas cartas muy curiosas, formadas con imágenes de cuadros clásicos.

—Piensa en la pregunta y haz tres montones.

Engracia así lo hizo y Marian empezó a extraer cartas de los distintos montones y las colocó sobre la mesa formando una figura parecida a un cuadrado cruzado. El resto las retiró a un lado. Estuvo un rato absorta en el tapete que formaban, luego la miró y volvió a estudiar la tirada.

—No entiendo nada.

—Quizá debería haber venido mi amiga.

—No, no me traigas a tu amiga. ¿Desde cuándo no sabéis nada de Alma?

—Desde hace unos cinco meses.

—La carta central es el inframundo, el mundo de los muertos.

Engracia se echó a temblar.

—¿Qué significa?

Marian se quedó mirándola. Vaya marrón. ¿Cómo Le iba a contar lo que decían las cartas?

—¿Cómo desapareció Alma?

—Se marchó en bicicleta una tarde. Vivía feliz en su casa, se fue a bañar y desapareció. Se trata de un caso muy mediático. Ha salido varias veces en televisión. Alma Marueco. ¿Te suena?

—Me suena algo, pero estoy todo el día metida en la tienda y apenas veo televisión. ¿Y qué piensas tú que ha podido ocurrir?

—Quiero que me digas la verdad, no me mientas.

Marian bajó un poco la cabeza.

—Las cartas dicen que la hija de tu amiga está en el inframundo. Los griegos pensaban que bajo la superficie de la tierra existía el mundo de los muertos. Según esto, estaría muerta. Pero son solo cartas. A su lado aparece Poseidón, el dios de los mares, los ríos y los pozos.

A Engracia se le saltaron las lágrimas.

—En el fondo todos lo sabemos. Organizamos manifestaciones y sentadas para que nos la devuelvan. No nos atrevemos a comentarlo con la familia, pero todos sabemos que está muerta. ¿Cómo fue?

—La carta del minotauro aparece en un lugar muy negativo de la tirada. A continuación, está Apolo con su carro; la esfinge, que simboliza la parada en el camino, seguida de Ares, el dios sanguinario, y termina con Hades, el dios de los muertos. Puede que alguien apareciera en coche, la obligó a parar en su camino, batallaron y, por último, Hades, el dios que secuestró y violó a la doncella Perséfone, se la llevó en su carro al mundo de los muertos.

Marian bebió un poco de té para tranquilizarse.

—Alguien la mató.

Eugenia sacó un clínex.

—Pero ya te digo que esto solo es una tirada.

—¿Podríamos preguntar quién lo hizo? ¿Fue alguien de Valdepeñas?

Marian recogió las cartas y las volvió a barajar. Hizo la misma operación anterior y le pidió que hiciera tres cortes. Realizó la tirada y en el centro salió Dioniso, Narciso y Edipo

—Puede que sea de Valdepeñas porque me sale el dios del vino. Una persona muy narcisista que ha estado mucho tiempo fuera. Edipo es el personaje que no vive en su patria biológica, en Tebas, y un día toma un camino y se dirige a ella. Por el camino, comete un asesinato, el de su padre, hasta el momento no se conocían. Aplicado al caso de Alma es un hombre que acababa de llegar a Valdepeñas tras una larga ausencia, pero no pertenecía del círculo de Alma.

Señaló a una de las cartas de abajo.

—En su pasado, antes de encontrarse con Alma, aparece otra vez el minotauro y la lámpara de Psique que simboliza la transgresión y el fin de una pareja. Parece que acabó con una relación amorosa, provocó el caos y el desastre. No una que tuviera él, sino de otras personas. Y no sé por qué, a continuación, sale Eros, el dios del amor que impregna toda la naturaleza, y la diosa Hestia, que representa el vínculo divino. Y en el presente, las pautas familiares, que es la falsa identidad. Probablemente, su familia le sirve para tapar su identidad de asesino.

—Podría ser cualquier persona de Valdepeñas. Y si no es de su círculo de amigos, que es lo más seguro, será más difícil de descubrir.

—¿Quieres que preguntemos cómo irá la investigación?

Engracia asintió. Marian recogió las cartas y comenzó por el mismo proceso. Le entregó el mazo a Engracia para que cortara. Cuando la nueva tirada estaba sobre la mesa, Marian comentó:

—Va a ir mal. Aquí sale la carta de la tierra yerma, que es Deméter llorando la pérdida de su hija. Esta representa a tu amiga y su familia. Al lado está Cronos, pasará mucho tiempo. Pero mira, al final de todo sale Atenea, la justicia. Y no me refiero a una justicia espiritual, sino a la justicia en los tribunales.

Y señaló la última carta de la parte de arriba de la derecha.

—Nadie sabe nada, no hay ninguna pista. Nos movemos mucho. Estamos permanentemente convocando acciones para que nadie la olvide.

—Sin embargo, todo lo que estáis haciendo para que vuelva está moviendo energías, está creando un destino diferente. Sale la carta del oráculo al lado de Poseidón. El agua, las emociones se moverán. Y al final, la tirada está coronada por Perséfone, la diosa primavera. La doncella que resucita y vuelve del mundo de los muertos, lo que está oculto en el inframundo volverá a la tierra, pero antes veo mucho dolor.

—Entonces, ¿sabremos algún día qué le ha pasado?, ¿dónde está y quién lo ha hecho?, ¿cuándo?

—Es muy difícil determinar el tiempo, pero lo veo a largo plazo. Y te voy a decir algo extraño, será la hija de tu amiga la que mueva los hilos desde el más allá. Ella está empujando energías para que los seres humanos hagan la justicia. Alma se está nutriendo ahora de vuestras acciones y de vuestro amor, es lo que la tiene pendiente de los asuntos de este mundo. De manera que no dejéis de pedir que vuelva, no dejéis de hacer sentadas ni manifestaciones, ni nada..., porque eso está moviendo, como ya te he dicho, el agua. Será el dios del agua, Poseidón, las emociones, quien traerá la justicia. Esta no vendrá ni a través de la autoridad, ni de investigaciones. Las emociones harán naufragar una falsa vida, el asesino, romperá con un tipo de vida que no le corresponde, un mundo que ha levantado con su violencia.

Engracia estaba sobrecogida.

—¿Y mientras tanto?

Marian la miró.

—Lo siento, Engracia, pero mientras tanto os toca llorarla sin saber dónde está. La tierra yerma, el dolor de Deméter para la familia. El tiempo está señalado por el destino y por la energía de Alma. Los seres humanos no podéis hacer nada, excepto buscarla.

PERIÓDICO LA PRECISIÓN

21/12/98

El presidente de Gobierno recibirá a los padres de Alma Marueco

Hoy, lunes 21 de diciembre, el Presidente de Gobierno José María Aznar recibirá a los padres de la joven Alma Marueco Masía, la estudiante desaparecida hace seis meses en Valdepeñas. Los padres de la joven le van a pedir que no se cierre el caso de su hija.

Diana dejó el periódico sobre el mostrador. Pobre gente, seis meses ya y no se sabía nada de Alma, la tierra se la había tragado. Cómo era posible. ¿Podía ocurrir eso? Una tarde de principios de verano, una chica coge una bicicleta para irse a bañar, y ya no se sabe nada más de ella. Así como si nada. Pero eso no podía ser, dónde estaba ella, dónde la bicicleta.

Desde que había desaparecido, Brígida solo había ido una vez por la tienda con su otra hija, Loreto. Cómo habían cambiado. Casi no las reconoce de lo desmejoradas que estaban. Brígida

apenas tenía fuerza en la voz. Y no le había preguntado por los pantalones rosados de Alma. Ahí estaban en un cajón, ya pagados y con el bajo subido para la hija desaparecida. Pero no, ella no se lo iba a recordar, mejor que se los pidiera. Cómo le iba a decir ella *Aquí tienes los pantalones de tu hija desaparecida, con el bajo a su medida. Los últimos pantalones nuevos que se probó. Llévatelos porque son tuyos.* No, no. Ella los había guardado por si aparecía. Si volvía, le diría a la madre: *Aquí están estos pantalones.* Pero, ¿iba a volver? Toda Valdepeñas sabía que ya no, que ya no estaba viva.

Entró una chica joven y le preguntó por los trajes para Nochevieja. Les sacó varios de su talla y pasó al probador. No quería ni pensar en cómo iba a ser la Navidad para esa familia. Una persona menos. Una persona no muerta, no viva, no enterrada, una hija que se había ido sin irse. Una desaparecida aún más presente para todos. Le gustaría acercarse a Brígida y darle un abrazo y decirle: *Cuánto siento lo que te ocurre.* Pero no tenía tanta confianza y, además, Brígida intentaba no salir mucho, solo lo imprescindible. Imaginaba los comentarios de la gente, esa gente que a veces consolaba y otras, dañaba.

La clienta salió con un vestido puesto. Pero no le quedaba bien.

—Tiene demasiado vuelo para ti. Te va un vestido más recto.

Y le señaló otro.

Imaginaba cómo iba a ser la Nochebuena y la Nochevieja. La despedida del año. Dejar marchar un año en el que ha desaparecido un ser querido. Dejar marchar un año en el que el segundo semestre ha sido una pesadilla. Y saber que, a partir de ahora, a menos que ocurriera un milagro, la vida iba a ser siempre una pesadilla. Ya no habría Nochebuena ni Nochevieja felices. Y ni siquiera no felices, sino trágicas.

La chica salió.

—Te queda mucho mejor, con diferencia. Y te sale mejor de precio.

—¿Sabes qué me gusta de ti? Que siempre me dices la verdad, nunca me intentas engañar ni vender porque sí.

Sonrió

—Sí, soy demasiado sincera, para bien o para mal.

Le estuvo enseñando unos pendientes y al final se marchó con el vestido y los pendientes.

A veces pensaba que era demasiado sincera. No en la tienda, no. A ella no le interesaba que la gente se fuera descontenta, pero sí con los asuntos familiares.

El teléfono sonó, era su madre. Le pidió que comprara turrón para la Nochebuena.

—Tráeme cuatro tabletas del de chocolate, dos de jijona y peladillas.

Se acercaría al día siguiente al mediodía al supermercado. Entraron unas clientas, se despidió de su madre y colgó.

Estuvo toda la tarde entretenida, entró bastante gente, se notaba que solo faltaban tres días para Nochebuena, aunque algunas clientas solo querían mirar y esperar a las rebajas. Metía a alguien o seguía sola, siempre tenía esa duda. Estaba ganando bastante dinero, podía permitirse pagar a alguien media jornada y poder ella disfrutar de la vida. Pero, a la vez, no sabía si iba a aguantar a otra persona.

Hugo cenaría con sus padres. Habían quedado en pasar la fiesta cada uno con sus respectivas familias.

—No puedes pasar la Nochebuena conmigo —le había dicho a él— para que te caiga encima toda la mierda del impresentable.

—Eso me da igual, Diana, sabes que me da igual.

Pero había demasiada mierda en su familia.

A las ocho salió, echó el cierre y se dirigió a casa. ¿Cómo sería su Nochebuena? Desde luego mejor que la familia de Alma, pero no mucho mejor. Su cuñado les boicoteaba todas las fiestas navideñas. Por suerte, llevaba una época un poco tranquilo, no había zurrado a Daniela en seis meses. Qué le habría pasado. A ella no le engañaba, debía de haber otra. Estaba como ensimismado, contento consigo mismo, incluso a veces feliz, cosa rara en un hombre eternamente insatisfecho como él, en un hombre tan amargado.

Diana se preguntaba cómo se podía albergar tanto odio. Le habían maltratado de pequeño, sí, pero eso no era un visado para poder maltratar al prójimo el resto de su vida. Y lo mejor de todo es que se consideraba buena persona. *Yo soy un buenazo, me parezco a mi abuela que era una buenaza. De puro bueno, tonto. Hay que ver cómo se aprovecha de mí tu hermana.*

¿Se lo creería?, se preguntaba Diana. ¿Se creía que era buena persona? Eso sí, con los desconocidos se deshacía en favores. Con los que no eran ni su mujer ni sus hijas ni de la familia de su mujer se moría por agrandar y caer bien. Había que ver lo atento que era con alguna mujer cargada de paquetes o las mamás con los cochecitos con niños. Enseguida él les ayudaba a subir los bordillos cuando cruzaban. O si a alguna señora se le caía al suelo algo, ahí estaba él, el primero en enterarse y el primero en recoger el objeto caído y entregárselo con una sonrisa a su dueña. Y los elogios y piropos que soltaba a todas las mujeres que se encontraba. Como buen machista, trataba como reinas a las desconocidas y como esclavas a las conocidas. Luego, si algún conocido se quedaba sin trabajo, él se acercaba, hablaba con unos o con otros hasta que le proporcionaba algunas entrevistas o se enteraba de alguien que buscaba algún trabajador.

Sí, se llevaría su cosecha de elogios, abría deudas de gratitud y así, de vez en cuando, había gente que le consideraría buena persona. Y, de paso él, aprovechaba para hablar mal de ella y de su familia, vaya mala fama que les había dado. Luego si ella decía que era un maltratador, la mayor parte de la gente no le hacía caso. Decían que no querían meterse, que no querían enterarse de esos problemas.

Y lo obsesionado que estaba con su tienda, menuda campaña hacía contra ella. Menos mal que las clientas iban sí o sí. Qué hombre, qué obsesión tenía con destruir lo que los demás construían. Qué empecinamiento con su negocio, con los dibujos de Daniela, con el árbol y el belén que habían adornado sus niñas, con Clara cuando cantaba... Curiosa la hostilidad que sentía por la mínima expresión de creatividad en cualquiera de sus formas.

Dobló por una calle lateral. Le gustaba lo bien iluminada que estaba Valdepeñas. Durante el año estaba lo justo para que un paseo por la ciudad de noche fuera agradable. Y, en ese momento, además disfrutaban de las luces de Navidad que atravesaban como collares flotantes el cielo de las calles. Hasta se había cargado la relación cordial que tenía con Benito. No es que fueran amigos, pero siempre habían tenido unos minutos para conversar. Pero desde que había vuelto el impresentable de Canarias, se había llevado a Benito al huerto y lo había predispuesto contra ella. Cada vez que le traía un pedido, se dirigía a ella con sequedad. Diana lo lamentaba porque le caía bien. Pero a saber la mierda que le habría inoculado el otro contra ella. Le daba rabia que fuera tan influenciable, pero a la vez le daba pena. Estaba muy perdido, no levantaba cabeza desde lo de su hermana, no se había quitado la rabia. También otros que pasarían una mala Navidad sin Mara, y la familia de Rafael sin Rafael. Cómo sentarte a la mesa sabiendo que falta no alguien que ha muerto, sino alguien asesinado. Cómo se podía cantar *Noche de paz, noche de amor*. Noche de rabia, noche de dolor. Mientras los asesinos estarían por ahí sueltos, bebiendo e incluso emborrachándose en Navidad, las familias estarían ahogándose en su propia rabia.

Y su cuñado sin desaparecer. Diana se mordía los labios. Podría haber desaparecido él en vez de Alma, podría haber muerto él en vez de Rafael o Mara. Pero no, parecía que Dios, el destino, lo

sobrenatural o la divinidad, como quisiera llamarse no quería llevarse a los depredadores. Por qué no se habría quedado en Canarias. Diana llegó a su portal. Antes de meter la llave miró a su alrededor por si había alguien con pinta rara por la calle, no fuera que cuando entrara se le colara algún delincuente. Desde luego, ese miedo no lo había tenido antes, era la psicosis después de lo de Alma. Si había desaparecido una mujer, podría desaparecer más de una. A partir de lo de Alma los niños habían dejado de ir en bicicleta por el campo, había sido un verano triste. Todo el mundo hablaba de lo mismo. Los niños en los parques, cuando encontraban un trozo de tela o algo raro, chillaban a sus padres, *He encontrado un trozo de la ropa de Alma*. Pero no, no era de ella, no era de Alma. De esa chica que se fue pedaleando con mucha prisa porque se creía que se iba a bañar en la piscina y en realidad iba pedaleando hacia unos secuestradores o hacia la muerte.

Subió las escaleras para hacer ejercicio. Porque estaba muerta, claro, era lo que todo el mundo decía. Menos la familia que hablaban de ella como la desaparecida, el resto del pueblo hablaba ya de muerte. Estará enterrada en cualquier campo, decían. Estará arrojada en cualquier pozo, decían, hay más de mil en Valdepeñas. Y lo de los calzoncillos, qué mala pinta.

Cuando llegó a su casa se quitó el abrigo y lo colgó en una percha. Después encendió la calefacción, la casa estaba fría. Se cambió y se puso un chándal con una sudadera muy gruesa. Le encantaba su casa. Era grande, noventa metros cuadrados para ella sola, le merecía pagar religiosamente su hipoteca. El impresentable le había dicho alguna vez que por qué no intercambiaban las casas. Ellos eran cuatro y vivían en sesenta metros cuadrado. La primera vez ella lo entendió como una broma de mal gusto. Pero cuando ya se lo empezó a repetir hasta seis veces, empezó a temerse que era una maniobra, no una broma. *Tú ahí sola con noventa metros cuadrados y nosotros en sesenta*. Le tuvo que parar los pies. Solo faltaba, con lo que trabajaba ella. La codicia de ese hombre no tenía límites, seguro que querría que ella saliera de su casa para que se metiera él y su familia, ella se fuera de alquiler y acabaría pagando el alquiler y la hipoteca de su casa con el impresentable instalado. Se pensaba que ninguna mujer sin un hombre al lado podía ser propietaria. Y si llegaba a serlo, como era su caso, ahí estaba él para disponer de sus bienes y explotarlos a su gusto. Madre mía, qué hombre, cómo repetía con tanta constancia lo que se le metía en la cabeza. Aunque fuera un disparate, lo repetía y lo repetía hasta que la otra persona ya se sometía por aburrimiento. Qué horror, qué manipulador. Nunca se había dado cuenta hasta que conoció a su cuñado de que la mejor arma de un manipulador es la repetición. Repetir una idea absurda varias veces al día o a la semana o durante meses, una frase hecha como un estribillo. Y de esa manera, lo que al principio parecía un disparate se iba inoculando en las mentes de todos.

Menos en la suya, por supuesto. Se lavó las manos con rabia. Esa era la técnica que tenía con Daniela. Repetir, repetir y repetir que era inútil, que era tonta, que nadie la iba a querer. Y al final, debía de ser verdad eso que decían los libros de autoayuda, que las palabras se convierten en realidad porque en pocos años su hermana se había convertido en la persona más torpe y atocinada que conocía. Se secó las manos con ensañamiento. *Al principio fue verbo*, recordó que decía la Biblia. Y luego el verbo se concretaba en realidades.

Tenía a media ciudad engañada, pensando que era buena persona, y la otra mitad, menos mal, desengañada porque habrían tenido algún problema con él. Qué harta estaba de este hombre. ¿Cenarían juntos en Nochebuena? Solo faltaban tres días y era la gran incógnita. Su madre quería cenar con todos porque así veía a las nietas. Pero Adrián no quería, y mucho menos después de la paliza. Su madre le había pedido que fuera con ella, no quería estar sola en casa de Daniela. Pero, ¿por qué tenía que aguantar ella las escenas de él? Porque para Navidad tendrían escenas. No porque él bebiera. Beber no bebía mucho, ni tampoco le daba a las drogas, cómo se cuidaba el

cabrón. Pero daba igual porque actuaba con la misma violencia que un alcohólico.

Fue a la cocina, y sacó una fiambra con caldo y las verduras para hacerse una ensalada. Colocó las verduras sobre una tabla de madera. Había que mantenerse en forma y no engordar. Lo de tener una tienda le suponía que tenía que ir muy bien vestida y mantener la línea. Las clientas no le podían ver con algo que le sentara mal por Valdepeñas, menudas eran, mucho se cuidaba ella. Estuvo partiendo la lechuga. Ir o no ir, ahí el dilema. ¿Por qué su madre se empeñaba en pasar la Navidad con sus nietas? Si las podía ver todos los días mientras él estaba en el trabajo. *En el prostíbulo*, se dijo Diana. Podían cenar con Adrián y su familia y que los otros cenaran solos. Pero le daba pena Daniela, pensó mientras partía un tomate en rodajas. Le daba pena. El tomate estaba húmedo, parecía que estuviera lloroso.

Su hermana que había sido una adolescente rebelde y hermosa, ahora no era más que una piltrafa. Colocó todo de la tabla al plato. Al principio de conocerlo, Diana hizo un intento de llevarse bien con él y, de vez en cuando, los metía a él y a Daniela en su grupo de amigos. Pero el impresentable siempre transmitía el mismo mensaje a sus amigas y a las amigas de Daniela. Él era un hombre con muchas virtudes y muy trabajador, cualquier mujer un poco amable y risueña le hubiera hecho feliz y, sin embargo, había acabado con Daniela que tenía mal carácter, era una egoísta y no se esforzaba nada en agradarle. Más o menos que era muy fácil que una mujer le hiciera feliz y que estaba atrapado en una relación. El típico machista que no suelta a la mujer, pero que va tirando fichas a ver qué otra se entenece de él. Todo se terminó porque una tarde tomando unos vinos en la tasca García ella le contestó: *Pues si eres tan infeliz, suéltala, nadie te tiene amarrado a Daniela. A lo mejor es Daniela la que está atrapada en la relación contigo*. Se armó la de Dios, recordó mientras aliñaba la ensalada. Lo colocó todo en la bandeja para ir al comedor. Qué violento se puso. Así sus amigas pudieron conocerlo un poco mejor, pero le dijo de todo, y ella al final se largó enfadada.

Empiezas a aceptar que ya está muerta. Pero necesitas ver su cuerpo. El día veinticinco, el día de Navidad, el día después del solsticio de invierno hará seis meses. Ya está aquí la Nochebuena. Tu hermana te ha dicho que vayáis a su casa. Pero tú no quieres y no sabes qué hacer. Y tus hijos tampoco lo saben. Ni tus hijos ni tu marido. Todos estáis perdidos.

El detective privado no ha encontrado nada. No hay rastro de tu hija. Ha estado investigando en la residencia de tu hija en Ciudad Real, entre el círculo de amigos, entre gente del pueblo... Ha podido infiltrarse entre ellos, ha seguido al novio, a algunos amigos... Pero nadie tiene nada que esconder. Ha rastreado el camino por donde partió tu hija. Nada. Tu hija se ha ido pedaleando sin dejar huellas sobre la tierra.

PERIÓDICO LA PRECISIÓN

26/10/2000

Encontrada en un pozo la bicicleta de una joven desaparecida en Valdepeñas en 1998

Anteayer, martes 24 de octubre, un vecino de Valdepeñas encontró una bicicleta en el pozo de su finca, Soto. Una unidad de los buzos de los GEO se desplazó hasta allí. La familia ha confirmado que se trata de la bicicleta de Alma Marueco Masía, estudiante desaparecida en junio de 1998 mientras daba un paseo en bicicleta.

Varios buzos se han sumergido en el pozo, pero no han encontrado restos humanos.

Según fuentes policiales, la bicicleta ha estado sumergida en el pozo durante dos años desde el momento en el que desapareció la joven. Se ha podido encontrar ahora debido a la sequía que asuela Valdepeñas. Los meses posteriores a la desaparición se inspeccionaron más de trescientos pozos de los más de mil que hay en Valdepeñas, pero este no fue inspeccionado. La familia ha rogado que se siga con la investigación y que no se cierre el caso hasta que se resuelva qué le ha ocurrido a Alma. Ha convocado una manifestación el próximo lunes 30 de octubre en Valdepeñas.

Queremos que nos devuelvan a Alma, eso es lo que habéis escrito en el cartel que estáis sujetando.

Hoy te has puesto unos pantalones negros y un jersey gris. No te gusta aparecer en público desde la desaparición, pero el deseo de saber algo de ella es más fuerte que tu tristeza. Sigues con tus gafas de sol. Es octubre y no las necesitas, pero prefieres ver el mundo desde una ventana negra hasta que sepas qué le ha ocurrido a tu hija.

Pero tú sabes lo que ha ocurrido. Alma tiene que estar muerta y estás sujetando una mentira. Has oído historias en las que una persona secuestrada aparece a través de los años, cuando su familia le ha dado por muerta. Pero son tan pocas y, sobre todo, te hacen tanto daño... Acepta que ya no la volverás a ver. Acepta que ya la vida es un páramo para ti, ya solo existe el pozo de que llevas en tu cuerpo.

Alma, vuelve. Son las seis de la tarde y toda Valdepeñas se ha volcado para apoyarte. Estáis al principio de la Avenida de la Vendimia y los negocios han cerrado. Delante de vosotros, en mitad del bulevar, está la estatua de El Quijote velando las armas al lado del pozo. Ahí ves la tienda Ariadna, cerrada. La Bodeguita, El Peral, todos los bares han cerrado. Te consuela el apoyo. El alcalde también está con vosotros. Apareció la mochila, apareció la bicicleta, ahora solo queda de ese conjunto que se fue a bañar que aparezca tu hija. ¿Es una señal o es una ilusión? Queda la tercera parte del conjunto, la más importante.

Las seis. Empezáis a andar hasta el Ayuntamiento. *Alma, vuelve. Queremos que nos devuelvan a Alma.* Una sola voz. Y uno de los que más gritan es su asesino, pero tú aún no lo conoces. Tú no puedes gritar porque vas llorando mientras sujetas junto con tu familia la gran pancarta, la gran mentira. No puedes gritar porque lloras mientras los periodistas te van haciendo fotografías. Fotografías que aparecerán en los periódicos para exhibir tu dolor y el de tu familia. Todo vale a condición de que no se olviden de tu hija.

Madre mía, cómo grita, pensó Diana. Cualquiera diría que es él quien ha perdido a alguna de sus hijas. Pues bien que las zumba y las insulta.

Diana miraba a su cuñado, unas cuantas filas más adelante, muy cerca de la pancarta de salida. La cabeza de la manifestación acababa de bordear por la izquierda la estatua de El Quijote. O ella era muy mal pensada o mira por donde, el impresentable se había colocado cerca de la hermana de Alma. Ni cerca del padre, ni de la madre ni del hermano ni del alcalde. Justo detrás de la chica. Ahí estaba su cuñado todo rojo de indignación, vociferando y levantando el puño con la mano derecha, más histriónico que la familia de Alma.

Pobre gente, pensó. Habían pasado dos años y se había cosechado poca información. La policía había encontrado la bicicleta, ¿y qué? Eso no había hecho que avanzara la investigación. No habían encontrado restos humanos ni sangre ni nada. Una bicicleta amarilla metida en un pozo de agua negra y ya está. O Alma estaba en Valdepeñas enterrada en algún sitio o se la habían llevado

en un coche, y la bicicleta se había quedado en el campo.

Y por ahí andaban los padres de Mara también gritando. Qué consumidos parecían, qué diferencia a cómo estaban antes. Benito caminaba al lado de ellos cabizbajo. Qué fácil era matar, destruir. Qué fácil. Tanta película y tanta serie policíaca norteamericana en la tele en la que la policía descubre los misterios en menos de un mes, cuando en la realidad ahí en Valdepeñas los asesinatos de Mara y Rafael llevaban siete años sin resolverse. Qué diferencia esa realidad con la ficción.

Sujetó la pancarta con fuerza. Había hecho una donde ponía: *Queremos la verdad* y la llevaban a medias entre Hugo y ella. Al principio iba a poner *Alma queremos verte*, pero le pareció un poco cruel, dos años después cuando la chica estaría ya muerta.

Siguieron avanzando mientras gritaban todos a la vez *Alma, vuelve, queremos que nos devuelvan a Alma*, mientras vigilaba a su cuñado. ¿Estaba aprovechando la manifestación para intentar ligar con la hermana? Capaz era, menudo psicópata estaba hecho, aprovechar de esa manera el dolor humano. Por qué solo era ella la que se daba cuenta de esas cosas, se preguntó. Loreto pasaba de él, menos mal. Bastante tenía con los suyos. Y con Daniela embarazada por tercera vez. ¡Qué ocurrencia! No sabía dónde tenía la cabeza su hermana, traer otro niño al mundo para que el impresentable lo maltratara. Y ahí estaba, el impresentable intentando acercarse a Loreto en la manifestación, mientras Daniela embarazada se había quedado en casa.

PÍTULO IX

Pues si quiere niños, que no lloren. El niño no para de llorar porque le duelen los oídos. Los berridos llegan desde su dormitorio hasta el salón y no puedo oír la tele.

—Aquí no hay quien vea ni un puto partido. Voy a sacar la cuna a la terraza, ya verás como deja de llorar.

—Ni se te ocurra, es noviembre, se va a poner peor —dice la Dani.

—¿Pero este niño es mío? —le grito—. Porque a lo mejor lo estoy aguantando y no es mío. Es un poco pelirrojo y ni tú ni yo lo somos. ¿Te crees que me la puedes colar?

Y la zorra se pone a llorar.

—No he estado con ningún hombre, solo contigo.

—Ya, pues bien que te aprietas los pantalones cuando sales por pan y a la compra, vas como una puta. No sé si tendrás algo con el pescadero. Bien que te sonrío y es pelirrojo. ¿Te ha follado?

—Te lo he dicho mil veces que eres el único hombre con el que he estado —me dice gritando.

Mientras lo hace, va la cabrona y me tira una taza que cae al suelo hecha añicos. Luego hablan de que si los hombres somos violentos y maltratamos. ¿Y ellas qué? Luego, si pasa algo, la culpa es mía. Y el mocoso no para de llorar. Y no se callan los putos niños. Cuanto más les chillas, más lloran.

—Papá, cállate, déjala. Se están enterando todos los vecinos —grita Clara.

—Cállate o te doy una hostia.

—No me da la gana.

Ya está la Clara por medio. La chavala es un grano en el culo, aunque se está poniendo bien maja, vaya tetas que ha sacado. Pero el cabrón del niño no para de llorar. Yo ya le dije a la Dani que no quería ese niño. Y, de repente, se ha debido escapar de la cuna porque aparece en el salón y viene hacia mí lleno de mocos. Solo año y medio y no para de zorrear. De la patada que le he dado casi lo aplasto contra la pared de la mala hostia que me ha puesto. Encima el cabrón empieza a echar sangre por todas partes. La Dani y las hijas van y se ponen a chillar como cerdos que van al matadero.

—Da risa veros —les digo.

—Déjalo —grita la Dani mientras lo coge en brazos.

La Dani como loca empezó a llamar a una ambulancia. Las chicas llorando. Menudo gallinero.

—Si no os calláis, os pego un guantazo.

La ambulancia se ha llevado al niño y a la Dani. Se podía haber llevado a las niñas también. Se han metido las dos juntas en su cuarto como conejas. De puta madre, así no dan la lata.

Pero a las nueve ya me rugen las tripas de hambre y el Atleti está perdiendo tres uno contra el Barsa. Putos catalanes. Voy al pasillo a buscar a las niñas.

—Eh, —les digo mientras les golpeo la puerta—. Puertas cerradas no quiero en esta casa.

Y me abre la Clara con cara de susto.

—Ve a la cocina y prepara la cena para tu padre. Yo no estoy todo el día trabajando en una cocina para que luego la puta de tu madre se vaya sin haberme dejado algo hecho. Sal, y me haces algo.

Clara sale del cuarto, y va y sale Paulina detrás de ella como un corderito. Esta chica no tiene personalidad

—¡Qué pasa! —le digo gritando cuando va por el pasillo— ¿Te da miedo quedarte sola en el

cuarto?, ¿te da miedo tu padre? Como me vuelvas a poner cara de susto, te voy a zurrar de verdad. Vas a ver lo que es tener miedo.

Y va y empieza a llorar.

—A llorar, a llorar, eres igual que la puta de tu madre.

Clara, que iba la primera, se vuelve para cogerla y me grita:

—Déjala, que es pequeña.

—¿Pequeña? Ya tiene nueve años, ya es una mujercita.

Pero me gusta cómo planta cara la Clara. Es la única que me planta cara. Ha salido a mí.

—A mí me da igual lo que le pase a vuestro hermano, yo no quería tener más hijos. Que se encargue de él vuestra madre. Pero yo quiero la cena preparada todos los días —les chillo desde el pasillo.

Las niñas me han preparado lo que les ha salido del coño, una sopa de sobre y una hamburguesa. Pero se come bien, sobre todo con el hambre que tengo. A saber a qué hora vuelve la Dani. Suena el timbre y son las diez, será algún capullo de la familia de la Dani. Se va a enterar. Pero no, no es la familia de la gordi, son los municipales, otra vez a dar por culo. Es el rubio ese bajito y con bigote y su compañero alto y canoso. Parecen el punto y la *i*.

—Buenas noches, tiene que venir con nosotros a comisaría —me dice el rubio.

La voz de mala leche que tiene para lo bajito que es. A este lo cojo yo un día por una esquina y se le bajan los humos.

—A santo de qué.

Me conozco muy bien la ley. Por muy gallos que se pongan, no pueden hacerme nada a menos que la Dani denuncie. Y la Dani, por mis cojones, que no denuncia.

—O por las buenas o por las malas. O viene por las buenas o le esposamos. No me haga ponerle las esposas delante de sus hijas.

Y a mí qué coño me da que mis hijas me vean o no con esposas. Pero va a ser un cante por la calle. No te dejan ni en paz en tu propia casa.

—¿Sabe usted que han tenido que hospitalizar a su hijo? Le ha dado usted una patada que le ha estallado un tímpano.

—¿Y qué? A mí mi padre me reventaba la nariz y la cara día sí y otro también. Y ahí no venía ningún policía a defenderme. Bien que nos han zurrado a todos los niños. Y ahora, oye, parece que son todos de porcelana, no puedes ni levantarles la voz.

—Pues venga a comisaría a contarnos los motivos por los que ha zurrado a un niño tan pequeño.

—¿Hay denuncia o no hay denuncia? Porque si mi mujer no ha denunciado, yo no tengo por qué ir a comisaría.

—Tiene usted una denuncia de la Fiscalía de Menores. Y la asistente social le ha abierto un expediente.

Unos tacones furiosos empiezan a subir las escaleras, y va y la Diana aparece por la puerta.

—Yo me haré cargo de las niñas mientras mi hermana está en el hospital.

Tiene los ojos rojos a reventar, ¿se habrá fumado algo?

—¿Cómo has podido hacerle esto a tu niño? Tiene solo un año y medio.

Y va y se me intenta tirar encima. Porque el municipal la ha agarrado, si no, la fustio.

A la Diana me la tenía que haber cargado hace tiempo. No he visto a mujer más frustrada que ella. Esa lo que necesita es un buen polvo. El Hugo ese la debe de tener desabastecida. No sabe meterla en cintura, ella hace siempre lo que le sale del coño.

Me he pasado la noche en el cuartelillo. El comisario va y me echa un rapapolvo, pero soltar, me han tenido que soltar.

—A ver, mucho cuidado a partir de ahora. Que no me entere yo que vuelve usted a zurrar a nadie, ni a niños ni a su mujer ni al cuñado ni a nadie. ¿Se entera? Estamos ya hartos.

Pero la denuncia ahí está. A saber si prospera o no prospera. Solo me falta que me caiga un juicio. Aquí en Valdepeñas todo el mundo se entera de todo. Espero que ni Fabián ni las putas se enteren de esto. A mí esto ya no me vale. O tengo paz en casa, o me voy. Mi padre, metería todas las palizas que quisiera, pero él se sentaba a la mesa y ahí no respiraba nadie hasta que él daba permiso. Si me empiezan a zorrear las asistentes sociales y a meter las narices donde no les importa, la cosa se pone chungueta. La Dani tenía que haber metido en cintura al niño, y así yo no lo habría cascado. Pero no, lo deja suelto por la casa y ocurre lo que ocurre.

Menudo susto, toda la familia pendiente del niño. Diana se había pasado casi toda la mañana, entre clienta y clienta, hablando con los servicios sociales. Pobrecito. Qué quieto y asustado estaba en la cama del hospital hundido entre las sábanas. La situación se estaba haciendo insostenible, pero Daniela iba a seguir abriendo la puerta al impresentable, y le iba a seguir metiendo en la cama. *Si no lo hago, me matará, sé de lo que es capaz.* Cómo podía consentir que le hiciera eso a sus hijos. Menos mal que esta vez se había metido la Fiscalía de Menores por medio.

Ya eran las dos y echó el cierre desde dentro. Las niñas se iban a comer con su madre; el niño y Daniela aún estaban en el hospital, y el impresentable, o en el trabajo o como un rey con la casa para él solo.

Comería en la tienda, estaba tan agotada que no podía ni andar por la calle. El niño se iba a poner bien, era increíble la capacidad de sanar que tienen los niños, aún quedaba por ver si le quedarían o no secuelas en el oído.

Los servicios sociales les habían dicho que, si eso seguía así, les quitarían la tutela a los padres. Ella y su madre tenían que plantearse la acogida, si no, los tres sobrinos irían a una residencia de Castilla La Mancha. No, les había contestado Diana, entre ella y su madre los podían sacar adelante. Sus sobrinos no tenían por qué ir a una residencia. Faltaría más. Para ella era una complicación, pero se alegraba de que tomaran cartas en el asunto y que pusieran un poco firme al impresentable.

Se fue al cuarto, abrió la nevera y sacó dos fiambreras, una con una ensalada y otra con un filete de pavo. Metió la del filete en el microondas. Fue poniendo un mantel individual en la mesa, agua mineral y cubiertos mientras el filete se calentaba. El giro repetitivo del microondas le hizo acordarse de su relación con Hugo.

—No vamos a llegar a nada —le había dicho él—. Llevamos ya cuatro años juntos.

—¿Cuatro años ya?

—Sí, desde el noventa y ocho. Y estamos como al principio.

—Si estamos bien, ¿qué más quieres?

—Quiero más, Diana, quiero más. Siento sacarte esta conversación después de lo de tu sobrino, pero cuando acabe lo de tu sobrino, en tu familia habrá otra historia.

—Lo siento, imagino que mis problemas familiares te superan.

—No, Diana. Yo conocía tus problemas antes de empezar a salir contigo. Lo que me supera es que me apartes y lo poco que importo en tu vida.

El microondas paró. Sacó el plato y lo colocó sobre la mesa. Era verdad. Hugo no era más que

una parte de su vida, una parte un tanto minúscula. Le importaba más la tienda, le importaba más su hermana, le importaban más sus sobrinos. Si alguien le hubiera preguntado quién era el hombre que más había influido en su vida, tenía que reconocer que no era Hugo ni su padre ni siquiera su hermano, era su cuñado. La negatividad, los golpes y el rencor del impresentable eran más fuertes que cualquier figura masculina positiva. Toda la familia estaba pendiente de él, de sus reacciones, de sus insultos, de sus intrigas... Lo llenaba todo.

Y, sin embargo, Hugo era un buen hombre, divertido, inteligente, a ella le gustaba mucho, pero no podía acercarse más. En su vida el amor de pareja apenas tenía peso.

La iba a dejar, se lo había dicho. Y no porque no la quisiera, sino porque la quería demasiado. *Por esa descompensación que tenemos, yo no puedo seguir así. Me voy a ir a trabajar a Madrid. Voy a pedir el traslado a Madrid.*

Ella podría haber dicho algo. *No te vayas, me importas mucho. En cuanto se acabe lo de mi hermana estaré más centrada.* Pero no, sabía que lo de su hermana no acabaría nunca. Sabía que no iba a estar centrada nunca, y no tenía fuerzas para decir que no se fuera.

Echó la ensalada en el plato y abrió el libro que había sacado de la biblioteca, *Mujeres que corren con los lobos*, sobre el atril. La bibliotecaria se lo había recomendado. Había leído un cuento la noche anterior, uno sobre una mujer esqueleto. Le había impresionado tanto que esa misma noche había soñado que iba a casa de Daniela, esta le llevaba al cuarto de baño y abría la tapadera del cubo de la ropa sucia donde había un esqueleto encogido. Por lo visto, el impresentable había metido un esqueleto entre la ropa sucia, entre decenas de sus calzoncillos sucios, para que Daniela lo metiera en la lavadora.

Qué sueño más absurdo, pensó, meter un esqueleto en una lavadora. En general qué absurdos eran todos los sueños. Ella había tenido de muchos tipos, unos con los que disfrutaba, otros con los que lo pasaba mal y otros que le sobrecogían. Y este le había sobrecogido, le había impresionado tanto que no paraba de pensar en él. Empezó a releer el cuento. Trataba de una mujer a la que alguien mataba y tiraba al fondo del mar. Allí los peces se comían su carne, sus ojos y todos sus órganos y su esqueleto daba vueltas y vueltas con las corrientes del agua. Un pescador la enredó en su sedal sin querer, y la mujer esqueleto acabó en la casa de hielo del pescador. Allí este le puso unas pieles encima y le fue colocando los huesos en orden. Diana siguió comiendo la ensalada mientras releía. Al final, la mujer esqueleto se convertía en una mujer, le crecía la carne y los órganos por los cuidados del pescador mientras este dormía. El cuento era curioso, una inversión de la muerte. El esqueleto de una muerta que iba cobrando vida por el cuidado y el cariño de otro ser humano. Pero, ¿qué significaba el del sueño, el escondido entre la ropa sucia? No podía quitarse esa imagen, ese cráneo de color blanco casi brillante entre los calzoncillos sucios de su cuñado.

Al igual que tú, Deméter, la Gran Diosa de la tierra y de la agricultura, cuidaba y mimaba a su hija. Y al igual que tú, un día se abrió la tierra y de ella apareció el dios Hades y se la llevó al mundo de los muertos. Deméter vagó por la tierra buscando a su hija, tal y como tú vagas por los platós y por los medios buscando noticias de la tuya. Pero las dos jóvenes, secuestradas y violadas, permanecen retenidas y silenciosas en el inframundo.

Fue la diosa Hécate, la diosa que guía a las almas en pena, quien ayudó a Deméter y la llevó hasta Febo, el dios sol que todo lo ve. La llevó a la luz. Allí, la madre supo dónde estaba su hija. Pero a ti te queda aún tiempo hasta que alguien empiece a dar noticias y todo emerja del vientre de la tierra. Y como Deméter en su ciclo de madre desolada andas perdida sin saber adónde dirigirte.

Casi cinco días tardó la Dani en venir del hospital. Entró por la casa con el niño en brazos.

—A saber si es mío —le increpé en cuanto la vi—. Que sepas que me estoy pensando si irme para siempre de este corral. Te quedas tú sola con los niños, a ver cómo te las arreglas.

—Yo no he hecho nada —decía Daniela mientras le temblaba la mandíbula—. Fue la enfermera la que llamó a los servicios sociales. Te juro que yo no dije nada.

—Sí, pero me detuvieron a mí y no a ti. Y ahora soy yo el que tiene la denuncia.

—Tú fuiste el que le dio la patada a tu hijo.

—Por eso, alguien le debió de contar que yo le di la patada. Y esa eres tú.

—¿Por qué tengo yo que cargar con una denuncia por lo que has hecho tú?

—¿Ves? A eso me refería, a que me acusaste para que no te pringaran a ti. A lo mala persona que eres, no puedo confiar en ti.

—No te acusé, la policía me preguntó y yo contesté. Y si no, hubieran preguntado a las niñas o hubieran mirado los informes, se hubieran enterado de todos modos.

—A eso me refiero, a que no eres capaz de sacrificarte por nadie, eres una egoísta.

—¡Encima!

—A saber si es mi hijo.

—Para ya, por favor. Yo solo he estado contigo. No como tú, que te vas todos los jueves a bailar por ahí.

—Daniela, ya te he dicho que, si quieres que estemos juntos, yo quiero ir a mi bola. No haberte quedado embarazada, haber tomado medidas. Si no te hubieras quedado embarazada, te vendrías conmigo a bailar. Yo te lleno la nevera, pago el alquiler y con eso date por contenta, muchos hombres no hacen ni eso.

—Y otros muchos sí, y hacen mucho más, ¿no te jode?

—No me calientes u os envió a todos de vuelta al hospital. Y sabes que soy capaz. Yo ya te he dicho que otros muchos, no. Hazme caso que, si no, va a pasar lo que va a pasar. El que avisa no es traidor. Y a ver cómo te las arreglas tú sola con tres hijos, tú que toda la vida has vivido de mí. Y salí por la puerta dando un portazo. Me venía bien lo del niño. Yo no iba a pisar una pista de baile con la Dani, solo me faltaba. Qué harto me ponía. Podía haberse cuidado físicamente. Yo bien que siempre encontraba mis ratos para mantenerme en forma. Pero ella venga a comer y encima yo llenándole la nevera. Pues ya me tenía harto, se le iba a acabar el chollo. Con la denuncia de los servicios sociales, que empezara a no contar conmigo.

PÍTULO X

Jamás he conocido a un hombre que me haya tratado como lo hace él. Eso es lo único que quiero de una pareja, que me trate bien. Mis padres dicen que no tiene ni un euro, que tiene ya una familia, pero a mí me da igual. Él lleva ya tres meses, desde septiembre separado de su mujer. Esa relación lleva muerta mucho tiempo, él ha aguantado por los niños, pero ahora que se están haciendo un poco mayores, ya está mirando por sí mismo. Me da igual que no tenga dinero. Yo he dado siempre con cabrones ricos y de buena familia, me pillan de vuelta. Prefiero a uno sin dinero, pero que sea buena persona. Ninguno le llega a la altura del zapato a mis anteriores novios, ni a Toño, ni a Emilio.

—Tiene muy mala fama, hija, la policía ha tenido que ir varias veces a buscarlo a casa.

Él me lo ha contado con lágrimas en los ojos. La exmujer está mal, está loca, está obsesionada con él. Ha estado a punto de dejarla varias veces, y lo ha amenazado con autolesionarse e incluso con matarse. Tiene miedo de que le haga algo malo a los niños, pero dice que ya no va a ceder a más chantajes. La he visto alguna vez por el pueblo. De cara es mona, pero la verdad es que está inmensa para la edad que tiene. Debería de haberse cuidado más, porque él está cañón. Y ya ha dejado a Daniela. La ha dejado por mí, por nuestro amor.

Me has abierto los ojos, me dijo el otro día mientras hacíamos el amor. *¿Dónde estabas? ¿Cómo he podido vivir hasta ahora sin una mujer como tú? Contigo yo ya no quiero volver al infierno de mi casa.*

Y cuando terminamos, añadió:

Mis hijas ya son mayorcitas, pueden cuidar del pequeño. Y los puedo ver todos los días a la salida del colegio. Ya no aguanto más este infierno.

La mujer le ha hecho tantas putadas que él se tuvo que ir cinco años a Canarias.

Estuvimos separados cinco años, me contó. *Y volví por las niñas. Me tuve que ir porque no aguantaba más. Eso sí, yo cumplía siempre y le enviaba el dinero puntual. Que no le faltara nada a mis hijas. Ella no paraba de llamarme, de llorar, decía que quería ir con las niñas a vivir conmigo. De suplicarme que iba a cambiar. Y al final, volví con ella porque me daba pena. Me miró a los ojos con esos ojos color azul mar. Me encanta ese aspecto que tiene de hombre primitivo, de brutalidad y, a la vez, tan dulcificado con esa mirada tan azul.*

Desde que te he conocido ya no puedo vivir con mi mujer. Es vivir una mentira.

Estaría horas y horas escuchándole. Es una relación diferente a la que he tenido con otros hombres. No salimos por Valdepeñas, solo alguna vez a tomar algún vino, le gusta más el campo y, además, no está muy bien de dinero. Ha sido muy sincero conmigo y me lo ha contado. Le he contestado que da igual, yo le invito, pero él me ha dicho que no se siente cómodo. Tiene su dignidad. Bueno, los paseos por el campo son románticos. La mayoría de la gente no sabe que estamos juntos y eso me gusta. Ya estoy harta de los cotilleos. Después del trabajo, me recoge en coche y me lleva por los senderos de tierra y por los viñedos. Cómo se conoce el campo, la de rincones agradables que hemos visitado en la naturaleza. Dejamos el coche siempre en la finca del Cerco, al lado del pozo, y desde ahí vamos paseando de la mano. La casa se mantiene en pie a duras penas, una parte del tejado se ha caído. El paseo del último día me encantó.

Eres diferente, me dijo. Tú eres una mujer de verdad, eres una mujer de calidad. Una mujer entera y fuerte.

Me encanta oírle decir eso. Siempre tengo discusiones con mis padres, que si soy demasiado frágil, que si lo hombres siempre me acaban haciendo daño.

—Me gusta cómo me tratas —le dije—. Eres el único hombre que confía en mí.

Después se inclinó en la tierra y recogió algunas flores.

—Toma, aunque la flor más bella eres tú.

Me encanta porque intenta hacerse el romántico, pero le sale fatal.

—No seas cursi —le dije riéndome.

Fuimos andando hasta el río Jabalón

—Por ahí, por ese prado —me señaló a lo lejos—, iba yo de pequeño. Mi padre me sacó de la escuela y me puso de pastor cuando yo tenía solo once años. Yo estaba de puta madre, porque en mi casa mi padre, en cuanto se encendía y bebía un poco, me zurraba.

Me estremecí, ¿cómo se podía ser tan cruel? Sacar a un niño de la escuela y ponerlo de pastor. Y encima, zurrarle.

—Qué vida tan horrorosa has tenido —le dije.

Me cogió la cara con las dos manos y me besó.

—Si te he conocido, todo me ha compensado.

Luego volvimos a recoger el coche.

—Este es mi lugar favorito, la finca del Cerco. Lleva años abandonada.

Y me llevó hasta el brocal casi derruido del pozo, que estaba tapado con unas tablas. Ya había oscurecido.

—Quiero hacerte el amor aquí mismo.

—¿Ahora? ¿Con el frío que hace? ¿Y si nos ve alguien?

—Ahora no viene nadie. Es noviembre y ya ha anochecido. La gente se acojona con el frío y no sale a dar paseos. Y si vinieran algunos locos, oiríamos antes el coche o las voces. No sabes cómo me pones.

—¿Y si me caigo? ¿Aguantan estas tablas?

—No te caes, yo te sujeto.

Noté su respiración en mi oreja y se abalanzó sobre mí, pero con mucho cuidado, con mucho amor y mucha delicadeza. Se me hizo todo muy incómodo, tenía bastante frío y no me quité el abrigo, pero le dejé que él tuviera la iniciativa.

—¿Estás bien? Me preguntó.

Me estaba clavando un pico de una de las tablas, pero me daba igual, quería seguir con él encima de mí, aunque sintiera dolor.

—Sí, sigue, no pares.

Y sobre las tablas del brocal del pozo hicimos el amor. Las estrellas empezaban a vislumbrarse en el cielo. Fue rápido, menos mal.

—Por qué no te habré encontrado antes, hace años —me susurró.

Diana escudriñó la mirada desde el mostrador para atisbar a través del escaparate. O mucho se equivocaba o el impresentable se estaba tomando unos vinos con una, a pesar del frío de diciembre, en la terraza de La Bodeguita. Lo habría hecho adrede, claro, para joderla. No había bares ni bodegas por Valdepeñas como para haber elegido justo la que estaba enfrente de su tienda. Ahí estaba con Soledad, la que trabajaba en el Registro de la Propiedad. Una chica un poco pava. Y venga a darse arrumacos, no le importaba que fuera en público. Vaya con la mosquita muerta, al final se liaba con un tío que tenía mujer y tres hijos. Estarían contentos los

padres.

Él ahí con cara de enamorado y, luego, volvería a su casa a zurrar a su hermana y a sus sobrinos. Qué odiosa era la vida. Cómo podía tener tantas contradicciones. Cómo podía ser que las cosas siempre le salieran bien a quien más daño hacía. Era como si tuviera una suerte especial. Su hermana, que jamás había hecho daño a nadie, no paraba de sufrir. Y él, que se pasaba la vida haciendo daño, entraba, salía, zurraba, ligaba y encima tenía buena fama.

No quiso acercarse al escaparate porque su cuñado se había puesto de forma frontal. De modo que, si ella se pegaba al cristal, él la vería. Mejor fingir que no se había dado cuenta.

Ya han llegado las Navidades. Otra vez. Te gustaría que el tiempo no fuera cíclico. Se acaba el año dos mil dos y empieza el dos mil tres.

Te preguntas para qué comprar regalos, si el único regalo que quieres nunca lo vas a tener. Te preguntas para qué celebrar la vida, si la única vida que quieres pertenece al pasado. Ahora tu hija Alma tendría veintiséis años. Habría acabado la carrera a curso por año, seguro.

El invierno existe porque Deméter ya sabe que su hija Perséfone está en el mundo de los muertos. Nadie puede salir de ahí, pero ella es poderosa y ha presionado a los dioses. Se niega a dar cosecha hasta que su hija a la tierra. Todo es un ciclo, en invierno y otoño Perséfone reina en el mundo de los muertos, y en el equinoccio de primavera resucita, vuelve a la tierra en forma de primavera, de flores y de cosecha.

Aún no lo sabes, pero estás acabando tu ciclo. Alma toma poder en el mundo de los muertos y no quiere que las mentiras sigan sobreviviendo en el de los vivos.

—No voy a pasar la Nochebuena contigo. Me voy a la finca con mi madre. Esta noche la paso con ella.

La Dani había puesto un árbol patético en el salón. Un árbol escuálido y casi sin adornos. Lo había decorado ella con el pequeño, decía que las niñas no querían ponerlo. Vaya niñas más siesas que tengo.

—Tu familia somos nosotros, no tu madre. ¿O es que te vas con alguna zorra?

—¿Te parece bien que oigan eso los niños? Eres una mala madre. No quiero estar aquí ni quiero ver a tu familia. Mi familia son las personas de las que recibo cariño, mi madre y mis hermanos. Hasta que no cambies, no voy a pasar la Nochebuena contigo.

—Pero, no te puedes ir, ¿qué le voy a decir a los niños?

—Ahora verás, ¡Clara, Paulina! —chillé—, ¡salid ahora mismo del cuarto!

Se abrió la puerta y salieron las dos juntas, vaya tímoras, daba ganas de pegarlas para que espabilaran.

—¿Quién quiere venir a la finca conmigo a pasar la Nochebuena?

Ninguna de las dos contestó.

—¿Ninguna de vosotras?

Las dos negaron con la cabeza.

—¿Ninguna quiere pasar la Navidad con vuestro padre?

Ambas dejaron de mirarme a los ojos, pero no contestaron.

—Está bien, ya que veo lo poco que me queréis, me voy con mi madre que me quiere de verdad.

Mientras bajaba las escaleras pensaba en las putas niñas, al final salen tirando para la madre. Me metí en el coche, menos mal que a Sole no le importaba que yo no tuviera mucho dinero. Estaba

dispuesta a esperarme. Menuda casa tenía la tía. Se notaba que era de familia bien. Saqué el móvil y la llamé.

—Sole, ¿quieres que compre algo para esta noche?

—Ya lo tengo preparado todo. Si quieres, trae algún vino achampanado.

—He hablado con las niñas y lo han entendido. Son bastante maduras.

—Cuánto me alegro.

—El enano no se da ni cuenta, es demasiado pequeño. Pero las niñas están contentas, ya sabes, son niñas. Van a cenar con su abuela, sus tíos... Lo pasarán bien.

Diana se despertó aquella mañana de Navidad un tanto alegre. El impresentable no había pasado la Nochebuena con ellos ni pasaría el día de Navidad, se había ido por ahí. Daniela la había llamado llorando el veinticuatro por la mañana para decir que él no cenaría en familia. Casi dio un salto de alegría. Podrían pasar la noche con sus sobrinos sin el impresentable delante.

—Se ha ido a casa de su madre —le había dicho Daniela.

—Daniela, no seas ingenua —le había respondido—. Va por Valdepeñas con una chica que conoció en bailes de salón. Mientras tú cuidas a los niños, él tiene su tiempo para irse a bailar. Te tiene engañada.

—No me tiene engañada. Yo sabía que iba al baile, lo hablamos todo y me lo ha dicho.

Madre mía, su hermana había llegado a las más altas cumbres de la humillación.

—Yo no puedo salir mucho porque Juanito aún está muy enmadrado. Un hombre necesita divertirse un poco y desfogarse. Tenemos confianza, y me lo ha contado.

—Y una mujer también, Daniela, no te jode. ¿Habéis hecho turnos para ir a bailes de salón? Eso sí que sería tener confianza.

Pero era la primera vez que su cuñado hacía eso. Hasta cuando vivía en Canarias se las había arreglado para pasar las Nochebuena con Daniela y joder la fiesta a todo el mundo. Diana sentía un brote de alegría, como el sarmiento de una cepa que acaba convertida en uva. Por muchas mujeres que se hubiera tirado por ahí, siempre llegaba, a cumplir según él, a las fiestas de Navidad con sus hijos. *A vigilar el ganado*, pensaba Diana. *Este hombre se piensa que la familia es un rebaño que hay que vigilar*. Con un poco de suerte la pava de Soledad se lo llevaba.

—Me estás mintiendo.

Estábamos sentados a la mesa en su salón. Había colocado un centro con una vela, un par de racimos artificiales de uva dorada y espumillón. El mantel era blanco con bordados, se notaba que era bueno. La chica valía, se esforzaba por agradarme y tenía gusto. El árbol de Navidad estaba en un rincón lleno de adornos y de luces. Pero cuando empezamos a comer el cordero, ya se le empezó a notar que era mujer. Se tapó los ojos y se puso a llorar.

—No estás viviendo en casa de tu madre, sigues en el piso con Daniela. Me has mentido. Me has dicho que habías dejado a Daniela. Estás jugando conmigo.

Sole se levantó de la mesa y se tumbó sobre el sofá de cuero marrón. Yo me senté junto a ella para abrazarla.

—No me toques —me dijo apartándose.

—Sole, no te pongas así.

—Ayer por la mañana te vio María salir de la casa de Daniela. Y te han visto más veces otras

personas.

Puta María, no se puede tener ni un solo secreto en Valdepeñas.

—Yo lo estoy dando todo por ti. No he ido a pasar la Nochebuena con mi familia para estar contigo. ¿Y cuál es tu respuesta? Seguir con tu exmujer.

—Está bien, Sole, está bien. Es verdad. No estoy viviendo en la finca de mi madre. Está demasiado lejos del pueblo y del trabajo, y sabes que no tengo carné de conducir. Lo siento, mi amor, lo siento.

Sole levantó la cabeza.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Te sigues acostando con ella?

—No, duermo en el sofá del salón. Desde que te conocí no la he tocado. La historia se acabó hace tres meses cuando te conocí. Ella no acepta la separación, quiere seguir. Más de una vez ha intentado meterse en el sofá conmigo o que yo fuera a la cama, y no se lo he permitido. Soy un hombre de palabra.

Sole se incorporó y se puso roja. Detrás de ella, el árbol de Navidad encendía y apagaba sus luces.

—Me gustaría ver cómo es ese sofá, si es verdad que estás durmiendo ahí. No es la primera mentira que te he pillado.

—Joder, Sole. ¿Crees que me ha gustado mentirte? ¿Sabes por qué razón te he mentido? —dejé de intentar abrazarla y miré al suelo—. No puedo pagarme un alquiler y me daba vergüenza decírtelo. Noté que Sole se giraba hacia mí.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Crees que a un hombre le gusta reconocer que no tiene dinero para mantenerse?

—Eres demasiado orgulloso, deberías de habérmelo contado.

—Tengo que pasar dinero a Daniela, sí o sí, por los niños. Tengo que pagarle un alquiler hasta que ella encuentre un trabajo. Si es que alguna vez lo encuentra, porque siempre ha vivido de mí. No sabes la cantidad de gastos que tengo. Los niños, la comida, el alquiler... No puedo irme a la finca. Primero, porque no tengo carné. Ya vengo todos los días acojonado a Valdepeñas por los caminos de tierra. Si tuviera que ir aún más lejos, es más riesgo. Y luego, porque gasto menos gasolina si estoy en Valdepeñas.

Noté la mano de Solead deslizarse hasta la mía.

—Me lo tenías que haber dicho.

—A los hombres no nos gusta ganar menos dinero que sus novias. Tú vives en esta casa que te han regalado tus padres, tienes un puesto de trabajo fijo... Tienes la vida económica organizada. Y yo no puedo ofrecerte nada.

—Sabes que a mí eso nunca me ha importado.

—No es que no tenga nada, es que tengo que mantener a mis hijos. Tengo que seguir en ese piso. Ya no es mi casa, pero tengo que dormir ahí.

Sole se quedó un momento pensativa y luego me dijo:

—¿Por qué no vienes a vivir aquí conmigo?

—¿Venir a vivir contigo? No, Sole. Tus padres pensarían que me he venido por resolver un problema de vivienda.

—¿Qué más da lo que digan mis padres? La casa es mía, y yo gano mi dinero. Si se ponen bordes, dejo de verlos y ya está.

—¿Qué diría la gente del pueblo?

—¿Qué tiene que decir? Nosotros nos queremos —Sole me estrechó la mano con fuerza—. ¿Qué crees que estarán diciendo de mí? Que soy una rompe familias o que soy tu amante. Si te ven salir

de la casa de Daniela por las mañanas y meterte en la mía por las tardes, ¿en qué lugar me dejas? ¿No te das cuenta el daño que me estás haciendo? ¿No te das cuenta de lo que estoy pasando por ti?

Sole se sentó sobre mis muslos.

—Sí, es verdad, Sole, te estoy haciendo daño a ti y me estoy haciendo daño a mí mismo.

—Esto no puede seguir así. Si de verdad me quieres, tienes que elegir. O vivir en ese piso, o vivir aquí, pero yo no puedo ser la otra, ¿lo entiendes?

Asentí.

—Y tiene que ser ya.

—¿Ya?

—Yo no puedo dormir tranquila si estás en una casa donde tu exmujer está intentando meterse contigo en la cama. Vamos, por muy fuerte que seas, puedes tener un momento de debilidad.

—Te juro que soy un hombre responsable y de palabra.

—Mira —Sole me miró fijamente—. O te vienes aquí antes de año nuevo, o tenemos que cortar. Yo ni soy la otra ni quiero serlo. Y también tenemos pendiente una conversación sobre tu trabajo.

—Yo ya te he dicho que a las putas ni las veos. Están durmiendo cuando yo estoy cocinando.

—Ya hablaremos.

De puta madre. A esta le saco un restaurante. Que no se crea el Eugenio que él es el único que puede.

Yo a la Dani me la quito de encima sí o sí. Estoy harto de que me limite. Ya le he hecho tres críos, qué más quiere. Una novia con trabajo fijo es lo mejor que te puede pasar. Y a los servicios sociales que les den por culo. Espero que Sole no se entere de eso. Si voy a tener a las asistentes sociales detrás supervisando el caso, como dicen las muy putas, prefiero irme, no sea que el niño me vuelva a calentar y le casque otra vez. Se me puede ir todo al carajo.

Mi padre nos partió la nariz más de una vez y no nos pasó nada a nadie. A mí nadie vino a defenderme. Me llevaba mi madre al hospital, y al día siguiente una venda y a trabajar. A la Dani le he hecho tres críos, la he follado durante trece años, le he pagado el alquiler y le he llenado la nevera. Y ella se ha quedado siempre en casa como una reina. Ya he cumplido bien.

El pasillo estaba lleno de cajas y de alguna maleta.

—Pero, ¿qué estás haciendo?

—Me voy, ya no puedo más. No puedo vivir con una mujer que me está dando por culo todo el día.

La Dani me miró con cara de angustia. Miró a las cajas con cara de susto. Me había ido muchas veces, pero siempre dejando mis cosas.

—¿Estás loco? Esta es tu casa. ¿En plenas Navidades?

—Sí, quiero empezar el año dos mil tres en casa de mi madre. Mira, Dani, lo nuestro ya se ha acabado. Se tenía que haber acabado hace mucho tiempo. Con una mujer como tú es imposible tener una relación. Siempre tienes la ropa sin planchar, al niño llorando, las niñas suspenden en el cole, eres mala madre, no sabes cocinar... No se puede ir por el mundo como tú, una irresponsable que no lleva ni reloj. Yo necesito una mujer amable, responsable, que me cuide y que me dé cariño. Trabajo como una mula y, ¿qué me encuentro cuando llego a casa? Todo revuelto. No te sabes arreglar, no sabes limpiar, eres mala en el sexo, no te esfuerzas, eres un desastre. Anda,

ayúdame a doblar la ropa.

Pero Dani se quedó en el marco de la puerta. Mientras se lo decía, yo iba doblando mi ropa. Ya había metido las herramientas en las cajas.

—Yo soy un hombre de treinta y un años, me he cuidado y aún puedo encontrar a otra mujer, rehacer mi vida. Soy joven. Los hombres que se cuidan y van cumpliendo edad podemos ser interesantes.

—Hemos estado toda la vida juntos —me dijo casi gritando. La mandíbula le temblaba como a un acordeón.

—Y no hemos parado de pelearnos. Tú tienes un carácter muy agrio. No hay quien te aguante. No vas a encontrar a ningún otro. Ningún hombre va a ser feliz a tu lado.

—Y a ti tampoco hay quien te aguante.

Levanté el índice.

—Te equivocas, hay más de una mujer que se muere por mí.

—¿Con quién te vas?

—No, no me voy con otra, me voy con mi madre.

—Tenemos que intentarlo de nuevo, hay cosas que podemos cambiar. ¡Y la casa está limpia! Te quejas de vicio, solo hay juguetes en medio.

—Ya es tarde. Un hombre necesita una mujer amable y sonriente. Necesito tener la ropa bien planchada por las mañanas y no tener que ir a buscarla al tendedero. Necesito que te lleves bien con mi madre y con mis hermanos.

—Me tratan muy mal. Tu madre no me traga.

—¡Mi madre te trata como a una reina! Cuando vamos a la finca, el mejor bocado es para ti siempre.

—Tu madre siempre me ha tratado mal y tu familia también. Nunca ha querido que te casaras conmigo.

—No vuelvas a hablar mal de mi madre o te fostio. Es la persona más bondadosa que he conocido.

—Te vas con la otra, ¿verdad? Con esa que te vio el otro día Diana.

—Te he dicho miles de veces que no hay otra. Por mis muertos que me voy a casa de mi madre. Necesito un tiempo para pensar si sigo contigo o no. Luego, ya veré lo que hago. Pero o cambias o no vuelvo.

—Bueno, pero a lo mejor cuando vuelvas yo no te abro la puerta.

—Dani, no me calientes mucho que te fostio. Te he dicho que necesito un tiempo.

—A lo mejor yo también tengo alguno que se muere por mí.

—¿Tú? ¡No me des por culo! Si un hombre se va con una mujer que tiene tres hijos habiendo otras solteras y bien puestas por ahí, es porque la mujer zorrea. Y yo unos cuernos no los llevo. Cuidadito con lo que haces, que igual vengo aquí y a lo mejor acabo en la cárcel, pero me llevo antes por medio a ti, al otro y a los niños. Y sabes que soy capaz de eso.

Se me quedó callada la Daniela. Ya la había puesto en su sitio. Que no se le ocurriera desbocarse.

Estás ahora acostada en un hotel en Roma. Es de lujo, la habitación bonita y Roma, a través de la ventana, preciosa. A pesar del frío, los edificios se derriten y se hacen niebla con tu dolor. Mañana os va a recibir el Papa Benedicto XVI. Habéis avisado a todos los periodistas posibles para que se enteren. *Los padres de Alma Marueco visitarán al Papa y le pedirán que rece para que su hija aparezca.* Lo han publicado en el ABC y no sabes en cuántos periódicos más. Todo

para que el mundo no olvide a quien tú no puedes olvidar. El Papa os recibirá y os intentará dar paz y serenidad, y tú te comportarás como él espera, como todos los periodistas esperan, como una señora que lleva su dolor con dignidad.

Pero tú no quieres eso. Quieres ponerte en el centro del Vaticano, equidistar con todos los puntos de la Ciudad Santa y gritar que Dios no existe. Gritar a los cardenales, a las religiosas, a todos los fieles que pasen por allí que siempre has comulgado, que tú bautizaste a tus hijos y los educaste en la fe cristiana, que tú has asistido siempre a misa, que rezas, que has colaborado con la beneficencia, que das a los necesitados, que has hecho lo posible por contentar a Dios, y que la única respuesta de él ha sido la traición.

Si Dios premia a los buenos y castiga a los malos, no te salen las cuentas. Todo el mundo espera que mañana inclines la cabeza para besar con respeto y recogimiento el anillo del Papa. Y tú no quieres inclinar la cabeza. Quieres dar dentelladas a todos los que estén presentes, zarandear al representante de Dios en la tierra. Ya no quieres suplicar, sino exigirle que te traiga a Alma. Pero te humillarás y mañana le suplicarás delante de los periodistas que rece para que aparezca tu hija mientras te inclinas sobre la mentira del anillo.

Yo, desde luego, a la Dani no la suelto aún hasta que no vea por dónde van los tiros. Ya llevo un mes con Sole y aún se piensa que estoy en la finca con mi madre, menos mal. Sole es una mujer que sabe complacer a un hombre, me plancha las camisas, cocina de maravilla, es muy buena chica. Pero buenas son las mujeres, de un día para otro pueden girar, son unas inestables. Le pagaré el alquiler de febrero a la Dani. La comida y los pañales que los busque ella por ahí. La casa sigue a mi nombre. Yo, desde luego, las llaves de la casa conmigo. Y si paso un par de veces a la semana por ahí, un par de tardes, la Sole no tiene por qué enterarse. La Dani siempre está igual, que si estás con otra, que no, que estoy con mi madre y que nos estamos dando un tiempo. Sobre todo, tenerla con la boca cerrada. Darle lo que quiere un par de veces por semana, metérmela en la cama para que se crea que no hay otra y, luego, un par de hostias para que sepa quién manda. Me gusta eso de follar con la nueva y, a la vez, cuidar de que no se me vaya la antigua. Hay que ver qué fácil es engatusarlas. Sole me ha dicho que quiere tener niños. Tiene veintisiete años. Pues muy bien, yo soy un semental, le he dicho riéndome. Total, tiene casa y trabajo fijo. Pues que vengan los niños.

PÍTULO XI

Faltaban diez minutos para abrir la tienda y Diana abrió el cajón donde tenía guardados los pantalones de Alma. De vez en cuando sentía la necesidad de tocarlos. Los colocó en el mostrador y quitó la funda de plástico. Les puso las palmas de las manos encima y cerró los ojos. Era un curioso ritual que repetía de vez en cuando desde que Alma había desaparecido, un curioso ritual que le daba fuerzas para luchar contra su cuñado. Era extraño, unos pantalones de una chica que no tenía nada que ver con el impresentable, que se conocerían de vista, pero nada más, se habían convertido en un talismán. Como si atrapara la energía de ese color para combatir contra él. Golpeó varias veces las palmas de las manos contra el pantalón, como si invocara la fuerza que necesitaba.

No sabía por qué soñaba de forma tan obsesiva con los pantalones. Todo había empezado con el sueño del cajón, donde estaban guardados, rebosando de sangre, pero desde las últimas Navidades había soñado varias veces con ellos. El que mejor recordaba era el de hacía un par de noches. En él aparecía Alma y los llevaba puestos. Sobre el color rosado aparecía un rojo más intenso, justo por las ingles. *¿Es vino o sangre?*, le había preguntado en el sueño, pero cuando Alma le iba a contestar y abría la boca, no tenía lengua.

¿Qué simbolizarían los pantalones en el sueño? Los pantalones iban a cubrir las piernas con las que se marchó pedaleando al encuentro de sus asesinos o secuestradores, la prenda que cubría las partes sexuales de una persona... En definitiva, avanzar y cubrir.

Por qué necesitaba tocarlos de vez en cuando, se preguntó. Era una especie de fetichismo, esperaba que la familia de Alma no se enterara nunca de lo que hacía con ellos. Mientras cerraba los ojos y golpeaba las palmas de las manos contra los pantalones, entendió que la historia de su cuñado no tenía que pararse ahí. Paró de golpear y, con los ojos cerrados, lo entendió. Ni su vida ni la de su hermana ni la de sus sobrinos ni la de su madre ni la de la de Adrián podían depender de si un día una chica como Sole se cansaba de tener en su casa a su cuñado. Tenía que ir más lejos, no solo poner resistencia como había hecho hasta ahora. Tenía que atacar, convencer a Daniela de que denunciara.

Alguien llamó a la puerta. Abrió los ojos y guardó los pantalones en el cajón. Se dirigió a la puerta y abrió a una clienta.

Diana estudió la cara de su hermana mientras se tomaba el café. Juanito jugaba sobre la alfombra del salón y las niñas estaban haciendo los deberes en su cuarto. Se respiraba tranquilidad en la casa de su hermana, algo inusual. Era increíble lo bien que estaban sus sobrinos. El calor de junio entraba por la ventana abierta de par en par.

—Abre los ojos, Daniela, abre los ojos. Se ha ido con otra, lo sabe todo el pueblo. Pregunta en cualquier sitio.

—Es el padre de mis hijos.

—No va a volver.

Daniela bajó la cabeza.

—Ha estado con otras. Sé que ha estado con otras y siempre ha vuelto conmigo. Porque yo soy la madre de sus hijos, su mujer y toda la que venga detrás no es más que una amante y un rollo

pasajero.

—¿Y nunca has pensado que quiera tener hijos con su nueva chica? Tiene veintisiete años. No es ninguna niña. Llevas meses sin saber nada de él porque apenas sales de casa, pero los demás sí que sabemos. Está saliendo con Soledad, la de los huertanos, la chica esa tan pava. La que no tiene hijos y tiene casa propia, no es tonto. Va con ella del brazo a todas partes.

—No me lo creo.

—Lo han visto hasta tus niñas. Pregúntaselo, el otro día iba con Clara por la calle y se cruzó con nosotras. Se iban dando tal morreo que ni nos vieron. Tu hija no sabía ni dónde meterse de la vergüenza que estaba pasando.

—Pero esas son las lagartas con las que se va de vez en cuando. A él le gusta ese tipo de mujeres para divertirse, pero a la hora de la verdad quiere a mujeres como yo.

—Daniela, por favor, estamos en junio de dos mil tres, al principio del siglo XXI. Si un hombre se divierte con una mujer, se queda con ella. Déjate de historias de colegio de monjas.

—Se ha tomado un tiempo para pensar.

—Está viviendo con ella. Se fue para vivir con ella, ya se lo tenía pensado, en ningún momento se fue a casa de su madre. Te dijo eso para tenerte controlada. O sea, las cajas y las maletas que cargó en el coche las metió directamente en casa de Soledad. Mira.

Y le enseñó las fotos del móvil.

—El otro día los vi tomando vinos con un grupo de amigos. Les estuve sacando fotos.

Él aparecía en la terraza de una bodega con un grupo de gente alrededor de un tonel que hacía de mesa y pasaba su brazo derecho por los hombros de ella. En otra aparecía la pareja morreándose en mitad de la calle.

—¿Ves este portal donde entra? Pues es la casa de ella.

En realidad, no había sacado ella las fotos, pero no se lo iba a decir a Daniela. Si ella las hubiera hecho, en algún momento le habría plantado cara el cabrón del cuñado. Al principio, pensó en encargárselas a algún amigo. Pero cualquiera se podía ir de la lengua, buenos eran en Valdepeñas. Había tenido que hacer algo más discreto, traer a un detective de Ciudad Real. Le había salido bastante caro, pero le compensaba. A ver si podían quitarse ya al excuñado de en medio y que no se fuera de rositas. Vio que a Daniela le empezaba a temblar la mandíbula.

—Y aquí, mira, por la mañana sale a trabajar de casa de ella y con distinta ropa con la que entró. Y aquí, mira, comprando un ramo de flores y entrando en la casa con el ramo. Y a ti no te da ni para comer.

—Es un cabrón, y ella una lagarta y una puta. Me ha hecho creer que se iba por mi culpa y va y se va con otra. No me ha traído ni un euro desde febrero. Siempre prometiéndome que iba a cambiar y, desde luego, sí que ha cambiado, pero con otra. Ahora todo lo que he aguantado por él, no ha servido de nada.

Diana pensó que no sabía si Soledad era una lagarta o no, pero sí sabía que dentro de un año sería una desgraciada. Tenía que conseguir que Daniela denunciara antes de que Soledad descubriera el tipo de hombre que era.

—Me voy a plantar en casa de ellos y se van a enterar —gritó Daniela.

—No te vas a plantar en casa de ellos, ¿qué vas a ganar con eso?, ¿va a volver él porque tú vayas a casa de Soledad a armar una escena? Los va a unir más.

—Y encima me ha dicho que, si me ve con otro, me mata.

—Mira —le dije cogiéndola de la mano—, por tus hijos y por ti. Ya tienes las radiografías, el informe de la fiscalía del menor y los testimonios de la policía. Denuncia todo lo que te ha hecho estos años. Ya lo hemos hablado con el abogado. Tendrá prisión preventiva.

—Me va a matar cuando salga.

—No te va a matar. Al contrario, te matará si no haces nada. Vamos a apoyarte. Tus hijos merecen una vida mejor. Se les nota mejor desde que su padre se ha ido. Las niñas están mejorando en el colegio. Y si vuelve otra vez, vuelves a denunciar y ya está. A la cárcel. Cada vez que se acerque, una condena. En el fondo es un pringado y un cobarde. Con una orden de alejamiento, no se acerca. A ver si acaba ya esto.

—Claro que lo voy a denunciar —dijo Daniela mientras le temblaba la mandíbula—. Porque si denuncio, ella lo dejará.

—Daniela, tienes que denunciar por tus hijos, por lo que te ha hecho y porque si denuncias, entrarás en el programa de mujeres maltratadas. Te darán algo de dinero... Pero no denuncies por celos, por favor.

—Se va a enterar de lo que lo quiere esa mujer. Yo le he perdonado todo, todo... No sabes hasta qué punto lo he perdonado.

—Sí, sí lo sé, las palizas, las humillaciones, los golpes a tus hijos, los golpes a tu propia familia...

—Y más, Diana, aún más.

—Los cuernos...

—Y más.

Daniela miraba a Diana fijamente llena de rabia.

—No te puedes imaginar lo que tu hermana es capaz de hacer cuando está enamorada de un hombre. Lo salvaje que puedo llegar a ser.

Parecía que surgía una nueva Daniela, una Daniela rabiosa y, menos mal, combativa.

—¿Qué más le has perdonado, Daniela? Porque no se me ocurre qué más le has podido perdonar que no haya visto ya.

Daniela calló y luego dijo:

—Ese va a la cárcel, yo le denuncio. Ya verás como la pija esa lo deja. No sé cómo se atreve a llevarse a un hombre con una familia. Ese vuelve, te lo aseguro. Va a volver porque va a entender que lo que yo le he perdonado no se lo perdona nadie. Lo que yo he hecho por él, no lo va a hacer ninguna otra mujer en el mundo.

Gracias a Dios, pensó Diana. Lo había conseguido. Lo que no habían conseguido las palizas ni los insultos ni los golpes a los niños ni los cabreos de la familia lo había conseguido la tal Soledad. Bendita Soledad, se había llevado a su cuñado, con un poco de suerte, para siempre. Daniela se había formado la estrategia de que, si rompía la relación, el otro volvería con ella después de denunciarlo. Miró a su hermana pequeña. Desde luego, tenía un punto ingenuo si pensaba que el resentido del cuñado iba a volver con ella después de una denuncia. Pero, por lo menos, tendrían unos meses en paz. Unos meses de no palizas; unos meses de no insultos; unos meses en los que él pagaría algo por lo que había hecho; unos meses en los que sus sobrinos tendrían la suerte de no ver a su padre. Y a saber lo que ocurriría en la cárcel si cogía el sida o cualquier otra enfermedad. Aunque en eso, la verdad, era escéptica. Cómo se cuidaba el cabrón. Por desgracia para todos, estaba en forma. No como su hermana, todo el día sin hacer ejercicio.

—Yo lo denuncio, Diana. Y si va a la cárcel, va a la cárcel, pero si él se arrepiente y deja a esa mujer, le quito la denuncia.

Diana suspiró. La dejaba por imposible. A veces le entraban ganas de abofetear a su hermana. Toda su familia amenazada por el cuñado y ella sin querer soltarlo. Había tenido una discusión muy fuerte con Adrián el día anterior. *En el fondo*, había dicho él, *Daniela es lo más egoísta que existe. Por tener a su hombre al lado, le da igual que sus hijos sufran, que sus padres sufran,*

que a mí casi me mate a hostias y que ella esté amenazada... Le da igual. Todos destrozados para que ella pueda meterse en una cama caliente con él.

No sabes nada, le había respondido ella, no sabes lo cambiada que está tu hermana, el miedo que pasa, lo poco que se quiere... Es muy fácil llegar a tus conclusiones. Pero, por lo menos, había surgido Soledad. Ya daría igual las teorías de Adrián. No sabía cómo lo había hecho esa mujer, pero se lo había llevado. Las otras con las que él había estado no consiguieron romper su relación con Daniela, lo acababan despachando, seguro que por violento. Por eso, había que moverse con rapidez. No sabía lo que aguantaría o no la tal Soledad, pero si no era tan sumisa como su hermana, en seis meses tendrían al cuñado de vuelta. Otra vez la imagen de los pantalones rosados de Alma le vino de forma obsesiva a la cabeza. La noche anterior se le había repetido el sueño de Alma. Volvía a llevar los pantalones puestos y volvía a sangrar desde el sexo. En el pantalón se mezclaban los dos colores, el rosado y el rojo. pero esta vez Alma ya podía hablar, ya tenía lengua. No es sangre, le decía en el sueño, es el lodo rojo escondido en las macetas de la casa de tu hermana. No podía quitarse la imagen de la memoria. Quizá debería tirar ya los pantalones.

Esta se la guardo. La policía vino a buscarme al club. A mi trabajo. Todas las putas estaban acojonadas y escondidas en sus cuartos.

Yo estaba cocinando, muerto de calor. El aire acondicionado funcionaba muy flojo. Le dije a Fabián que me costaba soportar el calor de agosto en la cocina si no terminaba de arreglar el aire, menudo verano que estaba haciendo. Estaba pensando en todo eso cuando dos coches de policía pararon frente al club.

—Fabián —le avisé asomándome por la puerta que daba al salón—. Tenemos un marrón.

Fabián se acojonó. Es un tío legal, pero casi se mea en los pantalones. La verdad es que me decepcionó. A mí ha venido un montón de veces la policía a mi casa y jamás me he acojonado. Pero él salió a la puerta todo rojo y nervioso. Yo abrí la ventana, no me iba a perder la escena.

—Aquí no tenemos a ninguna chica obligada —les dijo—. Y todas están sanas.

—No venimos por lo de las chicas, venimos por un hombre.

Y dijeron mi nombre.

—Está en la cocina y señaló a la puerta de entrada.

Yo, desde la ventana, me quedé acojonado. Pero ¿por qué coño venían a buscarme al trabajo? ¿No podían venir a casa? Joder, en el trabajo. Sería idea del putón de Diana lo de enviarme a la pasma al club. Muy bien, tranquilo. Hasta ese momento nos habíamos respetado en lo laboral. Se iba a enterar de lo que significa que te armen un número en tu medio de vida. En cuanto me dejaran en paz, le iría a dar por culo a su tienda. Ni una sola pija de Valdepeñas iba a volver a poner los pies en Ariadna.

El policía entró.

—Tiene que venir con nosotros, caballero —dijo con voz firme.

Lo conocía de vista. Alguna vez había ido por mi casa. Se creían mejores que yo por llevar uniforme. Pero todos eran tontos. Ninguno había descubierto mi secreto, mejor dicho, mis secretos. Puta pasma.

—Muy bien, apago la cocina y me voy con ustedes —sonreí.

No había nada mejor que mostrarse educado.

Coloqué el delantal en su sitio, yo estaba un poco mosca. Se iba a enterar la Dani, no ese día, pero sí dentro de un par de días, cuando todo hubiera pasado. Ahora me llevarían al cuartelillo

mientras ella estaría en la casa tan a gusto con los niños. Y el putón de la Diana que se fuera haciendo a la idea de que iba a cerrar la tienda. Si a mí me echaban del trabajo, a ella también. Conocía a Fabián y perdonaba todo, menos que la policía se acercara al club.

Sacaron las esposas.

—No hace falta que me esposen. Números no, por favor, y mucho menos delante de las chicas.

Pero los cabrones me esposaron delante de Fabián. Ya en el coche patrulla, pregunté.

—¿Por qué me han detenido?

Los policías se quedaron callados.

—¿Por qué han venido hasta el trabajo? ¿Quién me ha denunciado?

No me respondieron. La Dani, seguro, por sus putos celos. Sería lo de siempre, el susto de meterme en comisaría y luego no les quedaba más remedio que dejarme suelto. No había nadie que pudiera conmigo. Me zafaba de todo. Nadie había adivinado mis secretos y no creo que lo adivinaran. Un secreto guardado durante diez años y otro, durante cinco. Y cuanto más pasara el tiempo, mejor. Estaba a punto de prescribir lo de los novios. ¿O ya había prescrito? Para lo de la chica aún quedaba. Ya habían encontrado todo lo que podían encontrar, la mochila y la bici... Y no me habían pillado. Pero de repente, no cogieron la carretera para Valdepeñas.

—¿Adónde vamos?

No respondieron.

—¿Adónde vamos? —repetí—. Por lo menos sean educados y contesten.

—¡Cállese! Usted no es un invitado, es un preso.

Y me tuve que quedar callado un tiempo. ¿Qué era eso de un preso? ¿Qué camino estaban cogiendo? Supongo que no habría largado la Dani. Y si hubiera largado, ¿la habrían creído?

—Bueno, lo mejor es dormirse.

Pero no me pude dormir y seguí un poco mosca. Entramos en el recinto de un edificio no muy alto. Centro Penitenciario Herrera de la Mancha, ponía en el cartel de entrada. Esta vez la Dani se había pasado tres pueblos. Una cosa era enviarme a la policía a casa y otra muy distinta enviarme a prisión. ¿O sería por lo de los novios? No sería capaz.

Los policías saludaron al de la garita. Después de aparcar, entraron por una puerta.

—¿De qué se me acusa? —les dije—. Tengo derecho a saberlo.

—Por cascar a su mujer, por cascar a sus hijas y por cascar a un niño de un año, cabrón —dijo el policía mientras me registraba.

Me quedé más aliviado. Me sacó la cartera, el móvil, las llaves, los preservativos... Y uno de los municipales que me había traído, dijo:

—Mire, aquí lo único que va a necesitar son los preservativos.

Y todos carcajearon.

Me contuve. Sabía dónde vivía ese individuo. En cuanto saliera de esta, se iba a enterar. A mí nadie le llamaba maricón, y menos a voces y en público. Si había que darle un repaso a su mujer, se le daba. Y si tenía niñas, también. Y luego a ver si se enteraba quién había sido. Ya me había escapado de varias.

Seguí esposado y me pasaron a un despacho pintado de colores azul y amarillo. Supongo que para dar una sensación de juerga. Me obligaron a sentarme. Ahí había dos policías nuevos que se despidieron de los anteriores. Uno de ellos se sentó enfrente de mí. Dijo mi nombre y, a continuación, empezó a leerme un documento.

De lo que me pude enterar es que había sido cosa de los de la Fiscalía del Menor, eran los que habían denunciado por reventar el oído al niño. Y también la Dani me acusaba de haberla maltratado durante trece años. Por lo menos había tenido la decencia de callarse la boca con lo de

los novios. Pero yo más sustos de esos no aguantaba, tendría que ir pensando en una solución. Las niñas estaban crecidas, por tanto, cualquier día se podía ir de la lengua.

—El juez ha decretado que tiene que estar en prisión antes del juicio. Ya le diremos cuándo se celebrará.

Puta fiscalía. No me quedaba más que un par de cojones y aguantarse. Me iba a tener que quedar allí unos cuantos meses. Me sentí cabreado. Ahora sí que perdería el trabajo. Y lo que era peor, ¿qué iba a pensar Sole? La puta de la Dani tan a gusto, suelta por ahí sin que yo pudiera pisar la calle. Y seguro que toda Valdepeñas estaría hablando de mí, buenos son los policías. Eso es lo que más me jodía. Un hombre tiene derecho al honor y a la buena reputación. Ya casi tenía ganados a los suegros, trabajo me había costado, dentro de unos meses iba a dejar el prostíbulo para coger un restaurante y me encontraba en ese momento con eso. Ahora le darían la razón a la familia de Dani, a la puta de Diana y al maricón de Adrián. Seguro que lo estarían celebrando. En cuanto saliera de allí, los iba a dejar a todos bien calentitos.

Miré a los policías. Todos hombres, menos mal. Seguro que más de uno estaría aguantando a alguna histérica en casa.

—Mire usted, —le dije al policía que estaba sentado enfrente de mí— se trata de un malentendido. Yo he estado con una mujer trece años. Pero la mujer empezó a dejarse, que si los niños, que si engordar, que si la casa hecha un desastre... Y hace unos meses que la he dejado. A mí siempre se me han dado muy bien las mujeres, no sé por qué. He encontrado otra, ya sabe, más agradable, una chica bien de Valdepeñas, una mujer que me quiere y que sabe cuidar a un hombre. Y, como resultado, me he ido a vivir con ella. Esto se trata de un error, no es más que despecho de la otra, de la madre de mis hijos. Tiene, no sé cómo decirle, una obsesión conmigo. Se ha vuelto loca desde que la he dejado, me persigue por la calle, los fines de semana va a buscarme, se ha inventado lo de los malos tratos, dice que no puede vivir sin mí. Todo lo hace para que yo vuelva. Estoy seguro que si vuelvo con ella, quita la denuncia. Usted es hombre y me tiene que entender. Si la hubiera maltratado, ¿por qué ha aguantado conmigo trece años? Esto son celos. Ya sabe cómo es esto. Las mujeres son más fieles, más monógamas. Pero los hombres somos infieles por naturaleza. Necesitamos cambiar, conocer chicas. Y yo he tenido la suerte de conocer a una chica más templada.

El policía me miró por encima de los papeles.

—Pues tiene un expediente cojonudo para que se le den bien las mujeres. Ha pegado a su mujer muchas veces; en Fuerteventura le partió la mandíbula a una compañera de trabajo porque no hizo lo que usted quería; a otra le hizo un esguince en la muñeca y una vecina lo denunció por acoso. ¿Y la paliza al niño también era un invento de su mujer?

—Los golpes se los infringe ella, está loca. Y el niño, ya sabe, se cayó, los niños se caen.

—El forense no dice lo mismo. Todo eso lo cuenta en el juicio, a mí no me venga con monsergas. Vaya allí —me señaló una puerta— desnúdese y le darán un uniforme. Cuando llegue su abogado, le tomaremos declaración. ¿Va a pedir abogado de oficio?

—No lo sé.

—Si quiere que nos pongamos en contacto con algún familiar para que avise a un abogado o le traiga algo, díganoslo.

—Quiero avisar a mi novia, Soledad, para que venga a verme. Quiero hablar con ella.

—¿Están registrados como pareja de hecho?

—No, pero vivimos juntos.

—Entonces no puede ser.

—¿No puede venir a verme?

—Joder, ¿cree que tengo todo el día para charlar? Tiene que ser un familiar suyo, su esposa o su pareja de hecho. Esto no es un hotel, ¿me oye? Esto es una cárcel.

PÍTULO XII

El timbre sonó y Soledad abrió la puerta. Ante sus ojos apareció Antonia vestida de forma muy elegante con una falda gris y una blusa blanca. Estaba mucho más arreglada que cuando la había visto en la finca. Soledad se quedó sin saber qué decir.

—¿Te importa si tu suegra se autoinvita a un café? —le dijo sonriendo.

—Sí, como no. Pasa.

Antonia pasó al salón y lo miró detenidamente, puso expresión de aprobación, era espacioso y estaba muy ordenado. Había unas cajas de cartón en un rincón.

—Siéntate aquí, Antonia—le dijo Soledad mientras le señalaba el sofá de cuero marrón—. solo tengo café soluble.

—No importa. ¿Te ayudo?

—No, tú ponte cómoda, me organizo mejor sola en la cocina. Pero siéntate. ¿Cómo quieres el café? ¿Con leche caliente o fría?, ¿O lo quieres con hielo?

Antonia se sentó en el sofá. Soledad desapareció por una puerta blanca y, desde el salón, se oyó el sonido del trajinar en la cocina. Al cabo de unos diez minutos, Soledad apareció con una bandeja cargada con dos tazas de porcelana con dibujos floreados, y una jarrita a juego con las tazas y el azucarero. La colocó sobre la mesita de cristal.

—Gracias, ya me sirvo yo, no te preocupes.

Antonia se había maquillado ese día, llevaba los labios pintados de un rojo fuerte.

—¿Qué calor está haciendo!

—Sí, contestó Soledad, y eso que ya estamos a uno de septiembre.

—Ya tienen que empezar a bajar las temperaturas. Se nota que las noches son más largas.

Miró al rincón del salón

—¿Te mudas? —le preguntó señalando las cajas.

Soledad empezó a mostrar cara de angustia.

—Bueno, son las cosas de él, ya sabes. No sé qué hacer con ellas, si subirlas al trastero o llevarlas a tu casa.

—Por eso venía, para que lo esperaras.

Soledad se quedó mirando al centro de la bandeja.

—Estoy muy confusa, Antonia. Está en la cárcel por malos tratos.

—Por una mala mujer —Antonia movió con fuerza la cucharilla.

—No va cualquiera a la cárcel por malos tratos, algo hay.

Antonia paró de mover la cucharilla. Se inclinó un poco hacia Soledad y le preguntó:

—¿Cómo se ha portado contigo en estos meses?

—Como un príncipe, nadie me ha tratado tan bien como él.

—Pues con eso te debes quedar. Esa mujer —movió la cabeza de un lado a otro— ha sido un desastre para él. Dice que la ha estado maltratando durante trece años. ¿Y lo denuncia solo cuando se va contigo? ¿No te parece raro?

—No hago más que pensar en eso. No sé qué hacer.

—Tú eres lo mejor que le ha pasado. ¿Por qué no lo esperas? Ya verás como en el juicio queda libre.

—Mi familia está un poco contrariada.

—Por supuesto y lo entiendo, pero él no es un maltratador. Esa mujer no ha dicho más que mentiras, te tiene unos celos que ha dicho *Ni para ti ni para mí*. Yo siempre le he dicho: *Hijo mío, no eres un hombre feliz. Siempre estás amargado, siempre peleándote*. La casa, patas arriba; los niños, desatendidos. Yo he tenido diez hijos, y mi casa siempre estaba limpia como una patena. Y esta tiene tres, la mayor es una mujercita, y ni trabaja fuera ni puede con la casa. Y encima todas esas mentiras. No sabes lo feliz que fue mi hijo en Canarias.

—Sí, ya me lo ha contado.

—Me llamaba y era un hombre diferente, se le oía feliz. Y yo sé que en esos cinco años no estuvo nunca con ninguna mujer, mi hijo es muy fiel y un buen padre. Pero ya ves, volvió por las niñas. Le tiraba la paternidad. Lo volvió a intentar con ella. Pero si llega a estar solo, yo sé que se queda toda la vida en Canarias, la deja.

Antonia dio un sorbo a la taza y en cuanto la posó sobre el plato, movió el índice de un lado a otro.

—Si no llega a haber hijas de por medio, mi hijo no vuelve con esa mujer.

Soledad permaneció pensativa. Se levantó un momento para subir un poco la persiana. Ya eran las siete y el calor del día se estaba disipando.

—Yo no sé qué hacer, estoy muy dudosa.

—¿Por qué no vas a verlo a la cárcel? Así puedes salir de dudas. Y te aseguro que le vas a dar una alegría. Tú eres lo mejor que le ha pasado —Antonia la miró fijamente mientras le decía esto—. Es un hombre que ha sufrido muchísimo desde niño, ya te habrá contado.

—Sí, pobre.

—Mi marido tenía un carácter muy difícil, pero era un hombre hecho y derecho, muy trabajador y entregado a la familia. El mayor de mis hijos alguna vez me ha echado en cara que no me separara, que él no tenía que haber aguantado las broncas de su padre; y yo le he dicho: no te equivoques, las mujeres si elegíamos separarnos, lo perdíamos todo. Y teníamos diez hijos, había que ponerlos firmes de vez en cuando. Aunque tuviera un mal pronto, era un hombre cumplidor y muy trabajador, nunca faltó comida en casa. Lo único que no le perdoné es que se llevara a mi pequeñín, le llamo así porque es el noveno, a pastorear tan pronto. Luego, un día, marido murió de un infarto y él lo lloró el que más.

—Bueno, hay niños que sienten la necesidad de un padre con más fuerza que otros.

—Es un trozo de pan, un hombre buenísimo. Esa mujer es veneno. Sois el día y la noche. ¡Qué pena que no os conocierais hace diez años!

Soledad sonrió. Antonia miró por la ventana. A través de ella se podía ver la estación de tren y, más allá, los campos de Valdepeñas.

—Sois la pareja perfecta, pero os habéis tenido que conocer ahora, qué pena que no haya sido antes. ¿Por qué no vas a verlo? Le darías una alegría. ¿Tú quieres a mi hijo?

—Muchísimo —dijo Soledad con los ojos brillantes—. Es el hombre que más he querido y que mejor me ha tratado.

—Pues no lo dejes escapar. Te lo dice una anciana que sabe de la vida. Yo dejé escapar a mi primer amor, y fue el error de mi vida. Y después de tener diez hijos y enviudar aún me sigo acordándome de él. No te creas que los amores importantes se borran con tiempo —volvió a mover el índice de un lado a otro—. Ahí se quedan, por mucha tierra que le echas encima, por muchos hijos y por muchos años no se olvidan. Y mi hijo y tú estáis hecho el uno para el otro. Créeme, es mejor equivocarte, ir a verlo a la cárcel y darte cuenta de que no es el hombre de tu vida a quedarte con la duda. Un amor así, como el vuestro, nunca se va.

Soledad le dio un trago al café.

—Creo que iré, tienes razón. Ya sé que a mi familia no le gusta, pero no puedo dejar de pensar en él. Pienso en él día y noche.

—Yo he ido a verlo, y no para de hablar de ti. Me ha dicho que lo aguanta todo, estar en la cárcel, juicios, perder el trabajo, la vergüenza... Menos perderte a ti, lo aguanta todo.

Soledad bajó un poco la cabeza.

—Sí, voy a ir. ¿Como funciona lo de las visitas?

—Si quieres, puedo hablar con la abogada. Tú tienes que apuntarte en el Ayuntamiento como pareja de hecho. Gloria, la abogada, le puede llevar el documento a Herrera de la Mancha para pedir la inscripción. Cuando él lo rellene y firme, la misma policía lo lleva al Ayuntamiento.

La cogió de la mano.

—Nunca te arrepentirás. Ya verás. No sabes cómo te quiere.

Diana me ha dicho que no se me ocurra ir a visitarlo. *Si lo haces, su abogada puede alegar que no hay maltrato. Da igual los informes de palizas, las radiografías o tu declaración, si luego tú vas a verlo, estás mostrando que no le tienes miedo. Su abogada lo utilizará contra ti.* Pero yo quiero verlo, menuda faena que le he hecho, no debería haberlo denunciado. Lo estará pasando fatal. No debí hacer caso a Diana, ella no puede entender lo nuestro. Seguro que hubiera acabado dejando a la otra y volviendo conmigo, con su mujer, con su familia. Hemos estado juntos desde que yo tenía dieciséis años y él diecinueve. Unos críos. Ojalá vuelva como el hombre del que yo me enamoré. Aquel amable, amoroso, el arrepentido. No es culpa de él, sino de su padre y de todos los palos que soportó de niño. Detrás de él, hay otro hombre, y ese hombre un día se hará tan grande que hará desaparecer al de las palizas.

Me tienes que querer mucho, Daniela, me ha dicho tantas veces, *Tienes que querer mucho a este hombre para curar todas las palizas que soportó de su padre. Solo me curaré con amor.*

Cómo voy a dejarlo. Es el único con el que me he acostado, y yo soy la mujer más importante en su vida. Diana no lo entiende, se ha acostado con un montón de tíos. Así le va a la pobre, con treinta y cinco años sin pareja estable y sin hijos, se le va a pasar el arroz. Hugo ya se ha ido a Madrid y la ha dejado. Por lo menos, yo tengo hijos y sé lo que es una relación estable. Sufro, pero es por haber querido, no como ella, que no ha cuajado con nadie. Es mejor sufrir por amor que su frialdad. Me dice que es mejor estar sola a estar con un maltratador, pero yo no quiero ser como ella, se va a quedar solterona y sin hijos.

Lo de Soledad es un capricho, no va a tirar por medio una relación como la mía después de tanto tiempo. Yo le he dado tres hijos. La mayoría de mis compañeras de instituto se casaron después de mí y ya están separadas. Nosotros no estaremos casados, pero, desde luego, lo de estar con él para lo bueno y para lo malo, para la salud y para la enfermedad en nuestra relación se ha cumplido a rajatabla. Yo lo he apoyado hasta con lo de los novios, y eso es amor de verdad.

Lo que hay entre él y yo es único, es el destino. Y tiene que volver a ser como antes. Hemos tenido épocas muy buenas, no debería haberlo denunciado. Un hombre como él no puede estar en la cárcel, se ha criado en el campo, libre... Claro, que, si no lo denuncio, la pija no lo suelta. Y yo tengo que luchar por mis hijos y por mi hombre. Menudas son las pijas cuando se encaprichan. Lo tienen que conseguir sí o sí, da igual que sea de otra. Y ella juega con ventaja, tiene una casa, tiene trabajo, tiene dinero... Se puede comprar ropa bonita y arreglarse, pero yo también sé luchar, a ver si se iba a pensar que no iba a plantar batalla. Ahora él se dará cuenta de lo es tener una mujer al lado para lo bueno y para lo malo. La Sole se habrá acojonado con lo de la cárcel, las pijas no aguantan eso.

Clara lo pilla todo. Ya no puedo hacer nada en casa sin que se dé cuenta. Dice que prefiere que papá no vuelva, que si vuelve a casa, ella se va con la tía. Está incontrolable. Que no se me ocurra ni llamarlo ni pedirle que vuelva. Vaya con la niña, vaya pretensiones, como si fuera el ama de la casa. No me ha querido ayudar a encontrar el teléfono para llamar a su padre. No me manejo muy bien con Internet, pero al final en el locutorio me han ayudado y han encontrado el teléfono de la cárcel de Herrera de la Mancha. Los niños están ahora en el colegio. Después de marcar, oigo que alguien descuelga y suena una voz de hombre:

—Centro penitenciario Herrera de la Mancha.

—Buenos días, quería hablar con uno de los internos.

El hombre del otro lado del teléfono se queda callado.

—¿Quién es usted?

—Da igual quién soy —carraspeo. Es mejor no decir el nombre de momento. Que mi abogado no se entere de que he llamado.

—Una amiga.

—Ya, señora, pero yo no puedo pasar llamadas y menos de una amiga. Tiene que estar registrada antes. Solo los familiares del interno o su abogado pueden hablar con él.

Me armo de valor y le digo:

—Yo soy su mujer. Y también quería ir a verlo.

—Pero ¿están casados?, ¿están inscrito en el Registro Civil? Lo digo porque no vaya usted a venir hasta aquí y darse media vuelta. Aquí vienen muchas mujeres que se han tenido que dar la vuelta porque han vivido con el interno más de diez años, pero no tienen los papeles arreglados.

—No, no estamos casados, pero tenemos tres hijos y está empadronado en mi casa.

—No es suficiente. ¿Figuran como pareja de hecho?

—No.

—¿Dónde vive usted?

—En Valdepeñas.

—Pues vaya usted a su ayuntamiento con el libro de familia. Si está empadronado en su casa y tiene el libro de familia, no necesita la declaración del interno y todo irá más rápido. Pida ahí que le inscriban como pareja de hecho. En cuanto tenga la inscripción, ya puede hablar por teléfono con él, y venir a las visitas y al vis a vis.

—Gracias

En cuanto lo vea, le voy a decir lo mal que lo he pasado, se va a enterar. ¿Qué es eso de ir por ahí con otra? Me juró que no había estado con nadie en Canarias, pero Diana me ha dicho que una mujer con la que estuvo viviendo le puso una denuncia. Madre mía, ¿cómo se habrá enterado de eso? Se debe de haber hecho bastante amiga de los municipales. Una cosa es lo que hiciera en Canarias y otra muy distinta en Valdepeñas. Una cosa es desfogarse en Fuerteventura, al fin y al cabo, es un hombre. Allí no se enteraba nadie, pero en Valdepeñas me señalan con el dedo.

No es culpa suya ser tan violento. Yo lo he cambiado con amor, antes era mucho peor. Por muy violento que se haya puesto, yo siempre le he respondido con amor, y eso no lo va a encontrar con ninguna otra mujer. La pija esa no va a querer un novio encarcelado. Con esos humos con los que va por el pueblo, le habrá dado puerta. Y con esos humos seguro que no se hubiera ido con él al pozo la noche esa de los novios. Esa se la guardo. Lo que nunca me ha aclarado es lo de la noche de la otra muchacha, Alma, llegó a la una. Dice que estuvo en la finca de su madre, pero no me lo creo. Le sonsaqué a Antonia y no estuvieron juntos. Apareció un calzoncillo en la mochila. Yo le estuve revisando el cajón y a él le faltaba uno. Casi me mata cuando se lo dije. *¿Crees que porque se me fuera la cabeza un día ahora soy culpable de todo lo que ocurra? ¿Sabes dónde estará*

esa chica? Con algún tío casado. Se habrá ido con él y no querrá que la gente del pueblo se entere. Esas zorras son todas iguales. Sí, pero no apareció nunca el calzoncillo y llegó muy tarde. Luego se pasaba horas y horas recortando periódicos con las noticias sobre lo de Alma.

Diga lo que diga Diana y el abogado, yo necesito verlo. Tengo que hablar con él, no podemos estar así. Podemos llegar a un acuerdo antes del juicio, yo no sé si quiero llegar tan lejos. Me han dicho que las terapias esas contra los malos tratos son muy buenas. Puede llegar a arrepentirse y darse cuenta de todo lo que ha hecho. Yo quiero que vuelva el hombre del que me enamoré, el que estaba tan pendiente de mí. La asistente social me ha dicho que me van a dar una pensión, menos mal, porque estamos viviendo de lo que me da Diana.

No pude llevar a Juanito a la guardería porque le dolía el oído, pobrecito. Desde la patada le duele por cualquier cosa. Menos mal que en octubre no hacía mucho frío. Cuando llegué a las oficinas del Ayuntamiento, cogí número. Había mucha gente esperando y me senté en un banco. Le di al niño un juguete para que se entretuviera. La señora de al lado empezó a jugar con él, menos mal. Después de unos diez minutos, apareció mi número en pantalla. PH05, ventanilla cinco. Me levanté y fui a hacia allí. La cara de la muchacha me sonaba. Estaba en mi instituto, un curso más que el mío. No me gustó que me viera, ella iba bien vestida, y yo con chándal. Se le notaba que ganaba su dinerito, y era peor estudiante que yo. A todos mis compañeros les va mejor que a mí. Me daba vergüenza, que me viera así, con el buen tipo que yo siempre he tenido y lo presumida que he sido. Y encima se iba a enterar de lo de Herrera de La Mancha.

—Buenos días —hice como si no la conociera—. Vengo a registrarme como pareja de hecho con mi compañero.

Y le entregué mi DNI.

—¿Y él no ha venido?

Tragué saliva.

—Él no ha podido venir, pero llevamos viviendo más de trece años en la misma casa, estamos empadronados juntos y tenemos tres hijos en común. Aquí tiene el libro de familia.

Cogió el libro de familia y lo miró.

—¿Y por qué no ha venido?

—Ha tenido un problema.

—Ya, pero yo no puedo hacer nada. Si no viene él, no les puedo registrar. Tiene que venir a firmar.

—Verá —yo seguía llamándola de usted, como si no la conociera—. Ha tenido un pequeño problema y está en la cárcel.

Ella me miró. ¿Cómo se llamaba? María José Ordeñador. Me miró con compasión. La cara le cambió de ser una soberbia a ser una compasiva. No sé qué me sentaba peor, que no se pensara que yo venía a suplicar

—¿Está empadronado con usted?

—Sí, claro.

—Dígame el DNI de él.

Se lo dije y metió los datos en el ordenador. Se quedó mirando a la pantalla, luego a mí y luego a la pantalla. Tosió.

—Pero él está ahora empadronado en otro sitio. Vive en otra casa con otra persona.

Me quedé helada.

—Sí, puede que esté empadronado en casa de su madre.

—No, no le coincide con ningún apellido.

Noté que se me subían los colores.

—¿Con otra mujer?

María José siguió tecleando en el ordenador. Y vi que miraba el cochecito del niño y se le ponía la cara roja.

—Figura como pareja de hecho de una tal Soledad Giménez. Esta mujer se ha inscrito hace poco como su pareja de hecho, y el Ayuntamiento lo aprobó el dieciocho de septiembre de dos mil tres, o sea, hace unas tres semanas.

—¿Cómo que de pareja de hecho? Esa es una aprovechada o una loca. ¿Puede venir cualquiera y apuntarse cómo pareja de hecho? Él estaba empadronado en mi casa, lo habrá hecho sin permiso de él.

—Ella vino a firmar la conformidad, por lo visto lo pidió él. Pidió la baja de su domicilio anterior, empadronarse en el domicilio de ella y registrarse como pareja de hecho.

—Será falso, ella lo habrá falsificado. Es imposible, llevamos viviendo trece años juntos y tenemos tres hijos. Esa no es más que una loca que se encaprichó de un hombre con familia.

—Voy a mirar el expediente.

Se metió un poco hacia dentro y abrió algunos archivadores con carpetas colgantes. Sacó una y abrió el expediente al otro lado de la ventanilla.

—Ella vino a firmar, pero no trajo el consentimiento de él en mano. El consentimiento vino directamente de la cárcel de Herrera de la Mancha, lo trajo la policía junto con otros documentos.

—No me lo creo —chillé. La gente que estaba sentada en los bancos se volvió.

—Es algo que está muy vigilado y se lleva un control muy riguroso. Estamos hablando de la cárcel. Es la misma policía la que trae la documentación. Mire.

Y me enseñó el permiso escrito con puño y letra por él. Después de su nombre y de su DNI escribía: *Certifico que he estado viviendo desde enero de dos mil tres en pareja con mi compañera Soledad Giménez. Suplico al Ayuntamiento de Valdepeñas que me registren como pareja de hecho de Soledad Giménez y que la incluyan en el régimen de visitas y en el vis a vis. Herrera de la Mancha, 10 de septiembre de 2003.*

Sí, era su firma.

—El Ayuntamiento aprobó la inscripción el día dieciocho de septiembre.

Me empezó a temblar la mandíbula de forma desorbitada. O sea, que seguía con esa zorra, no habían cortado. Iban a seguir para siempre. Entonces, si la otra le iba a esperar a que terminara la condena, es que iban en serio. ¿Cómo era posible después de todo lo que le había aguantado que me dejara por otra? Yo, la madre de sus tres hijos, yo que le había encubierto.

Al otro lado de la ventanilla mi antigua compañera estaba cada vez más roja.

—Lo siento —me dijo.

Pero ese *lo siento* fue como un cuchillo.

Salí del Ayuntamiento empujando el cochecito avergonzada. Todo el mundo había oído el grito que había dado. Había hecho el ridículo más espantoso. Seguían juntos. Toda Valdepeñas lo sabía menos yo. Se habían reído de mí. Todos. La denuncia no había servido para nada. Allí estaba la zorra de Sole pegada como una lapa. Para ella, era muy fácil engatusarlo. Soltera, con dinero, podía vestir bien... Yo tenía que buscar el dinero debajo de las piedras para los hijos de él. Iban a seguir juntos, no iba a ser como con las otras. Pues se iba a enterar, yo también tenía mis armas, que no pensara que se había pasado trece años tomándome el pelo. Se iban a enterar él y la Sole, los dos.

PÍTULO XIII

El policía era alto y llevaba barba. Estaba aburrido en la puerta hablando con el compañero que hacía guardia. Si no le venía alguna persona a poner una denuncia o alguien descalabraba a algún vecino, tendría que subir a supervisar denuncias, algo que odiaba. Vio acercarse a una mujer entrada en carnes de unos treinta años. Vestía con un chándal un tanto gastado y llevaba el pelo mal recogido en una coleta. Le preguntó:

—¿Dónde puedo hablar con alguien importante?

El policía la miró, extrañado. Se alegró de que alguien le viniera a entretener la mañana, le hiciera una pregunta diferente a la de dónde se renovaba el DNI o el pasaporte. De vez en cuando venía alguna persona a hacer cosas disparatadas o a contar una novela, gente que estaba aburrida en casa y se iban a dar la lata o al ambulatorio o a la policía. En Valdepeñas, cuando no era época de emborracharse, apenas pasaba nada; alguna historia de malos tratos o alguna paliza por las lindes de las fincas entre un par de propietarios. El mes anterior se habían celebrado las fiestas del vino y habían tenido una semana bien maja, parando los pies a borrachos, deteniendo trifulcas... Pero octubre siempre era un mes demasiado tranquilo. Sin embargo, la cara de angustia de la mujer prometía, le iba a dar una mañana sustanciosa.

—Quiero decir que tengo que contar algo importante, no se lo puedo contar a cualquier agente.

—¿Quiere usted poner una denuncia?

—No, quiero contar algo. Sé de alguien que ha hecho algo muy grave.

—Escudero —le dijo al de la puerta—, me voy a los despachos. Me requieren para tomar nota de un hecho.

—¿Pero es usted importante?

—Claro, señora. Claro que soy importante. El comisario hoy no está y me ha dejado al mando de la comisaría. Venga conmigo, señora.

Entraron en el patio con una fuente en medio. Allí tomaron unas escaleras que había a la izquierda hasta llegar a un despacho en el primer piso. Las ventanas daban al patio.

—Dígame, señora, qué es lo que tiene que contar.

La mujer, al otro lado de la mesa, empezó a removerse nerviosa.

—Sé una cosa terrible, alguien que ha hecho algo muy grave,

—Disculpe —le dijo sacando un papel— ¿le importa rellenar primero sus datos,

—Prefiero no darlos.

El policía la miró. La podía obligar, ponerle firme. Pero vio que no lo hacía por miedo, no por rebeldía y, en ese momento, le apetecía más entretenerse que poner orden.

—Está bien, no se preocupe. Dígame, ¿de qué hecho tan terrible habla?

—Sé quién mató a los novios de Valdepeñas.

El policía la miró con detenimiento. ¿Cuánta gente había pasado por comisaría diciendo que tenían información sobre ese crimen? Al principio, como no sabían nada, hacían caso a todos los pirados que les llegaban, pero hacía tiempo que ya nadie les daba la vara. Si acaso, uno al año. El último había sido un campesino que aseguraba que su vecino de finca, con el que mantenía un juicio sobre las lindes, había sido el asesino de la pareja. Los locos de Valdepeñas se habían olvidado del tema. Se habían aficionado al otro más reciente, al de la desaparición de Alma Marueco Masía. Y cuando ya pusieron una recompensa de ciento cincuenta mil euros para quien

supiera algo de la chica, aquello no había quien lo aguantara, la cantidad de pirados que habían desfilado por ahí. Que si la habían visto en un autobús hacia Andalucía viajando con un hombre muy guapo y con anillo de casado; que si habían visto a unos mafiosos rusos meter a una chica igual que ella en un tonel de vino; que si había sido el novio porque lo iba a dejar; que si había sido la misma familia para hacerse la importante; que si esa misma noche habían visto a una chica a las tres de la mañana correr como una loca por las calles de Valdepeñas perseguida por un coche, a veces blanco, a veces rojo, a veces gris... ¿a quién se le ocurrió la idea de poner esa recompensa? Por no hablar del preso de la cárcel que se inculpó para que su familia cobrara el dinero. Dijo que él había matado a Alma y la había tirado al río Jabalón. Sí, podría haber sido, si no fuera porque esa noche la pasó en la cárcel.

—Ha sido mi exmarido.

—¿Su exmarido?

Ya empezamos, pensó el policía, seguro que su ex marido se ha ido con otra.

—Sí, llegó esa noche con una camiseta llena de sangre.

—Ya han pasado diez años, pero se lo tengo que preguntar: ¿guarda usted esa camiseta?

—No, me pidió que se la lavara. Y luego se fue a vivir cinco años a Canarias y se la llevó con él. Supongo que la tiraría allí.

—¿Dónde está ahora su exmarido?, ¿en Canarias o en Valdepeñas?

—Está en la cárcel de Herrera de la Mancha, cumpliendo condena por malos tratos contra mis hijos y contra mí.

—¿Ya está condenado?

—No, estamos a la espera de juicio, pero está en la cárcel mientras tanto. Ha estado trece años maltratándonos a mí y a mis niños y, al final, se ha ido con otra. Nos ha dejado tirados y sin dinero.

El policía la miró pensativo. Ya, ya había parecido el motivo. Eso era como el de las lindes. Una resentida y una celosa. Seguro que mientras estuvieron juntos, ella no lo denunció. Pero, de todos modos, si el hombre estaba en prisión preventiva por malos tratos, no era ningún angelito. Estaban hartos de presentarse de testigos en los juicios, y los jueces apenas condenaban a los maltratadores, no había una buena ley que los metiera en cintura. Hacía poco que uno había llevado a una mujer medio muerta al hospital, y el agresor, el marido, pasó una noche en el cuartelillo y ya está. El caso es que la mujer que tenía enfrente le sonaba de cara.

—¿Está en la cárcel? ¿Cómo logró que lo metieran antes del juicio?

—Presentando todo, testigos, radiografías, informes de la asistente social... Intervino sobre todo la Fiscalía de Menores por los niños.

—Pues no todo el mundo logra meterlos.

—Uf, si le contara. Este es muy violento, nos tiene amenazados, a mí, a los niños, a mis padres, a mi hermana, casi mata a mi hermano de una paliza... A mi hijo el pequeñito le dio una patada que tuvimos que llevarle al hospital.

—Vayamos al grano, su exmarido llegó esa noche con la camiseta manchada de sangre. De la camiseta ya no se sabe nada. ¿Trajo algo más? ¿Dinero, algún objeto que guarde en casa?

—Vino con la cartera del chico, una de color rojo. Esa misma noche me obligó a acompañarle a una finca para deshacernos de la cartera y tirarla a un pozo. Y también tiró su navaja de mariposa que estaba llena de sangre. Estaba muy nervioso.

La mujer se tapó los ojos con las manos y se echó a llorar.

—Ya sé que yo debería haber venido antes, pero me amenazó con que mataría a mis hijas y con que yo también iría a la cárcel y me quitarían a mis niñas.

Lo de que se le pusiera a llorar le hizo menos gracia. Tocaba consolarla y todo eso.

—Sí, tenía que habernos avisado cuanto antes. Le hubiéramos cogido la camiseta que seguro que aún tendría restos de sangre. Cuanto más tarde, peor, señora. ¿Se acuerda de la hora?

—Entre las diez y media y las doce. Yo estaba embarazada de mi segunda hija, pero tuve que salir muerta de sueño con la niña pequeñita, la primera, a acompañarle. Estaba tan furioso que, si no lo hubiera acompañado, me hubiera zurrado. Y como le he dicho, yo estaba embarazada de ocho meses de la segunda. Fuimos hasta la finca del Vadillo y allí tiramos la navaja y la cartera al pozo. Luego me obligó a ayudarle a tapar el brocal con unas tablas. Yo creo que, si no le hubiera ayudado, nos hubiera tirado a mí y a la niña también al pozo.

El policía tomaba nota en el ordenador. No se acordaba muy bien del caso, pero tendría que leer los informes. Todo el mundo sabía que habían matado a los novios con una navaja, pero lo de que fuera de mariposa, si no recordaba mal, era secreto de sumario. Esa información no la habían filtrado a los medios. ¿Era casualidad? Y también le sonaba lo de la cartera. Rafael apenas tenía dinero y Mara no llevaba. Se difundió que el motivo de los crímenes había sido sexual y mantuvieron en secreto que el asesino se había llevado consigo la cartera. La volvió a mirar. Era guapa de cara, aunque demasiado ojerosa. Ya, ya se acordaba de ella. Era de las que no querían denunciar, aunque el marido estuviera zurrando a los niños. Alguna vez le había tocado ir a su casa avisados por los vecinos o los familiares. Vaya cuadro, con los niños temblorosos por ahí llorando. El hombre era un violento y un cabrón, pero luego hacían todos la vida normal, los había visto paseando con sus hijos los domingos por las calles de Valdepeñas saludando a la gente y fingiendo que eran una familia feliz. La cuestión era si zurraba tanto a la mujer y a sus hijos, ¿era capaz o no de matar? Más de un asesino había empezado su carrera como maltratador.

—Me tiene que dar el nombre de él. Escríbalo aquí, no tiene que poner el suyo.

La mujer escribió un nombre y le entregó el papel.

—Tengo que dejarla un momento sola. Enseguida vuelvo.

Fue al despacho de al lado. Ya eran las doce y media. Qué bien, se le estaba pasando la mañana con mucha rapidez. Dejó la puerta entornada, no fuera que la mujer se largara, aún no la tenía localizada del todo. Sacó el expediente de los novios que estaba metido en una carpeta. Había mucha información, hasta ese momento toda inútil. En una de las páginas leyó que había una serie de hechos que eran secreto de investigación, ningún policía podía divulgar a los medios ni decir a nadie. Y una de los hechos era la desaparición de la cartera roja de Rafael. Y otra, el detalle de que las heridas habían sido provocadas por una navaja de mariposa.

La cosa se ponía interesante. ¿Sería o no sería verdad lo que contaba? De momento tenía dos coincidencias.

Metió el nombre del exmarido en el ordenador. Enseguida salieron antecedente de joven por robo, una paliza donde dejó medio muerto a su excuñado, rotura de mandíbula a una mujer por no someterse a sus gustos sexuales... y más pequeñeces. En la actualidad, cumplía condena por malos tratos en Herrera de la Mancha. La mujer no mentía, era violento. Volvió al despacho.

—Tengo mucho miedo. Le estoy contando esto, pero este hombre es capaz de todo. Yo sé que en cuanto salga de la cárcel me va a matar, me lo ha dicho muchas veces. Y que también matará a mis hijos. A veces me ha sacado la navaja y me ha dicho, *¿Ves?, Dani, pues como sigas dándome la murga, un día te la meto en el pecho. Y ya sabes que de lo que yo hago no se entera nadie.* Nadie le ha condenado por lo de los novios, nadie le condenaría por lo que me haría a mí.

La mujer se volvió a echar a llorar.

—Si es verdad que eso ocurrió, tenía que habérselo contado antes, señora. Podría haberla matado a usted y a sus hijos.

La mujer aumentó la intensidad de su llanto.

—¿Se acuerda de dónde echó la navaja y la cartera?

—Perfectamente, ya le he dicho que en el pozo de Vadillo.

—¿Pero es verdad?

—Claro que es verdad.

—Tiene que venir a señalar el pozo exacto, aunque ya sepamos que es el del Vadillo. Tendríamos que avisar a los buzos de los GEO, empezar una operación muy costosa.

—Yo me acuerdo perfectamente dónde tiramos la navaja y la cartera. Si luego él volvió y los sacó con un cubo...

—No, no se puede sacar luego con un cubo. Para sacar algo, se necesita un equipo especializado.

—Pero si voy con ustedes y se descubre, el pueblo se me va a echar encima.

—No, entrará en un programa de protección de testigos. No saldría su nombre en ningún momento.

La mujer levantó la cabeza y preguntó.

—¿Voy a ir a la cárcel? Él me dijo que perdería a mis hijos y que iría a la cárcel por cómplice.

—No, no irá a la cárcel porque su delito, el de encubridora, ha prescrito. Prescribe a los cinco años.

La mujer puso cara de alivio.

—Cuánto me alegro, mis hijos aún son pequeños.

—Ahora bien, lo que no se puede es tomar el pelo a la autoridad. ¿Está usted segura de que fueron esa noche a arrojar la navaja y la cartera al pozo?

—Sí, lo juro por mis hijos.

Y levantó la palma de la mano derecha.

—No hace falta que lo jure como en las películas. Esto no es Hollywood.

La mujer pareció confundida.

—Espere un momento, tengo que hablar con alguien. De todos modos, ¿por qué no rellena sus datos? Le conviene rellenarlos por su seguridad y la de sus hijos. Así vamos viendo lo de la protección de testigos

Y le entregó el papel impreso.

Bajó a las dependencias de la planta baja y llamó a la puerta de un despacho.

—¿Que hay, Camacho?

—Tordesillas, tengo arriba a una que trae novedades sobre el asesinato de los novios.

—¿Sobre el asesinato de los novios? Eso ya tiene telarañas.

—Sí, pero aún no está cerrado. Dice que ha sido su exmarido.

—Joder, una despechada. El exmarido, ¿le ha dejado por otra? Si le ha dejado por otra, mándala para casa.

Dudó un poco, pero si la mandaba para casa le tocaría revisar denuncias.

—Sí, es una despechada, pero conoce algunos detalles que eran secreto hasta ahora.

—¿Qué detalles?

—Que la navaja era de mariposa y que el asesino se llevó la cartera de color rojo. Ya he comprobado y esa información no se difundió.

—Un poco cogido todo con pinzas. Casi toda la gente de campo tiene navaja de mariposa. Lo de la cartera podría ser. ¿Qué más te ha dicho?

—Que el asesino le obligó a acompañarla a una finca esa misma noche y que tiraron la navaja y la cartera a un pozo.

—¿A un pozo? Ya estamos, en Valdepeñas todo acaba en el pozo o en el río. ¿Se acuerda de cuál?

—El de Vadillo.

Tordesillas miró al techo.

—El de Vadillo. Ese no lo revisamos cuando desapareció la chica. Creo que debe de tener unos veinte metros de profundidad. ¿Compensa meter ahí a los GEO? Es muy poca la información que nos ha dado.

—El exmarido es muy violento, podría ser el asesino. Está en la cárcel por malos tratos. Tiene que haberla dado bien de hostias para acabar ahí, los maltratadores se nos escaquean todos. Casi mata a un cuñado con una paliza y le rompió a una chica la mandíbula en plena escena amorosa. No sé si te acuerdas que abusaron de Mara de forma muy sádica.

—Claro que me acuerdo, todos los policías de Castilla La Mancha nos acordamos de ese crimen. De ese, del de la niña que apareció muerta y de la desaparición de Alma. Son quistes en el culo que aún no nos hemos podido quitar. Menos mal que lo de las niñas de Alcácer les ocurrió a los de la Comunidad Valenciana.

—Él da el perfil, violento, sádico con las mujeres y con antecedentes. Además, se fue a las islas unos días después del asesinato. Muy significativo.

—Si tiene ese expediente, nos la podemos jugar. No me gusta hacer el ridículo, pero tampoco tenemos nada sobre ese crimen. Sería un puntazo resolver el caso. Y las familias descansarían un poco.

—Yo creo que tampoco está mal sacar un poco a paseo a los buzos de los GEO. Ahora no está ocurriendo nada importante, estarán metidos en el cuartel. Han pasado diez años y no tenemos nada sobre ese crimen.

—Vale, Camacho, que los GEO muevan el culo. Asusta un poco a la señora para asegurarte de que no miente.

—Buenos días desde Radio El Color del Azafrán. Hoy es miércoles, diez de octubre de dos mil tres. Son las nueve de la mañana, las ocho en Canarias. Bienvenidos a nuestro programa Informando y comentando con David Almendárez y Pilar Barrunto.

—Buenos tardes, David. Hoy tenemos mucho que contar y comentar. Esta mañana el tiempo nos trae lluvias por un lado y, a la vez, una lluvia de indignación sobre La Mancha y sobre España. Ya se ha descubierto quién es el presunto asesino de los novios de Valdepeñas, de Mara Galeno Melgar y Rafael Fernández Delfín.

—Recordemos a nuestros oyentes que el crimen fue cometido el diecinueve de junio de mil novecientos noventa y tres, y tenía que haber prescrito, pero las familias rogaron varias veces a la policía que no archivaran el caso. Y gracias a esa constancia, a la idea de que se tenía que hacer justicia a pesar de los años transcurridos, el presunto asesino va a ser juzgado. Los familiares han dicho: Después de diez años de incertidumbre, por fin podremos dormir.

—Pues ya te puedes imaginar, David. Su dolor no ha desaparecido aún, pero tendrán el alivio de saber que se ha hecho justicia. Y nuestros oyentes se preguntarán ¿Cómo se ha sabido después de tanto tiempo? ¿Cómo y por qué los asesinó? ¿Quién los asesinó?

—Pues todas esas preguntas las vamos a contestar ahora Pilar y yo. La investigación se está haciendo bajo secreto de sumario. Se sabe que un testigo protegido se puso en contacto con la policía para declarar que la cartera de Rafael y la navaja con la que se había cometido el crimen estaban en un pozo y quién había arrojado allí esos objetos. La unidad de los GEO tuvo que sumergirse y, después de una espectacular operación policial, han encontrado ambas pruebas. El presunto asesino es un hombre que cumple condena por malos tratos en la prisión de Herrera de la Mancha.

—Según fuentes policiales, se fue a Canarias nada más cometer el crimen, donde vivió cinco años y volvió a Valdepeñas en junio de 1998. Ha llevado una vida normal integrado en la sociedad. Trabajaba, tenía familia y era un vecino conocido en esta localidad. Además, se hizo íntimo amigo de unos de los hermanos de Mara Galeno Melgar y le preguntaba constantemente cómo iba la investigación, qué se sabía.

—Hace un mes fue encarcelado por una denuncia de su expareja por malos tratos. Mucha gente no lo entendía porque era una persona que se hacía querer y con un aspecto muy pusilánime. Pero la familia de su exmujer cuenta que han pasado un verdadero calvario. Todos vivían bajo su amenaza.

—Tenía esa doble vida, la del asesino y maltratador y la de buen vecino.

—Se han encontrado restos biológicos en la navaja. Y después de un duro interrogatorio de más de diez horas, el presunto asesino confesó que lo había cometido él. Ha dicho que el móvil fue el robo.

—Sí, David, dice que es un robo, pero la policía no le cree, lo que le hizo a Mara no fue precisamente un robo. Ya veremos lo que se resuelve en el juicio. Él asegura que la situación se le fue de las manos cuando Mara lo reconoció y le dijo que le conocía porque era el sobrino de la jefa de su hermano.

—Lo que comentamos ahora es: ¿de verdad este hombre salió para robar? Todo el que se plantee robar en Valdepeñas sabe que hay un setenta y cinco por ciento de posibilidades de que la víctima lo conozca de vista.

—Pues sí, robar a cara descubierta en Valdepeñas no tiene mucho sentido. No es un pueblo pequeño, pero tampoco es una ciudad masificada.

—Dentro de unos meses se celebrará el juicio. Mientras tanto, enviamos a las familias todo nuestro apoyo. Iremos dando información a lo largo de todo el proceso. Un capítulo amargo se ha cerrado. Dentro de unos meses, se abre otro. De momento, pasamos a la publicidad y después hablaremos del caso de las niñas de Alcácer.

PÍTULO XIV

PERIÓDICO LA PRECISIÓN

16/10/03

El presunto asesino de los novios de Valdepeñas podría ser responsable de la desaparición de otra joven

La policía ha continuado sus investigaciones y ha cotejado el ADN del presunto asesino con los restos biológicos encontrados en la mochila de Alma Marueco, joven desaparecida el 25 de junio de 1998. Para sorpresa de todos, el ADN coincide, por lo que se convierte en la última persona que estuvo con ella.

Después de la desaparición, se encontró la mochila de la joven en el río Jabalón. Dentro, además de sus objetos personales, había unos calzoncillos con restos biológico. La familia de Alma espera impaciente más noticias sobre ella.

El presunto asesino ha confesado que estuvo con ella y que tuvieron sexo consentido.

En una de las esquinas de la sala de interrogatorio había una cámara. No había nada más en la sala excepto una mesa y dos sillas. Las paredes tenían un color blanco sucio. Un policía entró, en la mano llevaba una carpeta, unas latas de cerveza y un paquete de cigarrillos Marlboro. Era muy alto, atractivo y con expresión simpática. Tendría unos treinta y tantos años. El asesino de los novios permanecía con los codos sobre la mesa.

—¿Qué tal, figura? Tenía ganas de conocerte. Menuda has armado. Has tenido en jaque a todo el cuerpo de Policía durante diez años.

Al asesino, hasta ese momento con expresión taciturna, se le iluminó la cara con una sonrisa.

—Si no es por tu mujer, no te pillan.

—Ex, exmujer. Yo ahora estoy con otra, con Soledad. Una chica bien de Valdepeñas. Con trabajo fijo, de familia buena, sus padres le han regalado un piso.

—¿Ya con piso? Qué cabrón, se te dan bien las mujeres.

El asesino puso expresión de satisfacción. Se removió en su silla para ponerse de forma más descansada.

—A mí me han dicho que me meta aquí contigo y que no salga hasta que nos cuentes lo de la chica. Y he pensado, bueno, mi turno acaba dentro de cuatro horas. Hables o no hables me da igual, me tomo unas cervezas contigo y a disfrutar de la vida. ¿Quieres?

El interrogado asintió y abrió el bote de cerveza.

—¿Quieres un cigarro? Coge, coge. Yo por mí, con estar cuatro horas aquí, me vale. Dejo el paquete y el mechero en mitad de la mesa. No tienes que pedírmelo, coge cuando quieras.

—No fumaba, pero estoy empezando por aburrimiento.

—No sé si quieres que llame a tu abogada.

—No, hoy no me apetece tener niñera.

El policía soltó una carcajada.

—Ah, mi nombre es Javier —y le tendió la mano.

El asesino se la estrechó.

—Bueno —Javier sacó un papel—, tengo que preguntarte sobre la chica, no me queda más

remedio.

—No hay nada que contar de ella, ya lo he dicho todo. Mis calzoncillos aparecieron en su mochila porque tuvimos sexo consentido. Me la encontré por un camino y me lo ofreció. Lo negociamos y follamos. Ya no supe nada más de ella. Eso es todo. Se debió de llevar los calzoncillos como recuerdo. Las tías se quedan siempre muy contentas conmigo. Yo siempre cumplo. A mí esas cosas que les pasan a otros, que no se les levanta, ni me ha ocurrido ni me ocurrirá jamás.

—Qué cabrón. Yo soy como tú, ya sabes. A mi mujer la tengo muy contenta. Y, además, tengo que ir detrás de ella porque siempre quiero más. *Eres insaciable*, me dice. Y es que cuando llego de hacer el turno de los sábados por la noche por Ciudad Real, vengo con la polla levantada. ¡Cómo van algunas niñas! De lo que me alegro es de tener dos chicos. Si llego a tener dos niñas, así no salen de casa.

—Yo también tengo dos hijas y las tengo firmes. Siempre les digo *En mi casa no quiero putitas*. No sé cómo algunos padres no las encierran. Luego ocurre lo que ocurre, se tropiezan un día por la calle o por el campo con un hombre de verdad y, encima, se quejan. Si lo van pidiendo a gritos. ¿Para qué se viste una mujer con unos pantalones a punto de reventar? Para atraer a folladores. No hay que ser muy listo.

A Javier le entró la risa.

—Si te contara. Yo, porque soy policía y me juego el puesto de trabajo, si no, se iban a enterar los pibones esos. Mira, te voy a contar un detalle. El otro día vino a comisaría una madre con su hija. La niña, de unos dieciséis o diecisiete, venía llorando. Por lo visto, una pandilla de chicos, conocidos la habían retenido y le habían estado toqueteando a la salida de una discoteca. Era el turno de noche, la una de la mañana. La niña había ido a su casa llorando y despertado a la madre para venir a comisaría. Tenías que ver cómo iba —Javier se carcajeó—. Con unos pantalones de color blanco, ceñidos, dos tallas menos de la suya y a punto de explotar. Y, encima, se le transparentaba las braguitas.

El asesino estalló en carcajadas.

—Por detrás los pantalones se le metían por la raja del culo de lo ceñidos que iban. Por delante, le marcaba toda la hucha. Se le metían haciendo esas curvitas pequeñas, te daban ganas de tocarlas. Y la chica, la verdad, estaba muy buena. Encima iba con la camiseta de tirantes, en pleno octubre solo llevaba una pañoleta, que a veces dices, bueno, si tu padre no te da una buena hostia, por lo menos tápate para no constiparte.

—Sí, van enseñando todo, pero luego algunas se te resisten. Las hay también muy calientapollas.

—Sí, eso es lo peor, las calientapollas. La niña esta, la que desapareció, parece que estaba buena, pero yo la veo con expresión monjil —sacó la foto de una carpeta y la colocó al lado del paquete de Marlboro—. Guapa de cara, pero de armas tomar.

—¿Tú crees?

—Sí, yo la idea que me hago es que debía de ser del estilo calientapollas. Soy muy buen fisonomista, las distingo a la legua. De esas que dicen *Yo, cuando paso por la calle, os la levanto a todos, pero si se me echa un tío encima, no sé por qué ha sido*.

—La has calao, menuda era. Ella y todas sus amigas, unas pijas de Valdepeñas. Iban siempre que si las camisetas enseñando el ombligo, que si los tirantes, que si los pantaloncitos... Y luego no te creas que te podías acercar. Hacían todas una piña. Tenías que ser un niño bien, de esos que estudian fuera o que trabajaban, todos con carrera y con mucho dinero. Se iban exhibiendo por todo el pueblo, cuando solo querían llevarse a los de familia bien.

—Sí, en mi pueblo también pasa lo mismo. Todas las tías se arreglan que no veas. Y todas buscan primero al que tiene tierras, y luego, lo que caiga. Lo que caiga es el hijo de la farmacéutica que

heredará la farmacia o el que prepara notaría. No te creas que valoran haber sacado unas oposiciones de policía. Yo me lo debo todo a mí mismo, siempre he trabajado. A mí no me han regalado nada. El que se prepara para notario o para secretario de ayuntamiento es un niño de papá que puede estar hasta los treinta viviendo sin trabajar. Aprobé las oposiciones porque me las preparé bien, por mérito propio. Y, encima, mientras estudiaba, trabajaba en una tienda porque mis padres no me podían mantener. Pero ahí las mujeres no miran eso. Mi mujer es otra cosa, sabe que yo me lo debo todo a mí mismo

—Yo soy como tú —le dijo el asesino. Y señaló a la cerveza—, perdona, ¿puedo coger otra?

—Sí, por supuesto, coge las que quieras. Ya te he dicho que tenemos que estar cuatro horas juntos, sí o sí. Esto es como un vis a vis, pero sin follar.

Ambos estallaron a carcajadas.

—No suelo beber, pero en la cárcel me aburro. Yo empecé a trabajar a los once años.

—Joder, a los once, me ganas. ¿Por qué?

—Como era malo en la escuela, mi padre me metió a pastor.

—Eso ahora está prohibido. Buenos son los servicios sociales.

—Buenos son, las asistentes son todas unas mal folladas.

Javier, que en ese momento estaba dando un trago a la cerveza, casi se atragantó de la risa.

—¿Mal folladas? Yo me descojono contigo, tío. La verdad es que tienes algo de razón, todas tienen un punto así, amargo. Cabreado, un punto cabreado, esa es la palabra.

—Son unas mandonas. Yo las que he conocido, son todas unas solteronas. Y la que no es solterona, seguro que se pasará la vida haciendo la vida imposible a su marido.

—Seguro. Oye —volvió a mirar el papel que tenía sobre la mesa—, te tengo que preguntar cosas sobre la chica, si no, mis jefes me la arman. Aunque sea rellenar una línea con cada pregunta. ¿Dónde te encontraste con ella?

—Yo volvía del trabajo. La vi en bicicleta en el cruce de los caminos entre El Naranjal y Soto.

—¿Volvías en coche o andando?

—En coche. No me iba a hacer todos los días el camino andando. No tengo carné. Pero aprendí en la finca, conduzco mejor que nadie. Iba en el coche y, de repente, la vi por detrás en bicicleta. Llevaba una malla corta y una camiseta con tirantes. La reconocí enseguida. No veas el culo que tenía.

—Calentando al personal.

—Tú lo has dicho, calentando al personal.

—Iría con las mallas marcando los muslos. No pueden ir confundiendo y luego sorprenderse si les ocurre lo que les ocurre. ¿Y qué hiciste entonces? ¿Paraste a hablar con ella?

—Bueno, no veas cómo se me puso la polla en cuanto la vi.

—Imagino.

—Casi me corro dentro del coche.

Javier soltó una carcajada.

—Normal.

—Y yo me dije, ahora que no está con sus amigas a esta me la meriendo sí o sí.

—Hiciste bien. ¿Se te hizo la mojitata?

—La verdad es que la atropellé con el coche, me excité tanto que se me fue el volante.

—Tendrías la pupila puesta en las mallas, cabrón. Me descojono contigo.

—Oye, a ver si me cae unos meses más por haberla atropellado. ¿Lo vas a decir a tus jefes?

Javier se encogió de hombros.

—Si quieres no lo apunto. Pero ¿qué más da? Ya has confesado el crimen de los novios. Te van a caer veinte años, da igual que digas más o que digas menos, más no te pueden caer. De esos veinte, cumplirás diez, y luego podrás salir con libertad condicional. La gente no está en la cárcel más de quince, da igual que hayas atropellado, matado a uno, a una pareja o a tres o a tres mil. Esto es un mero trámite. La reconstrucción de lo que ocurrió, ya sabes, es por los jefes que son puntillosos. Pero si me lo cuentas, claro, me haces un favor, tío. Mis jefes me ascenderán aquí dentro y podré echarte una mano. Tú pídemelo lo que quieras el tiempo que estés aquí que yo te tendré como un rey. Y cuando te llegue lo de la condicional, tengo mano con los psicólogos.

—No jodas, ¿de verdad?

—Sí, yo me tomo un par de cervezas cada semana con los psicólogos, son de traca. Así es como se hacen los expedientes en la cárcel. Ni despacho ni nada, todo se resuelve en los bares. Ahí es donde hacemos intercambios. ¿Por qué te crees que unos salen y otros, en las mismas condiciones, no? No es más que un trasiego de favores. A ver, nos hemos quedado en el atropello.

—Se quedó inconsciente y la metí en el coche.

—¿Te llevaste al pibón a tu casa?

—¿A mi casa? ¿Con la mujer y las niñas por ahí? Si llego a aparecer con una tía así, la Dani me la monta. No, me la llevé a una finca abandonada, al Cerco. Y allí se puso bien y le di un buen repaso. Con esa ropa y sola por el campo, lo iba pidiendo a gritos. Ella se quedó muy contenta, fue consentido, ella quería, no veas cómo suplicaba. Nos lo pasamos bien. La tía, hasta entonces, solo había follado con pijos blandos.

—Me imagino, menuda máquina estás hecho. Y luego, ¿qué pasó? Es lo que más les interesa a los jefes. Ya sabes cómo está la familia. Llevan cinco años dando por culo a mi jefe, y mi jefe dándome por culo a mí.

—Y la tía, de repente, estábamos bien y le dio un algo, se puso histérica. Como si se hubiera arrepentido de que le gustara follar conmigo. Normal en las pijas. Que quería su bicicleta, que quería volver ya. Yo me reí un poco porque estaba buena hasta enfadada. Y va la tía, antes de que yo pudiera reaccionar, empieza a darse golpes con la cabeza contra una viga. Cuando fui por ella estaba desvanecida y toda ensangrentada. Le cogí el pulso, y estaba ya muerta.

—Joder, vaya marrón. Coge otra cerveza. ¿Y qué hiciste?

—La tiré al pozo de la casa, qué remedio. A ver cómo iba a explicar que se había matado ella sola, no me iban a creer.

—Joder, tío. Has tenido en jaque a toda la Policía, y resulta que el cuerpo de la chica está en Valdepeñas.

El asesino sonrió.

—En el pozo de la finca del Cerco.

—Sí, en el mismo pozo.

—Pues los GEO registraron más de trescientos por Valdepeñas.

—Pero ese, no. Luego hice lo de la mochila, la tiré al río. No tenía nada que esconder, la chica estuvo conmigo por gusto. Pero la Dani lo husmeaba todo desde que trabajaba en el prostíbulo. Javier rio.

—¿Por eso no nos llamaste? ¿Por la Dani?

—Sí, yo por mí hubiera avisado. Pero a ver cómo le explicaba a la otra que nos habíamos visto a solas en una finca. Y como se me había ido la mano con el robo de los novios, tenía miedo de que por una muerte salieran a relucir las otras dos. A lo hecho, pecho. Cuando pasaron los días y se armó el follón, me arrepentí. Pero ya estaba en el pozo y nadie me iba a creer.

—Pues sí, tú no te preocupes, te juzgarán por haberla tirado, pero no por matarla.

—¿No?

Al asesino se le iluminó la cara.

—Pues no, si aparece el cuerpo, ¿cómo van a demostrar que la mataste y no se mató ella? Yo estoy apuntando todo lo que dices, que la encontraste, que la llevaste a la finca del Cerco, que tuvisteis relaciones consentidas, que ella se golpeó contra la pared y que tú la tiraste al pozo. ¿Te parece bien?

El asesino asintió.

—Escribe que la tiré ya muerta.

Javier añadió algo al papel.

—Oye, y con la bicicleta, ¿qué ponemos? ¿Cuándo la tiraste, antes o después de la mochila?

—La tiramos antes. Se rompió con el atropello. Para qué tenerla, si iba a volver como una reina en mi coche.

Javier relejó el texto.

—Pero no cuadra, mi jefe me va a decir algo. A ver, se quedó inconsciente con el atropello, la subiste al coche, tirasteis juntos la bicicleta y, después de follar, te la pide, ¿no se acordaba. Más que nada, por mi jefe.

—La tiré yo, la metí en el asiento de atrás.

—Pero la chica no lo vio, ¿Iba, en el asiento de delante?, ¿contigo?, ¿estaba inconsciente?

—Más o menos.

El asesino alargó la mano para coger otra cerveza y dio un trago.

—¿Más o menos?

—A ver, se había quedado inconsciente. Si se despertaba en mi coche en el asiento de *alante*, me la hubiera armado y se hubiera tirado. Me quería asegurar de que se recuperaba bien y que no se hiciera daño, explicarle todo lo que había pasado con tranquilidad.

Javier apuntó.

—Entonces, a la chica la llevabas en el maletero.

El asesino asintió.

—Y luego ahí, en la finca, la sacaste y la tranquilizaste.

—Sí, la saqué, la cogí en brazos y la metí en la casa. Ahí estuve animándola hasta que se recuperó. Estuvimos hablando, echamos unas risas y acabamos follando. Luego vino lo de ponerse histérica, darse golpes contra la pared. Yo creo que no quería que sus amigos pijos se enteraran de que había follado conmigo. Y se pegó tal golpe que se quedó seca.

—Vaya marrón.

—Sí, no sabía por dónde tirar. Nadie me iba a creer. La familia de la Dani no para de atacarme y de acusarme de todo. Vendrían por mí. Y pensé en mis hijas, en que nunca las volvería a ver, que el pueblo se iba a tirar sobre ellas si de esto se enteraba gente. Así que la eché al pozo. Coloqué unos tablones sobre el brocal y a eso de la una de la noche me fui a casa por un camino de tierra. A lo lejos empezaba a ver algunas luces de linternas. Parecían luciérnagas gigantes. Imaginé que era la familia y sus amigos que estaban buscando a la chica. Y me fui a casa porque ya no se podía hacer nada. Lo sentí, pero la situación ya no tenía remedio.

—Pues, ¿sabes qué?, me has hecho un gran favor, tío. Con esto yo creo que vale. Si encontramos los restos, mis jefes me van a ascender. Tú pídemelo que quieras el tiempo que estés aquí en Herrera de la Mancha, que yo te voy a tener como a un rey.

El policía estuvo escribiendo unos minutos algo sobre el papel. Luego se lo entregó al asesino.

—Repásalo, firma si quieres y así acabamos ya. Fírmame también lo de que no has querido que estuviera tu abogado.

El asesino lo leyó y firmó.

—Te voy a acompañar a tu celda. Te puedes llevar las cervezas y el tabaco si quieres.

El asesino parecía complacido.

—Ahora es tarde, pero igual mañana nos llevan de excursión.

Dio a la puerta y los centinelas abrieron. Uno de ellos fue a poner las esposas al asesino, pero Javier dijo:

—Ah, no, a este hombre lo llevo yo mismo a su celda sin esposas. Va conmigo.

Qué buena persona parece este Javier. Y se le nota que tiene autoridad, tiene mando. En cuanto les ha pedido a los centinelas que no me pongan las esposas, le han obedecido, oye. Es un tiarrón de tomo y lomo. Tiene elegancia el hombre, tiene porte. Me ha dejado el paquete de tabaco y las cervezas. Pasaré una buena noche. A ver si con un poco de mano salgo de esta. O ya que me ha caído lo que me ha caído por la puta de la Dani, al menos, estar lo mejor posible. A aguantar el chaparrón del juicio y demás, y luego ya veremos. Dentro de diez años salgo. Se van a enterar. La primera, la Dani. Y la segunda, la Diana. Dani no hace esto sola, no tiene fuerza, una mujer como ella no llega a nada. Es la Diana que la ha malmetido.

Hécate, la que ayudó a Deméter a encontrar a su hija Perséfone, te ha llamado esta noche. Ha tardado cinco años, pero la diosa de la oscuridad y de la justicia, la reina de los fantasmas, la que lleva una antorcha en el mundo de los muertos y guía a las almas perdidas no se ha olvidado de ti, ni de ti ni de tu familia. Mañana al amanecer te acompañará a ver a Febo, al Sol que todo lo ve. Al igual que Deméter, sabrás que tu hija está en el inframundo. Pero tú no eres diosa, sino mortal. Por eso, no podrás negociar con los dioses para que ella vuelva a la tierra.

Cuando has cogido el teléfono a las once de la noche, sabías que era por ella. La antorcha de Hécate, transmutada en la voz de Adolfo, el Jefe de Policía, os ha dicho que mañana a primera hora empezará el descenso al mundo de los muertos.

—Arriba.

La voz del guarda sonó fuerte en la celda.

—Son las siete, tú —me dijo señalándome—, vístete que nos vamos.

—¿No voy a desayunar?

—¿Ves alguna bandeja con café y pasteles por aquí? Pues si no hay, es que hoy no desayunas. A vestirse.

Me puse de mala gana la ropa y salí de la celda. El guarda me colocó las esposas. Me llevaron hasta la entrada, y allí un coche patrulla me estaba esperando. Enseguida salió sonriente Javier.

—¿Qué tal, figura? Ya te dije ayer que nos íbamos de excursión. La que has armado y la sigues armando. Nos vamos con los GEO.

Me abrió la puerta.

—Oye, ¿has desayunado?, ¿te saco café de la cocina?

—Prefiero que me saques una cerveza.

Javier rio.

—Ya vengo preparado. Me he imaginado cómo tendría que ser una excursión contigo. Aquí tengo varias fresquitas.

Y se inclinó buscando en sus pies. Sacó una lata.

—Este es Blas, mi compañero.

Blas miró de reojo y asintió con la cabeza. Tenía cara agria, no parecía tan enrollado como Javier.

—Lo dejo conducir porque así puedo seguir tomando birras cuando estoy de servicio.

Blas arrancó. Otro coche patrulla nos seguía.

—Nos vamos a la finca del Cerco, los GEO ya han llegado. Tienes que indicarles en qué pozo está la chica. Se han sumergido en uno, pero no encuentran nada.

—Solo hay uno, el que tiene el brocal rojo medio derruido. He estado varias veces por ahí con Sole y sigue todo igual.

—Pues vamos para allá.

El viaje se me hizo de puta madre. Hacía meses que no veía el campo, me estaba quedando embozado con el paisaje. Viendo los viñedos, los olivos, el trigo y la cervecita me iba causando somnolencia.

Cuando llegamos, fue la hostia, la que habían armado. No sé cuánta gente había, estaba todo precintado. Un grupo de periodistas hacía fotos al otro lado del precinto. Empezaron a fotografiarme como si yo fuera una estrella. Pues sí, estuve a punto de decirles. *Fui yo. Yo solito el que ha tenido en jaque a toda la Policía y la Guardia Civil. Y me habéis pillado porque una puta ha largado. Si no, no me cogéis nunca.* Había una furgoneta, un coche de la policía científica, varios coches patrullas, algunos turismos, unas veinte personas trabajando, y hasta un camión y un helicóptero. Y vaya disfraces que llevaban, unos de buzos y otros de blanco como de astronautas. Se movían como hormigas nerviosas, dándose muchas órdenes entre ellos, sobre todo los que estaban alrededor del pozo. En el pozo habían colocado una escala y una polea. Vaya despilfarro. Necesitaban unas treinta personas para deshacer lo que yo había hecho solo. Necesitaban varios coches patrullas, un camión y un helicóptero, para deshacer lo que yo solito había hecho una noche.

Qué más daba, si ya me habían pillado, si ya me habían condenado. La putada del ADN. Quién me iba a decir que, cuando la chica vomitó después de chupármela, mi semen se quedaría en la mochila. Quien me iba a decir, cuando metí mis calzoncillos en la mochila, que una amiga de Alma acabaría encontrándola. Putas mujeres, putas. Al final, se salen con la suya. Son todas iguales. Si no fuera por lo de Dani, nunca me habrían pillado. Ya qué más daba confesar si me habían pillado por lo de los novios, el pringado ese al que dejé atontado desde el principio. Si no llega a ser por la zorra de la Dani, no me cogen. Ahora, soy como Dios, he tenido a toda la Policía y a toda la Guardia Civil en jaque.

—Aquí los tienes, los GEO, la Policía de Valdepeñas, la Científica, la Policía Nacional..., los tienes a todos currando. Ahí está el Subdirector General Operativo, el Director General de la Policía y esa —Javier me señaló a una tía con pinta pija— es la Subdelegada de Gobierno de Ciudad Real y la Delegada de Gobierno de Castilla La Mancha. Tienes en jaque a todas las autoridades. Todo esto por ti.

Javier y yo reímos.

—A los periodistas no los hemos dejado entrar. Están por ahí detrás haciéndote fotos. Te estás haciendo famoso, figura.

Y luego él salió del coche y me abrió la puerta.

—Oye, yo por mí te quitaba las esposas, pero tienes que hablar con la jueza y ya sabes cómo son las tías, se acojonan si se quedan al lado de un detenido.

—No te preocupes, Javier, lo entiendo.

Javier me pidió que le siguiera. Vi que un buzo con el traje de neopreno alrededor del brocal empezaba a bajar. Javier me llevó hasta una tía que no estaba ni mal ni bien, pero que me la hubiera trincado por complacerla. Hacía meses que no veía una mujer.

—Buenos días, señoría.

La señoría me miró de arriba a abajo como si observara a un mono.

—Llevamos buscando desde las seis de la mañana y son las ocho. ¿Dónde ha dicho usted que está el cuerpo?

—En el pozo, se lo dije a Javier, señora.

—Lo hemos explorado y ahí no hay nada.

Sí, lo hemos explorado. Como si esta tía con sus mechadas rubias y su traje de chaqueta granate se hubiera metido en el pozo.

—Tienen que mirar otra vez. El cuerpo está ahí desde hace cinco años.

La jueza se dirigió a los GEO y me quedé solo con Javier.

—Oye, ¿estás seguro que te trincaste al pibón? Mira que a lo mejor te echaste para atrás, era mucha mujer para ti.

—Y unos cojones. Yo puedo con cualquier mujer. Yo me la trinqué y luego la metí en el pozo. Diles a tus compañeros que hagan bien su trabajo.

Javier hizo una seña y se le acercó uno de los GEO.

—Vuelva a meter el foco en el pozo, a ver qué pasa.

De repente, en una de las puntas de la casa en una zona al otro lado del precinto, vi a un grupo de gente, unas cuatro personas, estaban todas llorosas y temblando. Me fijé. Eran los padres de Alma y sus dos hijos. La madre con las gafas de sol que se ponía hasta en el supermercado.

—También está buena la hermana —le dije a Javier.

—Eres un peligro —contestó riendo—. Vamos, te tengo que meter en el coche otra vez.

Javier me dio otra cerveza. No suelo beber mucho, pero como llevaba meses sin beber nada en la cárcel, no me venía mal trincarme todas las que me diera. Desde el coche pude ver cómo movían las poleas sobre el brocal. Con la cerveza y el olor del campo, me quedé dormido.

—Despierta —noté que alguien me sacudía.

—¿Estás seguro de que está en este pozo?, son las doce y no han encontrado nada aún. Solo lodo rojo.

—Que sí, que es este pozo. ¿Cómo no me voy a acordar?

—Fue hace cinco años, igual no te acuerdas bien.

—Que sí, Javier, es este pozo. Que vayan vaciando toda la mierda que ha caído durante cinco años. Tiene que aparecer.

Javier volvió a cerrar la puerta del coche y se aproximó a la gente que estaba junto al brocal. Los GEO se acercaban al pozo con bolsas blancas y las iban metiendo en el pozo. Al cabo de un rato, las sacaban llenas y las vertían en un contenedor. De las bolsas salía una especie de pasta rojiza. Allí los astronautas hurgaban a ver qué encontraban. Y sí, debía de ser lodo rojo como me había dicho Javier. ¡Qué raro! Nunca ha habido lodo rojo por esa zona. Decidí echarme otra cabezadita. Estaba a gusto con la cerveza y en el campo, fuera de la cárcel y me volví a quedar dormido. De repente unos gritos me despertaron. ¡Para, para, para! Oí que alguien gritaba. Me desperté y vi que todo el mundo se había vuelto loco. Yo con las cervecitas estaba que me caía de sueño. ¡Una zapatilla!, oí que gritaban. Menos mal, ya empezaba a aparecer algo, me dejarían en paz de una puta vez. Cómo se habían puesto por una sola zapatilla.

A través de la ventana vi como uno de los GEO enseñaba algo, supongo que la zapatilla, en una bolsa de plástico a la familia de Alma. La madre asintió y luego se abrazó a su hijo. A partir de ahí me quedé dormido.

La humillación después de la humillación, ver cómo el asesino de tu hija duerme la siesta, que no le ha llegado ni un átomo de vuestro sufrimiento. Un hombre se duerme mientras ve a una familia entera sucumbir.

Permaneces de pie y no hace frío. Pero estás así, destemplada desde las seis de la mañana. Los cuatro os mantenéis juntos, muy pegados. Y aun así tú tienes la sensación de que sois más pequeños que el resto del mundo, que os habéis encogido.

Delante de ti pasan policías, buzos, forenses de blanco, la Delegada del Gobierno, el Jefe de Policía y no sabes cuántas personalidades más. Se han acercado a saludaros, pero no os habéis enterado muy bien de quiénes eran.

Son las cuatro y media de la tarde y no habéis comido. Un policía os ha acercado unos cafés calientes que habéis tomado. Tú sientes que vas a desfallecer, pero no por el hambre ni el cansancio, sino porque ya has esperado cinco años y no puedes esperar más. Están sacando lodo rojo y huesos y huesos. El policía os ha dicho que son de liebres, conejos, zorros, avutardas y lagartos que cayeron al pozo y que nunca pudieron salir. Sientes envidia por esas liebres, por esos conejos, por esos zorros, por esos lagartos y por esos pájaros que durante algún tiempo hicieron compañía a tu hija. Animales que se quedaron atrapados y comulgaron su cuerpo. El corazón, el estómago, los ojos, las cuerdas vocales... Y allá en el otro extremo, la alimaña que devoró la voz, la risa y los pensamientos.

Recuerdas cuando en ti se formaba Alma. Entonces eras valiente, y no llorosa como ahora que te empequeñeces con cada cubo de huesos y de lodo rojo.

De repente, el buzo que está en el vientre de la tierra pega un grito y otra bolsa blanca, pero esta más rápida que las otras, sube por la polea. Una zapatilla, te parece entender. Los forenses abren la bolsa y un policía se acerca a vosotros. Sí, muy deteriorada, pero parece que puede ser la zapatilla de Alma. *La vamos a comparar con la otra, la que apareció en la mochila*, os dice el policía. Te hubiera gustado tocar la zapatilla, tocar lo que estuvo en contacto con ella, esa prenda llena de suciedad y de lodo rojo, pero sabes que no puedes.

A partir de ahora ya irán apareciendo restos de Alma, os comenta el policía con intención de daros esperanzas.

Te estremeces. Restos. Pero ella era una persona hace cinco años, no unos restos, cuando se fue feliz en su bicicleta. Y tú no quieres que te devuelvan los restos, la quieres a ella. El policía se vuelve a acercar y os dice que acaban de encontrar huesos humanos. Pero tú quieres la envoltura de carne con sus tendones, con sus venas, con su sangre, con sus órganos, viviendo, respirando, hablando y, sobre todo, queriendo vivir. ¿Dónde están la piel y los músculos?, ¿dónde están los órganos?, ¿dónde el corazón y los pulmones? Esparcidos en los estómagos y los músculos de numerosas alimañas, disueltos en el agua terrible del pozo. Como tú, que te disolviste por el mundo mientras la buscabas.

—Despierta.

La voz de Javier me despertó de mi siesta.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto he dormido?

—Son ya las cuatro y media. ¿Quieres un bocadillo?

Asentí, estaba muerto de hambre.

—Está saliendo mucho lodo rojo.

—Ya lo he visto. ¡Qué raro!, nunca ha habido lodo rojo por aquí.

—Ya van apareciendo restos humanos. Solo queda el esqueleto, lo están recomponiendo.

Y me señaló una camilla donde los vestidos de astronautas estaban colocando huesos con pinzas.

En ese momento me dio lástima, con la buena que estaba la chica. Un pibón menos por el mundo.

—Creo que ya no hace falta que estés aquí. Oye, el esqueleto ha aparecido con un cordón de la zapatilla alrededor del cuello. ¿Sabes algo de eso?

—Pues no, hace cinco años, no me acuerdo de nada.

Pero sí me acordaba. Rematé al pibón con el cordón de su zapatilla. Puto cordón, quién iba a decirme que al cabo de cinco años iba a seguir alrededor del esqueleto. Eso pintaba mal. Puta Dani, en la que me había metido. Daniela zorra, zorra desde que nació. Todo por dejarla. Hasta que no me ha destruido, no ha parado. Que no se crea que me voy a olvidar, por muchos años que pasen, en cuanto salga de aquí, me la cargo. Puto feminismo. A mí sí que me han maltratado. He tenido durante trece años a una mujer dando por culo, que si pidiéndome dinero, que si pañales, que si te tiro una taza al suelo, que si llenándole la nevera... Y así me lo ha pagado.

—Los forenses tienen que reconstruir el esqueleto. Te va a llevar Blas y otro compañero a Herrera de la Mancha. Yo no puedo acompañarte, ya hablamos, ¿de acuerdo?, ¿quieres que te deje cervezas y tabaco para esta noche?

Asentí.

—Ya hablamos. Te estás haciendo famoso, figura.

Nos reímos.

Los tuve a todos en jaque. Si no llega a ser por la Dani, me meriendo a unas cuantas pibas más y nadie se entera. Todos los estudios que hacen los demás, las oposiciones de guardia civil, de policía, no sé de qué les sirve. A mí desde luego, no me hubieran pillado sin el chivatazo.

PÍTULO XV

PERIÓDICO LA PRECISIÓN

17/10/03

Los restos humanos encontrados en un pozo de Valdepeñas podrían ser de la joven Alma Marueco Masía

Ayer, jueves dieciséis de octubre, la unidad de los buzos de los GEO comenzó a las seis de la mañana la inmersión en un pozo de prospección cilíndrica de veinte metros de profundidad y un metro de diámetro en la finca abandonada denominada el Cerco, situada en Valdepeñas (Ciudad Real). A las cuatro y media de la tarde, aparecieron los primeros restos óseos de una mujer, y la búsqueda continuó hasta la madrugada. Los buzos tuvieron que utilizar focos de gran potencia mientras los forenses iban recomponiendo el esqueleto sobre una camilla improvisada. Cuando ya estuvo recuperado todo el esqueleto, los restos fueron trasladados al Instituto Anatómico Forense en helicóptero. Se espera el informe de la Policía Científica para confirmar si pertenecen o no a Alma Marueco Masía, desaparecida el veinticinco de junio de mil novecientos noventa y ocho cuando se dirigía en bicicleta al Naranjal, urbanización situada a siete kilómetros de Valdepeñas

La familia espera impaciente el resultado de las pruebas de ADN.

Sonó el despertador. Se había dejado la persiana subida y la luz del sol entraba escandalosamente por la ventana como un foco de gran potencia. Había tenido otro de sus sueños extraños y lúcidos. Llegaba a la tienda y el halo dorado que siempre había en el suelo había desaparecido. La luz entrando por el escaparate y cayendo próspera sobre la tarima ya no existía. Y en cuanto ella entraba, el suelo desaparecía, tenía que andar con cuidado para no hundirse, tendría que estar atenta y avisar a las clientas para que no se cayeran cuando entraran.

Diana se incorporó de la cama y se quedó mirando las uñas de sus pies perfectamente pintadas, daba igual que fuera verano o invierno, de color rojo. Mientras jugaba a inclinar los pies para producir sombras y reflejos curiosos se preguntaba cómo su hermana había podido rebajarse tanto, cómo había podido arrastrarlos a todos. La vida no era más que una traición, un fraude, mentiras, visiones falsas, reflejos de la verdad y sombras, y si colocaba en ese momento los pies en el suelo, en ese suelo que a lo mejor no lo era y que no la sostenía, quizá caería en un pozo infinito.

Daniela, Diana dijo el nombre en voz alta. La mujer maltratada, tratada como un despojo humano. La madre de esos sobrinos tan desgraciados. Movi6 los pies, los torció y los reflejos brillantes se convirtieron en sombras. La mujer que no levantó cabeza desde su primer embarazo. La víctima que recibía palizas. La insultada. La que siempre estaba en riesgo de ser asesinada. La vulnerable. La atemorizada. Daniela la encubridora. La mujer fortaleza que sabía guardar tan bien sus secretos, incluso de ella. Diana cayó en la cuenta que, hasta entonces, había vivido para su hermana, pero su hermana no había vivido para ella. A pesar de la violencia que recibía, guardaba su mundo aparte, sus secretos, sus complicidades con él. Mantenía sus parcelas a las que ella no había tenido acceso, sus acuerdos de pareja. Detrás de su cuñado había habido siempre una frialdad trepadora. Y detrás de la pasión de su hermana, también. En la jerarquía de valores de Daniela estaba él antes que Diana. Mientras ella había vivido para Daniela y sus hijos, había sido

lo principal en su vida, para Daniela lo principal había sido mantener a su asesino al lado. Daniela, volvió a pronunciar. Cómo pudo aceptar los asesinatos. Cómo pudo aceptar la muerte de Rafael, la tortura de Mara, las sospechas de lo de Alma. Diana vio que el pozo bajo sus pies aumentaba. Entonces, pensó que ya nunca podría salir de la cama. La cama y ella navegaban por la vida a la deriva y si se bajaba, se ahogaría. Siguió jugando con la los pies y la luz sin posarlos sobre el suelo. El color rojo iba tomando diferentes matices. Rojo oscuro, rojo sangre, rosado, granate... Estaba a salvo en la cama, pero no en el resto de la casa, y mucho menos en la calle, y mucho menos en su tienda. En su tienda vulnerable donde se hundía el suelo, donde las clientas aparecían y desaparecían. Donde le preguntaban qué había pasado, qué había hecho su hermana. Ella había dado todo por Daniela, pero Daniela no había dado todo por ella.

—*Buenos días desde Radio El Color del Azafrán. Hoy es jueves veintitrés de octubre, son las nueve de la mañana, las ocho en Canarias. Bienvenidos a nuestro programa Informando y comentando con David Almendárez y Pilar Barrunto.*

—*Hoy luce un sol precioso. ¿Crees que va a llegar pronto el otoño, Pilar?*

—*Parece que no, de momento se está haciendo de rogar. Esperemos que llueva un poco más antes de enero para que la cosecha de uva salga buena.*

—*Y hoy tenemos más novedades sobre el caso del asesino de Valdepeñas, el asesino de los novios Rafael Fernández Delfín y Mara Galeno Melgar, y de Alma Marueco. ¿Qué noticias nos han llegado, Pilar?*

—*Pues sí, tenemos algo nuevo. Pero no desde la cárcel de Herrera de la Mancha ni de la policía como nos ha estado llegando estos días, sino esta vez de la misma familia del asesino. El abogado de la familia dice que lo están pasando muy mal por todo lo que se está diciendo en los medios de comunicación sobre ellos, y que sufren mucho la presión mediática. Nos ha contado, cito las palabras textuales, que “prefieren no hacer declaraciones en los medios porque emocionalmente están muy conmocionados”. Por eso, han escrito una carta firmada por los nueve hermanos que han difundido a todos los medios interesados donde toman posición ante el asunto.*

—*Pues vamos a leer la carta, Pilar, a ver qué nos dicen.*

“Nosotros, los nueve hermanos del asesino del Valdepeñas, manifestamos abiertamente y sin ninguna excepción nuestra repulsa a los horribles crímenes cometidos por él y exigimos que la condena que le impongan se cumpla íntegramente.

Se ha dicho mucho sobre nosotros en los medios de comunicación: que hemos encubierto sus crímenes, que le ayudamos a huir a Canarias, que ayudamos a esconder la bicicleta, que todos somos asesinos en potencia... Pero repetimos que ninguno de nosotros sabía lo que había hecho, y mucho menos lo encubrimos. Y de eso puede dar fe la policía. Aclaremos que, cuando Roberto y Eugenio lo acogieron en Canarias, no conocían los horribles asesinatos cometidos contra los novios Mara Galeno Melgar y Rafael Fernández Delfín. Le dieron trabajo porque él mismo dijo que necesitaba medrar por el nacimiento de su segunda hija. Al cabo de unos años, le pidieron que se fuera de la isla porque empezaron a observar en él un comportamiento agresivo, sobre todo respecto a las mujeres, como el que demostró contra sus compañeras de trabajo.

El dolor de nuestra madre es terrible, aunque siempre será menor que el de los padres y familiares de las tres víctimas. Le cuesta entender cómo ese niño, que en algún momento fue un

bebé frágil, se convirtió en la bestia que es hoy. Aunque fuera el más travieso e inquieto de todos, nunca imaginó lo que ha llegado a ser. Tanto ella como nuestro padre, ya fallecido, nos educaron en la reciedumbre y en la honradez del trabajo duro. Fue el hijo con el que más se volcó nuestro padre e intentó enmendarlo hasta que no le quedó más remedio que sacarlo del colegio, ya que lo echaron varias veces de los distintos centros donde estudiaba.

Se ha dicho en algunos medios que vivíamos aislados sin ninguna educación, y que nuestro padre nos maltrataba. Es verdad que nos iba sacando de la escuela a medida que crecíamos, pero lo hacía porque teníamos que ayudar en casa y aportar. Éramos diez hermanos y, tal y como ocurría por entonces, los mayores tenían que trabajar para sacar adelante a los pequeños. Gracias al amor por el trabajo que nos fue inculcado, tenemos vidas honradas, algunos hemos fundado nuestros negocios, hemos formado familias y estamos dando educación a nuestros hijos

El hecho de haber tenido más dificultades que cualquier otro niño de nuestra edad no quiere decir que nos hayamos quedado anquilosados en la envidia y el resentimiento, mucho menos hasta el punto de llegar a abusar de las mujeres y de matarlas. Una niñez dura no nos convierte automáticamente en maltratadores o delincuentes, como hemos tenido que oír en algunos medios de comunicación, Ninguno, excepto él, ha escogido el camino del abuso y del crimen. No queremos vivir con ese estigma.

Por tanto, condenamos a esa persona con quien compartimos la niñez y los juegos, porque el camino de destrucción y de causar tanto dolor fue una elección personal y no una consecuencia de las circunstancias familiares.

Nuestro hermano ya no es nuestro hermano, ha dejado de serlo. Para nosotros ahora es un asesino, un monstruo y merece una condena dura.

Pedimos serenidad y protección para nuestros sobrinos menores que han tenido que sufrir desde su nacimiento el maltrato de su padre. Ellos han sido víctimas durante años, han acudido varias veces a los hospitales con fracturas, han vivido desde el miedo y con las palizas. Pedimos al pueblo de Valdepeñas que tenga conmiseración con ellos, ya que, aunque sean sangre del asesino, han sido víctimas de él. Y ahora que su padre está en la cárcel, pedimos que no sufran el estigma de la gente de nuestra ciudad.

Manifestamos nuestro más sincero dolor por las tres familias de las víctimas”.

—¿Qué te ha parecido, Pilar?

—Una carta sorprendente, David. Una carta conmovedora que nos llena a todos de inquietud. Ese niño frágil, que en algún momento fue un bebé y que no nació asesino, pero que eligió convertirse en uno. Qué duro tiene que ser para una madre o para una familia aceptar eso.

—Sí, Pilar, pero ya sabes que a mí me gusta meter el dedo en la llaga. No sabían nada del asesinato de los novios ni, posteriormente, de lo de Alma, pero deberían de saber que su hermano maltrataba a su mujer y a sus hijos pequeños. El niño con año y medio tuvo que estar ingresado en el hospital por una patada de su padre. Muchos de ellos viven en Valdepeñas, tenían buena relación con él y no le pararon los pies.

—Sí, la verdad es que nos encontramos otra vez ante un caso de maltrato machista. La policía de Valdepeñas acudía con frecuencia a ese hogar en el que la mujer, su compañera sentimental y encubridora, tuvo que ser rescatada en más de una ocasión. Y él luego hacía vida normal. A la gente no le importaba esos rumores si luego se portaba bien por la calle.

—Y la mujer volvía con él. Es una mujer sin recursos y muy limitada. ¿Y te has dado cuenta, Pilar, que en ningún momento se menciona en la carta alguna palabra sobre la cuñada, la

madre de sus sobrinos? Ni una sola palabra ni descalificándola ni apoyándola.

—Bueno, David, el simple hecho de decir nosotros no hemos encubierto estos hechos ya es una descalificación hacia la cuñada. Es nosotros no, pero ella sí.

—Pero a ellos no les ha quedado más remedio que aclarar públicamente su posición. No pueden dejar de manifestar su opinión por si dejan mal a la cuñada, que en realidad sí que ha sido encubridora.

—Sí, ha sido víctima y a la vez encubridora. Pasamos a la publicidad.

Mientras la radio hablaba de una inmobiliaria que anunciaba la venta de varias fincas rústicas, Diana seguía sentada en la cama observando las distintas tonalidades y reflejos en las uñas de sus pies. Ahora los hermanos del impresentable se mostraban en una carta escandalizados de su violencia. Pero en ningún momento se habían escandalizado cuando pegaba a Daniela, cuando pegaba a sus sobrinos, cuando pegó a su hermano Adrián o cuando le amenazaba a ella. Ahí estaban esos macho alfas que solo repudiaban a su hermano cuando les había salpicado la mierda, no antes.

—Y seguimos en Radio El Color del Azafrán después de la publicidad. Y aquí en Informando y comentando vamos a plantear a nuestros radioyentes: ¿Un asesino nace o se hace? Por eso hoy tenemos con nosotros a la famosa psicóloga Almudena Glesán. Buenos días, Almudena.

—Buenos días, Pilar, buenos días, David.

—¿Qué opinión tiene de este presunto asesino? Este hombre que asesina a dos personas, se ausenta durante cinco años, vuelve, comete otro asesinato, tiene su trabajo, su familia e incluso se hace amigo de un hermano de una de las víctimas. ¿Cómo es la mente de un asesino de esa clase? ¿Cómo puede soportar esa presión?

—Vayamos pregunta por pregunta. Empezaré con la última porque explica las anteriores. Para este asesino no ha supuesto ninguna presión matar a tres personas y seguir llevando una vida normal. Estos asesinos, los psicópatas, tienen una autoestima muy baja y, a la vez, son muy narcisistas. No están contentos con la vida que llevan ni con su identidad, por eso fabrican una nueva con la que sí se identifican. Esa identidad que ha creado este asesino, burlar a la policía durante diez años, incluso burlarse de las familias estableciendo una amistad con alguno de sus miembros, le hace creerse superior. Lo que para otros sería vivir en tensión, para él es placentero, una fuente de satisfacción.

—O sea, este tipo de personas no soportan la presión por la doble vida, sino que les gusta llevarla.

—Sí, Pilar, les gusta llevar ese tipo de vida porque de esa forma tienen un control. Un psicópata siempre busca subyugar a otros seres humanos, el control supremo sobre sus víctimas. Y no hay manifestación mayor de poder como es quitar la vida al otro. El asesino de Valdepeñas vuelve de Canarias y se integra bien en la sociedad, este hombre busca la compañía de los familiares de las víctimas para regodearse de su propio poder de destrucción. Las contempla como un paisaje, como un cuadro que ha pintado él mismo.

—¿Y cuál es la opinión de una profesional sobre la exmujer del asesino? Esa mujer que delata no para que se haga justicia, sino por celos.

—Compleja, David. Me ha llamado la atención la psique de la exesposa del asesino. Cada caso de maltrato es distinto, pero en todos se crea una dependencia muy fuerte, una especie de síndrome de Estocolmo entre la víctima y el agresor. Según tengo entendido, la amenazó con que haría lo mismo con ella y con sus hijos. Le hizo creer que nadie le haría caso. El psicópata

es, sobre todo, un gran manipulador. Es una mujer que no tenía vida social, no terminó los estudios, solo salía de casa para comprar y para recoger a los niños del colegio. La tenía muy aislada y con una visión de la realidad muy tergiversada.

—Una conversación muy interesante, Almudena, pero tenemos que interrumpirla por falta de tiempo. Muchas gracias.

—Gracias a ti, Pilar, y también a ti, David.

—A lo largo de la semana seguiremos, como siempre, informando y comentando sobre el asesino de Valdepeñas y sobre otras noticias de actualidad.

Las nueve y cuarenta ya se le hacía tarde para abrir la tienda a las diez. Alargó la mano para coger y ponerse la bata. Ya en la cocina, se preguntó qué haría ese día, si abría o no. Madre mía, qué iba a ser de su familia y qué iba a ser de ella. Desde que el maldito había confesado, los periodistas no habían parado de llamar a su telefonillo y de asomarse por Ariadna. Veintitrés de octubre y casi no había entrado ni una sola clienta a comprar, solo periodistas y curiosos. Todo había sido pérdidas, el género de otoño e invierno amontonado. Al final, toda la gente se había enterado de que su hermana había sido encubridora del asesinato de los novios. Al principio, la policía les aseguró que esa información iba a ser confidencial, pero había habido una filtración. Algún periodista se había enterado de que Daniela había denunciado porque el impresentable se había ido con otra. O quizá había sido la gente de Valdepeñas quienes habrían hecho sus propias deducciones y habrían compuesto la historia. No era difícil de adivinar quién era el testigo protegido. Todo el mundo sabía que, después de maltratarla, la había abandonado por otra mujer. En cualquier caso, pedir explicaciones a la policía ya no servía de nada.

Mientras esperaba a que saliera el café, colocó el portátil sobre la mesa de la cocina y lo encendió. Buscó las noticias. Los forenses habían reconstruido la muerte. Alma había sufrido una paliza horrorosa. Fracturas de mandíbulas, fracturas en la pelvis, fracturas en el brazo... Y encima aquel famoso cordón alrededor de los huesos del cuello. Curioso que, aunque el esqueleto hubiera aparecido convertido en piezas, el cordón no se hubiera soltado de los huesos del cuello. Había sido la prueba para imputar al impresentable.

Mientras ponía el pan en la tostadora, maduraba lo que no entendía. Por muy bien que lo hubiera hecho el impresentable, había algunos cabos sueltos que respondían más a lo sobrenatural: esa mochila con una piedra de siete kilos que el río Jabalón devolvió con el calzoncillo y su ADN, y ese cordón que el lodo y las aguas del pozo se negaron a quitar de los huesos del cuello. El impresentable, en la última declaración, había confesado que la atropelló, que la metió en la casa del Cerco, que tuvo sexo consentido con ella y que la tiró al pozo porque ella se mató por darse golpes contra la pared. No había confesado nunca que la matara. Pero ese cordón, solo ese cordón, era la prueba para condenarlo.

Tres hechos sobrenaturales: la mochila, la declaración de su hermana Daniela y el cordón. Pero no había sido Daniela la que lo había destapado todo. Diana se estremeció. Había sido ella. Ella que había convencido a Daniela para denunciar, y eso había provocado que Soledad se registrara como pareja de hecho del impresentable, y que Daniela acabara delatándolo por celos.

Puso la leche en la taza y la metió en el microondas. Mientras giraba, ella intentaba adivinar qué había pasado. Los pantalones rosados de Alma seguían guardados en un cajón. Cinco años llevaban en su funda de plástico. Y en esos últimos meses, durante toda la primera mitad del año dos mil tres, había seguido haciendo esos pequeños rituales que no había contado a nadie, le daba un poco de vergüenza, y había seguido teniendo sueños extraños con esos pantalones. Un día, después de que el impresentable diera una paliza a su propia hija, a Clara, había soñado que su

sobrino los llevaba puestos. Por no hablar de ese otro tan desagradable que tuvo, el de las macetas. Ese en el que Alma aparecía en el sueño con los pantalones puestos y que empezaban a oscurecerse desde el sexo, como si sangrara, y el tono más oscuro empezaba a extenderse hasta teñir todo el pantalón. *No es sangre*, le decía Alma en el sueño, *es lodo rojo que está escondido en las macetas de la casa de tu hermana*.

El microondas paró, sirvió el café en la taza y la colocó en un plato pequeño sobre la mesa de la cocina. Mientras buscaba más noticias, se acordó que, a partir ese sueño en el que Alma le hablaba del lodo rojo, a ella se le metió en la cabeza que Daniela tenía que denunciar con prontitud, que en cuanto el impresentable empezara a maltratar a Soledad, esta le echaría de la casa y volvería con Daniela. Se le metió en la cabeza que era posible apartar para siempre al impresentable de su familia. Y cuando estaba sola en la tienda, no podía dejar de sacar los pantalones para tocarlos, y cuando no estaba, no paraba de acordarse de ellos. Pero cuando Daniela denunció y detuvieron a su cuñado por malos tratos, los sueños y la fijación con los pantalones cesaron completamente.

Diana dio un trago al café. Las diez y ella aún desayunando, no tenía ninguna prisa por abrir. La puerta estaría llena de periodistas. ¿Se había comunicado Alma con ella? Parecía como si la tierra, el agua, los elementos se hubieran confabulado para que el crimen no pasara inadvertido. Y que esa prenda que no era parte de la naturaleza, pero que un día se probó Alma y los dejó para que le subieran el bajo, conservó la energía de ella, energía que le había empujado a tirar del hilo de Ariadna para salir del laberinto creado por el impresentable. Se levantó para irse a la ducha. Alma estaba con ella, y eso le dio fuerzas. Abriría a las diez y media. Ni los periodistas ni el impresentable acabarían con ella.

PÍTULO XVI

Put a vida. El guardia me dice que no tengo vis a vis, Sole ha renunciado.

—Tu novia, esa de la que tanto hablas, la que tiene un piso y es de familia bien, te ha dejado. Ha pedido que le den de baja en la inscripción como pareja de hecho tuya. Estará buscando a otro que la consuele.

A continuación, todos los internos, los lameculos, estallan de risa. La Dani es una guarra, una hija de puta. Lo peor que me ha ocurrido en mi vida ha sido conocerla. Ahora Sole me ha dejado. Eso era lo que quería, que Sole cortara conmigo. Estoy por llamarla y decirle: *Ya lo has conseguido, zorra. Si querías eso, enhorabuena. Pero ahora te vienes tú a los vis a vis. A mí no me dejas con la polla como un espolón, a cumplir.* Cuando venga mi abogada, le voy a decir que quiero que me la traiga aquí.

A mí este guardia no me pisa. Sigo lavando las coles, pero le voy a responder, yo no me corto. En el periódico han dicho que yo soy un pringado, el típico hombre que no doy miedo; que si alguna mujer se cruza conmigo por la noche en una calle solitaria no se aparta porque tengo cara alelada; que soy encantador y que no impongo. El guardia se habrá creído lo de los periódicos. Pero yo valgo mucho más que él y que mis compañeros. A mí han tardado en cazarme diez años y todo porque se fue de la lengua una puta. Qué una puta, no sirve ni para eso.

—Me da igual —les digo a todos tranquilamente—, si no viene ella, tengo a otra, viene mi mujer.

—Sí, no veas, hay una cola de mujeres dando la vuelta al edificio para verte, don Juan.

Todos vuelven a estallar en risas. Putos guardias. Putos condenados, les ríen las gracias, una bajada de pantalones.

—Vosotros reír, pero aquí viene mi mujer sí o sí. En cuanto venga mi abogada.

—Que no tienes abogada, cabrón, las mujeres no quieren nada contigo ni siquiera las abogadas —me dice el guarda. Y el muy cabrón me sujeta la barbilla con la porra—. Ahora te llamarán del Departamento de Gestión para contártelo.

Me tengo que tragar la mierda. Eso es lo malo de aquí, que tienes que tragar.

—Ah, por cierto, puto pringado, tú que vas diciendo que has sido más listo que toda la Policía junta, la de Castilla La Mancha y la Nacional, que nos has tenido en jaque a todos, que sepas que en una navaja metida diez años en un pozo no queda ni una puta muestra de ADN. No teníamos nada contra ti, solo la declaración de una resentida. Pero bien que lo soltamos en los medios, te lo tragaste y confesaste. Te metiste en el trullo tú solo, señor *másinteligentemaslistoquetodalapoliciaylaguardiciviljuntas.*

Todos estallaron en una carcajada unívoca.

—Que no me entere yo que vas diciendo que nos tuviste en jaque diez años ni que eres más listo que todos los que opositamos. Tu abogada seguro que se olió que lo de los restos de la navaja era mentira, pero en el interrogatorio dejó que largaras. Hizo bien, ella te tenía que defender de malos tratos, no de asesinato.

Me entran ganas de meterle las coles por el culo. Puta Gloria, vaya abogada de mierda. No se puede confiar en la gente y menos en las mujeres. Crees que te están ayudando y te están pegando la cuchillada por detrás. Ella no quiere nada conmigo, pero el que no quiere nada con ella soy yo. Le voy a decir a mi madre que no le pague ni un euro.

—¿Dónde está Javier? Quiero hablar personalmente con Javier.

—¿Personalmente? En la celda veintiocho está Javier el yonqui, en la sesenta Javier el mulo, en la ciento veinte Francisco Javier...

—Un policía llamado Javier. Un alto rango amigo mío.

—Un alto rango. Aquí todos somos altos rangos para vosotros. En mi turno no hay ningún Javier. Pregunta en el de la noche. Ponte a trabajar.

Sigo lavando las coles. Puta vida. No puedes confiar en nadie. Bien que me la han metido. Me podía haber librado de todo. Puta Gloria, menuda abogada de mierda. A ver si mi madre me envía ya otro abogado. Y que sea un tío, no una tía blanda.

Desde portal miró bien a la calle. Se pegó a la puerta para ver si alguien la esperaba. No, estaba vacía, menos mal. Le daba igual verse con algún vecino, pero había alguien con quien por nada del mundo quería encontrarse. Cada vez que iba a salir, se echaba a temblar. Se había obsesionado con la imagen de Brígida. Estaba segura de que cualquier día se iba a presentar ante ella en la calle o en la tienda con sus gafas de sol, y le iba a decir: *Si tu hermana hubiera denunciado el asesinato de los novios, mi hija estaría viva, y no violada, torturada y muerta.* ¿Qué le podría responder si le decía eso? Diana daba vueltas, pero no se le ocurría nada.

Rebuscó las gafas de sol por su bolso y se las puso. Quizá debería de cerrar la tienda por lo menos por un tiempo. La inversión que había hecho de seis mil euros en ropa aún podía recuperarla si la vendía por Internet.

Anduvo por las calles secundarias y, al final, llegó a Ariadna. Desde lejos, ya vislumbró a un grupo de unos siete periodistas, pero tenía que entrar. Se encaminó hacia ellos. Una chica con el pelo rojo la vio.

—Aquí viene —oyó que gritaba.

Y todos se volvieron hacia ella a hacerle fotos. Empezaron a rodearla y a hacerle preguntas. ¿Sabía ella lo de los novios? ¿Sabía lo de Alma? ¿Dónde estaba su hermana? ¿Cómo había afectado todo a su familia? ¿Tenía declaraciones que hacer? Diana llegó hasta la puerta de la tienda, levantó el cierre y abrió, pero antes de meterse, ya subida en el escalón, se volvió. Estaba hasta una cámara de televisión, pero venía preparada, su familia también iba a tomar posición, tal y como había hecho la familia del impresentable. Solo faltaba. Ellos eran la parte de la encubridora, no la del asesino. Sacó un papel del bolso y empezó a leer mientras la fotografiaban. Tenía miedo de emocionarse.

Tan solo quería decir en mi nombre y en el de toda mi familia que estamos horrorizados de lo que ha ocurrido. Ninguno de nosotros —tragó saliva— excepto mi hermana, sabíamos quién era el asesino de Rafael y Mara, y mucho menos sabíamos lo de Alma. No encubrimos nada. Mi madre, mi hermano y yo, toda mi familia condenamos todo lo que ha ocurrido.

Y, por favor, os pido sensibilidad para mis sobrinos, los tres son menores. No quieren salir de casa, ya no van ni al instituto ni al colegio.

Respecto a mi hermana, —tragó saliva— mi máxima repulsa a su comportamiento y a su encubrimiento. La sigo queriendo y, a la vez, no puedo evitar juzgarla y reprobarla. No la justifico, pero no existen leyes firmes ni ayudas para que una mujer abandone el maltrato. Y esa misma sociedad que la condena ahora es la misma que miraba a otro lado cuando él la maltrataba.

Y, por último, no es ningún loco, como se ha dicho en algunos medios. No es ningún enfermo,

como se ha dicho en otros. Es un hombre muy frío; finge ataques de rabia para manipular; maltrata en casa y asesina fuera para que no lo pillen. No nos ha matado no por falta de ganas, sino porque la policía lo hubiera investigado y hubiera descubierto sus otros crímenes. Sabe muy bien lo que hace y sabe controlarse. No se va a reformar en la cárcel. No va a cambiar. Esperemos que allí enferme y, a ser posible, que muera o que nunca salga.

Diana levantó la vista. Todos los periodistas grababan y le escuchaban casi con devoción. Y antes de que comenzaran con preguntas, se metió en la tienda.

DIARIO LA VOZ DE VALDEPEÑAS

24/10/03

Funeral por Alma Marueco Masía

Familiares de Alma Marueco Masía han confirmado que su funeral se celebrará mañana, sábado veinticinco de octubre, a las once de la mañana en la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. De momento, el juez no va a autorizar la entrega de los restos hasta que termine la investigación y el proceso. La familia tiene intención de incinerar los restos para arrojarlos al mar, tal y como era el deseo de Alma.

Domingo, las doce, pero seguía en la cama. El teléfono no había parado de sonar. Suponía que el móvil también, pero no lo había encendido. Ese día no se levantaría, ¿para qué? Ella ya no podía apoyar, no podía sostener. Las lágrimas de su hermana le mojaban la cama, pero los gritos de Rafael acuchillado y de Mara y de Alma torturadas le dejaban paralizada. *No dejes de apoyarme, Diana*, le había dicho Daniela. *Ahora es cuando más te necesito, cuanto más te necesitan sus sobrinos*. Sí, pero a ella quién la apoyaba, quién le redimía de la suciedad de haber pasado las Nochebuenas con un asesino. Quién le redimía de haber compartido las reuniones familiares con un violador. Quién la redimía de que, mientras hacían la sentada en la plaza de España de Valdepeñas por solidaridad con la familia de Alma, Daniela encubría a su asesino. Ella le había dicho que no sabía nada del crimen de Alma, pero ese día él llegó tarde a casa, a la una y le dijo a todo el mundo que habían estado juntos. Daniela sabía desde el principio que el impresentable era el responsable de la desaparición.

Diana pensó que ese día no saldría de vinos con sus amigos. Aunque fuera protegida por el escudo de los más íntimos. Ella necesitaba una expiación, un perdón de las familias. Y sabía que no lo iba a tener.

PERIÓDICO LA PRECISIÓN

26/10/03

Más de dos mil personas despidieron a Alma Marueco

Ayer se celebró en Valdepeñas (Ciudad Real) el funeral por Alma Marueco Masía en la Iglesia Nuestra Señora de la Asunción. Más de dos mil personas asistieron a la ceremonia para acompañar a la familia y despedir a Alma. El Vicario General de la Diócesis de Ciudad Real presidió la ceremonia y, durante la homilía, declaró que «hay momentos en que, incluso para la fe, es difícil reconocer la voluntad de Dios».

Un saco. Eso es tu hija ahora, un saco de huesos. La hija de veintiún años que se fue en bicicleta hace cinco, la que tenía tanta prisa por hacer tantas cosas que se olvidó de la gorra, es ahora un saco de huesos. Cada vez que llamabas a la puerta de su cuarto y la abrías creyendo que, a lo mejor, había vuelto, estaba ya muerta. Esas fantasías que tuviste en las que había estado pedaleando y volvía a casa eran falsas. Y tú sabías que lo eran, aunque te mantenían viva.

Muerta desde la primera noche. Esas preguntas que se te multiplicaban a lo largo del día, como si las frases fueran imágenes metidas en dos espejos enfrentados, ya se te han resuelto. ¿Y para qué? ¿Para saber que el dolor también se multiplica como las imágenes? ¿Para saber que el odio se multiplica hasta el infinito?

Eso querías tú, saber si tu hija estaba viva o muerta. Y al final, lo has conseguido.

Y te preguntas si compensa, si no era mejor mantener ese cabo suelto, que tu fantasía pedaleara y que te pasaras el resto de tu vida llamando a la puerta de tu hija.

No, sabes que no. Sabes que saber es avanzar, y eso es aún más doloroso que estancarte en la incertidumbre.

Ya puedes dismantelar la habitación de Alma. Y, sin embargo, si te dejaran, cogerías su esqueleto y lo colocarías hueso por hueso sobre la cama. Para arroparla una noche. Para quitarle dulcemente el cordón alrededor del cuello. Para besar la desolada calavera. Que los huesos de tu hija durmieran una noche más en su cuarto. Que no se fueran al ataúd directamente desde el pozo.

Diana, muy lentamente, llegó al portal de la casa de su hermana. En la fachada había varias pintadas: *ZORRA ASESINA*, *ENCUBRIDORA*, *CÓMPLICE*. Llamó por el móvil.

—Oye, abridme que soy yo.

Subió las escaleras hasta el segundo piso y enseguida le abrió la puerta Clara. Se abrazó a Diana con fuerza.

—Qué mal, tía, qué mal. Ya no voy al instituto. Me muero de vergüenza.

Cuando la soltó, cerró la puerta y llegó Paulina del fondo del pasillo. Estaba ojerosa, se abrazaron y la niña empezó a llorar.

—Tranquila, Paulina, tranquila.

Se dirigió al comedor donde Juanito jugaba con unos coches.

—¿Y vuestra madre?

—En el dormitorio. No quiere salir.

No quería salir, pero sus hijos la necesitaban. No podía meterse en un agujero y no salir. Qué fácil. Siempre igual. Entró en el dormitorio que estaba a oscuras.

—Sé que no duermes —le dijo.

Daniela se incorporó.

—No enciendas la luz, no quiero ver a nadie. Y, sobre todo, no quiero que nadie me vea. Toda Valdepeñas lo sabe —sollozó—. Nos han tirado piedras a la ventana. Toda España se pregunta qué clase de mujer soy, la que no le importa tener hijos con asesinos.

—Y eso, Daniela, ¿no te lo podías haber planteado antes?

—Por favor, tú no. No me digas eso. Tú siempre me has apoyado.

—Yo conocía a las dos chicas, ninguna de ellas, nadie se merecía eso. La última vez que vi a Mara, cuando vino a comprarme las dos faldas, estaba muy contenta porque había adelgazado y le quedaban muy bien. Me habló de Rafael. Cuando entraron en el parque, estaban planeando la boda. Curioso, ¿verdad? Hasta se plantearían en qué casa vivir cuando lo hicieran, seguro que hablarían de eso. Y al final, se han quedado los dos compartiendo tumba. Y la otra —Diana tuvo que hacer un esfuerzo para no emocionarse— la otra me compró unos pantalones rosados para salir por las noches con sus amigas y con su novio. Había sacado un curso excelente y estaba muy contenta. Aún tengo los pantalones en un cajón. Para meter un par de fémures, supongo.

Ambas permanecieron en silencio. Diana se acostó en la cama sobre la colcha.

—Siempre tuve la intuición de que iba a matar a alguien, que te iba a matar. Pasaba muchísimo miedo, pero no supe interpretar mi intuición. La sensación me llegaba porque ya había matado,

procedía del pasado. No se refería al futuro.

—No me juzgues, por favor.

—No te voy a juzgar.

Eran los nueve de la noche. Seguro que su hermana se habría pasado casi todo el día metida en el agujero de su dormitorio.

—¿Sabes de qué tengo miedo cada mañana cuando voy a abrir la tienda? No tengo miedo de encontrarme con vecinos enfurecidos ni con periodistas. Tengo miedo de que me esté esperando en la puerta la madre de Alma.

Daniela se echó a llorar.

—No soy un monstruo.

—¿Cómo te metías en la cama con él sabiendo lo que había hecho?

—Él nunca nos hubiera hecho eso ni a mí ni a los niños.

—Ya, porque hizo sus cálculos. Si tú desaparecías, le hubieran investigado. En el fondo era un cobarde que sabía muy bien lo que hacía. Si hubiera seguido con Soledad, con el tiempo te hubiera matado, no iba a dejar ese cabo suelto.

—Nunca me hubiera matado, tú no lo conoces. Nunca me hubiera hecho daño. No puedo vivir sin él —sollozó— llevo toda la vida con él.

—Pues tienes que aprender. Tienes tres hijos y tienes que cuidarlos. Le caerán unos treinta años. Saldrá con sesenta y uno con un poco de suerte. Y a mí me parece demasiado pronto.

El niño entró en la habitación y Diana lo cogió en brazos.

—¿Ha cenado?

—No.

—Ya es tarde, les haré la cena ahora.

—Está nervioso, no está yendo a la guardería.

Se dirigió a la cocina. Abrió la nevera, había poca comida. Aun así, podía hacer tortillas de jamón york, ensalada y, de postre, un vaso de leche para cada niño. Oyó sonar el móvil y fue al recibidor a coger su bolso. Miró: Hugo.

—¿Diana?

—Hola, Hugo.

—Te he llamado varias veces y no me lo has cogido.

Volvió hacia la cocina y empezó a sacar la comida de la nevera.

—He tenido el móvil apagado durante muchos días, no paraba de sonar. La mayoría de las veces eran periodistas.

—¿Cómo estás?

—Muy mal, muy mal —rompió la cáscara de un huevo contra el plato—. Sabía que ese hombre nos iba a matar algún día. Y se puede decir que estamos todos muertos. Creo que voy a cerrar la tienda. He ganado mi dinerillo, y no creo que ya entre mucha gente.

—Te echo de menos.

Te echo de menos. La frase resonó en la mente de Diana.

—Yo también.

—¿Quieres que vaya este fin de semana?

Diana dudó un momento. Se estaba acercando demasiado, pero no todos los hombres eran iguales. Su excuñado estaba entre rejas. Su excuñado era un hombre que hundía y maltrataba, y Hugo un hombre que apoyaba y amaba.

—Sí, por favor, ven.

Él se quedó un momento callado.

—Me sorprendes. Es la primera vez que aceptas mi ayuda.

Las diosas vulnerables, recordó Diana. Esas diosas que existían para mostrar a las mujeres que el dolor podía irrumpir en una vida, que a veces necesitaban apoyarse en los demás.

PERIÓDICO LA PRECISIÓN

18/01/04

El asesino de Valdepeñas pide perdón a las familias de las víctimas a través de una carta

El asesino de Valdepeñas ha escrito una carta de su puño y letra de veintiuna líneas para pedir perdón a las familias. La carta ha sido difundida a través de su abogado de oficio. El letrado ha aclarado que no se trata de ninguna estrategia ni pretende conmover a los jueces y fiscales ya que carece de fundamento jurídico. Se trata solo de una cuestión personal.

La madre de Alma, Brígida Masía, ha declarado que le parece una maniobra hipócrita, intenta mejorar su imagen y asegura que el asesino finge que se arrepiente porque lo han cogido, no porque sean sus sentimientos verdaderos. Las otras dos familias, las de Mara Galeno y Rafael Fernández no quieren ni leerla. “¡Ojalá se pudra y muera en la cárcel!, ha dicho el padre de Mara, Eduardo Galeno.

PÍTULO XVII

Es siete de marzo de dos mil cinco. El asesino está sentado en el banquillo de los acusados flanqueado por dos policías. Enfrente de él está el presidente del tribunal, otros dos magistrados y el fiscal. A un lado a la izquierda, el abogado y procurador de la parte contraria, y a la derecha, su abogado y procurador de oficio. La sala es elegante, predomina el color de la madera clara. Un friso caprichoso formado por hojas de olivo recorre toda la parte alta de las paredes. En el centro de la sala, justo encima del presidente, un bajorrelieve de la diosa Atenea con su espada y su ave preferida, el búho. Los tres jueces, el fiscal y los letrados se sientan sobre sillones suntuosos de color granate. El juicio es abierto al público y la sala está bastante abarrotada. Hay periodistas, curiosos y, también, están las familias de las víctimas. Los padres de Rafael no están presentes. Dicen que se están muriendo de pena y han acudido solo los tres hermanos. Los padres de Mara, sí. Y también ha asistido la madre de Alma. Aunque el juicio por su hija es al día siguiente, se ha presentado en este. Hoy no lleva sus habituales gafas de sol.

El asesino está hablando por el altavoz y toda la sala lo escucha como si fuera una ceremonia religiosa. La atención se reconcentra en un solo punto: la expresión del asesino y su voz, un agujero negro que succiona el interés y la energía de todos los presentes. Habla con voz lenta y concentrada. Cuando le preguntan, nunca se pone nervioso. No utiliza un lenguaje emocional, sino técnico, quizá para darle a todo más verosimilitud. Y da las respuestas más disparatadas con toda la calma del mundo.

Asesino: Yo estaba pasando por graves problemas económicos. Me introduje en el parque para robar. Nunca fue mi voluntad acabar con la vida de nadie.

Fiscal: ¿Problemas económicos? En mil novecientos noventa y tres usted cobraba ochenta mil pesetas del paro más veinticinco mil pesetas en el bar de su cuñado. ¿No era suficiente?

Asesino: Iba a nacer mi segunda hija. Tenía miedo de no tener con qué alimentar a mi familia.

Fiscal: Relate cómo ocurrieron los hechos, por favor.

Asesino: Entro en el parque y los veo de lejos. Tomo la decisión de acercarme, les enseño la navaja, y les pido el dinero.

Fiscal: ¿Les enseña la navaja? Usted le puso a Rafael la punta de la navaja en la parte lateral izquierda del cuello, y obligó a ambos a desplazarse hacia la valla de la vía férrea Madrid-Cádiz. ¿Por qué los llevó a un lugar más apartado?

Asesino: Tengo mucho miedo de que entre alguien y me sorprenda.

Fiscal: Esa noche había luna nueva y todas las farolas del parque estaban rotas. Apenas había luz allí. ¿Por qué no les pidió la cartera allí y salió corriendo?

Asesino: No sé. Yo estoy muy nervioso.

Fiscal: ¿No tenía usted ya la intención de matarlos?

Asesino: No, nunca fue mi intención primera.

Fiscal: Una vez que se han desplazado a las vías del tren, ¿cómo suceden los hechos?

Asesino: Les pido el dinero. Mara no lleva bolso. Rafael saca su cartera, y me la entrega con tres mil pesetas. Procedo a cogerla. De repente, Mara dice *Yo te conozco, tú eres el sobrino de la jefa*

de mi hermano. Tomo la decisión de irme cuanto antes. Doy media vuelta y empiezo a andar. Recorro unos seis o siete metros y, de repente, noto un golpe fuerte en la espalda. Giro, y Rafael tiene los brazos levantados dispuesto a agredirme. Noto un peso sobre la espalda. Mara se ha enganchado a mi cuello y me tira del pelo. Siento un gran dolor. Rafael me golpea y me golpea. Yo procedo a detener los puñetazos. Aviso gritando que voy a usar mi navaja. Aviso de que voy a defenderme. Ellos no hacen caso. Me siguen golpeando. Mara aprieta cada vez más mi cuello, y Rafael me da puñetazos. No paran y me estoy ahogando. Decido darle una cuchillada a Rafael. Nada más hacerlo, noto una gran rabia y pierdo el control. Todo es automático. La rabia actúa a través de mí, no tengo conciencia de lo que hago. Apuñalo y apuñalo a Rafael. Cae al suelo, y Mara me suelta.

Fiscal: ¿Cómo explica que no haya restos de forcejeo o de ADN en el cuerpo de ellos?

Asesino: Yo no lo recuerdo así. Rafael intentó agredirme. Yo no hice nada hasta que tomé la decisión de defenderme.

Fiscal: Mara salió huyendo en dirección al parque, usted la alcanzó cuando había recorrido unos ochenta metros y le apuñaló por la espalda. ¿La persiguió para matarla?

Asesino: No, en ese momento no quiero matarla. No sé definir por qué lo hago. Veo que intenta huir y corro detrás de ella. Tengo miedo a que me delate. Actúo otra vez de forma automática, sin conciencia, y le clavo una puñalada.

Fiscal: Usted la arrastra hacia las vías de tren y la coloca sobre el talud que forma la plataforma de la vía con el borde exterior. ¿Por qué le quita las bragas, el cinturón y la falda?

Asesino: Tenía miedo de que tuviera restos míos, fibras y demás, de cuando me atacó por la espalda.

Fiscal: Explique a la sala por qué el sujetador y la camiseta aparecieron desgarrados por la parte anterior.

Asesino: Probablemente se desgarró cuando la apuñalaba.

Fiscal: ¿Usted realiza tocamientos en el pecho mientras ella está herida e inmovilizada?

Asesino: No, no recuerdo. Los tocamientos en el pecho no los hago.

Fiscal: Mara tenía diversos hematomas, uno de cinco centímetros de diámetro en la cara interna del muslo izquierdo, y una equimosis de unos tres centímetros en la cara interna del derecho. ¿Le abrió las piernas con violencia?

Asesino: Sería por las piedras, de cuando la arrastré al talud.

Fiscal: ¿Le introduce usted la mano en la vagina con violencia?

Asesino: No lo recuerdo.

Fiscal: ¿Cómo explica el hematoma en el labio menor derecho y la zona contusiva en el saco vaginal? Ella aún estaba viva.

Asesino: No lo sé. Puede que yo me dejara llevar por la rabia e hiciera algo. Pero nunca creí que estaba viva.

Fiscal: ¿Sigue insistiendo de que el móvil fue el robo?

Asesino: Sí.

Los familiares de Rafael están escuchando. Los padres y la familia de Mara están escuchando. Todo el mundo, excepto el fiscal y el asesino, están callados. En la sala hay una energía extraña, muy rabiosa y muy contenida. Como si una barrera impidiera a la gente hablar.

El juicio sigue en el mismo tono. Casi al final, el fiscal dice:

Fiscal: Después va a su casa e informa lo sucedido a su esposa.

Asesino: No me entregué porque mi esposa me convenció para que no lo hiciera.

El juicio es muy duro. Muy duro para la familia de las víctimas, para los padres, para los hermanos. Contar públicamente el sufrimiento de ambos y el abuso de Mara, cuando esta aún estaba consciente. El próximo día el sufrimiento le tocará a la familia de Alma. Todo el mundo sabe que está ganando, que lo van a condenar. El objetivo es que lo condenen al tiempo máximo posible. Por lo menos, que permanezca treinta o cuarenta años en la cárcel. Tampoco hay mucho que hacer o demostrar por parte del asesino. Su abogado de oficio, un joven de veintitrés años, está asustado con la que le ha caído. Jamás esperó, cuando terminó su carrera y se inscribió en el turno de oficio, que le iba a tocar un asesino en serie. No sabe muy bien cómo llevar el tema. Recurre a los tópicos: fue un niño maltratado, tuvo enajenación mental, está loco, está arrepentido... En el proceso de Alma tiene un abogado más experimentado, y tampoco podrá evitar la condena.

El juicio sigue siendo agotador. Han llamado a Daniela a declarar y lo hace tras un biombo para no ver la cara a su maltratador. Al final de la mañana, ya termina. El juez le da el último turno de palabra al asesino y este recibe el altavoz. El fiscal llama a uno de los bedeles y le da unas fotos para que se las enseñe al asesino.

Fiscal: Estas son las fotografías del cadáver de Mara y estas otras, de Rafael, ¿quiere mirarlas?

Asesino: Estoy muy arrepentido. Pido perdón a las familias de ambos. Pido perdón por todo el daño. En este momento desearía haber muerto yo en vez de ellos.

El asesino rompe en sollozos. Todo el mundo está callado y desconcertado. De repente, se oye una voz desgarrada y furiosa desde el público.

—¡Aún estás a tiempo! ¡Ahórcate en la cárcel! ¡Será poco para lo que has hecho!

Es la voz de la madre de Alma que ha cortado el silencio y la gravedad.

El presidente del tribunal grita: ¡Silencio!, orden en la sala. No alteren el orden o me veré obligado a echarles. ¿Ha terminado ya?

Asesino: Sí.

Y el juicio concluye.

—Buenos días desde Radio El Color del Azafrán. Hoy es martes, ocho de marzo de dos mil cinco. Son las nueve de la mañana, las ocho en Canarias. Bienvenidos a nuestro programa Informando y comentando. Les saluda David Almendárez y Pilar Barrunto. Buenos días, Pilar.

—Buenos días, David.

—Ayer por la mañana Pilar se desplazó como corresponsal del juicio por el crimen de los novios de Valdepeñas. Y dentro de un par de horas se celebrará otro por la muerte de Alma Marueco. Vamos a ir directamente al grano porque nuestros oyentes están deseosos de saber de primera mano qué ha pasado. Cuéntanos, Pilar. ¿Qué es lo que más destacarías del juicio?

—Lo que más destacarías es el hecho de que el asesino responsabiliza a las víctimas de su ataque y de que le hicieran perder el control. Según él, fueron ellos los que atacaron primero. Pero no hay signos de que Rafael y Mara reaccionaran, probablemente porque pensaron que era un simple robo y que, entregando el dinero, ya todo se acababa.

—Sí, es un hombre que sabe dar una vuelta de tuerca. De la misma manera que ha escondido sus crímenes durante tanto tiempo ahora, delante de un juzgado, intenta esconder su responsabilidad.

—Además, el fiscal le ha hecho preguntas capciosas para demostrar que no tenía problemas económicos.

—Claro que no. Intenta hacer creer que salió a robar y que se le fue todo de las manos. Pero en

realidad, dejó a su hija y a la mujer embarazada en casa y salió a la caza, como también ocurrió con Alma.

—La exmujer declaró tras un biombo. Contó que él perdía los estribos cuando le pegaba, que su vida fue un infierno durante trece años. El juez tuvo que esperar a que se tranquilizara un poco porque no podía hablar de lo nerviosa que estaba.

—Pero aun así mantuvo una postura muy ambigua. Estuvo, me van a perdonar los oyentes, metiéndose en la cama con él durante diez años más. Lo denunció solo y exclusivamente cuando la dejó por otra mujer, por despecho y por celos, no por ética o por justicia.

—Y otro de los puntos interesantes es que la defensa lo ha intentado presentar como un hombre que sufre trastorno antisocial. Hablaron de la violencia de su padre, pero ahí tendrán la última palabra los psiquiatras y los psicólogos forenses.

—Sí, pero para esconderse durante diez años ha estado bastante cuerdo.

—Tenemos que hacer una breve pausa para la publicidad, y seguiremos con los pormenores del juicio.

Hoy es día ocho de marzo. En la sala del juicio más o menos todo el mundo está en la misma posición que el día anterior. El presidente del tribunal y los otros dos magistrados, esta vez uno de ellos es una mujer, los letrados y el fiscal. El asesino habla de forma reconcentrada. No se oye absolutamente nada en la sala, excepto su voz.

Asesino: Cuando la atropello, se queda sin sentido. Pienso que está muerta. La meto en el maletero del coche. Por el camino, echo la bicicleta a un pozo. Luego me dirijo a la finca del Cerco. Mi intención es deshacerme del cuerpo.

Fiscal: Pero usted, en su primera declaración cuenta que la atropelló, se quedó sin sentido y la metió en el maletero por si se despertaba por el camino. En ningún momento pensó que estaba muerta.

Asesino: No me acuerdo de eso. Estaría confuso en la declaración. Yo pensé que estaba muerta cuando la metí en el maletero.

Fiscal: Entonces, ¿por qué cogió el cuerpo? Era más fácil salir huyendo del lugar del suceso.

Asesino: Por si quedaba en la ropa fibras o restos del coche.

Fiscal: En la bicicleta no hay ningún signo de atropello. Solo está deteriorada por el paso del tiempo. ¿Derribó usted a Alma a propósito y la metió en el maletero cuando ella estaba consciente?

Asesino: No, yo paré el coche al atropellarla. La metí en el maletero inconsciente.

Fiscal: ¿No tenía ya intención de llevarla a un lugar apartado y retenerla?

Asesino: No, en ese momento yo creo que está muerta.

Fiscal: ¿Cuándo se dio cuenta de que estaba viva?

Asesino: Llego a la finca del Cerco. Abro el maletero y le quito una zapatilla. Voy a quitarle el pantalón y me doy cuenta de que se mueve.

Fiscal: ¿Y por qué le quitó el pantalón y una zapatilla?

Asesino: Le quiero quitar la ropa por si quedan residuos o fibras de mi coche.

Fiscal: Pero, según usted, la iba a tirar al pozo porque la creía muerta, no hacía falta quitarle el pantalón. ¿No le quitó el pantalón porque tenía intención de abusar de ella?

Asesino: No, hasta ese momento no sé que está viva.

Fiscal: ¿No le quitó solo una zapatilla porque tenía pensado estrangularla con el cordón después del abuso?

Asesino: No. Le quito solo una porque empieza a moverse.

Fiscal: ¿Cómo actúa usted cuando se da cuenta de que está viva?

Asesino: La cojo en brazos y la llevo a la casa. Yo estoy preocupado y quiero saber cómo está. Ella se despierta. Empieza a reaccionar. Me pregunta dónde está. Me dice: *¿Quién eres?, ¿por qué estoy aquí?* Se pone muy nerviosa. Le digo *Vamos a tranquilizarnos. Ha sido una confusión.* En ese momento, yo decido que lo mejor es llevarla a su casa. Le digo que la acerco en coche. Pero ella empieza a decir que no, que no quiere subir a mi coche nunca más. Ella quiere volver a su casa en su bicicleta. Yo le digo que la bicicleta está rota por el atropello. No la he traído en el coche. Entonces, ella empieza a gritar pidiendo su bicicleta. Pierde el control y no para de chillar: *Quiero mi bicicleta.* Se pone violenta, y golpea la pared. Bueno, no violenta, pero nerviosa. Yo le digo: *Tranquilízate. Yo no tengo tu bicicleta. Yo te llevo en coche a Valdepeñas y te regalo la mía.* Yo estoy dispuesto a quedarme sin bicicleta con tal de que se calme.

La bicicleta. Esa bicicleta amarilla y brillante, que refulgía con el sol y bajo el sol. Esos dos círculos perfectos y armónicos que ayudan a desplazarse a los cuerpos y que llevaron a tu hija pedaleando hacia la muerte. Ese divertimento que la llevó a su pesadilla. Mientras le dices adiós después de darle la gorra, el último eslabón, la ves partir, como si la bicicleta trazara un cordón umbilical invisible entre tu familia y Alma adentrándose en el mundo. Por eso, lo primero que hace el depredador, después de meter a Alma en el maletero, es tirar la bicicleta a un pozo, arrojar el vínculo y la vuelta casa. Arrojar la bicicleta es sellar la muerte de forma anticipada, es decirle a tu hija que ya no va a volver. Por eso la obsesión de ella por recuperar el control, su libertad, irse por sus propios medios. Sabes, parece que los tienes a los dos delante, que cuando hablan de recuperar la bicicleta, hablan de si Alma muere o no muere. Por eso ella se obsesionó, porque la llevaría hacia ti, hacia su padre, hacia sus hermanos. La bicicleta es ella pedaleando hacia un mundo donde hubiera estado a salvo. La bicicleta es tu hija resucitando.

Fiscal: ¿Puede explicar por qué aparecieron restos de actividad sexual en una de las pruebas?

Asesino: Yo estoy un poco alterado por el atropello. Como ya había matado a los dos novios, no podía soltarla así de nerviosa. La policía me hubiera investigado. Para tranquilizarla, le propongo que me haga una felación.

Fiscal: ¿Cómo, cómo, cómo? ¿Le propone una felación para tranquilizarla?

Asesino: Sí, para que no estuviera tan nerviosa. Le digo *Vamos a negociar.*

Fiscal: ¿A negociar? ¿No consideró que ella estaba en desventaja?

Asesino: No, yo ya le había dado mi palabra de que la iba a llevar a Valdepeñas.

Fiscal: ¿No le obligó usted a cambio de llevarla a su casa?

Asesino: No, ella lo hace voluntariamente. Mientras tanto, le practico tocamientos.

Fiscal: ¿No le arranca la ropa brutalmente?

Asesino: No. Todo fue consentido.

Fiscal: El sujetador y las bragas de Alma son de licra, un material bastante resistente. ¿Cómo explica que, aparecieran rasgados y rotos?

Asesino: Quizá eso ocurrió cuando se cayó al pozo.

Fiscal: ¿No reconoce usted que abusó sexualmente de ella?

Asesino: No, en ningún momento.

Fiscal: Si nos ceñimos a su propia declaración en el plenario, tras la actividad sexual, usted permitió que Alma se vistiera. Le dio a entender que ya había colmado su propósito y la dejaba ir. Las palabras textuales de usted son: "Si no me provocas, no te pasará nada". Pero al final, la

mató. Explique a la sala cómo lo hizo.

Toda la sala permanece en un silencio absoluto como quien contempla un ritual en un altar. El asesino no pierde la calma, sigue hablando con su tono neutro.

Asesino: Ella empieza otra vez a perder el control. Nos habíamos tranquilizado, pero empieza a gritar. Yo me pongo muy nervioso, me contagio. Entonces, practico estrangularla. Mientras aprieto con las manos, pierdo el control. Estamos los dos de pie, y ella agita los brazos y las piernas. Se intenta agarrar a mi brazo. Sigo apretando, no sé qué me pasa. Dejo de apretar, y ya no se mueve. La acerco al pozo y procedo a dejarla caer.

Fiscal: ¿Procede a dejarla caer o la tira?

Asesino: La dejo caer.

Fiscal: ¿Por qué le propino una paliza antes de morir?

Asesino: No, no fue así.

Fiscal: Leo textualmente la reconstrucción realizada por los peritos basada en sus declaraciones y en los informes: “El procesado la agarró por el cuello por sorpresa con la mano derecha, mientras le golpeaba con violencia en el rostro y en el resto del cuerpo. La víctima se defendió, forcejearon y cayeron al suelo. El procesado se levantó, siguió golpeando a la víctima que aún estaba en el suelo, y esto le produjo a Alma una fractura completa de la mandíbula a la altura del ángulo izquierdo que llegó a separar la rama mandibular de ese lado, fractura incompleta de la séptima costilla izquierda y otra fractura en la parte central del cúbito izquierdo, causada esta última al intentar evitar las acometidas de su agresor”. Ella luchó por su vida hasta el último momento. ¿Sigue insistiendo en que no le propinó una paliza?

Asesino: No, solo la estrangulé.

Fiscal: ¿Cómo explica, entonces, las múltiples fracturas?

Asesino: Sería cuando cayó al pozo.

Fiscal. Y al final, usted cogió el cordón de la zapatilla y terminó de rematarla.

Asesino: Lo tuve que hacer porque no me quedó otro remedio. Temía que me delatara y se descubriera lo de los novios. Matar a Alma me supuso una carga moral.

Deméter se enteró dónde estaba su hija. ¿Para qué la iba a secuestrar el dios del inframundo? Para violarla. ¿Para qué la iba a retener? Para abusar. La rabia de Deméter inunda la tierra de aridez y de sequía, destruye las plantas y la presencia de vida. En qué momento aceptaría Alma que ya nunca saldría del inframundo. Que su violador, un vecino a cara descubierta, la iba a matar. Saber que ya no volvería al mundo de los vivos. Tu hija, que vomitó de asco sobre su propia mochila después de que su asesino le obligara a hacerle una felación,

Intentas no dar poder al depredador. Que esa tarde y esa noche de luna nueva no sean infinitas. Intentas recordar que Alma durante veintiún años fue feliz. Que solo fue infinitamente infeliz durante unas horas. Pero de tu corazón sale un ancla negra y dentada que atraviesa tu casa sale por la ventana del patio y llega hasta la casa de la finca del Cerco. Ahí está el depredador abusando infinitamente de tu hija. Ahí está asesinando eternamente a tu hija.

Sabes que no es ese depredador, no, ese empequeñecido por la vergüenza. Empequeñecido por las miradas de la gente. Ese que habla correctamente, que tiene expresión de don nadie, de poca cosa. No es ese, no el que habla por el micrófono, el sorprendido, el acorralado, el que tiene que rendir cuentas delante de los jueces, del fiscal y de los letrados. No, no es ese. Es el que se agiganta porque nadie le puede poner límites. El que se siente tan poderoso para destrozar a tu hija. Primero el alma de tu hija, la psique de tu hija y luego ya el cuerpo de tu hija. Ese gran

depredador que se esconde detrás del pequeño, que pide perdón para esconder al otro, al cíclope, al asesino.

PÍTULO XVIII

—Buenos días desde Radio El Color del Azafrán. Hoy es jueves, nueve de marzo de dos mil cinco. Son las nueve de la mañana, las ocho en Canarias. Bienvenidos a nuestro programa Informando y comentando. Les saluda David Almendárez. Hoy no contamos con la compañía de nuestra compañera Pilar Barrunto porque está de corresponsal en Alcácer. Como saben, toda España está conmocionada cuando se ha sabido el gran sufrimiento por el que pasó Alma Marueco antes de su muerte. El asesino, un amable doctor Jekyll que escondía un Míster Hyde. Vamos a comentar lo ocurrido con una invitada privilegiada, Almudena Glesán, psicóloga forense ya conocida en nuestro programa, que nos trazaré un perfil del asesino y que, además, también ha estado en el juicio. Buenos días, Almudena.

—Buenos días, David.

—Primero, vamos a analizar la forma de expresarse del asesino. Las palabras y las expresiones han llamado mucho la atención a los medios. ¿Qué podrías decirnos, Almudena, sobre el discurso del asesino?

—Muy curioso, David. No es un lenguaje ni emocional ni directo. Da la sensación de ser una persona educada, y utiliza expresiones como “vamos a negociar”, “la dejé caer” en vez de “la tiré” ... Eso le ayuda a poner una cortina emocional entre la verdad y su percepción

—Este hombre estuvo maltratando a su mujer y a sus hijos pequeños durante trece años. ¿Hasta qué punto se puede considerar que el maltrato es una especie de entrenamiento para un asesino?

—Buena pregunta, David. La base de muchos asesinatos o delitos contra las personas suele ser el narcisismo y el desprecio a la víctima. Respecto al maltrato, se desprecia a la persona maltratada en el ámbito del hogar. De ahí a extrapolarlo a otras situaciones no es tan difícil.

—Y qué opinas, cuando está dando su versión de los hechos en el juicio, ¿piensa el asesino que la gente le va a creer o solo sale del paso?

—Yo pienso que aún guarda un alto porcentaje de esperanza de que los jueces le crean. Ten en cuenta que a este hombre siempre le han creído en su pequeño universo. Él vive en una casa donde es el rey, y maltrata a la mujer y sus hijos. Allí es verdugo, agresor y violador, pero también es juez y fiscal, quien pone el orden e imparte sus leyes. Todo ese tipo de argumentación, esa manipulación, la habrá estado utilizando durante años para manipular a su mujer. Pero esas transgresiones que hacía en su casa con sus hijos y su mujer las lleva a un terreno más amplio, como es abusar y agredir a desconocidas y quitar la vida a tres personas, y él ya sabe que tiene unas consecuencias legales. Hay un castigo y lo sabe, por eso sus agresiones sexuales acaban con la muerte para que sus víctimas no lo delaten. Se puede decir que es un maltratador que ha estado practicando y experimentando durante años hasta que sus delitos han evolucionado o, mejor dicho, involucionado a crimen. Y volviendo a tu pregunta, él piensa que lo van a comprender, aunque haya una ley que condene lo que ha hecho. No está en el ámbito del hogar donde puede hacer lo que quiere. Aquí él no es juez; aquí no es fiscal; aquí él no decide lo culpable que es la víctima. Hay un juez, un fiscal y un público que lo está juzgando. Sabe que ha actuado mal y que legalmente lo tiene todo perdido. Pero en el fondo, si te fijas bien, está intentando seducir como hombre. Él cree que los dos magistrados, el fiscal y

todos los hombres que lo escuchan pueden comprender que él actuó de forma pacífica, que buscaba la conciliación y que fue ella, la mujer alterada e histérica, la que provocó la ira del conciliador. Como si hubiera una confederación de varones que todos se entienden entre sí y cuyas enemigas principales son las histéricas de las mujeres.

—Uno de los argumentos de la defensa es que tiene un trastorno antisocial, una psicopatía. ¿Puedes hacernos una descripción del perfil del psicópata?

—El psicópata disfruta infringiendo dolor en los demás, distingue entre el bien y el mal. Busca el control absoluto hasta en la sexualidad, el endiosamiento. Y no hay mejor forma de creerse Dios que quitar la vida a otros seres humanos. Este en concreto ha disfrutado teniendo a las víctimas cautivas y agonizantes. Cuando Alma se defendió para que no la matara, se encolerizó y le pegó una paliza. Sus víctimas no se pueden rebelar contra él ni siquiera para intentar salvar la vida. En realidad, si os fijáis bien, él no está arrepentido. Está avergonzado.

—Entonces, cuando la gente dice, y yo me incluyo, este hombre está enfermo, ¿estamos siendo injustos con quienes tienen problemas mentales?

—Por supuesto, los locos apenas matan. Hay que empezar a reivindicar que llamar loco o enfermo a un asesino supone atacar a una parte de la población inocente y muy vulnerable. Y me gustaría defenderlos. Los asesinos en serie, los depredadores sexuales, los psicópatas no están locos, saben muy bien lo que hacen. Si estuvieran locos, enseguida se les atraparía.

—Desde aquí animo a aceptar que no hay que llamar ni loco ni enfermo a quien comete ese tipo de acciones.

—Exactamente. Ser psicópata no es una enfermedad, es un rasgo de la personalidad. Lo único que le frena es el miedo al castigo. Si no ve límites, destruye todo lo que puede. Hay un cuento muy antiguo que describe muy bien al psicópata, Barba Azul. Está inspirado en un hecho real, un noble que asesinó a casi todas sus esposas. En el cuento, Barba Azul es rico y noble, se va de viaje y le entrega una llave de un gabinete a su mujer, y le prohíbe abrirla. Cuando se va, la mujer abre el gabinete. Él anticipa la vuelta y, lo primero que hace es comprobar si su esposa ha abierto la puerta. Se le confirma la sospecha y dice que la va a matar. Pero él mismo culpa a la víctima de buscar la muerte, le dice que no le queda más remedio que matarla porque le ha desobedecido. En el cuento se dice algo así como “Yo no quiero matarte, pero me has obligado”. Y un acto tan desproporcionado como matar por abrir un gabinete queda justificado por la manipulación y la verborrea que el personaje asesino despliega.

—Sí, la sabiduría de los cuentos de siempre, esos cuentos que leímos de niños, pero que esconden mensajes terribles. Y a la vez son avisos de lo que nos preparan para lo que pueda ocurrir en la vida.

—Y algo que me gustaría recalcar sobre el cuento es que el psicópata, el maltratador, lo primero que hace es prohibir el conocimiento a la víctima, porque esa es la mejor herramienta para manipular. Intenta poseer la inteligencia de la víctima. En el cuento, intenta matar a su esposa porque ha tenido curiosidad, deseos de conocer.

-Muy interesante todo lo que nos estás contando, Almudena. Pasamos un momento a la publicidad.

AUDIENCIA PROVINCIAL DE CIUDAD REAL

SENTENCIA N.º 17/05

Sección N.º 001 Rollo: 7/1993

JUZGADO. 1 A. INST. E INSTRUCCIÓN N. 1 de VALDEPEÑAS SUMARIO (PROC.

ORDINARIO) N.º 111/1993

ILMOS. SRES. Presidente D. JUAN LUIS ALCÁZAR HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA
Magistrados D. JOSÉ URIARTE BIENVENIDO, D. ANTONIO RUBIO CARRETAS

En CIUDAD REAL, a catorce de marzo de dos mil cinco.

VISTA en juicio oral y público, ante la Sección 1ª de esta Audiencia Provincial la causa instruida con el número 1/1993, procedente del Juzgado de PRIMERA INST./INSTRUCCIÓN N.º 1 de VALDEPEÑAS y seguida por el trámite de PROCEDIMIENTO ORDINARIO por el delito de ASESINATO, contra el procesado, en prisión provisional, siendo parte acusadora el Ministerio Fiscal, y la acusación particular de EDUARDO GALENO FIGUEROA y TOMÁS FERNÁNDEZ SANZ y el ILMO AYUNTAMIENTO DE VALDEPEÑAS.

FALLAMOS:

Que debemos condenar y condenamos al procesado, como autor de un delito de robo con intimidación, sin circunstancias modificativas de la responsabilidad criminal, de dos delitos de asesinato, concurriendo las agravantes de ensañamiento y despoblado, y de agresión sexual, concurriendo la agravante de despoblado, a las siguientes penas:

1º Por el delito de robo con intimidación a la de CUATRO AÑOS DOS MESES Y UN DÍA DE PRISIÓN MENOR, con la accesoria de suspensión de empleo o cargo público y de derecho de sufragio pasivo por el tiempo de la condena principal.

2º Por cada uno de los delitos de asesinato, a la de TREINTA AÑOS DE RECLUSIÓN MAYOR, con la accesoria de inhabilitación absoluta durante el tiempo de las penas principales.

3º Por el delito de agresión sexual a la pena de DOCE AÑOS DE PRISIÓN MAYOR, con la accesoria de suspensión de empleo o cargo público y del derecho de sufragio pasivo durante el tiempo de la pena principal.

Declaramos como límite máximo de cumplimiento de las anteriores penas, el de treinta años.

Absolvemos al acusado del delito de violación que le imputaban las acusaciones particulares.

Imponemos, además, al acusado la prohibición, por tiempo de diez años, de residir o volver a la localidad de Valdepeñas.

Condenamos, por último, al procesado, al pago de las costas procesales, incluidas las ocasionadas por la acusación particular y por la acusación popular. Ratificamos el Auto de insolvencia del acusado dictado por la Instructora en la correspondiente pieza separada. Y para el cumplimiento de la pena, le será de abono al acusado el periodo de prisión preventiva sufrida por el mismo por la presente causa.

Notifíquese esta sentencia a las partes haciéndoles saber que contra la misma pueden interponer Recurso de Casación ante la Sala Segunda del Tribunal Supremo. Notifíquese la presente sentencia a los representantes legales de los perjudicados que aparecen como víctima del delito objeto de este proceso, librándose los despachos necesarios al efecto.

Así, por esta nuestra Sentencia, de la que se llevará certificación al Rollo de Sala y se anotará en los Registros correspondientes lo pronunciamos, mandamos y firmamos:

Juan Luis Alcázar Hernández de Córdoba,

José Uriarte Bienvenido

Antonio Rubio Carretas.

AUDIENCIA PROVINCIAL DE CIUDAD REAL

SENTENCIA: 00228/2005

Sección N.º 001 Rollo: 8/2004

JUZGADO. 1 A. INSTANCIA E INSTRUCCIÓN N. 1 de VALDEPEÑAS

SUMARIO (PROC. ORDINARIO) nº112/2003

SENTENCIA Nº1 8/05

ILMOS. SRES. Presidente D, JUAN LUIS ALCÁZAR HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA,
MAGISTRADOS D. JOSÉ URIARTE BIENVENIDO Y DÑA GRACIA MARTÍNEZ VALVERDE

En CIUDAD REAL, a catorce de marzo de dos mil cinco

VISTA en juicio oral y público, ante la Sección 1ª de esta Audiencia Provincial la causa instruida con el número 1/2003, procedente del Juzgado de PRIMERA INST./INSTRUCCIÓN N.º 1 de VALDEPEÑAS y seguida por el trámite de PROCEDIMIENTO ORDINARIO por el delito de ASESINATO,

Siendo parte acusadora el MINISTERIO FISCAL y, como acusación particular ÁLVARO MARUECO SORNÍ y el ILMO AYUNTAMIENTO DE VALDEPEÑAS.

FALLAMOS

Que debemos CONDENAR y CONDENAMOS al acusado como responsable criminalmente en concepto de autor, con la concurrencia de la circunstancia agravatoria de despoblado, de un delito de ASESINATO, definido por la Alevosía, agravado por la circunstancia de Ensañamiento, a la pena de VEINTICINCO AÑOS DE PRISIÓN;

y por otro delito de AGRESIÓN SEXUAL, con la circunstancia agravante de despoblado, y absolución del subtipo agravado y continuidad delictiva interesados el primero por las dos Acusaciones y el segundo por la Acusación Particular, a la pena de DOCE AÑOS DE PRISIÓN; y a la prohibición de regresar a la población de Valdepeñas, y/o comunicar con los familiares de la víctima por tiempo de CINCO AÑOS; medida cuyo cumplimiento comenzará en el momento en que el acusado obtenga, en su caso, el primer permiso penitenciario, la libertad condicional o la liberación definitiva;

así como al pago de las costas procesales en la proporción de 2/3, incluidas las de las Acusación Particular.

Se establece como cumplimiento máximo de las penas impuestas el límite legal de treinta años.

ABSOLVEMOS al propio acusado del delito de DETENCIÓN ILEGAL que le imputaba la Acusación Particular,

Y para el cumplimiento de la pena le será de abono al acusado el período de prisión preventiva sufrida por el mismo por la presente causa.

Notifíquese esta sentencia a las partes haciéndoles saber que contra la misma pueden interponer Recurso de Casación, ante la Sala Segunda del Tribunal Supremo.

Notifíquese la presente sentencia a los representantes de la perjudicada que aparece como víctima del delito objeto de este proceso, librándose los despachos necesarios al efecto.

Así, por esta nuestra Sentencia, de la que se llevará certificación al Rollo de Sala y se anotará en los Registros correspondientes lo pronunciamos, mandamos y firmamos.

D. Juan Luis Alcázar Hernández de Córdoba,
DÑA Gracias Martínez Valverde,
D. José Uriarte Bienvenido.

PÍTULO XIX

Las sentencias se habían hecho públicas enseguida. Toda Valdepeñas ya se la esperaba. Se había hecho justicia, pensaba Diana mientras envolvía los pantalones de Alma en papel de regalo. Se los había llevado a su casa, ya había desmantelado la tienda y la había vendido.

Afortunadamente, la gente no la había mirado mal. Al principio, las ventas se habían parado, pero enseguida volvió todo a la normalidad. Toda Valdepeñas sabía que fue ella la que empujó a Daniela a denunciar y que había puesto en marcha el engranaje que llevaría a la verdad y a la justicia. En cierto modo, había tenido una protección, pero a Daniela la habían decapitado verbalmente. Algunas clientas le habían preguntado: *¿Cómo ha podido tu hermana acostarse durante diez años con un asesino? ¿Cómo pudo tener otro hijo después de saber que había matado a Mara y Rafael?* Y lo que más le sangraba: *¿Por qué no apartó a sus hijas de un padre asesino y violador?* Y qué iba a contestar ella, si no paraba de hacerse esas preguntas.

¿Lo seguía odiando?, se preguntó. No lo sabía. La culpabilidad, la vergüenza, el dolor, la preocupación por su hermana y por sus sobrinos, tomar decisiones tan rápidas y tan importantes no le dejaban, de momento, espacio para el odio.

El día que tenía que declarar por el doble crimen Daniela le pidió que fuera al juicio. Sentada en la última fila con las gafas de sol puestas había visto a Brígida y a los familiares de Mara y Rafael. Por suerte, los periodistas estaban demasiado absortos con los familiares de las víctimas y no habían reparado en ella.

Allí estaba él, ese hombre que le lamía con la mirada delante de su hermana y de su madre. Ese hombre que había tenido tanto poder en su familia que la había casi destruido. Ese hombre a quien no se le podía llevar la contraria porque su capacidad de chillar, de amenazar o de pegar a su hermana era tan empecinada que no valía la pena hacerlo. Pero ahí, delante de los jueces y del fiscal, no se ponía furibundo ni aunque le llevaran la contraria. Ni aunque le hicieran las preguntas que él no quería contestar. Y ahí, delante de todos, no empleaba ese lenguaje tan soez que siempre tenía en la punta de la lengua. Ni chocho ni tetas ni follar ni guerra ni puta ni todo ese vocabulario tan reducido y tan repetido delante de ella y de su familia durante años. Ahí estaba el hombre al que su hermana no podía decir nada, ni un *recoge ese papel, por favor* ni un *friega tu taza de desayuno*, porque era tan nervioso que se alteraba y lo que hacía era tirar objetos al suelo o a la pared. Ese hombre indomable, qué domado aparecía en su silla cuando todo el mundo le estaba pidiendo cuentas. Ese hombre tan tormentoso y furibundo qué tranquilo aparecía delante de los magistrados. Ese hombre que no podía controlar sus nervios ni podía dejar de maltratar a sus hijos porque había sido maltratado desde pequeño, qué control tenía sobre sí mismo. La máscara se había caído. El teatro había terminado.

Ahí estaba su victoria, la victoria más amarga de su vida. Al final, había conseguido que su hermana dejara al maltratador, que sus sobrinos no sufrieran más palizas, apartar el peligro de su madre, de Adrián y de ella misma. Apartar la posibilidad de que acercara a su tienda, de que le destrozara el medio de vida. Ella lo había conseguido. Ella había ganado. Pero el depredador había destrozado a su familia, a su manera se había llevado también su victoria.

Se le saltaron las lágrimas y fue al cuarto de baño a coger un clínex. Recordó cuando el

impresentable rompió en sollozos al ver las fotos de Mara y Rafael, madre mía, qué cinismo. Ella conocía bien su voz. Él solo lloraba de rabia y de autocompasión. No lloraba por los novios. Lloraba porque sabía que lo iban a condenar, pero su gran sentido práctico le hacía aprovechar el llanto para lavar su imagen. *Aún estás a tiempo*, oyó gritar a Brígida. Su voz fue lanzada como un puñal que rasgó el llanto del asesino. Se alegró de que Brígida interviniera, que le reventara la mascarada.

Con el dinero de la tienda, ella se iba a Madrid con Hugo. Ya no tenía que vivir a través de Daniela. Por el programa de protección de testigos su hermana y sus sobrinos se iban de Valdepeñas y estaban recibiendo atención psicológica. Y, en ese momento, ella se encontraba con su vacío, con sus treinta y siete años, con la guerra contra el impresentable acabada y con una tienda que acababa de cerrar.

Por fin libre, con el gran vacío que suponía su libertad. Se iba a matricular en Filología Clásica, querían tener un niño, a ver cómo se las arreglaba para estudiar entre biberón y biberón, era un reto interesante. Adiós al mundo de la tienda, de Valdepeñas y al qué dirán. Estaba nerviosa y triste, y estaba alegre. La casa la conservaría, Hugo y ella volverían de vez en cuando, pero ya como veraneantes.

Fue a la cocina a beber un vaso de agua. Llorar siempre le daba sed, era como si el agua que se escapaba por un lado tuviera que reponerla en seguida. Miró el calendario que había sobre la nevera. Veintisiete de marzo. Según la mitología, el día veinticinco el dios Dionisio, el dios del vino, del teatro, defensor de las mujeres y marido de la diosa Ariadna había sido despedazado por los gigantes. Había muerto dos veces como humano y había resucitado dos veces, la última como un dios. Volvió al salón. *¿Pasa eso con los humanos?*, se preguntó mientras terminaba de envolver cariñosamente los pantalones. Cuántas veces había muerto Alma, una, el día que desapareció y otra, el día que la encontraron. Puso un lazo rojo al paquete y lo metió en una bolsa de su ya antigua tienda. *Ariadna*, leyó en voz alta. Ese era el último paquete que hacía con la ropa de su tienda. Para ella era el cierre, la conclusión.

Oyó música de tambores. Por su calle pasaban varias procesiones de Semana Santa. Había pasado el primer día la del Borriquillo, luego la de la Soledad, después la del Santo Entierro, la de la Esperanza y esa noche le tocaba a la del Resucitado. En cuanto se despejara la calle, cogería su bicicleta.

Cenó tranquilamente. A las once se puso el chándal y se subió la capucha. Cogió su mochila, metió una botella de vino rosado Valdepeñas, un par de copas de cristal fino muy bien envueltas en servilletas, las llaves de la casa, una vela blanca, cerillas, una barrita de incienso de sándalo, un porta inciensos el móvil por si acaso y el regalo para Alma. Sacó la bicicleta, la puso de pie en el ascensor para que le cupiese y salió a la calle. No montó para no llamar la atención. Se cruzó con un grupo de jóvenes muy dicharachero. Al final llegó al límite de Valdepeñas y cogió, a las once y media, el camino de tierra, el que iba hacia El Naranjal, el mismo que había cogido Alma el día de su desaparición y del que salía el desvío hacia la finca del Cerco. Atravesó los campos de cepas, la llanura eterna de La Mancha. La primavera acababa de estallar en el equinoccio. Hizo el mismo camino que Alma, pero esta vez no había sol sino luna, una luna llena enorme. Después de pedalear un rato, desde la lejanía vio la silueta de la casa de la finca del Cerco y un pequeño resplandor. La gente había formado un altar improvisado alrededor del brocal rojo en honor a Alma y siempre había velas encendidas. Se fue acercando, por ahí pasó el depredador en su coche con Alma metida en el maletero. Llegó hasta el pozo y apoyó la bicicleta en un olivo que había al

lado. Se fijó en la tierra. Debajo del olivo había crecido un lecho mullido de hierba con múltiples flores silvestres, amarillas, rojas, rosas, violetas... Habían crecido protegidas por las sombras del árbol, pequeños milagros de la naturaleza. Las tocó y sintió su humedad agradable. Luego se incorporó y miró a su alrededor. Por suerte, no había nadie, estaba completamente sola. Por otro lado, quién iba a estar ahí la última noche de las vacaciones de Semana Santa en la que Cristo resucitaba según los cristianos, en la que Osiris resucitaba según los antiguos egipcios y en la que Dionisio resucitaba según los antiguos griegos. Todo estaba calmo, solo se oía a los grillos, ni siquiera sonaba el viento. Se acercó al altar improvisado. Había muchas velas, la foto de Alma, algunas cintas diciendo *No te olvidamos...* Abrió la mochila y encendió y colocó la vela, el porta incienso y la varita en el altar improvisado. No parecía que hubiera peligro de incendio, la vegetación estaba muy verde. Miró al móvil, ya eran las doce. Se colocó al lado del brocal semiderruido y levantó las tablas. Desenvolvió las copas, abrió la botella de Valdepeñas y sirvió el vino en ellas. Hizo una especie de brindis unipersonal, haciendo chocar las dos copas mientras sostenía una con cada mano. Empezó a beber de una de ellas, y arrojó el vino que había en la de la izquierda al pozo. Se acordó de Dionisio y de cuando fue despedazado por los gigantes. Se acordó de sus sueños cuando Alma aparecía con los pantalones manchados de sangre, pero le decía que solo era lodo rojo, el lodo de las macetas de la casa de su hermana. Se tomó el resto del vino de la copa de un trago, cogió el paquete con el lazo rojo y lo arrojó al pozo. Oyó el chop en el agua y dijo en voz alta:

—Alma, tus pantalones, los que te gustaron tanto. Esos que te probaste pensando en un futuro alegre y de fiesta, la vida que tenías que haber tenido.

El campo se quedó en silencio. Le dio la sensación de que los grillos callaron.

—Lo siento, Alma —dijo Diana—, lo siento. Perdona a mi hermana, perdóname por no haberme dado cuenta antes, por no haber entendido mis sueños. Espero que te sientas viva y en paz.

Y en ese momento oyó un ruido. Se volvió y vio que la bicicleta se resbalaba del olivo donde estaba apoyada. Al hacerlo, el pedal y la cadena giraron como avanzando por la inercia, y la bicicleta se deslizó blandamente al suelo. Y ahí se quedó quieta, tumbada sobre el lecho de flores, como si descansara.

FIN